

TESTIMONIO, HISTORIA SUBALTERNA Y CREACIÓN LITERARIA EN LOS
CUATRO RELATOS “DEL LLANO LLANO” DE ALFREDO MOLANO:

VIAJE A LA IDENTIDAD DE PERSONAJES Y REGIONES

Trabajo de grado

Autor: Lisandro Penagos Cortés

Directora: María de las Mercedes Ortiz

Profesora Asistente – Escuela de Estudios Literarios

MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA

DEPARTAMENTO DE LETRAS

FACULTAD DE HUMANIDADES

UNIVERSIDAD DEL VALLE

Santiago de Cali

2012

*A mí madre por darme la vida,
a mí papá Raúl por fortalecerme el espíritu
y a mí hija Laura por ser la mayor motivación de mi existencia.*

ÍNDICE

	Página
PREÁMBULO: ALGUNAS CONFIDENCIAS	5
INTRODUCCIÓN	8
1. NARRACIONES PARALELAS EN LOS TEXTOS DE MOLANO	16
1.1 Sobre la historia, la literatura y el periodismo en Alfredo Molano	18
2. DE LA REGIÓN Y LO ESPONTÁNEO EN “DEL LLANO LLANO”	35
2.1 De relatos y testimonios: el enigma de esta división	44
3. LA VIRGEN DE SIBILINA	54
3.1 La virgen de Sibilina: misterio y detalle. Consideraciones preliminares	54
3.2 Misterio y religiosidad: los ejes de La virgen de Sibilina	61
3.2.1 Sobre la presencia mitológica	69
3.2.2 Tiempo y narración: un binomio indisoluble	74
3.2.3 Del frío o la aversión al centro dominante	79
4. NO PUDE DEJAR DE LLORAR	84
4.1 No pude dejar de llorar: mujer, violencia y fuga a los Llanos O.	84
4.1.1 La voz femenina en este relato	85
4.1.2 De lágrimas y otras lluvias	94
4.1.3 Las fronteras internas de la nación	97
4.1.4 La oralidad y el lenguaje	103
4.1.5. Sobre la cultura “culto” y la “popular”	108
5. EL RETAQUE	113
5.1 El retaque: ¿algo a cambio de nada o todo a cambio de poco?	
Geografía e historia, pero no documento	114

5.1.1	Más allá de la masacre: la lucha por la tierra	118
5.1.2.	Sobre El retaque: la muerte y los significados ocultos	126
5.1.3.	La Violencia y los Llanos Orientales	131
5.1.4	El retaque: ¿Una o varias formas discursivas?	143
6.	GESUALDO DE MATURÍN	151
6.1	Gesualdo de Maturín: relato libre de un carcelero. Una confluencia de narraciones y un homenaje a La Vorágine.	152
6.1.1	Gesualdo de Maturín: su discurso y argumentos	163
6.1.2	El relato y el momento histórico oficial	168
6.1.3	Anotaciones sobre la vida y el testimonio de Gesualdo	173
	CONCLUSIONES	185
	BIBLIOGRAFÍA	192

PREÁMBULO: ALGUNAS CONFIDENCIAS

En la madrugada del 28 de octubre de 2010 murió Fernando Garavito, periodista colombiano al que ocho años atrás no le habían servido ni su trayectoria, ni los múltiples reconocimientos y premios de periodismo alcanzados a lo largo de más de 30 años de riguroso ejercicio profesional, para seguir siendo columnista del diario *El Espectador* de Bogotá. Al despido del periódico capitalino, se habían unido las amenazas de los paramilitares y las acechanzas del poder político, que precipitaron su decisión de exiliarse. Estaba refugiado en Nuevo México, Estados Unidos, también en la literatura, la docencia y en sus hijos. Viudo, lejos de la patria y preso de la nostalgia, un accidente de tránsito truncó su existencia.

Esa mañana, Alfredo Molano, quien como él había estado exiliado y era columnista del mismo medio impreso, asistió como ponente a un evento organizado para celebrar los 35 años de la Escuela de Comunicación Social y la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle en Cali. Allí, compartió la noticia con quienes habíamos asistido al edificio Tulio Ramírez, y con sus compañeros de mesa, Claudia López y Luis Alfonso Mena. Otros dos columnistas despedidos por defender posiciones independientes. La primera, del periódico *El Tiempo* de Bogotá y el segundo, de *El País* de Cali, respectivamente. Bajo la moderación del profesor Alejandro Ulloa, los tres panelistas disertaron sobre periodismo y política, libertad de expresión y de prensa, actualidad y pasado, historia y literatura, conflicto e intereses, y hasta sobre marihuana y despenalización.

Yo había asistido con la pretensión de entrevistar a Claudia López y a Alfredo Molano para el programa “*Periodismo, Región y Opinión*” del canal de televisión regional Telepacífico, en el cual trabajaba, y cubrir con ello dos emisiones del mismo. Me interesaba además, como estudiante en la modalidad de Cupo Libre de la maestría en literatura colombiana y latinoamericana de la misma universidad, conocer la percepción y la opinión del autor de varios libros que me habían conmovido por su vivacidad y porque varios de ellos se desarrollaban y tenían como escenario natural una región como los Llanos Orientales, por la que siento

una atracción, más auténtica que folclórica, debo confesarlo. Muchos habitantes de mi pueblo, Dolores –hizo parte de La Cortina, retaguardia de las guerrillas liberales del Tolima– migraron hacia los Llanos. Mi padre –asesinado en 1991– solía decir que el ganado era bendito. Esa relación tierra, ganado, riqueza y violencia, no deja de asombrarme. Aunque el personal encargado de la producción del programa estimó que habría tiempo suficiente para hacer las dos entrevistas, el evento se prolongó casi dos horas más de lo previsto y Claudia López, al borde de la disfonía total por el aire acondicionado del auditorio Carlos Restrepo, se excusó y debió partir de inmediato hacia el médico y al aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón para no perder ni su voz ni el vuelo a la capital de la república. Molano, que se encontraba en una situación similar, pero con su voz intacta –firme pero nasal– hizo una llamada, logró correr su itinerario y dijo que podía atenderme media hora. Le agradecí y comenzamos a caminar hacia el lugar donde se había ubicado la escenografía.

La rutina de grabación empezó unos minutos antes del medio día, bajo un calor tan obstinado como el ejercicio mismo de lograr la entrevista y con casi 30 grados a la sombra. Me lo informó el director de cámaras, preocupado por la intensidad de las luces artificiales que se necesitaron para contrarrestar la intensidad del sol a esa hora del día, y que según él, podrían incomodar al entrevistado. No hubo tal. Molano es un hombre tranquilo. Estaba vestido como es habitual en él, de manera muy sencilla pero particular. Con un jean, una camisa blanca de manga larga y un chaleco negro, que varios especularon era antibalas. No creo, les dije, es un hombre llano. Me llamaron la atención sus manillas, su reloj y sus blancos zapatos de tela. Muy jóvenes las primeras, muy pequeño el segundo y muy vulnerables los terceros, pensé. Es un hombre al que se le notan los años, que ha aprovechado el tiempo y que camina con pies de plomo, un metal que no le resulta extraño. Llegamos al set de grabación, se sentó en el lugar que le correspondía, puso su colorida mochila arhuaca sobre la mesa, cruzó los brazos y miró la hora.

Mientras se hacían los acondicionamientos técnicos de rigor traté de romper el hielo diciéndole que yo no creía que fuera a ser efectiva la convocatoria a un

plebiscito que pretendía –por ese entonces en California, Estados Unidos– legalizar el consumo recreativo de marihuana. Unos minutos antes se había hecho a vivas, risas y aplausos en el auditorio tras haber dicho que la generación del 60 debía reconocer su derrota. “Perdimos intelectual, conceptual e ideológicamente”, sentenció. Hasta allí no se había reído nadie y el silencio en el auditorio del Tulio Ramírez era casi sepulcral. Solo algunos comentarios tímidos y en muy baja voz. La asonada había sobrevenido cuando dijo: “La única esperanza que nos queda es California”. El alboroto fue total. Molano, que casi nunca abandona una mirada infinitamente triste, pareció alegrarse cuando le recordé el episodio y esbozó una sonrisa. No perdió la serenidad y sin hablar pareció indicarme que defender no es sinónimo de consumir y que en Colombia hay cosas más graves para decir que confesar si uno se fuma o no un porro.

Comenzó la entrevista y en cada respuesta advertí una especie de reiteración teórica sobre su quehacer profesional. Aunque siempre ha planteado que no le importa la elaboración conceptual, pues considera mucho más interesante oír a la gente, escribir con sus palabras y con sus testimonios, historias que permitan entender el país, me surgieron ese día varias dudas que me impulsaron a investigar más sobre su estrategia y su obra. ¿No será acaso su metodología, el marco conceptual de lo que desdeña, el producto de su rigor académico y el referente para la construcción histórica y literaria que hace en sus libros? Cuando nos despedimos, descubrí con asombro que habíamos hablado casi una hora. Me desbordó el periodista y me absorbió el escritor. Como en la frase memorable de Carlos Monsiváis, cuando entendí lo que estaba pasando, ya había pasado lo que estaba entendiendo. En ese momento, decidí que mi Tesis de Grado iba a ser sobre Alfredo Molano y un año después –ya como estudiante regular de la maestría en el Seminario Multidisciplinario de María Mercedes Ortiz–, que la haría con base en los cuatro relatos del texto *Del Llano llano* (1995) un librito pequeño, cuyo análisis –así como la entrevista con su autor–, me tomó más tiempo del presupuestado y me dejó claro que una cosa es hablar de y otra, muy diferente, hablar desde. Y que al periodista no le permiten alcanzar la más noble función del escritor, entregar el testimonio libre del tiempo que le ha correspondido vivir.

INTRODUCCIÓN

Se asume como un punto de partida en cualquier análisis literario que toda obra contiene en sí misma las claves que hacen posible su comprensión y que ésta va ligada a una experiencia emocional de quien asume la investigación, donde se cruzan diversos factores tales como sentimientos, inquietudes, lecturas y experiencias. Le hablamos a una obra para que ella nos hable a nosotros y en ese sentido, confirmamos que la literatura es una práctica social mediadora de la realidad, dinámica y no estática, donde el espesor semántico de cada obra nos lleva ineludiblemente a montar una plataforma para ver más o desde otros ángulos, su discurso. Pues bien, este trabajo buscará identificar a través de los cuatro relatos del libro *Del Llano llano* (1995) de Alfredo Molano, que hay otras historias posibles y diversas formas de ver y pensar nuestro país, nodos de conocimiento y categorías de pensamiento que lo hegemónico ha dejado por fuera y han impactado las culturas populares y periféricas desde las cuales ha comenzado a escribirse otra historia. No solo la de los hombres ilustres, sino la de todos los otros, que son mayoría.

Con *Del Llano llano* (1995) Alfredo Molano nos enfrenta a una gran paradoja: nos han enseñado la historia y las hazañas de los que iban de a caballo (primero las de los conquistadores: Cortés, Pizarro, Belálcazar, etc. luego las de los próceres: Bolívar, Santander, Nariño, Sucre, Páez, etc.), pero las de los que iban a pie nadie nos ha hablado. Son seres invisibles para la historia oficial. No hay estatuas para ellos en los parques de pueblos o ciudades. No sabemos nada de ellos o sabemos muy poco. Desconocemos sobre su familia, sus pasiones y sentimientos, sus miedos o sueños. Solo sabemos de su valentía olvidada y de sus aportes poco valorados. Y llega Molano con este libro para contar la historia desde otro lugar de producción, los Llanos Orientales. Cuatro relatos y dos testimonios, narrados desde otro lenguaje, el de la oralidad; y desde otra cultura, la popular. Con otras voces, las de mujeres y hombres anónimos. Y resulta que todos sus protagonistas, tienen una estrecha relación con el caballo.

En medio de las múltiples caras ocultas de la nación, de muchas realidades de Colombia que se desconocen y no se narran o se cuentan desde anquilosadas plataformas tradicionales, fue necesario recurrir en este trabajo a algunos constructos teóricos como hegemonía, subordinación, alteridad, imputación, canon, subalterno, periférico y cuántos conceptos nos permitieron aproximarnos al ejercicio de escritura de Molano, que supone una transferencia cultural al ubicar la periferia en el centro y recurrir a la oralidad como insumo. También, acudir a los preceptos de la crítica literaria que toman en cuenta la diversidad disciplinaria, dado que Molano se mueve en los terrenos de la sociología, la antropología, el periodismo, la literatura y la historia. Con respecto a las situaciones específicas de la historia oficial que describe *Del Llano Llano* (1995) y su carácter hegemónico, fue preciso desmontar cada uno de sus relatos y sumar al estudio de la dimensión de los personajes, el corpus de la información que construye la cultura popular y ciertas características que se derivan de las regiones involucradas, así como los detalles de contexto de esa historia que ha sido relatada desde los centros de poder y gobierno.

No se desconoce asimismo en la realización de este trabajo que hay una especie de resistencia académica a la interdisciplinariedad (pues cada quien reclama el lugar de enunciación o de producción) y que el abordaje analítico de obras como la de Alfredo Molano, donde confluyen tantas disciplinas, ha supuesto una amplia discusión donde entran en conflicto la abrumadora tradición ilustrada, o mejor, la educación formal, el purismo que exigen algunas de las ciencias involucradas que llega a sumirse en una estricta ortodoxia, los imaginarios colectivos y las lecturas amañadas que a lo largo de los años han hecho los mediadores letrados. Si bien hoy se reconoce la hibridación de los géneros (como por ejemplo la complejidad de la novela total), sigue siendo un imperativo para quien aborde la crítica literaria, la ubicación conceptual y la precisión de los términos antes de iniciar una investigación, definir qué está por fuera del texto o qué dentro de él, si todo está allí y nada por fuera del mismo y a qué disciplina pertenece o en cuál o cuáles se mueve.

No es menos neurálgico, que hoy quienes definen el canon pueden estar en las aulas, en las universidades, en las editoriales y no necesariamente, en el poder político o económico. Validar o invalidar un texto no puede depender exclusivamente del espacio, el lugar o la posición desde la cual se escribe, sea cual fuere (que determina ciertas características), sino de la capacidad del mismo para ser partícipe de la construcción de la realidad nacional como una parte imprescindible de su propia cultura. Quienes determinaron y aun determinan lo que debe o no darse a conocer y cómo hacerlo, lo que debe o no ser objeto de estudio, deben conocer con certeza que el mundo no se compone de hechos, sino del lenguaje que describe esos hechos y sucesos de la realidad, y más aun, que lo que se logra depende del tipo de lenguaje que se utilice.

En ese sentido, este trabajo comienza por hacer una aproximación a tres de los escenarios disciplinares en los que se mueve Alfredo Molano: la historia, la literatura y el periodismo, y por examinar cómo en cada uno de ellos el autor se apoya en el complejo concepto de lo popular, que no define en primera instancia, pero desde el cual operan los testimonios, esas reelaboraciones que sus fuentes hacen desde sus experiencias –unas veces individuales y otras veces colectivas– y que él recoge en sus trabajos. Esta breve aproximación se hace a la luz de algunas nociones trabajadas por Orlando Fals, Renán Silva, Ryszard Kapuściński, Hyden White, Edward Said y Chaim Perelman. No se discute al acercarnos a estas narraciones paralelas sobre la verdad y tampoco se pretende una valoración de la misma, sino más bien se procura atisbar el resultado de su trabajo como una herramienta para indagar sobre cuestiones sociales más amplias. Se advierte incluso antes de comenzar el acercamiento, que uno de los mayores logros de Molano, radica en los resultados que presenta, más allá de las fuentes que utiliza, una particularidad que puede ser meritoria para literatura, a la que interesa sobretudo la narración; pero desfavorable para la historia y el periodismo, que basan su rigor en las fuentes. En la exploración de ésta y otras particularidades – como los rasgos distintivos de cada disciplina –, se concentra esta parte del trabajo, que nos prepara para adentrarnos en el texto sobre el cual girará el análisis. Por ello, también se hace un breve repaso de los estudios culturales y la

revisión de algunos conceptos como la intertextualidad, la interdiscursividad, la transculturización de Rama, la diseminación y el injerto de Derrida, la architextualidad y la transtextualidad de Gérard Genette, la influencia de Harold Bloom y la semiótica de la comunicación de masas, de la mano de Umberto Eco y Roland Barthes.

Posteriormente el trabajo explora primero e intenta comprobar después, con base en una mirada general a la totalidad de los relatos *Del Llano Llano* (1995), que cada actividad investigativa tiene sus propios modelos y se vale de diferentes saberes y de la especialidad de quien investiga. Es decir, se rastrean los múltiples métodos en el proceder investigativo de Molano y en medio de ese universo, se destaca que él se sirve de varios de ellos, pero fundamentalmente de los testimonios. Se averigua cómo con cada uno de ellos –modelos de investigación y testimonios– el autor le apunta al planteamiento de una visión particular cuya perspectiva plantea de manera implícita una solución integral y no violenta a varios de nuestros problemas como nación (o a la disolución de falsos problemas), que a lo largo del tiempo nos han permeado a través de una multiplicidad de medios.

En medio de esta aproximación, el trabajo indaga –con la ayuda de teóricos como John Beverley y Elzbieta Sklodowska–, cómo es que en los textos de Molano y sus testimonios vienen enredados en intrincado contexto algunos de los problemas fundamentales de Colombia y de ahí que sobre ninguno de ellos, se haya escuchado una sola voz sino múltiples voces, muchas de ellas polémicas y contradictorias. En aras entonces de no caer en simplificaciones conceptuales, el trabajo se detiene en examinar el impacto de la diversidad de los insumos que permiten la elaboración literaria de Molano: el amplio rango y la curiosidad cultural, la revisión de documentos y registros, su innovación y potencia creativa, el desacato a lo convencional y su escritura eficaz.

El trabajo confronta entonces diversas opiniones frente la validez o no del método utilizado por Molano en la construcción de sus textos, cómo recoge la información y cuáles son sus fuentes, pero también cómo comunica sus resultados. Asimismo, se determina a lo largo de esta parte del análisis en qué momento la flexibilidad

del autor a la hora de elaborar sus textos, se mueve de una a otra de las disciplinas de las que se sirve y qué claves hacen posible no sólo la comprensión de sus relatos, sino la aceptación de sus historias como hechos reales y verídicos que comprometen los sentimientos, las emociones y las experiencias de sus lectores. Se verifica también cómo el lugar desde donde Molano escribe, otorga ciertas condiciones que califican y justifican su discurso, pues utiliza su educación, su bagaje intelectual, su reconocimiento social, para legitimar las versiones que de una época de nuestra historia le entregan quienes operan como sus fuentes desde ese lugar específico y las plantea como un modelo para entender no solo su realidad, sino la de todo el país y sus conflictos.

Luego de este recorrido, el trabajo se ocupa del análisis de cada uno de los relatos, *La virgen de Sibilina*, *No pude dejar de llorar*, *El retaque* y *Gesualdo de Maturín*, no sin antes identificar y examinar las diferencias sustanciales que llevan al autor a dividir sus historias entre relatos y testimonios. Dado que uno de los objetivos de este trabajo es develar en los cuatro textos del libro en cuestión las técnicas de narración del autor y cómo reconstruye a partir de éstas, pero sobretudo de los testimonios, una realidad específica en términos de convivencia y sociedad (y es allí cuando redefine la nación), el trabajo se encarga de revisar cómo teje las historias a partir de un entramado donde los hilos son las disciplinas y la aguja, su pluma. Sabemos con Eduardo Galeano que la palabra texto tiene su origen en tejer, acción que conduce a la danza de los hilos. En este caso es la danza de las palabras y el tramado social y cultural que Molano dibuja con ellas. Se reconoce en dicha búsqueda que el autor funde lo empírico y lo ilustrado en una operación narrativa e historiográfica particular, susceptible claro, de detracciones.

Se atisba con este preámbulo al trabajo sobre cada uno de los relatos, que su obra aborda varios fenómenos de la violencia en Colombia y que es sin duda, como todo texto, una reelaboración de la realidad, que Molano considera es una historia ininterrumpida de violencia que debe ser contada y no solo contabilizada. De ahí que su obra sea no solo susceptible sino muy sugestiva para un análisis

literario que se propone comprender la importancia de valorar otras nociones, otras naturalezas políticas y otras percepciones sobre procesos sociales que en nuestro país mutan, pero no cambian del todo, que adquieren figuras distintas y se reciclan sin llegar a proponer verdaderas transformaciones, por lo que es no solo difícil sino también irresponsable llegar a respuestas absolutas.

El trabajo emprende entonces la realización del análisis particular de cada relato, vistos como piezas donde importa el pasado, pero sobretudo, en las que interesa la indagación de qué proyección hace el autor e hicieron los involucrados en la construcción social de la nación. Anclado en la realidad que relatan sus protagonistas (quienes entregaron sus testimonios y son elementos más representativos de la región que de la nacionalidad), se miden la función y los alcances de quien lleva la oralidad al texto. La temporalidad de los sucesos obliga a una revisión de la historia oficial, un respeto por los juicios que esgrimen los protagonistas, la posición y el lugar de producción del autor –de lo que habla Michel de Certeau– y el asumir como documento todo lo que informa de la presencia humana, un rastro, un signo, una copla o un dicho, sin desconocer por supuesto, esa supremacía cada vez más cuestionada –pero que aún se privilegia – de los documentos escritos.

El conocimiento que se obtiene a lo largo del análisis de cada relato, es también sometido a una revisión pues se reconoce como indirecto y provisional, no definitivo. Hay para Molano una imposibilidad absoluta de comprobar los hechos que relatan sus protagonistas, no solo porque hayan ocurrido en el pasado, sino porque el autor no fue testigo y debe ceñirse a la historia, a la reelaboración de sus protagonistas y a su propia reelaboración; y para el trabajo, porque en el proceso de reelaboración conjunta no sabemos con certeza si sus protagonistas son reales o ficcionales, arquetipos contruidos por el autor. Aparecen entonces en el transcurso de estos segmentos de la investigación, nuevos hechos e interpretaciones que enriquecen el conocimiento perseguido. El método de trabajo comprende así dos procesos: el planteamiento de hipótesis a partir de lo hallado en cada relato y la argumentación soportada –a lo largo de la investigación y el

estudio de cada fragmento—, en el diálogo con otras instituciones sociales y culturales. En suma, el juicio es la evaluación, y el resultado, los razonamientos expuestos en este trabajo.

Así entonces, en *La virgen de Sibilina*, por ser el primero de los relatos, se refuerza al comienzo de su análisis la conceptualización frente al testimonio. En adelante se revisa la situación política del momento en el que ocurre, el tiempo y la narración, las enormes diferencias entre el Llano y el interior, además de la visión que el autor nos ofrece de esta región, de su historia y de sus gentes. Y claro, el eje central del relato, la poca importancia que la religión en términos convencionales y ortodoxos tiene en el Llano y de cómo ésta se percibe apenas en encargos misionales, llevando niños forzados a los internados donde no les enseñan nada importante, al menos bajo la perspectiva de los llaneros. Una religiosidad muy específica y particular, incluso con presencia mitológica.

En *No pude dejar de llorar* se examina el papel social de la mujer tanto en la cotidianidad de la región, su voz en la familia y su conformación, en la educación de los hijos, en sus relaciones con los hombres, con la Iglesia y en general con las instituciones políticas y de organización social que determinaron con su persecución implacable la posterior insurrección de los llaneros. También los imaginarios que le permiten a una mujer acorralada por el machismo y la tragedia personal, ver al Llano como una tierra de promisión —y que son revisados con el apoyo de los conceptos de Margarita Serje— y las razones que llevan a la protagonista a tomar la decisión de irse para el Llano y no para otra parte. El horizonte que ese lugar le sugiere, un espacio inexplorado por ella y que se abre en la periferia como una posibilidad ante su conflictiva relación con el centro.

En *El retaque* se estudia el problema de la tierra en los Llanos Orientales, las violentas formas de acceder a la misma, las masacres como forma de retaliación permanente y los alcances sociales de la insurgencia llanera al mando de Guadalupe Salcedo, que adquiere en la cultura popular llanera ribetes casi míticos. Lo primero, porque la posesión y propiedad de la tierra dista abismos de la que se establece en la región andina, pero hereda de ésta, su proceder

sangriento en la disputa cruenta por poseerla; y lo segundo, porque en ese mismo sentido, se explora cómo y por qué fue posible este fenómeno en el Llano. Estos rasgos se analizan con el apoyo de las investigaciones de Reinaldo Barbosa, que sugiere algunos horizontes y caminos explorados por quienes antecederon a Molano.

Y en *Gesualdo de Maturín* se comienza por recoger pistas de un autor como José Eustasio Rivera que hizo el rescate de los Llanos Orientales como presencia literaria en la primera parte *La Vorágine* (1924) y se extrapolan con el texto de Molano. Se sondea asimismo cómo para el llanero la nacionalidad resulta secundaria: es llanero, no importa si colombiano o venezolano. También se rastrea la particularidad de que los llaneros no se consideren campesinos, sino llaneros, lo anterior, en el único de los cuatro relatos donde el protagonista es un hombre. Se devela el lugar de origen del texto, dónde nace, dónde se desarrolla, los antecedentes del protagonista, su narración libre desde una prisión, y esa indagación aun no lo suficiente delimitada entre el relato con su construcción de mundo y el mundo con su intervención en el relato de este hombre.

1. NARRACIONES PARALELAS EN LOS TEXTOS DE ALFREDO MOLANO

El periodista —y hasta el ciudadano— que decida seguir siéndolo, tiene que apelar a la metáfora, a la hipérbole, a la parábola. La imaginación y, a la larga, hasta la literatura, ganan lo que el periodismo pierde.

Alfredo Molano.
En la columna Recurso. El Espectador – 2 de mayo de 2008

Se pregunta Orlando Fals Borda en el prólogo de *Siguiendo el corte* (1989) de Alfredo Molano, cómo hizo éste “para obtener semejante montaña de datos tan interesantes e importantes para la sociedad y la historia del país y del Llano. ¿Actuó como sociólogo, o como literato, o como periodista?” (1989:16). Y se responde que esa polémica lo tiene sin cuidado, aunque advierte con simplicidad que conviene recordar que la literatura no es simple copia de lo cotidiano o folclórico. No discute el prologuista las técnicas que llevaron a Molano a un resultado que califica en los mejores términos, al contrario, las expone como un proceso válido –que llama de imputación¹– y a través del cual entrega como resultado historias que asegura hacen significativos aportes no sólo como documento de registro, sino como denuncia y protesta social y política, en un marco con claros visos literarios. Las historias de Molano no sólo se leen como verídicas, sino que resultan apasionantes porque el autor ha sido capaz de lograr una empatía con el pueblo trabajador y sus luchas, y ha compartido el compromiso sociopolítico con las víctimas de las que recoge sus testimonios. En suma, el Molano intelectual se desdobla para acercarse a grupos social y geográficamente aislados, y los acerca con sus libros al centro letrado.

Con base en sus fundamentos sociológicos, Alfredo Molano comenzó por centrarse mucho más en el micro nivel del orden social, es decir, en la

¹ **Imputación.** Asegura Fals Borda que en varias de sus obras llama “imputación”, a una técnica que se basa en la recolección de información a través de entrevistas grabadas de las cuales se extrae información y se adscribe a un personaje clave que se bautiza y luego en el texto, se logra identificar plenamente. El empleo de estas técnicas de imputación y recuperación histórica, junto con la orientación valorativa que subyace a todo el trabajo de Molano, es lo que destaca Fals Borda.

conversación particular y cotidiana con seres anónimos que –vista y analizada en su interacción con el entorno y bajo un contexto determinado– le permite centrar su atención en el habla informal para luego dialogar a través de sus textos de manera más amplia con otras disciplinas como la historia y la sociología. Fals Borda asegura que esa estrategia puede interpretarse como la intención literaria que les ha permitido a algunos de nuestros intelectuales, acercarse a las agrupaciones rurales, principalmente las de ignotas periferias. Lo anterior, confirmaría la intención de Molano cuando explica que abandonó la escritura de informes técnicos y abolió la pretensión de entender nuestra realidad desde un escritorio, en abierta crítica a la academia y validando su metodología. En la primera parte de su libro *Desterrados, crónicas del desarraigo* (2001) que titula “Desde el exilio”, asegura lo siguiente: “Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país, con cualquier pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia”. (2001:14).

De alguna manera, en el prólogo ya citado, Fals Borda disculpa el distanciamiento del autor de los métodos convencionales y asegura que con la sociología positiva o funcionalista no habría llegado ni a la mitad de lo que obtuvo. Sin embargo, quienes critican esta metodología no deslegitiman del todo el resultado, y más bien, indagan –y allí respaldan sus argumentos– en la incidencia que sobre el resultado pueden tener, y de hecho tienen, la mirada subjetiva, el compromiso emotivo y más aún, la posición política del autor. Pocos desconocen el valor literario de los textos de Molano, pero en términos periodísticos e históricos, algunas voces se levantan en medio de sus conferencias para cuestionar su validez. Al respecto Molano, señala en su conferencia *Mi historia de vida con las historias de vida* dictada en 1998: “¿Qué tan cierto es –le preguntan a uno– lo que la gente dice?” (1998:111). Y comienza a responderse con unos argumentos que han determinado su posición frente a los testimonios. Asegura que la mentira también puede llegar a ser cierta, de hecho la asume como una forma de verdad de la gente del común. Y puntualiza: “Debe ser aceptada como

tal, porque es una fantasía, y como fantasía es un acto objetivo, o si usted quiere un sueño. ¿Acaso no es verdad un sueño?”. (1988:112).

La estrategia de Molano radica en la utilización de algunas técnicas del periodismo, pues toma apuntes, graba audios e incluso apela al video para recoger los testimonios, pero no recurre a la transcripción literal para contar, sino a la construcción de relatos donde aplica técnicas estrictamente literarias como la creación de personajes, lenguajes y narraciones que trenza con la historia que no puede deformarse, la de los datos susceptibles de verificación: el número de muertos de una masacre, la elección de un gobernante, una división geográfica, el nombre de un río, de un animal o de una palmera. Valga decir que algunas de estas técnicas periodísticas, las comparte el periodismo con la etnografía, pues cuando se detiene no solo a observar las prácticas de los grupos humanos a los que entrevista (lo que supondría un especie de intervención) sino que participa en ellas, puede contrastar lo que la gente dice y lo que hace. En ese sentido, Molano apelaría en su trabajo a una de las ramas de la antropología social o cultural, la etnografía, que en un principio se utilizó para acercarse a comunidades aborígenes y actualmente se aplica en general a cualquier grupo que se quiera conocer mejor, para hacer un trabajo de inmersión que relata en sus textos. Una especie de observación participante.

1.1 Sobre la historia, la literatura y el periodismo en Molano

*“La historia no es algo que ya pasó y, sobre todo,
que ya les pasó a hombres notables y célebres. Es mucho más.
Es lo que le sucede al pueblo común y corriente todos los días,
desde que se levanta lleno de ilusiones hasta que
cae rendido en la noche sin esperanzas”.*

Alfredo Molano
En el Epílogo Del Llano Llano.

Asegura el periodista polaco Ryszard Kapuściński, en su ensayo *Los cinco sentidos del periodista*²(2005) que por cuenta del desarrollo de los medios de comunicación, vivimos en un mundo donde la historia se ha vuelto doble, donde conviven dos historias simultáneas. (2005:27). Aquella que aprendemos en la escuela, y en la familia, de manera personal, y la que nos inculcan los medios, que aprehendemos (a veces subconscientemente) a través de la televisión, la radio, la prensa y los métodos de distribución electrónica, que sin duda alguna llegan hoy a los lugares más inhóspitos y permiten la vinculación de poblaciones excluidas de los centros de poder dominante. Resulta evidente que el periodismo (considerado por el periodista Philip Graham, director del Washington Post, como el primer borrador de la historia, aunque el hispanista Paul Preston hizo la salvedad: el buen periodismo) y las oportunidades de los periodistas están creciendo por el lado transfronterizo. Pero no se puede olvidar lo local. Hay que pensar globalmente y actuar localmente (Fals Borda acuñó a propósito el concepto “glocalización”: fortalecer lo local para inscribirse en lo global) y eso es lo que por lo regular no hacen los grandes medios, y sí hace Alfredo Molano. Ahora bien, si atendemos a esta doble visión de la historia del escritor polaco, podríamos decir que tanto en la historia de la escuela y la familia, como en la de los medios, tienen injerencia los diferentes poderes que actúan en Colombia, legales e ilegales, valga la claridad. Y en ese sentido, más que doble son múltiples “las historias” a las que estamos sometidos, más aún si los esfuerzos de todos aquellos que construyen cada una de esas historias, es consolidar la suya como la imperante, como la “verdad absoluta” promoviendo así una especie de unanimidad ideológica, el establecimiento de un solo pensamiento unificado, algo a todas luces imposible y que aun así intentan las dictaduras.

No cabe duda que el gran problema se presenta cuando, con el tiempo, esta acumulación de construcciones de los medios nos hace vivir cada vez menos en la historia real y cada vez más en la ficticia, sin desconocer, claro, que en cierto sentido toda historia es una construcción. Y no es una cuestión filosófica, los

²**Los Cinco Sentidos del Periodista.** Estar, ver, oír, compartir y pensar.

medios construyen la realidad a través del lenguaje (todos lo hacemos, valga decirlo), de la repetición incesante de imágenes, con la manipulación de los contenidos y con la determinación de lo que es o no es noticia. Ese, podríamos decir, es su lenguaje particular y específico. Es la primera vez que algo así le ocurre a la humanidad y ello ha modificado en buena medida la forma cómo se escribe la historia. Enfrentamos un fenómeno cultural del que no sabemos todavía cuáles podrían ser sus consecuencias, aunque se puede entrever que el mismo problema incuba la solución, tanto como el veneno su antídoto. La profusión de medios electrónicos hace posible que cada vez se amplíe el panorama de quienes como Molano, se saltan la línea hegemónica y tradicional, y cuentan desde otros escenarios. El autor ha dedicado su vida a los estudios culturales, preocupándose esencialmente por el desentrañamiento de los orígenes y desarrollos de ciertos fenómenos sociales colombianos, en especial de aquellos que tienen su origen en algunas minorías sociales y afectan a la mayoría.

Asegura Alfredo Molano en el epílogo *Del Llano llano. Relatos y Testimonios* (1995:119) –obra en cuyo análisis se centrará este trabajo– que los relatos y testimonios que la componen aspiran a contar lo que la gente sin historia vive y sufre en un hoy que se está transformando a toda carrera, desbordado por un mundo sin una identidad distinta a la representada por el consumo. Resulta extraño –por decir lo menos– que Molano afirme que hay gente sin historia. Nadie en absoluto carece de historia, por simple que sea o haya sido su vida; que muchas comunidades e individuos no hagan parte de la historia oficial o hegemónica, es otra cosa. En suma, que uno o varios grupos sociales no hayan sido tenidos en cuenta en la construcción de país y su historia, y más bien hagan parte del arrasamiento socioeconómico y cultural al que son sometidas las mayorías por cuenta de las minorías dominantes, no significa que carezcan de historia. De ahí que Molano trate de reconstruir las huellas que esa historia subalterna ha dejado de alguna manera en los documentos oficiales o vaya a la fuente oral directamente. Lo anterior se comprueba con un conflicto interno tan largo como mal contado, o mejor, narrado desde algunos de los involucrados directos (ejército, policía, guerrilla, narcotraficantes, paramilitares, etc.) y no desde

las víctimas, que afecta a la mayoría de colombianos. Decir que hay gente sin historia, es más un recurso de provocación de Molano, que una realidad literal. Podríamos sugerir que lo utiliza como herramienta hacia la consecución de uno de sus propósitos fundamentales, cual es desestabilizar las reconstrucciones unilaterales de los hechos históricos que han elaborado las ideologías dominantes en nuestro país.

En eso coincide con Edward Said, un hombre que pasó gran parte de su vida en el exilio (Molano ha debido exiliarse en dos ocasiones), por lo que se convirtió en “un gran conocedor de la influencia que las ideologías dominantes ejercen en el imperialismo cultural” (Waila, 2004: 11) y que logró desde allí abrir la disciplina de la historia a la escritura y la intervención subalternas. Debemos, desde luego, asumir lo subalterno, no simplemente como un rango inferior desde la sociedad, sino como un destacado valor en el ejercicio de auto representación cuya intención básica es socavar las narrativas existentes para acercar los márgenes al centro. Este esfuerzo –evidente en Molano– tiene como objetivo producir una historia subalterna que normalmente es ignorada por los escritos e interpretaciones de la élite.

Según plantea la profesora de teoría poscolonial, Shelley Waila, en su trabajo *Edward Said y la historiografía* (2004), la expansión colonial alcanzó su apogeo gracias a la creación de un “cuerpo del saber” que los imperialistas explotaron como un recurso para reforzar y mantener su poder. Si traemos dicho enfoque a nuestra situación y contexto, podemos advertir que la historia que escribe Molano es “subalterna”, y que su relación con la oficial, está dada por ciertas coincidencias obvias en términos de fechas y lugares, pero no narraciones o concepciones. Lo anterior nos permite reconocer estas historias no son complementarias, aunque en aras de un análisis equilibrado, se puedan revisar y sean un complemento en el proceso investigativo. Said contribuyó sustancialmente al debate entre historia y política en los últimos 30 años, al tomar la verdad como algo momentáneo y político. Molano por su parte, contribuye al reconocimiento de diversas identidades y lucha –a través de sus textos–, por la

reformulación que a su juicio debe hacerse de las políticas que se diseñan y aplican sobre comunidades históricamente marginadas.

Said no rechaza por completo la validez del método empírico, pero sugiere ordenar los hechos a la luz de la iconografía de los signos, los símbolos y el lenguaje, que proporcionaría al historiador social y literario, una visión más amplia de la historia. En sentido contrario, si bien Molano ha rechazado en apariencia metodologías más académicas y se ha decidido por los relatos de vida basados en la experiencia que recoge de manera directa, sería no solo injusto sino errado calificar sus crónicas sobre el pasado de algunas regiones colombianas, como falsas, pues en esencia lo que son y hacen es ampliación del panorama histórico. No se puede reducir el debate poscolonial a la simpleza de lo falso y lo verdadero. Suele ocurrir con la historia oficial, de la que no se puede negar, está moldeada por las exigencias ideológicas y políticas de una clase dominante y hegemónica que construyó en Colombia una imagen de superioridad racial, cultural y por supuesto, económica, que se asuma como falsa para revalorarla. Craso error, pues si bien se construye mediante el principio de una inclusión y exclusión arbitrarias, contiene elementos válidos que nos permiten aproximarnos y entender una posible historia total. No se debe asumir la historia oficial en términos de falsedad. Y tampoco como verdaderas, en estricto sentido, todas las “historias subalternas”. De esta situación se desprende que el canon existente esté siendo continuamente desafiado desde diversos frentes. La mirada eurocéntrica con la que se encumbró el canon, no solo de libros sino de prácticas y actitudes, ha sido intervenida por la cultura popular, tanto, que el estudio de la literatura pasa de los estudios canónicos a los culturales, en los que se incluyen los trabajos de Molano.

De esta situación también se desgaja una paradoja: la relativización de la verdad. Hay unas diferencias claro, entre una y otra historia, y también una especie de hibridación de todas las historias, pero no puede caerse en la indeterminación. Para tener una visión mas amplia y profunda de la historia de un país hay que conocer las distintas versiones que de su historia circulan y eso hace Molano. Dadas las infinitas posibilidades de interpretación y significado, no se

puede desconocer la historia común como nación y el esfuerzo de Molano por incorporar la de ciertas comunidades al concierto nacional. Si nos atenemos a su metodología, Molano alterna el trabajo empírico con el académico. Se deja llevar por lo emotivo, pero verifica archivos, investiga. Confronta la visión posmoderna de los historiadores y de sus críticos, con la de las personas con las que habla. Recoge la oralidad en sus textos, reconstruye la emoción, la sensación, la interpretación de la historia de sus entrevistados, y en esa medida, construye una historia que parte de la premisa de exponer los hechos con el lenguaje popular. La palabra de la gente común y corriente llevada al texto, que indefectiblemente se mueve a otro escenario y en él, a otra construcción de la historia que no es idéntica a la realidad que le relataron, pero es diferente a la que les han impuesto desde los centro de poder, es otra versión. Debe admitirse que si bien la narrativa de Molano procede de testimonios orales, es literaria y retórica. Los significados son entonces un efecto del diseño narrativo, en vez de una deducción a partir de los hechos.

Aparentemente –aclara Molano en la conferencia *Mi historia con las historias de vida* (1998: 105)–un “metodólogo” puede decir que su trabajo constituye un invento. Y está de acuerdo y reivindica la creación, pero precisa que es un invento de carácter objetivo, no un simple capricho de la subjetividad o del ego, sino la reelaboración de la historia a partir de los diálogos de y con la gente del común, y con elementos analíticos. En sus textos reclama un espacio para el lenguaje usual y cotidiano de las personas frente a la narración de cualquier suceso, incluso de sucesos imaginarios y de mentiras, como una forma particular de construcción de la historia. Resulta claro que si su propósito era redactar la historia de la gente corriente en Colombia, pues era necesario que acudiera a nuevos documentos, nuevas fuentes no oficiales, así como a diferentes pruebas de tipo visual y oral, para renovar el método científico que el posestructuralismo ha puesto en duda, pues esa idea de la ciencia como algo “objetivo y verdadero” ya no tiene vigencia.

En ese sentido, cabría, del mismo modo, reconocer la ficción histórica, calificativo que también han recibido sus textos, como una de sus estrategias en

medio de una obra que describe sucesos acaecidos en la segunda mitad del siglo XX en el territorio colombiano, y hace hincapié en cuestiones como la violencia, vista desde otros ángulos, desde sus antecedentes y eso involucra una mirada histórica y crítica. Una violencia enmarcada en la explotación laboral, el despojo de la tierra y la lucha armada por el control de la misma, las disputas partidistas y los inadecuados manejos de la riqueza, entre otros factores. Pero si algo debe reconocérsele a Molano en su trabajo, es el énfasis que hace en la patente diversidad manifiesta en la construcción simbólica que signa la historia del país.

El periodismo ha sido para Molano, el escenario más visible y el mundo que lo llevó al reconocimiento público que hoy ostenta; y la literatura, el escenario particular de lo posible desde donde cuenta sus impresiones a través de sus textos. A todos los encierra la historia, de la que se suele pensar que el principal enemigo –y del periodismo que se supone la escribe cada día– es la mentira, pero en realidad la primera tiene dos enemigos considerados por Hayden White “más mortales para su misión de decir la verdad y nada más que la verdad acerca del pasado: la retórica y la ficción”. (2003:31). La que se considera su tesis más importante –planteada en su libro *El texto histórico como artefacto literario* (2003)– es que es imposible distinguir entre un relato histórico y un relato de ficción, sobre todo si se pretende que los primeros hacen referencia a hechos reales mientras que los segundos hacen referencia a hechos ficticios. Para él forma y contenido son lo mismo, como lo son los usos de los filósofos y de los historiadores; pues el realismo histórico característico de los historiadores decimonónicos no es más que una forma particular de poética. En efecto, habría una elección de carácter estético y conceptual anterior, que es la que determina la forma en que se trata la evidencia histórica que, para White, se mantiene más o menos constante más allá de las diferentes elaboraciones teóricas que se hagan luego sobre ella. White considera que la historia utiliza estrategias retóricas en su escritura similares a las de la literatura y ello, resulta evidente en los textos de Alfredo Molano.

Por eso la historia hace parte de su narración, en unos libros más que en otros es cierto, como en *Los años del tropel* (1985) donde elabora un relato-

síntesis referido por un personaje arquetípico (ficticio, claro está) que condensa en una sola voz la memoria de muchos protagonistas reales del drama conocido como la época de la Violencia, desatada en el país entre 1946 y 1966, y de esta forma se aleja del mero recuento estadístico en la evaluación del fenómeno. "Llegamos a la conclusión –dice Molano al respecto– de que todos aquellos reportajes podían integrarse en personajes colectivos". En *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1989) tal vez el libro con más datos históricos puntuales Molano vuelve a aplicar su fórmula. Dado que se repetían una y otra vez las mismas experiencias contadas por diversos protagonistas y aparecían bien visibles las que Robert King Merton llama *regularidades*³ (Orlando Fals habla de *imputaciones y recuperación histórica*) opta por la construcción de un relato que obviara la repetición que hacían diversos integrantes del grupo de entrevistados, lo que le permitió identificar las líneas comunes de las vivencias y a través de personajes centrales (reales esta vez) contar la historia.

"En la elaboración de la historia de vida hay algo creativo, hay algo que emparenta este trabajo intelectual con el trabajo de un artista, es decir hay que crear, y no le debemos tener miedo a la creación, ni podemos ceder a la intimidación por el coco de la subjetividad".

Alfredo Molano
De la conferencia oral: Mi historia de vida con las historias de vida

En términos generales los textos de Alfredo Molano no ofrecen propiamente el análisis, sino que pretenden provocarlo. Azuzan el pensamiento del lector, lo confrontan con la historia oficial, lo incitan y concitan a valorar otros espacios y percepciones. No son la historia total sino una visión de la misma. Es como si quisiera emular a quienes entregan sus testimonios y cuentan más allá de las palabras, comunican con las sensaciones y los gestos, con la mirada y con las lágrimas, con unas manos húmedas o unos brazos cruzados. Con todo. Con el temblor de la voz al evocar un ser querido asesinado o la firmeza de la misma al denunciar a los responsables. Resulta evidente el deseo de Molano de suscitar en

³ Su orientación central se expresa en la práctica de interpretar los datos mediante la determinación de las consecuencias que los mismos tienen para las estructuras más amplias de las que proceden. Hace parte de un funcionalismo que presenta rasgos peculiares.

el lector un cotejo de las constantes en la dinámica social y política de varios períodos y regiones del país atravesadas por la violencia. Pero más allá de lo interesantes que puedan resultar, su gran virtud es proponer al lector un desciframiento de las claves profundas que en el plano individual, justamente interior, obran como catalizadores de esta lucha fratricida en la que aún permanece sumida Colombia. Y eso es literatura plena.

Detectar o, mejor, proponer una lectura de esta última instancia a través del relato (suma de experiencias individuales vividas), en forma de autobiografía (que es también una interpretación de la historia), es la gran promesa del trabajo de Molano. Deja en el lector la libertad de formarse un juicio, pero ante todo lo lleva a la pregunta antropológica fundamental, que es ante todo, una pregunta por el otro. Ese *otro* es el referente para la construcción de una identidad propia, individual, pero también colectiva, nacional. Estos hallazgos dan validez y atractivo a su obra. Y, es verdad, estos relatos autobiográficos, estas voces vivas y fecundas son, en el objetivo de Molano, más efectivas que la conceptualización, que la continua evaluación de cifras estadísticas y toda la camisa de fuerza del texto sociológico. De ahí que podamos entrever un Molano acercándose más a la antropología, más al estudio del ser humano en su integralidad, que a la teorización a partir del análisis de un fenómeno social o colectivo, como la violencia en Colombia. Ese sería el trabajo de la sociología, dada su metodología, que otorga suma importancia al contexto histórico-cultural en el que se encuentran inmersos los individuos. Molano claro, no desconoce dicho contexto, pero se detiene con rigor en el ser como parte de y no en su marco. Para él resulta más determinante el individuo y su relación con su espacio y su tiempo, que el sentido inverso de la ecuación, es decir, el impacto de la sociedad sobre el individuo.

Debe reconocerse también que el espesor semántico de la literatura –sus múltiples interpretaciones y significados – le permite a Molano entregar muchas más posibilidades a través de sus libros, que con el discurso de sus columnas y que con ellos consigue levantar una plataforma desde donde construye un corpus que pelea con el canon: corpus que se ocupa del impacto de la modernidad sobre

las culturas populares, y que podría denominarse modernidad periférica. Lo anterior sin embargo, plantea un problema ético que ha sido por mucho tiempo debatido con referencia a la antropología y surge de la sencilla razón de que los antropólogos tienen más poder que los pueblos que estudian. Se ha argumentado desde diversos sectores –por lo regular aquellos que cuestionan los postulados de la Asociación Americana de Antropología (*American Anthropological Association*)– que la disciplina es una forma de colonialismo en la cual los antropólogos obtienen poder a expensas de los sujetos. Según esto, los antropólogos adquieren poder explotando el conocimiento y los artefactos de los pueblos que investigan. Estos, por su parte, no obtienen nada a cambio, y en el peor de los casos, pierden en la transacción. Son puestos al descubierto y ello supone casi siempre, no el mejoramiento de sus condiciones sino la pérdida de su cultura y tradiciones, acaso una nueva forma de colonialismo y otra de imponer un canon.

Los de Molano son libros especiales no sólo por lo que dicen, sino por cómo lo dicen. Forma y contenido se funden y trascienden la escritura como simple instrumento de placer literario o deleite de naturaleza estético. Sus relatos combinan varias estrategias metodológicas que se desvían de la norma, para alejarse del lenguaje técnico y académico y acercarse al común, no para causar lástima o compasión, pero si para renovarse e impresionar por la naturalidad con la que va narrando historias que más parecen producto de la imaginación que de la memoria de quienes brindan sus testimonios y llamar así la atención sobre su peculiar forma expresiva. En los testimonios que recoge y convierte en capítulos de libros o en libros enteros, nunca se llega a saber con exactitud qué de lo publicado corresponde a la entrevista, qué a su autoría como sociólogo, qué a su trabajo como investigador, qué a lo textual de documentos, y qué a la ficción como literato. La fórmula es, sin embargo, muy exitosa y Molano se ha transformado en un maestro para hacer minga con personas desconocidas, transcribir y ensamblar historias en las que cada quien conserva su individualidad, su sello propio.

Molano recrea la oralidad popular en sus textos y en ese sentido se asemeja –guardadas las proporciones en términos de creación de un universo

literario nacional y/o latinoamericano y el reconocimiento que ello les ha suscitado— a escritores como José María Arguedas, Juan Rulfo, Augusto Roa Basto, João Guimarães Rosa, que Ángel Rama ha denominado “transculturadores”, dado que expanden el horizonte de la ciudad letrada al recrear el acervo de las culturas populares o indígenas en sus obras. El planteamiento de Rama gira en torno a una flexibilidad cultural que permite integrar tanto las tradiciones como las novedades. Y esta estrategia asumida como una nueva forma de conocimiento, ayuda para confrontar interpretaciones previas de la realidad. La autoridad formal está subordinada siempre a la argumentación que hace la historia oficial y la literatura dominante. De ahí que no haya mejor mérito para un académico, un historiador, un sociólogo o un periodista, que poner en duda una verdad establecida y en varios sentidos y escenarios, eso es lo que hace Molano. En el texto *Transculturación narrativa en América Latina* (1982:229), Rama destaca y reivindica las formas literarias contemporáneas de nuestro continente a través de obras como *Los ríos profundos* (1958), de José María Arguedas, y a la vez, reconoce que no se le ha dado el puesto que no se discute a otras como *Pedro Páramo*, *Rayuela*, *Ficciones*, *Cien años de soledad* o *Grã sertão: veredas*.

Mucho de la historia suele ser ignorado por quienes la escriben, bien porque están al servicio de algún interés particular o bien porque recurren a la metodología de lo que podríamos denominar como Said, “realismo ingenuo”. Ignoran en su elaboración por ejemplo la oralidad o no toman en cuenta lo literario, y en tiempos recientes, lo periodístico. Sobre la violencia en Colombia se ha escrito bastante y en todos los géneros, con diversos tratamientos y perspectivas, pero muy poco, casi nada, desde la visión de las luchas de los sectores populares. Sin embargo, se viene adelantando un proceso en las últimas tres décadas que ha generado debates en torno de la historia del país, las luchas anticoloniales y antimperialistas. Así lo reconocen William Fernando Torres e Hilda Soledad Pachón, integrantes del grupo de Investigación en culturas, conflictos y subjetividades de la Universidad Surcolombiana, que en 2007 reeditó el libro

Debates postcoloniales-Una introducción a los Estudios de Subalteridad (1997) donde destacan estos asuntos como motivadores de la investigación universitaria.

La oralidad que recrea Molano en sus libros es una especie de *performance* (donde el trabajo artístico lo constituyen las acciones de un individuo o un grupo, en un lugar determinado y durante un tiempo concreto) y la mayoría accedemos a dicha oralidad a través de textos escritos, pedagógicos (académicos y de investigación) o mediáticos (Radio, Prensa, Televisión e Internet) preparados por agentes externos que construyen desde su posición, pero pocas veces son literarios y respetuosos de sus particularidades. Su gran aporte, es repensar a través de su escritura la imagen que de muchos grupos poblacionales colombianos se ha construido desde diversas barreras, como el muro que protege al poderoso y deja por fuera otras visiones, realidades y aportes. Sus relatos de colonos y campesinos, ponen a circular las historias de los sectores populares y las culturas regionales, dándoles el mismo valor e importancia que se le ha dado a las historias oficiales. No es menos cierto ya que dicha frontera tiene ahora muchas porosidades, pero su gran mérito es haber insistido de manera permanente en este objetivo en cada uno de sus trabajos, bien sean éstos periodísticos o literarios.

Su literatura es de ésa que escasea, ésa que goza de independencia intelectual y valor especial por su nivel de compromiso social. Si bien, como ya se ha citado, Molano ha trasegado por diversos escenarios en su ejercicio profesional, los libros lo instalaron en el que fuera su punto de partida: la escritura libre e independiente, una empresa a la que debería endilgársele como propio e insustituible, el adjetivo quijotesca. Todos sabemos que la libertad de expresión termina donde empiezan los intereses de la empresa periodística o editorial para la que se labora, sea cual fuere, en éste o cualquier otro país. Y él, un hombre formado y forjado con base en principios inalienables, nos demuestra con sus libros, que la utopía es posible. Sus textos son pues, honrosas excepciones que retratan con la exactitud del cartógrafo la geografía áspera y amable del país y dibujan atmósferas, amaneceres, atardeceres y perfiles de seres humanos con

palabras simples y sencillas, con el fin de que el lector perciba las mismas sensaciones que lo han movido, lo mueven y lo seguirán moviendo, a emprender nuevos viajes. En suma, se apropia, se sumerge en el lenguaje popular para narrar desde allí.

Es probable que quienes critican la metodología de Alfredo Molano y cuestionan la verdad de sus trabajos, desconozcan que la no-ficción narrativa exige igual disposición en la elaboración de los textos para hacer verosímiles unos datos reales y reforzar el mensaje tras haber hecho una inmersión que empapa a quien relata de lo que pretende relatar. Así mismo, una deficiente calidad narrativa –sea cual fuere el relato, ensayo histórico, o texto periodístico o literario– atenta igualmente contra la verdad histórica que se quiere transmitir en los hechos referidos. Porque ya en su advertencia de que opta por componer personajes-síntesis, Molano asume un compromiso abiertamente literario. El personaje colectivo, que él llama, es propiamente una invención literaria antiquísima⁴ y un recurso que, por lo demás, demanda una fina artesanía narrativa para hacer creíbles, para hacer que vivan de verdad estos tipos humanos.

Bien podría parte de la reseña de *Los años del tropel* (1985) que aparece en la *Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango*, redondear la idea literaria en Alfredo Molano y de paso instalarnos en lo periodístico. Percibe Raúl José Díaz, autor de la reseña, que en la introducción de este libro Molano parece muy preocupado por guardar la apariencia de investigador científico, de historiador riguroso, y teme ser confundido con un periodista y hasta con un narrador literario de no-ficción. Esta apreciación resulta válida pues había transcurrido solo un lustro desde la publicación de *Los bombardeos de El Pato* (1980) y Molano apenas comenzaba a explicar ante círculos académicos una metodología que se alejaba de sus dos

⁴Para los griegos el personaje colectivo era –a diferencia de aquellos protagónicos que no necesitaban trabajar y eran libres para ir y venir, para participar del gobierno de la ciudad y en las discusiones públicas en el ágora, los ciudadanos que acudían al gimnasio y participaban en simposios– el compuesto por artesanos, campesinos, niños, mujeres y esclavos, que operaban como “extras”, mencionados a veces de paso, en un segundo plano, pero con frecuencia invisibles o caracterizados solo por la función subalterna que desempeñaban.

primeros libros: *Materiales para una historia de la educación en Colombia* (1979) y *Amnistía y violencia* (1980), textos académicos en esencia y claramente “científicos”. Todo a pesar de que desde el inicio mismo de su escogencia de las historias de vida⁵, su procedimiento ha sido reconocido como efectivo aunque no siempre es calificado como legítimo, pues si bien el préstamo de una técnica literaria es bienvenido, no así las posibilidades de inverosimilitud a las que puede dar lugar esa libertad creativa. Allí mismo, en esa justificación de su metodología, Molano se permite advertir que su solución narrativa –opuesta a la sociológica– jamás debe llegar a ser confundida con simple reportería; sus colegas habían sancionado el método “al reconocer que los relatos superaban los cánones del reportaje periodístico”.

Concluye en su reseña, Raúl José Díaz, que en ello tal vez estriba su debilidad en esta elección narrativa autobiográfica y quizás por ello no alcance a coronar su gran objetivo: penetrar en ese profundo nivel del conflicto. Lo que supondría una especie de pugna interna entre la autobiografía y el testimonio, una dualidad que se entrecruza en la narración, una transposición que se alterna. De todos modos la valencia histórica de su trabajo se mantiene. Pero en la potencia misma del relato, en el nivel estrictamente literario se puede ver una escasa elaboración dramática. Sus personajes pierden por momentos consistencia real y se transfiguran en seres sobrenaturales que podemos incluso calificar como míticos y vistos por el autor como heroicos, pues considera una proeza el sobrevivir en circunstancias y condiciones que a su juicio resultan deplorables. Molano construye en sus relatos figuras arquetípicas donde héroes anónimos saltan a la realidad histórica impulsados por su pluma, por el embellecimiento de su escritura creativa, de su imaginación. No debe sorprendernos que su pretensión sea mostrarlos a la sociedad, como modelos de conducta que él pule

⁵ A su regreso de Francia luego de haber cursado un posgrado en la Escuela de Altos Estudios en París, Molano presentó como Tesis de grado, dos historias: la de un colono y la de un empresario. Las transcribió, adosadas en un contexto con base en información secundaria. Su director, Daniel Pécaut, no estuvo de acuerdo, discutieron muchas veces sobre el trabajo y su pregunta era, sigue siendo y será: qué de lo que le presentaba era propio y qué era inventado. No se la aceptaron y optó por abandonar la academia en ese sentido.

con su escritura y donde destaca virtudes como la valentía, la fortaleza, la solidaridad, y sobretodo, la resistencia.

En varios aspectos coincide el antropólogo colombiano Luis Guillermo Vasco Uribe con los ya citados, Raúl José Díaz y Orlando Fals Borda, pues frente al trabajo de Molano destaca conceptos similares. Con el primero, concuerda en la mitificación de los personajes que sugiere hace el autor; y con el segundo, en la técnica de imputación, que afirma, es el método que unido a la biografía, utiliza Molano para presentar los resultados de su trabajo. Sugiero de cara a estas coincidencias otra mirada. No siempre los personajes de Molano son modelos de conducta ajustados al canon, de hecho la mayoría subvierte el orden social predeterminado (antihéroe), pero la construcción mítica –unida a la divulgación– sobrepasa la mera intención narrativa y puede inscribirse o ser entendida, como motivadora de ciertos patrones de comportamiento e ideas motrices para una sociedad que puede ver en ellos un modelo a seguir, lo que le ha valido a Molano no solo críticas, sino también amenazas. En la literatura de Molano la figura del héroe convierte a sus personajes más que en mitos, en arquetipos culturales, heredados de un pasado violento en el que la realidad histórica y la habilidad narrativa del autor –puesta al servicio de la ficción–, se han superpuesto inextricablemente. De ahí que ni Vasco, ni Díaz, ni Fals Borda, ni el mismo Molano, se atrevan a dividir lo indivisible.

*“Necesitamos un periodismo
que nos permita entender
nuestra tragedia
y nuestros sueños”*

Alfredo Molano
Folleto Medios para la paz: La guerra: una amenaza para la prensa

En nuestra época, profusa de medios de comunicación audiovisuales, las columnas de Alfredo Molano son un respiro, una pausa, un detenerse para pensar, un compromiso con la profesión y la nación, que cuando se asume con entereza, es un oficio tan humilde como necesario. Cada domingo en el periódico El Espectador, uno de los más importantes, tradicionales e influyentes de Colombia, Alfredo Molano atisba con su columna en la realidad nacional. Aborda

temas relacionados con la política, el ejercicio del poder, la violencia histórica y la puntual, los negocios de las grandes multinacionales, el desalojo de la tierra por razones políticas pero con fines económicos y el arrasamiento social del que son víctimas tantos nacionales. De la renuencia a callar las injusticias, de la firmeza por defender sus convicciones y de la entereza ante la adversidad, nace su estilo, crítico, directo, denunciante, mordaz si se quiere, pero anclado en la búsqueda de una dignidad nacional y una lucha personal por mostrar la realidad desde otra perspectiva.

Las columnas y los columnistas son ese último refugio del periodismo escrito. Como un arqueólogo social, Alfredo Molano desentierra historias, datos, personajes, lugares, hechos y sucesos, y los expone. Cuestiona y critica. Discute y señala, inquiere y marca responsables. Busca con sus textos periodísticos dar a conocer una realidad oculta, olvidada, sumida en el pasado por toda suerte de arbitrariedades, y, no puede desconocerse, al mismo tiempo que escudriña sienta una posición política frente a las circunstancias. No es una de las llamadas “vacas sagradas” del periodismo nacional que gane cifras exorbitantes, tampoco un protegido de grupos económicos o políticos, pero sí un hombre que recorre el país dictando charlas y conferencias, concediendo entrevistas, para contarle a Colombia cómo y por qué hace su trabajo, qué persigue con él y qué espera de un territorio que ha recorrido palmo a palmo.

Alfredo Molano reconoce que cuando comenzó escribir sus historias, la gente lo leía con una mezcla de estupor e incredulidad, pero que poco a poco fue cogiéndoles afecto o antipatía a sus personajes. Y cuando a ello se refiere no traza una línea divisoria tajante entre sus crónicas, reportajes o columnas. Más bien, legitima ese pacto tácito entre el lector y el escritor llamado verosimilitud. Es decir, les recuerda a sus lectores que se aleja de la realidad real para acceder al mundo posible de sus historias, sin que la realidad deje de ser. Un personaje de aquellos que resumen varios testimonios, en una de sus crónicas o relatos, es una ficción verosímil, pero un nombre específico en una columna es un hecho puntual con implicaciones legales y jurídicas. Todo es creíble, susceptible de ser cierto.

Para hablar en términos de la función discursiva, Molano reinterpreta una realidad tanto a través de sus columnas como de sus otros textos, pero en sus columnas debe asumir las responsabilidades propias del ejercicio periodístico. Si bien tiene ventajas como el derecho a reservarse el nombre de sus fuentes, tiene la obligación de responder con pruebas las denuncias que haga en cabeza de cualquier ciudadano. La cuestión de su lectura del mundo, es la dimensión interpretativa y funcional, su estilo, la subjetividad que pueda albergar –y de hecho encierra–, su diálogo con las regiones y su visión particular, y finalmente la interpretación que hace de la realidad. En cada columna y en cada texto, Molano plantea una interacción entre los ámbitos ético y estético, y establece una relación con los valores que nos permite distinguir que la interpretación suya no es la verdad, es solo un punto de vista. Diferente al de muchos, pero al fin y al cabo, solo un punto de vista.

En conclusión, el trabajo periodístico de Alfredo Molano –al igual que sus libros– tiene dos virtudes fundamentales. La primera es que muestran al lector la cara oculta de esa otra Colombia, ancha y ajena, periférica y distante, que por lo general apenas se menciona de paso en los medios de comunicación y con la que el autor redefine la nación colombiana y trae al centro la periferia; y la segunda, es que utiliza un lenguaje que recurre por igual a la sociología, a la historia, al periodismo y a la literatura, para captar en todo su esplendor la dimensión humana. De ahí que sus textos sean a la vez un testimonio personal y ajeno, una reelaboración propia y otra recogida de la realidad, pues cada quien cuenta desde su experiencia y vuelve a construir con su relato, atravesado por múltiples variables. Por eso son realidad en sus columnas, pero también son fantasía en sus libros, son un producto de la vida, pero también de la imaginación literaria. Comunican una situación trágica pero vibrante, la de un país que en los últimos tiempos pareciera haber cambiado más que en el resto de toda su historia, pero donde ésta se repite como en una especie de sino trágico e insalvable. La literatura se volvió para Molano, lo otro de la historia en un doble sentido: descubrió una dimensión de la realidad que los historiadores pocas veces

reconocen y desarrolló técnicas de escritura que socavaron la autoridad del estilo de escritura realista u objetiva, que tanto pregonaba el periodismo.

2. DE LA REGIÓN Y LO AUTÉNTICO EN “DEL LLANO LLANO”

Del Llano llano. Relatos y testimonios (1995) es un libro que Alfredo Molano publicó antes de saltar a la televisión con el programa *Travesías*, que junto con su columna en el diario *El Espectador*, lo darían a conocer en el ámbito de los medios masivos de comunicación. Como una especie de capricho heredado de trabajos como *Los años del tropel* (1985) y *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1989) y en cierta medida *Trochas y fusiles* (1994), el autor vuelve a recorrer los departamentos de Vichada, Guaviare y Guainía, recoge historias de vaqueros, de campesinos, de colonos y publica un libro que tuvo poca publicidad, pero que él asegura querer mucho y es justo el que contiene los relatos que sirven a la intención analítica de este ejercicio académico.

En sus *Relatos y testimonios* hablan, además de sus fuentes –con toda su carga intencional y de intereses– el Molano sociólogo, el antropólogo, el periodista, el historiador, el crítico, el personaje público, el conferencista, el que pareciera desconocer a los indígenas y reprender con timidez y hasta cierta complacencia a la guerrilla, el que desdeña la metodología de la academia donde se formó y la teoría como principio básico de conocimiento, el que con sus personajes borra las fronteras entre la realidad y la ficción y se inscribe en la línea del Nuevo Periodismo⁶ del que nos habla el periodista argentino Tomás Eloy Martínez o la concepción de la historia como narración que surgió en los ochentas de la mano de teóricos como Hayden White.

En ésta como en casi todas las obras que la antecedieron y absolutamente todas las que la siguieron, el autor se valió de testimonios directos o de primera mano

⁶**Nuevo Periodismo:** Es una corriente periodística que para muchos tuvo su nacimiento en los años 1960 en los EE. UU. en el contexto de los cambios sociales y culturales que se vivieron en dicha época, a raíz de la publicación del libro *A sangre fría* de Truman Capote, novela de no ficción donde se combinaban elementos literarios con otros propios de la investigación periodística. Pero hay un dato que no debe pasar inadvertido, y es la obra *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, en 1957, fiel reflejo de lo que luego se denominó New Journalism (Nuevo Periodismo).

que dejan ver los sentimientos de seres humanos inmersos en una sociedad profundamente dividida por los regionalismos y por los grupos y movimientos de distinta índole. Testimonios que, en últimas, constituyen *otra* perspectiva del complicado conflicto en el que Colombia ha estado sumergida durante los últimos decenios. *Otra* que no es única ni definitiva, sino complementaria, una historia subalterna tan eficaz como cualquiera otra para acercarse a una realidad compleja y en la que se funden tantos matices. Si atendemos la propuesta que hiciera el sociólogo e historiador colombiano, Renán Silva Olarte, en su Intervención en el Panel del Bicentenario: una mirada de larga duración a Colombia (realizado el 5 de Junio de 2010, en Bogotá), de que la historia es una disciplina esencialmente contextual y relacional y que los hechos históricos terminan viéndose y analizándose en el contexto del presente en el que se hace la investigación, podríamos decir que Molano no es ajeno a esa visión dominante y hegemónica de la historia de Colombia que habla de una especie de infortunio heredado, de una vida social que está condenada por algo que ya pasó y que el autor arriba citado no comparte del todo. Molano sostiene, por ejemplo, como casi todos los que han abordado nuestra situación desde el lado opuesto del establecimiento, que toda la violencia colombiana está atravesada por las luchas por las tierras o por el dominio territorial.

En una columna, titulada *La carta de Carimagua* podemos comprobar lo expresado. En ella, Alfredo Molano comienza por plantear con cierta ironía un problema en el plano de lo histórico: “De tanto en tanto a los gobiernos les da por mirar hacia nuestras selvas y nuestros llanos como la solución al problema agrario del país”. De tanto en tanto es una figura imprecisa, una referencia al pasado general y a todos los gobiernos, sin puntualizar en ninguno. Asevera, como lo ha hecho siempre, que las razones de la guerra en Colombia son por la tierra. Unos que la quieren, otros que la defienden, unos más que la explotan. Un desplazamiento incesante sólo a veces interrumpido. Una concentración inmisericorde. Mucha tierra en pocas manos. Tierra productiva, claro está. Y prosigue en el comienzo de la columna con la enumeración de varios ejemplos que fungen como argumentos: “Al general Reyes le dio por el Putumayo –y casi

termina negociándolo con Perú–; a López Pumarejo, por los Llanos Orientales – terminó fundando un hato, El Porvenir–. A Belisario le dio por Marandúa para que nuestra Fuerza Aérea se entretuviera; a Uribe, por Carimagua, para dársela a sus amigos políticos como el senador Habib Merheg”. No hay fechas, pero sí nombres. No hay documentos, pero sí responsables. Hay una información que debe completar el lector. Tan simple como los nombres o el apellido, ausentes: Rafael, Alfonso, Betancur, Álvaro; y tan compleja como los acontecimientos históricos que le permiten al autor condensar en una frase el resumen de lo acaecido.

Renán Silva Olarte, autor de *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía (2007)*, no sólo no participa de la idea de que toda explicación a nuestra situación actual obedece a hechos pasados que la determinaron, como parece intuirse en el trasfondo de los relatos de Molano, sino que asegura que el presente si tiene un contexto que en cierta manera es el pasado, pero habría que ver esa idea de una forma mucho más compleja y en esa atmósfera –la de la complejidad– si es claro y directo el autor *Del Llano Llano*. Molano no solo revisa la historia oficial, sino que acude al testimonio y a lo subalterno, al conjunto social y a la individualidad de sus fuentes, al contexto, a la oralidad, a lo público y a lo íntimo, a una región específica y a muchos otros factores que determinan la complejidad de su visión particular cuando parado en ese presente, escribe sobre el pasado. Añade Silva Olarte que no debe atenderse el esclarecimiento del presente desde un punto de vista naturalista (descripción atada a la naturaleza y su entorno) y determinista (todo está inscrito dentro de la relación causa-consecuencia), tampoco fatalista (una cuestión del destino)⁷, porque cuando la gente contempla datos históricos y los interpreta, los interpreta particularmente a la luz de su propia experiencia histórica. Es claro que Molano no aborda sus historias desde un punto de vista naturalista sino más humano y por ello, más complejo. Pero sí determinista, pues hay unas causas y unas

⁷ En sentido corriente el fatalismo se refiere a la creencia en el determinismo de los acontecimientos, dirigidos por causas independientes de la voluntad humana, sea este determinismo procedente de Dios, de la necesidad natural o de las leyes que dirigen la historia.

consecuencias intrínsecas en sus relatos, y también un abordaje fatalista, muy propio de quienes han tratado de entender y explicar la dinámica de la historia de Colombia en los últimos cincuenta años. Un fatalismo asumido como una ley natural inexorable que acompaña nuestro proceso de construcción como sociedad, un sino trágico que está incubado en todos los seres humanos que retrata y en todas las luchas donde siempre está en riesgo la vida.

Renán Silva califica la visión del pasado que hacen los historiadores, y algunos antropólogos, como una idea triste y neurótica –como la de Freud– que nos atormenta siempre sin que podamos marcharnos de allí. Cree mucho más en las urgencias e incitaciones del presente. “No se trata de asumir una postura en la que se plantee la ausencia de problemas o de proyectar una visión idílica de nuestra realidad, pero si una visión más compleja” afirmó en el mencionado Panel del Bicentenario. Hay un condicionamiento en distintos grados del pasado, pero Silva cree más en la invención y creación como un rasgo distintivo de la humanidad. La historia es una disciplina esencialmente contextual, relacional plantea. Los hechos históricos terminan viéndose, analizándose en el contexto del presente en el que se hace. En realidad es el pasado el que tiene un contexto y ese contexto se lo propone el presente. En dicha propuesta, el análisis histórico no es aquel que cuenta historias, sino aquel que, guiado por la propuesta de una historia problema, estudia problemas que el investigador construye al relacionar un acervo teórico, un método y unas técnicas apropiadas para la transformación de las fuentes primarias seleccionadas. La vivacidad de la historia aquí es evidente, y el espacio en donde sin duda emergen la creación y la invención. El contexto del presente, añade, es particularmente su propio presente.

Dicho lo anterior, Molano ha escrito sus libros en los últimos 30 años y podríamos indicar que desde *Los bombardeos al Pato* (1980) hasta *Del otro lado* (2011) ha estado más preocupado por desentrañar y dar a conocer los fenómenos sociales resultantes o generadores de nuestra violencia, que por hacer literatura o historia, pero las hace. La primera es su herramienta de comunicación, con la cual confecciona sus relatos y de la cual se desprenden otras consideraciones al tener

como fundamento los testimonios, la oralidad. Y la segunda, una forma de historia menos convencional, que por momentos se lee como complemento, como referente temporal al aludir al nombre de un gobernante, de un guerrillero, de un “suceso oficial”, pero que es subalterna cuando recoge la visión de seres considerados anónimos o arrojados al margen, a la periferia. Sus libros son ejercicios de la palabra, constitutivos de los seres humanos que narran y que el escritor plasma con un lenguaje eficaz y entretenido; en suma literario.

Evocando al escritor chileno Roberto Bolaño, debe reconocerse en el trabajo de Alfredo Molano una contienda visceral por rescatar historias subalternas y seguir las huellas que éstas han dejado, aún bajo la presión de las diversas caras de los poderes tradicionales y hegemónicos. “Estoy acostumbrado a navegar contra la corriente, las verdades oficiales y los dogmas. Más aún, a perder.” Eso escribió en una columna suya que tituló: “Con el sambenito puesto”, publicada el 5 de febrero de 2012 en El Espectador, y cuya pretensión era defender su gusto por las corridas de toros, pues la crítica se le había ido encima. La evocación antes hecha apunta a que Bolaño respondió alguna vez en una entrevista en televisión: “La literatura se parece mucho a la pelea de los samuráis, pero un samurái no pelea contra otro samurái: pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tener el valor, sabiendo previamente que vas a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura.” Tal vez esta sea una figura apropiada para irnos acercando al Molano literato, al que escogió ese camino para dialogar con su contexto, con su presente y su pasado, con su país y sus historias, o para explicarse la realidad a sí mismo y a los demás. Al que escribe para los de abajo, acaso desde el privilegio del letrado, para los que hace siglos están en la cola de la historia. Para los que leen desde la oralidad, desde la palabra. Ellos, palabras y personas, se encuentran en sus libros porque su trabajo reconstruye una riqueza oral de proporciones extraordinarias.

En coincidencia con Oscar Torres Duque (1998:47), el autor construyó o seleccionó al comienzo de su carrera una metodología para escribir los informes de sus trabajos como sociólogo que consideró –y sigue haciéndolo– más

reveladora, en medio de una búsqueda interna que lo compromete con sus textos más en términos humanísticos, que académicos o científicos. El hombre, el ser humano, es para Molano el centro de su concepción epistémica y de sus preocupaciones narrativas. El autor investiga y crea. En sus libros y a través de unos personajes en apariencia sin mayores pretensiones que contar lo que tienen para decir, Molano cuestiona sin límites ni restricciones de ningún tipo. De ahí que no sea tan inocente ni limpio su discurso, en lo social, lo religioso, lo político o lo económico. Rescata valores y exalta virtudes, sin despreciar –él o sus personajes– el dinero ni las comodidades mundanas. Es humanista e instruido en humanidades, un científico social que integra valores humanos en sus relatos y se vale de varias disciplinas para su elaboración, y para quien el ser humano es la medida de todas las cosas. En varios de sus libros relata la búsqueda de colonizadores que huyen de la violencia, pero no cuestiona que la llevan incubada –como bien reconoce Orlando Fals en el prólogo de *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y tierras* (1989)– y que sobre la premisa de que “la plata manda”, forjaron hatos y conformaron verdaderas huestes para su defensa, sin dejar de mencionar que perdieron los escrúpulos o dejaron atrás sus tradiciones de cooperación y ayuda mutua. Son campesinos, pero también guerreros. El azadón, el machete y el fusil adquieren para ellos la misma dimensión como utensilio, asegura Torres Duque. Marcan el *corte*, establecen el límite de lo conquistado, de lo colonizado, de lo propio, de lo que señala una frontera amenazada, “móvil y deleznable”.

Cuando Molano elige cómo plasmar y comunicar sus hallazgos comienza su carrera como escritor. Empieza a erigir una obra que ilustra esa concepción interdisciplinaria de la literatura llamada estudios culturales⁸ y que varios autores (Harold Bloom, Carlos Reynoso, Jordi Llovet, Santiago Castro-Gómez, entre otros)

⁸Ziauddin Sardar enumera las siguientes características de los estudios culturales en su libro *Estudios culturales para todos* (2005). Los estudios culturales examinan sus materias en términos de prácticas culturales y sus relaciones con el poder. Tienen el objetivo de comprender la cultura en toda su complejidad y analizan el contexto político y social, que es el lugar donde se manifiesta la cultura. Son tanto objeto de estudio como lugar de la crítica y la acción política. Tratan de reconciliar la división del conocimiento, para superar la fractura entre un conocimiento cultural “tácito” y otro el “objetivo” que muchos llaman “universal”.

consideran como una forma vedada de colonialismo académico, o por lo menos, la acogen con sospecha. (Sardar, 2005: 16). En este mismo orden de ideas, subyace en los “culturalistas” una intención de querer silenciar las opiniones que provengan de otras disciplinas en relación con los modelos que ellos usan, promoviendo un cierto autismo. La subordinación de la teoría a la praxis, la “depredación” de métodos de las disciplinas sociales, el ubicar la ciencia como el centro en la idea de transformación del mundo antes que en la producción de conocimiento, la ligereza epistemológica y su falso carácter anti-disciplinario, son las tesis en contra de la supuesta falta de rigor de los estudios culturales, que Reynoso en su libro *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*. (2000:117), resume en una frase de la que me serviré para cerrar mi enunciado: “esta debilidad teórica pretende ocultarse bajo la pirotecnia del lenguaje y la sofisticación retórica” (Reynoso, 2000:117). Para Molano es la vida concreta de sus personajes la que cuenta y no la clasificación académica formal. Si los estudios culturales surgieron en Inglaterra y para nuestro caso llegaron reinterpretados desde los Estados Unidos, y allí caben los trabajos de Molano, no creo que ello desvele al autor. Lo cierto es que exploran las formas de producción o creación de significados y de difusión de los mismos en las sociedades actuales, y en ellos se revela también el papel representado por el poder en la regulación de las actividades cotidianas de las formaciones sociales. En otras palabras, los otrora colonizadores imponen el modelo con el cual las independencias en Hispanoamérica deben entenderse. Sin entrar en los abismos de tipo económico y globalizador, asistimos a una descomposición de los imperios culturales y la formación de sociedades nacionales que buscan sus propios métodos de interpretación. Y es allí, donde Molano se ha ganado un espacio en nuestro país.

Al respecto de la reinterpretación hecha por la academia estadounidense, John Beverley plantea en su texto “Sobre la situación actual de los estudios culturales” incluido en el trabajo, “Asedios a la Heterogeneidad Cultural Libro de Homenaje a Antonio Cornejo Polar” (1996), coordinado por José Antonio Mazotti, U. Juan Ceballos - Aguilar, que en el nacimiento de los estudios culturales, hubo una coincidencia entre un proyecto izquierdista de trasladar la agenda de los

sesenta a la universidad –criticar las disciplinas, democratizar estructuras, modificar requisitos, dismantelar el canon, crear nuevos espacios para trabajar con más libertad– y un proyecto neocapitalista de reforma y modernización educacional. Puede discutirse entonces la elección de Molano, pero no desconocerse, pues estuvo a tono con las dinámicas que en Latinoamérica se daban en torno de nuevas formas de representación e interpretación. Otra cosa es que ahora los estudios culturales estén sometidos al análisis propio de la dinámica del conocimiento social y los paradigmas, y se critiquen, y en cierta medida, se le exija a Molano –y a otros autores en esta misma línea–, como planteara Fals Borda en el prólogo de *Siguiendo el corte* (1989) que “complemente las descripciones de los relatos con una explicitación praxiológica de la teoría y los conceptos que la subyacen.” Volvemos entonces a la cuestionada multiplicidad disciplinar, a la espinosa clasificación formal de sus relatos, al ineludible desorden descriptivo que resulta de los testimonios, al compromiso con las comunidades de donde partió, y tantos otros peros que, sin embargo, no le restan validez a su trabajo.

Que el trabajo de Molano sea literatura no niega, por ejemplo, la vivacidad de la historia en sus relatos, que resulta muy evidente. Es probable que a Molano le interese “pasar a la historia” y no “hacer historia” a través de la literatura, pues esta última puede resultar más perdurable y perenne que cualquier otra disciplina. Pero si hay en sus trabajos una apuesta de oposición y en contra del olvido, que no cree en el dominio de las cosas por la tradición, el mercado o la autoridad desmedida del poder; y que defiende a su vez, una jerarquía de valores, sobre todo los estéticos y humanísticos, que emanan de los movimientos y la cultura popular. Al respecto, Michael Payne, en su texto: *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales* (2002), señala que hay una notable ruptura durante los últimos veinte años de muchas de las barreras tradicionales que alguna vez separaron las disciplinas dentro y entre las humanidades y las ciencias sociales, y destaca además que el actual discurso intelectual en Humanidades suele ser desordenado, difícil y dinámico. A eso quería referirme cuando señalé que la obra de Molano comienza a erigirse hace tres décadas dentro de esos parámetros

interdisciplinarios y que antes como ahora, se reconoce que desarrolló su técnica por fuera de la academia como una alternativa no solo válida, sino eficaz. Que hace una orientación valorativa, claro; que recupera historia olvidada o prohibida, por supuesto; que hay una empatía con el pueblo y sus luchas, evidente; que hace un registro de la periferia y la lleva al centro, indudable. Reducir todo lo anterior a la imprecisión o la falta de rigor, es sí no absurdo, por lo menos injusto.

Rememorando a George Steiner y su ensayo *El lector infrecuente*(1978), en cada libro de Molano hay “una apuesta contra el olvido, una postura contra el silencio que solo puede ganarse cuando el libro vuelve a abrirse.”(1978: 23). Recuerda Steiner que “la relación entre el tiempo y la palabra, entre la mortalidad y la paradoja de la supervivencia literaria crucial para la gran cultura occidental... ha cambiado”. (1978: 32). Y esto afecta la relación entre el autor y su tiempo y también entre el lector y el texto. Que Molano construya sus textos de una forma no convencional o libre de los rigores de la academia, es una de sus particularidades, pero la incidencia de su época y del contexto inmediato, es definitivo en el resultado que presenta en sus libros. El presente es entonces – como plantea Renán Silva– el gran condicionador y el gran condicionamiento del pasado que relata Molano. Es decir, que el presente en el que escribe Molano cada uno de sus libros es buena parte del contexto del pasado, de su consideración personal sobre el pasado. Con sus textos, intenta modificar la imagen construida del presente y del país, y aunque vuelve sobre esa idea dominante del fracaso, del estado fallido por cuenta de la violencia y la desaforada búsqueda y mantenimiento del poder, lo hace desde otras orillas.

En ese sentido, es función de las ciencias sociales en general y de este trabajo en particular, aportar en la producción de visiones que saliendo desde el punto de vista del método, del análisis pausado, nos puedan permitir el descubrimiento de su estrategia narrativa y a la vez, asimilar mejor este presente que vivimos y también sus antecedentes, al revelar cómo ha funcionado la historia en nuestra sociedad y particularmente, en la región que atrajo a Molano. Con un primer capítulo donde se distinguen los tres escenarios básicos en los que se

mueve el autor: historia, literatura y periodismo, y con el apoyo de un análisis hermenéutico de algunas de sus columnas de opinión, me propuse contextualizar el escenario de análisis de los relatos, primero como un reconocimiento del espacio contextual y luego, como una forma de discernir el objeto de análisis. Ya para el análisis directo de los relatos, es preciso acudir a la teoría literaria pues el análisis histórico es inseparable de la reflexión sobre problemas de método, de técnica y de interpretación. Dicho análisis, debe recalcarse es –en sentido estricto– inseparable del trabajo de orden epistemológico. De ahí que lo primero sea, aproximarnos a una definición de los conceptos con los que Molano enmarca sus textos: relatos y testimonios.

2.1 De relatos y testimonios: el enigma de esta división

A través de estos relatos y testimonios (así los presenta Molano en *Del Llano llano*) el lector se aproxima –y puede creer que lo hace de manera directa– a experiencias como el desplazamiento de campesinos e indígenas de sus tierras, de pobladores de pequeños municipios y ciudades intermedias, y hasta de terratenientes que tomaron posesión violenta de terrenos y a quienes la misma violencia se encarga de despojar, y luego en su trasegar de desarraigo y posterior abandono, cuentan desde su vivencia, pero también desde sus intereses. Alfredo Molano se ha destacado por elaborar textos que se presentan en los medios de comunicación y en algunos escenarios académicos como de carácter testimonial. Allí relata, pero también recrea y reconstruye las historias de personas que a su vez también reconstruyen lo vivido y crean un relato desde su experiencia, pero también desde los más diversos parámetros. Pero ¿cuál es la diferencia entre un relato y un testimonio?, ¿cuál es la línea que divide el uno del otro? y ¿cuáles son las particularidades que hacen posible su distinción? ¿Acaso es una simple distribución editorial o en cambio, –como deja entrever Molano en el epílogo del libro– la precisa definición de un trabajo colectivo donde participan los animadores del evento, y, sobretodo, los concursantes con sus testimonios?

Podemos definir los relatos de Molano como cuentos largos que no alcanzan a ser novelas breves, pero con historias compactadas de tal forma, que involucran al lector en su composición final porque debe completarlos. El autor acude a esa forma de narración en la que se han destacado grandes autores (Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, Julio Cortázar y Ernest Hemingway, entre otros) en la que se cuenta una historia sin reflejarla en toda su extensión, poniendo el énfasis en determinados momentos. Esta característica suele ser decisiva para el desarrollo de la misma, en cuyo cuerpo pueden aparecer asimismo, diferentes tipos de discursos, lo que entrega una variedad de matices que a la postre son la característica principal de su estructura. El mismo Torres Duque, asegura en un abierto juicio de valor que los personajes de los relatos de Molano no son complejos, “son personas llanas, a veces raizalmente llanas, y su riqueza finalmente emerge sólo del lenguaje que emplean, del lenguaje en el cual se encuentran inmersos.” (1998:26). Debe decirse, en cuanto a la observación de Torres, que la realidad que encierran esos personajes y que el autor expone es compleja. Es probable que no haya una línea argumental definida, pero sí una tensión narrativa constante, estrategia que también han trabajado periodistas que han desbordado las salas de redacción (Truman Capote, Tom Wolfe, Gay Talese, Rodolfo Walsh, Horacio Verbitsky, Elena Poniatowska, entre otros), y se han decidido por narraciones que acuden por igual al testimonio, al dato excepcional, a la investigación, a los referentes históricos, a esos puentes que unen realidad y de ficción.

En Colombia, Molano es uno de ellos, aunque también podemos mencionar a Germán Castro Caycedo, Alfonso Salazar, Olga Behar, Víctor Gaviria, Juan José Hoyos, Heriberto Fiorillo, Antonio Morales y Ernesto McCausland, Sandra Afanador, entre otros, que azuzan la polémica que suscita el testimonio como base de obras en apariencia periodísticas que a partir de relatos orales “*literaturizan*” las experiencias de hombres y mujeres afectados por la violencia; y, a la vez dichos textos, demostrarían cómo en Colombia se ha ido manifestando un nuevo acercamiento a la realidad, y una construcción de la misma que da cuenta de las diferentes crisis políticas, sociales y todas las visiones de realidad que

coexisten en el país. Todos los aquí mencionados ejercen o han ejercido el periodismo y al margen de su título o profesión, se consideran periodistas. Todos combaten con las armas de la literatura, el monstruo de la objetividad periodística que acosa las salas de redacción y se dejan llevar por la intención –no siempre afortunada en otros casos y autores– de crear historias donde se unen lo público, lo político, lo colectivo, lo privado, lo íntimo y lo individual, para entregar piezas narrativas que comunican más que datos y cifras, conceptos y emociones. Un escenario por mucho tiempo reservado y considerado exclusivo, de literatos, antropólogos, historiadores y filósofos.

Es probable identificar en los relatos de Molano señales de un planteamiento inicial, una sentencia, una frase contundente y provocadora, incluso enigmática, que ha de abrir la puerta de la historia que será contada: en *La Virgen de sibilina*, “Aquel primero de febrero andará siempre conmigo.”(1995:11); en *No pude dejar de llorar*, “Los que más sufrimos esa violencia fuimos los niños y los gallos.”(1995:29); en *El retaque*, “Mi padre levantó una fundación en colindancias de Moreno –como se llamaba antes Paz de Ariporo– con Pore.”(1995:43); y en *Gesualdo de Maturín*, “Yo andaba en los seis años, sentado en las varas de la majada mirando trabajar llano a mi taita, caporal que era del hatu Maturín, en costas del Pauto, cuando comienzan mis recuerdos.”(1995:55) En los dos primeros emerge la inquietud del porqué y en los dos restantes hay un principio de la historia, de las cosas y del tiempo. Pero no hallamos en sus contenidos una estructura similar a la del cuento, en la que identifiquemos unos indicios, luego un nudo y al final un desenlace. Son relatos que avanzan sin buscar otra cosa que contar en el tiempo. Por eso a veces son leídos como crónicas, o desde la individualidad del relator se leen como perfiles, o desde los hechos son asumidos como historia, como cuentos cortos por un lector desprevenido, como novelas breves por quienes no logran zafarse de la tradición, o también, como una especie de simulación de la oralidad.

Su complejidad no radica en lo lineal del relato, sino más bien en la transversalidad del texto, que no debe confundirse con intertextualidad, pues

Molano no absorbe o transforma otros textos, sino la palabra que le ha sido contada. Conceptos afines serían la *diseminación* y el *injerto* de Derrida, donde hay una dispersión de las fuentes de la información, una entrega en forma de *collage*, y un montaje donde el autor aporta su propia visión, la injerta. También resulta afín la *architextualidad* y la *transtextualidad* de Gérard Genette, la primera que emparenta textos en función de sus características comunes con otros géneros literarios, subgéneros y clases de textos; y la segunda, la relación o presencia de varios textos, de manera explícita o subyacente. O la *influencia* de Harold Bloom, quien planteó que las grandes obras de la literatura no ven la luz completamente formadas, sino que emergen a través de un proceso de intensa lucha en competencia con aquellas que las han precedido. Es decir, cómo opera la influencia literaria, hay una batalla continua entre los autores y sus experiencias como lectores, una íntima relación de odio y amor de los escritores con quienes los anteceden y que inevitablemente se refleja en sus obras. Hay pues, en toda obra, unas huellas innegables.

No debemos olvidar además, que Molano es periodista (columnista) y que ha trabajado y trabaja en medios masivos de comunicación (televisión y prensa), de modo que valdría mencionar algo sobre la utilidad y pertinencia de la aplicación del concepto de transversalidad a otros dominios como los semióticos, donde irrumpe la *semiótica de la comunicación de masas* con exponentes como Umberto Eco y Roland Barthes, que se alejan de esa semiótica excesivamente centrada en el estudio del signo que ignora la vida de dichos signos en las prácticas sociales. Molano utiliza en sus textos el lenguaje humano de la palabra unido con otros lenguajes humanos de diversa índole, *interdiscursividad*, ya que no sólo hay textos –y por lo tanto *intertextos*– escritos que él ha de revisar en su investigación previa (documentos, archivos, sentencias, cartas, libros, periódicos, etc.), sino que en el contexto más amplio de sus estudios culturales hay interpretación de los signos que se extienden a toda la trama comunicativa humana (tradiciones, rituales, rezos, coplas, canciones, etc.) que de alguna manera Molano explora y expone, fragmenta, recopila, ordena y comenta ante los ojos del lector. Proponiendo así un concepto del quehacer literario más al nivel de la vida ordinaria que propicia un

acercamiento, pues el autor cede su lugar, su trono de héroe cultural (así lo llamó Beverley: “un alejamiento de la figura del gran escritor como héroe cultural”) a quien le entrega el testimonio, que ha sido llamado por la academia “*testimoniante*”. Ante esta situación, no podemos alejarnos de una discusión que ya es de vieja data y es ésta, la inclusión del testimonio en la categoría literaria o en la categoría científica, un asunto ampliamente discutido y cuyo carácter híbrido, no deja una certeza única, sino múltiples enfoques y perspectivas.

Frente al testimonio, los puntos de coincidencia admitidos unánimemente son la presencia de un testigo directo (o varios) y el reflejo a través de su discurso de un período histórico. Son muchos, sin embargo, los aspectos que no aparecen tan claros, entre ellos se ha debatido el carácter literario o documental de estos textos, la necesidad o no de la absoluta veracidad de los hechos relatados, la función principal de este tipo de discurso, las características de quien brinda el testimonio (singular, plural, verdadero, ficticio) o las cualidades del referente histórico (reconocible, desconocido, presente, pasado). Definir y explicar el testimonio no ha sido una tarea fácil, pues no es un término exclusivamente usado por la literatura. Ya se ha visto que involucra varias formas canónicas literarias y del llamado nuevo periodismo surgido hace ya varias décadas, medio siglo para ser más exactos. Estos datos, sin duda, nos obligan a reflexionar no sobre la validez del testimonio como herramienta efectiva de comunicación, pero sí sobre su ubicación en el plano del análisis literario, pues a diferencia del relato, no aparece como género en los textos de perceptiva literaria, como algunos de los antes enunciados, demos por caso, el cuento, la novela corta, el reportaje periodístico, etc. Por su estructura, está demostrado, puede asemejarse a otros géneros: al cuento y al relato cuando se basa en la narración de una o varias acciones; a la novela cuando al narrar una vida se reconstruye todo un ambiente; al reportaje cuando por momentos nos da la impresión de un suceso; y al ensayo cuando junto a la acción aparece la reflexión teórica.

En 1989, John Beverley publicó, en el número 35 de la revista *Modern Fiction Studies* (Estudios modernos de ficción), un ensayo sobre el testimonio

titulado *The Margin at the Center: On Testimonio* (El margen en el Centro: El Testimonio), que tendría gran repercusión en el ámbito de los estudios literarios y culturales latinoamericanos. En él, Beverley propuso una definición del testimonio como forma literaria emergente, producto y expresión a la vez de las luchas sociales de los años sesenta, setenta y ochenta; definición que, con el transcurso de los años, tomaría un carácter canónico dentro del discurso sobre el testimonio. Dos años antes, en 1987, el autor ya se había referido al tema en el capítulo "Anatomía del testimonio" en su libro *Del Lazarillo al Sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Desde entonces, el debate académico respecto del testimonio ha seguido dos líneas. La primera se ha interesado por legitimar el testimonio como "la voz de los que no tienen voz" y le atribuye un trasfondo político y revolucionario que pretende un cambio social. Allí, Beverley aparece para calificarlo como auténtico y no ficcional y argumenta: "[...] Es lo que realmente pasó, "lo real", la verdad contra la mentira, –la gran mentira del racismo, el imperialismo, la desigualdad, la dominación de clase, el genocidio, la tortura, la opresión–es lo que está en juego en el testimonio". La segunda línea ha estudiado las características discursivas y/o narratológicas del testimonio con el objeto de definir la especificidad del mismo como forma literaria. Autores como Elzbieta Sklodowska (1992:81), cuestionan las definiciones del testimonio que lo reducen a su función política y que interpretan el efecto de realidad producido por la literatura testimonial en el sentido de una correspondencia mimética con la realidad extraliteraria. No debemos obviar que quien relata un testimonio, también reelabora su propia vida y su historia, reinterpreta el pasado a través del recuerdo y la memoria.

La polémica que no cesa después de 20 años, motivada incluso por el mismo Beverley que se preguntó desde su planteamiento si el testimonio ¿era un nuevo género?, ¿o si era la mezcla de varias formas discursivas?, y que examinó su estatus dentro de la institución literaria, se intensificó cuando autores como Sklodowska se dieron a la tarea de discutir sobre las características específicas del testimonio, y se preguntaron si ¿acaso es un híbrido inclasificable?, ¿es novela?, ¿es autobiografía?, ¿novela testimonio?, ¿socio literatura?, que

continúan teniendo actualidad en el seno de los estudios literarios. La misma Sklodowska, quien fue coeditora de la Revista de Estudios Hispánicos (1999-2010), presenta varias modalidades al respecto como el testimonio legal, la entrevista, el diario, la autobiografía, las memorias, las crónicas, etc. y marca diferencias en el testimonio cuando éste es recogido por el letrado de un narrador-testigo, cuando es vivido por quien relata y escribe, en fin. Beverley, especialista en literatura latinoamericana y estudios culturales de la Universidad de Pittsburgh, defiende su propuesta al asegurar que puesto que es posible apreciar en él algunas constantes que lo "identifican" y permiten "clasificarlo", se le puede calificar como género.

Al testimonio se le ha llamado forma literaria, corriente literaria, género discursivo, se presenta en varios escenarios, y por tanto se ha convenido entonces, de que si bien no está en ningún texto de preceptiva literaria como tal, es un nuevo género que irrumpió en la literatura latinoamericana, aunque hay quienes afirman que siempre había estado allí, desde los cronistas de Indias. De acuerdo con Sklodowska existe una tendencia a catalogar el testimonio como auténticamente hispanoamericano sin tener en cuenta que este tipo de narrativas se observan en muchos otros países y desde hace mucho tiempo. Todas las sociedades de clase han desarrollado una cultura dominante, siendo la norma establecida la que determina la interpretación de los hechos históricos. Entonces, el testimonio, al salirse de este contexto, puede proporcionar otras fuentes e interpretaciones que se opongan a ella. Valdría para reforzar la idea de la polémica y las distintas apreciaciones acerca del testimonio, decir como Borges que "no hay géneros sino lectores".

No deja de ser menos cierto, que el recurso del testimonio se asume la mayoría de las veces como una herramienta metodológica de la investigación que en medio del trabajo de campo, entrega información y se toma como una declaración confiable, aunque deba ser verificada. La investigación puede ser social, judicial, periodística, etnográfica o de cualquier tipo, pero en ella el testimonio adquiere el rango de compromiso con la autenticidad. En disciplinas

como el derecho, es una prueba que pretende justificar un planteamiento, una presunción que debe ser comprobada. El testimonio busca la certeza, la afirmación de alguna cosa, la seguridad frente a la existencia de algo o alguien. En religión, por ejemplo, el testimonio es el fundamento de su prédica, valida la creencia y su objetivo es convencer sobre lo Divino, lo Invisible, lo Omnipotente y lo Sabio, sobre DIOS, cualquiera que éste sea. Es una especie de coartada. En Molano, es el eje transversal de su metodología. El testimonio de varias personas recogido en un personaje, revela la historia de la comunidad que aborda, de muchos similares pero no iguales, con los cuales se construye un arquetipo del ser que habita ese poblado, esa vereda, ese corregimiento, ese lugar aislado que por el solo hecho de la nacionalidad o el lenguaje, permanece atado al centro que lo expulsó. Molano construye sus personajes a partir de lo que recuerdan y dicen, de lo que hicieron y piensan al respecto, de su relación con la región y el país, y sobretodo, de cómo se definen a sí mismos en términos íntegros. Poco, casi nada, importa lo físico. Destaca su dimensión interior, la intimidad expuesta para entregar su explicación vital. Y también los utiliza como sus “traductores”, pues al comunicar en forma de relato superpuesto, cruza información suya, incluso son muy recurrentes las mezclas entre personas y personajes. Molano encontró en esta modalidad de testimonio, la forma de expresarse como escritor y redefinir la nación. Sus historias rehacen la participación de algunos sectores sociales en el devenir de ciertas regiones y comunidades, pretendidamente inscritas dentro del concepto de desarrollo, que se refleja en el poblamiento de sectores por lo regular periféricos, es decir, alejados del centro dominante.

El autor se sirve de la estrategia narrativa de la primera persona, pero no deja de opinar y contar también desde su percepción y posición. Hay pinceladas, retoques que pulen el cuadro de una narración oral llevada al texto. No podemos desconocer que el conocimiento siempre está inventando al *otro* desde las coordenadas del *uno*, y resulta saludable para cualquier análisis, dudar de la supuesta transcripción nítida de la oralidad. En sus relatos hay espacio para el amor, los sentimientos, pero también para las desgracias humanas, las drogas y el alcohol, la explotación de trabajadores por parte de los nuevos terratenientes, el

crimen indiscriminado, la destrucción del medio ambiente, la “fundación de tierra” implantada por cualquiera de los grupos armados, bien sean estos jefes de la guerrilla o paramilitares, o incluso, altos mandos militares o de la policía y claro, el reiterado engaño de los gobernantes, que el autor deja ver de manera permanente entre las líneas del discurso que construye. Su propuesta encierra un cambio de perspectiva, hay mucho más allá de sus textos, hay una rica heterogeneidad cultural. En cada relato oral que recoge está implícita la memoria colectiva, y por eso al Molano retomar la oralidad como base de su escritura, está apostándole a la creación de una voz, por demás esquiva en la creación literaria que se define sólo desde lo verbal, para que perdure en el tiempo. En resumen, podríamos decir que lo que hace Molano es recoger unos testimonios base que son el fruto de un trabajo de compilación con el que se acerca a los temas y las comunidades, luego conforma con éstos la estructura o andamiaje, y después comienza el trabajo de dar unidad al heterogéneo *corpus* de discursos orales, con el que presenta la crisis colombiana desde una perspectiva distinta a la oficial, tergiversadora de los acontecimientos y sus consecuencias. No quiero con esto decir que la perspectiva de Molano es verdadera y absoluta, sino válida, alterna.

Es probable que en sus libros no se agote el diálogo con sus lectores, y muy posible también que respondan a las preguntas de todos los tiempos, como los clásicos, porque no expresan lo mismo en otro lenguaje, sino que transforman su materia prima –en este caso los testimonios– en relatos, a través de una operación narrativa e historiográfica, que funde lo empírico y lo ilustrado.

No obstante debe reconocerse, para iniciar cualquier tipo de análisis, la flexibilidad de un tratamiento que permite involucrar en los textos elementos sociológicos, históricos, antropológicos y de la literatura, dentro de algo tan valioso e impresionante como es el transmitir, sin mayores mediaciones aparentes, experiencias de vida, únicas e irrepetibles. Lo anterior se enmarca dentro de un abanico de metodologías interdisciplinarias de investigación que se mueve –ya se dijo– entre los estudios culturales, pero que los trasciende y se inscribe en la narrativa testimonial, acaso una nueva forma de literatura, en la que se han

inscrito los textos de Molano. Al respecto, en *Del Llano Llano* (1995) el autor, confronta y nutre el debate de cara a las opiniones frente a la validez de su método, como el que asegura que estos textos presentan complicaciones relacionadas con su “recopilación, transcripción, redacción y recepción” (Sklodowska, 1997:75), pues si bien son presentados como no literarios, los prólogos y la interpretaciones mediáticas de sus autores o quienes los avalan, cumplen una función paradójica: encauzan la lectura en dirección de lo cognoscitivo más que de lo estético, pero a la vez tematizan el problema de “la ficcionalización”. En cada relato que leemos, y en eso coincidimos con la autora, se está “ficcionalizando” la experiencia individual y en ese sentido habría de revisarse en estos relatos de Molano, el complemento narrativo que se hace por fuera del texto y que vendría a presentarlos como una forma de historia, o al menos, como un complemento de la misma. No sobra reiterar –y ello ratificaría la teoría de Renán Silva– que cuando alguien contempla datos históricos y los interpreta, los interpreta particularmente a la luz de lo que es la experiencia histórica que vive, con todas sus particularidades y experiencias individuales.

Y allí podrían evidenciarse las limitaciones que apuntan a las asociadas a una tendencia de autores como Molano, a enfrentar una supuesta verdad genuina e incontaminada, yacente en tales historias, con las también supuestas deformaciones que el análisis teórico, propio de los académicos, le introduce a la vida. Molano en sus charlas y conferencias, en sus columnas de opinión, en las entrevistas que concede, en las explicaciones sobre su técnica y proceso, asume en buena medida la responsabilidad sobre lo relatado. Es ahí cuando se borran las líneas que dividen el discurso periodístico, el sociológico y el literario y se propone un nuevo modo de narrar comprometido.

3. LAVIRGEN DE SIBILINA

La virgen de Sibilina es el relato de una mujer que evoca su niñez y todas las vicisitudes que a sus escasos siete años tuvo que pasar cuando fue llevada a un internado de la Zona Andina, con profunda vocación religiosa y una rigurosa disciplina, lejos de su lugar de origen donde la primera condición era poco habitual y la segunda, diferente. Recuerda cómo un sueño con la virgen le sirvió para diseñar y aplicar un ardid que la llevara de nuevo a Hato Perdido, una fundación ubicada más allá del centro de los Llanos Orientales. Su padre la había criado como a un hombrecito, sometida a los designios y trabajos del hombre, que decide qué debe hacer y cómo hacerlo. En medio de referencias a la educación, a la fe, a las diversas costumbres, a la relación centro y periferia, a la política partidista, Sibilina -la protagonista-, logra burlar a la Iglesia y regresar con su padre, al seno de su familia y a su territorio.

3.1 La virgen de Sibilina: misterio y detalle. Consideraciones preliminares.

Lo primero que debemos destacar de *La virgen de Sibilina* es un dato que si no fuera por su trascendencia para el análisis que se abordará más adelante, y que incluye otros tres relatos (*No pude dejar de llorar*, *El retaque* y *Gesualdo de Maturín*), se quedaría en una simpleza, en un dato casi marginal. Se trata de un asterisco al final del título que opera como una nota al pie de página donde se lee lo siguiente: “Sobre una idea de Ruth María Hurtado” (1995: 11). Lo anterior da cuenta de la fuente primaria que toma Molano como base para su historia, pero también subyace en el dato, la ficcionalidad misma del relato. Podría ser también una estrategia para validar una invención, pero asumamos que es un compromiso con la fuente. De allí podemos inferir algunas cosas. Primero, que Molano trabaja el texto a partir de una experiencia ajena, pero que la idea no es necesariamente ajena. Segundo, que Ruth María Hurtado no es un personaje, sino una persona. Y tercero, que hubo un acuerdo entre el autor y su fuente. Sugiere este dato tan elemental como revelador, la posibilidad de “una política de coalición” (Beverley, 2004: 52). Dicha política reconoce en este tipo de proyectos, la representación de

una nueva forma de articulación entre el intelectual y el sujeto subalterno y definen nuevos paradigmas para esta relación.

John Beverley, quien coordinó entre 1992 y 2002 el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, considera que lo subalterno es el resultado de una denegación, pero al mismo tiempo implica una especie de afirmación negativa o afirmación por oposición. Con sus textos, Molano desaprueba la historia oficial y se opone a ella, mientras se rebela contra los métodos que la academia –acaso gestora y partícipe de la construcción del canon o la hegemonía– ha utilizado y utiliza para contar. En *La virgen de Sibilina* hay un vaivén placentero entre el rigor y la especulación, entre lo académico y lo anecdótico, entre la información, la literatura e incluso la poesía. Molano acuerda o pacta con su fuente, la convierte en su aliada, pero la traiciona, pues se mueve –con la ayuda de varias disciplinas– en una plataforma que ella desconoce. No podemos olvidar que Molano conoce las reglas y principios de la sintaxis y la gramática, de la escritura en general, las tácticas para ampliar el rango cognitivo a partir de una agudeza perceptiva que puede haberse depurado con la experiencia y la práctica, pero que maneja ante todo, los preceptos que le han entregado las humanidades, y que escribe y narra desde cierto lugar de privilegio. En esa misma línea, se debe indicar que el autor recurre a la exposición de sus conclusiones a través de un lenguaje literario donde podemos advertir el rechazo a varias formas de subordinación, pero jamás la voz de los subordinados, con lo que el planteamiento de Beverley, que asegura que lo subalterno “también se produce y se siente como sujeto en oposición al 'amo' o al 'maestro'”, se evidenciaría en su relato. Valga decir que el grupo de estudios en mención, utiliza el término subalterno o subalternidad como “atributo general” que sirve para referirse a todo tipo de subordinación, ya sea por motivos de sexo, de raza, de edad, de clase social o cualquiera otro.

En opinión de Beverley (2004: 143), la reivindicación de la perspectiva subalterna no debe basarse en una idealización de la mentalidad pre-capitalista o del multiculturalismo, sino en la búsqueda de estrategias que permitan transferir la negatividad constitutiva de lo subalterno a los estamentos de la cultura dominante.

Hay que tener en cuenta al respecto de lo que plantea el profesor del Departamento de Literatura de la Universidad de Pittsburg, que lo subalterno designa un sujeto que no es *totalizable* (como sí lo son el “pueblo” o la “ciudadanía”) y que su gran potencialidad reside en el hecho de que se constituye a partir de la desigualdad (no de la diferencia) social y cultural. Es por eso de vital importancia tener claro que si en su lucha contra el poder hegemónico, los grupos subalternos asumen la lógica propia de las clases dominantes, entran en una dinámica maniquea que, en última instancia, sólo permite sustituir una hegemonía por otra. Por ejemplo, cuando un guerrillero liberal como El Tuerto Giraldo o un antiguo chulavita como Don Misael, se sanean fundando tierra, sufren una conversión cívica, pero no abandonan la violencia como método. Y allí Molano es lúcido, pues con su pericia como narrador y dado que hay una diferencia cultural entre él, las personas que sirven a su propósito (los que le brindan los testimonios) y a quienes llegan sus libros (lectores), logra una representación de la otredad libre, zafada de la costumbre, de la forma como se ha hecho siempre: tradicional y hegemónica, oficial. Es poco probable que con *La virgen de Sibilina* en particular, y con todos sus relatos y libros en general, Molano dañe o altere esa relación de dominio y de subordinación presente en la región que retrata, o haga tambalear el poder político y económico de los Llanos Orientales, pero si destaca la autonomía de lo subalterno, esa especie de ingobernabilidad que se deduce de unos personajes que parecieran mandarse solos y obedecer a unos principios individuales y de autorregulación impuestos por ellos mismos y su cosmovisión.

No nos dice el texto qué tanto aporta Ruth María o qué retoma el autor, qué tanto le sucedió a la persona y qué tanto complementó el escritor y fundió en el personaje protagónico. Tampoco sabemos porque Molano decide exponer aquí su fuente primaria o base y no lo hace en los otros relatos que componen el libro. La protagonista del relato se nombra Sibilina (la carga simbólica de este nombre es muy importante y se tocará más adelante), o mejor, se identifica con un nombre propio –sin apellido–, y esa característica la comparte con otros protagonistas, como Gesualdo. Molano opera como un Bautista que recurre para nombrarlos, en el caso de Sibilina a la virgen que ésta se imagina y en el de Gesualdo, al lugar en

el que ha de radicarse este hombre. *La virgen de Sibilina y Gesualdo de Maturín*. En los dos casos, no hay un ciudadano sino una historia para la primera y un espacio para el segundo, un cuento que se inventa Sibilina para volver al Hato Perdido y un lugar para un hombre que, como un paria privado de derechos por carecer de un padre y una familia, busca y echa raíces con base en su astucia, su bravura y el conocimiento del trabajo del Llano. Hay en *La virgen de Sibilina* un acuerdo tácito que podríamos resumir así: alguien cuenta (Ruth María), el escritor (Molano) reconoce y registra la situación, pero se abroga la libertad para manejar y construir la narración (estrategia). El resultado (el texto), todos sabemos, no le pertenece ni siquiera al autor. En tanto la sociedad igualitaria es aún una utopía, lo que Molano hace es una articulación, es gestor de una coalición entre nosotros (sus lectores) y los grupos o culturas subalternas en cuyo nombre habla, o por lo menos, funda sus historias.

Estamos frente a un texto que se podría auto anunciar como no literario, no tanto por el título *Del Llano Llano*, sino por el subtítulo *Relatos y testimonios*. El título nos propone una mirada abierta y espontánea (llana, en alusión incluso a la pretensión del título del libro que alude a lo esencial del Llano), sobre una región específica de Colombia. Una mirada sencilla, modesta y hasta poco pretenciosa que, sin embargo, va a la esencia de los seres humanos que habitan esa parte de nuestra geografía y brindan sus testimonios. La condición de lo llano obedece aquí no a la planicie que designa el primer término, sino a la circunstancia que se escoge para la observación, para ir al fondo de un asunto, de un lugar y unos seres, y dejar que lo relaten algunos de sus habitantes en un ejercicio de transición donde una voz es el resumen polifónico de una comunidad. En resumen, un “yo” que representa a “otros muchos” y donde detrás de cada “caso” no hay una anécdota particular, sino la representación social de unas condiciones que viajan desde la individualidad hasta lo colectivo, desde la injusticia hasta la denuncia, desde la vivencia hasta el discurso, expandiéndose así la afirmación de una identidad que permanece oculta y logra con el texto, algún grado de reconocimiento. Esta primera parte del título no nos indica a qué disciplina pertenece el texto o bajo qué parámetros disciplinarios están escritos los relatos,

pero de alguna manera, *Del Llano Llano*, nos llega a sugerir esa economía verbal que tanto se ha alabado en los textos de Juan Rulfo, *El Llano en Llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). En el relato de Molano, también se oyen ladrar perros, y se llora mucho, se reza, y el diablo ronda a *La virgen de Sibilina*.

Pero veamos cuáles son las concomitancias. El primer texto referido del mexicano, está conformado por 17 pequeños relatos donde combina realidad y fantasía a través de personajes que representan y reflejan lo más típico de los lugares donde transcurren las narraciones, con sus grandes problemáticas socio-culturales entrelazadas con el mundo fantástico. Una economía que no obstante la llaneza de su lenguaje contiene una fuerza emotiva que desborda la narración, que reconoce la otredad y que nos entrega mucha más información de la que expresa literalmente, con una intensidad y una vitalidad propias de la dinámica humana y los escenarios en los que se desarrolla. Y ello es parte de lo que hace Molano en *Del Llano Llano*, que después de recorrer una región que no es infinita pero lo sugiere y de recoger unos testimonios, construye unos textos que dan cuenta de una región única y unos habitantes excepcionales, que tienen una forma exclusiva de concebir el mundo y la vida, poseedores de una cultura rica, fresca, recia, y de alguna manera aún elemental, donde la palabra aún tiene valor y los valores humanos se mueven en esferas y dinámicas diferentes a las del resto del país. Donde lo maravilloso y lo fantástico hacen parte de la cotidianidad y no de la fantasía. Donde la mirada al horizonte pareciera infinita y donde los centauros aun cabalgan en una cultura que no separa al hombre y al caballo.

El subtítulo nos propone una lectura donde el componente de oralidad es determinante (*Relatos y Testimonios*) y reconfirma su presentación alejada del concepto de ficción, pero afincada en la idea de una transcripción que se despliega ante el lector como fidedigna e inmaculada de lo que le contaron al autor. Pero qué ocurre con el anuncio de que *La virgen de Sibilina* se trabajó “sobre una idea de Ruth María Hurtado”, pues que se desvirtúa la nitidez de dicha propuesta narrativa en tanto el respeto por lo contado no sucede en sentido estricto, dado que la palabra, la oralidad, se transfigura en un texto y en ese orden

de ideas nos deja ver al menos un contrasentido. Es cierto que se valida el testimonio de una persona (Ruth), pero no lo es menos que se advierte a través de la frase, que el autor lo complementa y puede hacerlo con base en otros testimonios o en información cuyas fuentes pueden ser tan diversas como su propia experiencia o el resultado de la indagación en cualquier lugar y momento, cual es el caso del Centro de Historia de Casanare, como lo reconoce y agradece el autor en el epílogo del libro. Molano, es innegable, anuncia parte de la fuente, su base primaria, pero a la vez asume su participación en la construcción del relato.

Allí es fundamental la preposición “sobre”, cuya función en la oración es la clave enunciativa del relato. Molano trabaja cubierto por la idea de Ruth, pero el resultado de su trabajo, no es la reproducción puntual de lo que ella le dijo. Tampoco es la simple “servidumbre de las fuentes” de la que hablara Renán Silva o la relación enigmática que mantiene el historiador con la sociedad y con la muerte, y por la que tanto se preguntó Michel de Certeau, pero sí el escenario ideal levantado para contar su historia, un pequeño universo como el construido por Juan Rulfo para sus personajes, un microcosmos que es al mismo tiempo fantástico y simple, ilusorio y real, y en el que suceden sus relatos. Esa microhistoria con la que los herederos de Antonio Gramsci le rindieron un homenaje al filósofo y periodista italiano y revaluaron el concepto de lo hegemónico no como algo absoluto, sino susceptible de ser filtrado e incluso remplazado por las clases subalternas, con sus propios intelectuales.

Molano –no cabe duda, desencantado de la historia tradicional– optó por escribir este tipo de historia, más descriptiva que académica, y más enfocada en el ser humano que en las circunstancias, y claro, con la narración como forma de exposición. Y en efecto, aunque su trabajo –que ha sido inscrito en la categoría de narrativa testimonial– se origina en formas de comunicación tradicionalmente consideradas extraliterarias como el periodismo, la entrevista, las memorias, el informe sociológico o antropológico, logra integrarse al ámbito literario y modifica los modelos representacionales de la que podemos calificar como la “alta

literatura”. Molano operaría como un transgresor de los límites, y por supuesto, mucho más allá de los geográficos.

Bien lo expresa Elzbieta Sklodowska, en su libro *Todo ojos, todo oídos* (1997) donde pone a contraluz cinco novelas latinoamericanas⁹ unidas por una característica transversal: el desplazamiento vertiginoso de individuos, grupos, valores e ideas, fenómeno frecuentemente asociado con la modernidad y la modernización. La escritora parte de la hipótesis de que las “cinco novelas abogan por la trasgresión de los límites –de la palabra, del espacio, de la ley– al mismo tiempo que introducen diversos mecanismos de vigilancia, censura y normalización.” En *La virgen de Sibilina*, Molano no solo refleja el desplazamiento en su dimensión más pura, sino que elabora un discurso cuyos elementos reivindican ese nuevo espacio de llegada y desechan la posibilidad de un nuevo desarraigo. Una niña que hasta los siete años no ha salido de Hato Perdido, es una bella metáfora de la firmeza en el territorio, de una raigambre visceral y a toda prueba. *Urbi et orbi*, una aldea tiene el tamaño exacto del mundo para quien siempre ha vivido en ella, nos recuerda José Saramago en un artículo de prensa que tituló “Este mundo de la injusticia globalizada”, y que resumiría con exactitud el universo de Sibilina, donde nació y se crío hasta los siete¹⁰ años. Un número que en la cultura occidental ha sido convertido en signo del pensamiento, la espiritualidad, la conciencia y la sabiduría, y uno de los más determinantes en la Biblia, el más canónico de todos los libros occidentales. Hato Perdido, es el símbolo de la nueva fundación, hasta allí había llegado su padre huyendo de la

⁹*Santa* (1903), *Los de abajo* (1915), *Herencia* (1895), *La Vorágine* (1924) y *Jardín* (1935). Las primeras dos mexicanas, una peruana, una colombiana y una cubana.

¹⁰ El número 7 tiene el simbolismo más conocido de todos. Representa la perfección. Por eso Jesús dirá a Pedro que debe perdonar a su hermano hasta 70 veces 7. También puede expresar la perfección del mal, o el sumo mal, como cuando Jesús enseña que si un espíritu inmundo sale de un hombre puede regresar con otros 7 espíritus peores, o cuando el evangelio cuenta que el Señor expulsó 7 demonios de la Magdalena. El Apocalipsis es el que más lo emplea: 54 veces para describir simbólicamente las realidades divinas: las 7 Iglesias del Asia, los 7 espíritus del trono de Dios, las 7 trompetas, los 7 candeleros, los 7 cuernos, etc. La tradición cristiana continuó este simbolismo del 7, y por eso fijó en 7 los sacramentos, los dones del Espíritu Santo y las virtudes.

violencia, allí creó su espacio, su mundo, en donde impuso sus normas y leyes, que reforzó con valores y doctrinas propias que desconocían la idea de progreso imperante que los arrojó a esos confines. Allí regresan y de allí no quieren irse. Es la insubordinación a la que se refiere Sklodowska y que en los textos de Molano es imposible abordar desde una sola herramienta teórica, y por el contrario, debe abordarse con las mismas armas que utiliza el autor, lo textual, lo que está por fuera del texto, la oralidad, lo literario y en suma, lo interdisciplinario.

*No hay testimonio alguno capaz de probar un milagro,
a menos... que su falsedad sea más milagrosa
que el hecho que pretende establecer.*

David Hume

3.2 Misterio y religiosidad: los ejes de la virgen de sibilina

Más allá del título mismo del relato, el nombre al que alude contiene una enorme carga de información con la que vale iniciar su exploración. Nos dice que las raíces tanto latinas como griegas del vocablo, *Sibyllinus* y *Sybillia* respectivamente, dan cuenta de una amplia gama de significados. El adjetivo Sibilina, designa en términos de lenguaje toda expresión deliberadamente ambigua que se enuncia de manera misteriosa o enigmática, por lo que puede resultar confusa, generar desconfianza, y a la postre, permitir varias interpretaciones. Lo que en la raíz griega termina otorgándole visos proféticos a la expresión, pues era el nombre genérico dado a las sacerdotisas del oráculo cuyas respuestas conferidas en estado de trance, eran oscuras y objeto de diversas interpretaciones, por lo que difícilmente se equivocaban. En el relato de la pequeña hay misterio es cierto, pero sobretodo un conjunto de representaciones que configuran cierta extensión del colonialismo interno que deja ver la relación del centro andino con la periferia llanera, en varios aspectos, con predominancia de lo religioso y sus opuestos puntos de vista. En el nombre del relato, el sustantivo virgen que antecede al adjetivo Sibilina, inviste el título de sacralidad y de pureza, pero ante todo incrementa el misterio, pues al misterio de lo confuso se suma el misterio de la

maternidad, de la concepción por obra y gracia del Espíritu Santo. Hay en él una información implícita que puede ser religiosa o sexual y que unida al adjetivo, abre una inmensa carpeta de asociaciones y significados.

Lo sibilino, entonces, siempre parece encerrar un secreto importante y por eso se aplica al lenguaje que crea un clima de misterio, con pretensiones de profundidad. El relato de Molano contiene varios elementos que nos acercan a estas definiciones, pero no tanto porque resulte confuso como relato mismo, sino por las estrategias y artimañas de las que se vale la protagonista para volver a su lugar de origen luego de ser llevada a un internado, y por las razones que pudieron llevarla a tomar esa decisión. Las profundas diferencias en todos los ámbitos –incluido por supuesto el político– entre el interior del país y los Llanos Orientales, la poca importancia que le otorgan los llaneros a la religión y su resistencia a esa proclividad misional que por espacio de tres siglos de ocupación colonial arrasó –por fortuna no totalmente– con las culturas de indígenas y negros, dada su doctrina impositiva fundada en el temor y el pecado. No podemos obviar como bien nos lo recuerda Margarita Serje en *El revés de la nación* (2005) que los Llanos Orientales hacen parte de esos “territorios de refugio para las poblaciones marginales a la sociedad colonial” y que a él llegaron indios bravos y esclavos fugitivos, colonos pobres, españoles venidos ilegalmente, desertores, vagabundos, incluso leprosos, hechiceras, hierbateras, mestizos, zambos, mulatos, y en general población relegada, lo que permitió que allí se conformaran sociedades de resistencia con relativa autonomía. Es más, Serje asegura que la región hizo parte del territorio patrio que a finales del siglo XIX la República entregó para su control a la Iglesia Católica¹¹ a través de un convenio con el Vaticano. No es entonces en la forma sino en el contenido, donde podemos encontrar información que le de

¹¹ Desde la Constitución de 1863 se había establecido que estas “enormes extensiones selváticas” de gran potencial económico e incapaces de gobernarse a sí mismas por estar pobladas por tribus salvajes, fueran regidas directamente por el gobierno central para ser colonizadas y sometidas a mejoras. De ahí que no resulte extraño que a finales del siglo XIX se volvieran a definir o se ratificaran desde el Estado como territorios salvajes “habitados por aborígenes nómadas o que habitan en selvas vírgenes” que debían ser colonizados, y por tanto se convirtieron en Territorios de Misiones.

soporte al título y nos permita algunas deducciones. El misterio también habita en el recurso creativo de Molano que, alejado de la rigurosidad académica, se refugia en la especulación literaria o abiertamente poética, que a través del tiempo ha demostrado una efectividad asombrosa cuando se vale o mezcla datos históricos, con referentes textuales o entrevistas orales, realidades culturales o simples tradiciones, míticas o religiosas, y enlaza todo con la creación ficcional.

En cuanto a lo religioso, están de manera explícita en *La Virgen de Sibilina* las alusiones a la Virgen de Manare, a la Inmaculada y a la de Fátima, y con el cerro de Santa Bárbara y la madre Guadalupe¹², a muchas otras mariofanías¹³ y advocaciones implícitas. El 13 de mayo –fecha que se menciona en el relato, junto al 1 de febrero (día en el que salió Sibilina de Hato Perdido) y 24 de julio (día en el que llegó su padre al internado)– es el día en el que la Iglesia Católica señala que se le apareció la virgen a tres niños pastores en Fátima (Portugal) en 1917. La misma fecha de aparición de la Virgen de Aránzazu, que lo habría hecho en 1496 en el municipio de Oñate, en Guipúzcoa, País Vasco (España). La misma fecha en la que el terrorista turco Mehmet Ali Ağca atenta contra el Papa Beato Juan Pablo II, en la Plaza de San Pedro en Ciudad del Vaticano en 1981, 14 años antes de que *La virgen de Sibilina* viera la luz. El mismo día –no se sabe de que año– en el que Sibilina siente unas ganas irrefrenables de regresar al Llano y el momento justo en el que se imagina y trama su ardid. Pero también se aprecia la relación Iglesia-Estado, representada en esa conjunción donde el gobierno busca el amparo divino “para derrotar a los comunistas”, dice la pequeña protagonista. Los nombres de las hermanas y madres del internado, así como el nombre de Monseñor, también contienen una carga informativa que vale la pena considerar.

¹²La Basílica de la Virgen de Guadalupe en Ciudad de México es el segundo lugar más visitado del catolicismo, después de la Basílica de San Pedro en el Vaticano. Según los *Anales de México y sus alrededores*, que reposan en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, su aparición es relatada por el indio Juan Diego al primer obispo de México, Juan de Zumárraga. Al menos eso es lo que recoge el *Nican Mopohua* (Aquí se narra), texto en náhuatl escrito por el sacerdote mexicano Luis Lasso de la Vega y que la tradición atribuyó a Antonio Valeriano, ilustre indio tepaneca. En Gamboa Ojeda: (2004:547).

¹³ En el catolicismo, las apariciones marianas son las presuntas manifestaciones de la Bienaventurada Virgen María –también llamadas mariofanías– ante una o más personas, en un lugar y tiempo histórico determinado. Algunas han sido reconocidas por la Iglesia católica.

Guadalupe, Vicentina, Albertina, Gregoria, San Gregorio del Santo Ángel, Luisa de la Cruz y Nicasio Valisa.

En el relato de Molano, Guadalupe es el nombre de una de las hermanas que viaja a Bogotá y trae una imagen de yeso de la Virgen de Fátima que pensaba entronizar en el almendro de Hato Perdido. Había sido comprada con el dinero resultante de la explotación de las niñas internas, a las que vendía carísimas laminitas de santos adosadas con baratijas. Centavos y baratijas. Oro y espejos. Iglesia y fieles. Riqueza y fe. Alegorías a la forma como la Iglesia Católica engañó y adoctrinó, a la manera como instauraron cerca a los Llanos prefecturas y vicariatos para desde allí civilizar en el santo temor de Dios a sus salvajes habitantes. Guadalupe es además quien llama al padre de Sibilina y la que desencadena el regreso de la niña. Pero qué relación podríamos hallar entre *La virgen de Sibilina* y la guadalupana. Veamos. Según la leyenda, la Virgen de Guadalupe se apareció en un sitio llamado Tepeyac, un montecillo, en el que había en tiempos prehispánicos un templo dedicado a la diosa madre Tonantzin, destruido por los españoles, por lo que algunos consideran el culto a la virgen como una especie de sincretismo. Otros, los más escépticos, piensan que los españoles se aprovecharon del arraigado culto a los dioses en la vida cotidiana de los indígenas aztecas e impusieron con fuerza y astucia, el monoteísmo católico, por encima de sus creencias politeístas. En el relato de Molano, hay sincretismo, pero también resistencia, ya nos detendremos en ello.

Lo anterior ocurrió en toda Mesoamérica. La imposición de nuevos íconos y símbolos a las creencias indígenas, que en muchos casos suponían sacrificios y grandes ofrendas, no fue un acto sencillo, sino diseñado, metódico, tortuoso y violento, no siempre esto último, en términos físicos. Además de ser una estrategia fundamental y no complementaria en la empresa colonizadora, anclada en los designios divinos. Los esfuerzos por establecer este dominio cultural dieron paso con el tiempo a lo que podría denominarse como una *resignificación* de la identidad y la simbolización, en tanto que muchos grupos o bien no aceptaron del todo la imposición o la disfrazaron para seguir fieles a sus preceptos. Y ello ocurre

en el relato de Molano, donde hay claros ejemplos de imposición y de sincretismo. “En cuanto a los sacramentos: él por donde iba pasando los iba administrando sin pararse a preguntar si el paciente quería o no quería.” (1995:13). Cuenta la protagonista que repartía bendiciones y acristianaba, casaba rejuntados y le ponía los santos óleos a personas que pasaban de 50 años. Nada de lo anterior era bien visto por todos, pues había entre los habitantes del Llano una división al respecto. En el relato se puede advertir que quienes están a favor de los preceptos religiosos están representados por la madre de Sibilina, y los que no, por su padre.

De ahí que el sincretismo haya sido posible e identificable en múltiples expresiones del relato. “Cuando lo volvieron obispo –contaba mi mamá– se decretó una semana de fiesta con corridas de toros, tedeums, primeras comuniones, matrimonios y peleas de gallos.” (1995:12). En una clara mezcla del ritual católico con las fiestas tradicionales llaneras, un fenómeno simbiótico del que no escapa casi ninguna región colombiana. Y se narra que hubo trabajo y parranda, flores y alborozo, pero también se pronuncian en el relato quienes no veían con buenos ojos besarle a Su Señoría el anillo bendecido por el Papa, el estipendio que cobraba por la banda, las ofrendas en mautes y sobretodo, el reclutamiento casi obligatorio de sus hijos para llevarlos al internado. A las niñas, al Colegio de la Presentación en Támara y a los niños, al Colegio de San Agustín, que fue después el Seminario Menor. Allí les enseñaban cosas que no aplican al ser llanero, que no le sirven en su cotidianidad, que no calan en su idiosincrasia, que no le resultan efectivas o funcionales. Frente al tejer y bordar para las mujeres, se imponen otros saberes, algunos elementales como prender candela en el monte o atender vaqueros luego de una travesía; y otros tan complejos como conocer los secretos de la crianza, de las hierbas que calman dolencias o las contras y rezos para ahuyentar los espantos y atraer la buena suerte. Para los hombres, frente al aprender latín y cantar o rezar en esa lengua muerta, se imponen el saber manejar una vaca, capar un torete, enlazar un novillo en carrera, colear un toro salido de la manada, montar y domar un potro, manejar con destreza un caballo, un cuchillo para destazar una mamona y las brasas para asarla, o cazar algún animal de monte. En resumen, en ese Llano, que como

dijera Andrés Bello tiene por lindero el horizonte, la educación formal de la Iglesia no enseña nada que sirva.

Hay una tradición europea que valida la aparición de la Virgen de Guadalupe¹⁴, y a la que alude Molano, nombrando así a la religiosa que más comparte con Sibilina en el internado, como referente máximo del cristianismo en la tierra que fuera objeto de la conquista y la colonización, máximas expresiones de la imposición y el arrasamiento cultural de nuestros pueblos aborígenes. Recordemos que las armas de imposición fueron la espada, la cruz y la escritura, dos de ellas en manos de la Iglesia. Para nadie es secreto que la historia de coacción en los Llanos Orientales es de vieja data, y que los crímenes, las masacres, venganzas, violaciones y demás expresiones violentas no son características intrínsecas de sus pobladores, aunque vistas en su contexto darían cuenta de una idiosincrasia que no se rige exclusivamente por los preceptos de la fe que pregonan la religiosidad, sino también por otros, como la defensa de su territorio y la justicia, en ocasiones impartida por mano propia y considerada a su vez, como algo inexistente porque la justicia es vista como el arma de los que para ellos han sido injustos, el Estado y la Iglesia por ejemplo. La violencia, que con todos sus intereses y problemáticas parece no abandonarlos nunca y se desplaza en el espacio y el tiempo, es para algunos llaneros, sinónimo de valentía, de hombría, de temeridad. Lo anterior, sin embargo, no debe mirarse como algo insalvable o bajo la lupa maniquea de buenos y malos, ensanchando así la brecha entre el centro y la periferia, sino entenderse como la dinámica propia de una región –como muchas otras marginadas en Colombia– en la que los viejos conflictos se transforman y surgen otros nuevos.

¹⁴ El Papa Pío X proclamó a Nuestra Señora de Guadalupe “Patrona de toda América Latina”. Pío XI, de “todas las Américas”; Pío XII la llamó “Emperatriz de las Américas”; y Juan XXIII, “La misionera celeste del Nuevo Mundo” y “la Madre de las Américas”. Aunque las cosas han cambiado un poco. En la visita que el Papa Benedicto XVI hiciera a México en marzo de 2012, éste no fue a la capital, sino que estuvo en el estado de Guanajuato, por lo que la virgen de Guadalupe que fue a su encuentro, fue una réplica y no la original. A diferencia de su antecesor, el Beato Juan Pablo II, que beatificó al indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin en el 6 de mayo de 1990, en la mismísima catedral de la virgen y no en el lugar en el que sucedieron las apariciones, según cuenta la leyenda.

Si bien no hay una fecha que indique el momento histórico preciso en el que relata la protagonista, se intuye por la referencia al Tuerto Giraldo que son los tiempos de la violencia partidista, con guerrilleros liberales abanderando la lucha para defenderse de los ataques de los conservadores, de los chusmeros, mientras en los púlpitos y edificios sagrados, la Iglesia rogaba para que Dios le ayudara al gobierno a luchar contra los comunistas. La narración sobre las andanzas de Berardo Giraldo es puntual. “Se había tomado Nunchía y contaban que con la sangre de las monjas del colegio pintó de rojo la alcaldía.” (1995:21). Hay otras referencias como la Guerra de los Mil Días, en la que el padre de Sibilina había combatido. Y una muy importante para el relato y es la referencia a Carlos Eugenio Restrepo¹⁵, quien sostuvo una lucha permanente con el clero para mantener a raya las injerencias de la iglesia, que prácticamente cogobernó al país durante los largos años de la Hegemonía Conservadora¹⁶. A pesar de ser conservador y de haber hecho parte de los gobiernos de dicho periodo, como presidente de la nación defendió a ultranza la libertad de cultos y otras libertades que habían sido restringidas en el periodo conocido como La Regeneración¹⁷, que en contra de los principios de la Constitución de 1886, restituyó el centralismo y estableció un concordato con la Iglesia Católica, amén de perseguir liberales. Bien vale recordar aquí, que uno de los logros fundamentales de la tercera presidencia

¹⁵ Político conservador, fue elegido por miembros de los dos partidos políticos tradicionales en Colombia (algo insólito en aquel momento), Liberal y Conservador, éste último al que pertenecía, unidos bajo el movimiento *Unión Republicana*, opuesto a lo que quedaba del gobierno del general Rafael Reyes y que propugnaba por la modernización política y económica del país.

¹⁶ La *Hegemonía Conservadora* fue un periodo de la historia de Colombia durante el cual el Partido Conservador Colombiano se mantuvo en el poder. Dicho período está comprendido entre los años 1886, cuando Rafael Núñez instauró lo que se denominó la política de la Regeneración y se extendió hasta 1930. Uno de los hechos más importantes de este periodo fue La Guerra de los Mil Días (1899-1902), también se pueden destacar la separación de Panamá de Colombia, el cierre del congreso y la creación de la Asamblea Nacional Constituyente de 1910, y el establecimiento del servicio militar obligatorio.

¹⁷ La *Regeneración* fue un periodo de la historia de Colombia comprendido entre 1880 y 1899. Su nombre se debe a la frase que pronunciara Rafael Núñez en 1878 cuando era el presidente del Congreso y encabezaba la investidura de Julián Trujillo. A partir del inconformismo por gran parte de un grupo elite del país por la Constitución de Rionegro, aseguró que las alternativas de Colombia eran solo dos: "Regeneración o Catástrofe".

de Reyes¹⁸, fue la firma del Concordato con la Santa Sede el 31 de diciembre de 1887. A través de él se restablecieron las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica, lo cual era considerado como un elemento esencial de orden social capaz de lograr la unificación del país, que a la postre no habría de lograrse.

Pero volvamos al relato. De las otras religiosas, puede decirse que la hermana Vicentina (Sibilina le dice que la virgen que se le apareció era igualita a ella) es alusión a sor María Vicenta, patrona de las Hijas de la Caridad, que renuevan sus votos en cada fiesta de la Encarnación o Enunciación, donde el misterio es elevado por la Iglesia a la categoría de acontecimiento de los acontecimientos. Era la hermana que les leía a las niñas internas, la vida de los santos, mientras éstas cosían. De apariencia secreta y reservada, Vicentina se describe como muy hermosa, sociable y comunicativa. Es así que, prudente, discreta y selectiva, nunca se compromete a la ligera y, en un primer tiempo del relato, permanece a la defensiva, casi oculta, pero luego es protagonista de primera línea. Bastante distante con Sibilina al comienzo posee, sin embargo, una cierta distinción. Era su linda y comprensiva confidente y quien la consentía cuando estaba acorralada por el miedo y el frío. De hecho es a quien llega primero el rumor de *La virgen de Sibilina*, y luego, la confirmación por parte de la pequeña. Albertina en cambio, es la pesadilla de Sibilina en el internado. Es un nombre de origen teutón y se destaca por su nobleza y superioridad. Bien sabemos que lo indoeuropeo, lo germánico, está asociado con el poderío militar, con la disciplina a ultranza, con el castigo como forma educación y con el temple del espíritu basado en la exigencia irrestricta. La hermana Albertina es, en el relato de Molano, la representación del terror y el castigo.

Gregoria, no podía ser menos. De origen griego, significa vigilante y es la tarea que ejerce sobre Sibilina. Junto a Vicentina y a Su Señoría, son quienes bautizan el cuento de la niña como La virgen de Sibilina –así dan en llamarlo a

¹⁸ Fue presidente de los Estados Unidos de Colombia en dos ocasiones (**13º**: 8 de abril de 1880 – 1 de abril de 1882 y 11 de agosto de 1884 – **18º**: 1 de abril de 1886) y presidente de la República de Colombia también en dos ocasiones (**3º**: 4 de abril de 1887 – 7 de agosto de 1892 y **5º**: 29 de septiembre de 1892 – 18 de septiembre de 1894).

escondidas—, y los de la idea de la entronización de la virgen en un altar en Hato Perdido. A su vez, son las víctimas del engaño que Sibilina y su padre acuerdan para irse de ese lugar y regresar al suyo. Ellos se entienden con solo mirarse y siguen el juego. Sibilina no llevaba maletas, el compromiso era que volvería, lo que nunca habría de pasar. Tal vez la mayor burla, además de dejar las estatuas regadas por el camino para no llegar con una “sopa de santos”, sea que Valisia, el apellido de Monseñor, en el bajo latín simbolice bolsa de cuero y por extensión, maleta o fabricante de las mismas, y Nicasio, su nombre, triunfador. Aunque pensándolo en relación con el texto, burla es una palabra limitada, sería más preciso hablar de un sarcasmo representacional, o de significado, con el que Molano expresa un pensamiento principal con suma agudeza: el fracaso de la modernidad y de la Iglesia, con este par de sometidos que resultan ser insubordinados totales. Lo subalterno en oposición a lo hegemónico, lo iletrado que vence con astucias a lo letrado, la venganza y transgresión de la historia, la inversión de los roles, o más sencillo, el triunfo de la diversidad y de la diferencia.

3.2.1 Sobre la presencia mitológica

Pero hay otras lecturas en el relato, diferentes y muy particulares, como el poder que otorga el acceso a información privilegiada, como la que obtiene don Luis Altamirano, propietario del único radio en Támara, que decidió irse del pueblo cuando la familia Latriglia llevó otro y lo compartió con todo el pueblo, ubicándolo en la ventana. En el relato de Molano, don Luis envía a la loca Mardoquea a decir que habían llegado unas armas de España y que todos los habitantes de Támara tenían una, lo que evitó que El Tuerto Giraldo —que era miembro de las guerrillas liberales dirigidas por los Franco— entrara al pueblo con la chusma lo que a la postre fue considerado por todos como un milagro. Una clara alusión a un pasaje bíblico puntual, el de Mardoqueo, que evitó el asesinato del rey Asuero, al anunciarle a la reina Ester que unos de sus hombres procuraban algo contra el rey. Hay pues una armazón construida con retazos de historias y culturas, de lecturas y escrituras, de grupos y clases, donde se perciben diversas ideologías e

intereses, que constituyen por un lado el trasfondo del poder y ese combustible contrario que no deja que se detenga, que es la masa dominada; y por el otro, la intención de esa población subyugada que busca su propio espacio y modo de entender y asumir la realidad, que es lo que capta Molano.

La virgen de Sibilina encierra pues el misterio del regreso y aunque no podríamos establecer una correlación directa con episodios específicos de la mitología occidental o pensar acaso en la simple casualidad (en términos de presencia heroica, traspaso de umbrales, mundos posibles o ritos iniciáticos, estos últimos tal vez los más aludidos en el relato) pues si vale la pena hacer algunas consideraciones para acercarnos a un texto que deja ver muchos elementos relacionales que tienen una función y una carga informativa en el sentido y la intención comunicativa que persigue Molano, que apuntan a no dejar que se pierda esa experiencia colectiva que nuestras clases dominantes han procurado siempre truncar. Pareciera que se ensañan en la idea de que las clases populares no tengan historia, ni doctrina, ni héroes y mucho menos mártires, como bien dijera el periodista argentino Rodolfo Jorge Walsh, porque cada una de sus luchas debe siempre empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores. Se procura borrar su pasado, las lecciones a veces se olvidan porque hay un propósito funesto de no dejar que germinen y trasciendan sus propias concepciones de la vida. “La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas” dijo Walsh unos días antes del 25 de marzo de 1977, fecha desde la que se encuentra desaparecido.

Dicho esto –y sea en homenaje a un periodista y escritor que como Molano más que valiente resulta temerario–, la leyenda canónica relata como Odiseo nació en el monte Nérito de Ítaca, durante una tormenta. Para los griegos, los nacidos bajo estas circunstancias, no son aguas mansas, sino más bien, turbulentas. Una especie de designio beligerante y revoltoso. Los partidarios de esta versión dan explicación al nombre de Odiseo con un juego de palabras en las que *Odysseus* significaría, “Zeus llovió sobre el camino”. Sibilina no vive el regreso como una odisea, pero si es una odisea el viaje de ida y la estancia en el

internado. El viaje de regreso al Hato Perdido ocurre bajo la inclemencia del invierno, un invierno que lo derrite todo, que lo borra todo, hasta los recuerdos y la historia que debió inventarse para regresar. Bien sabemos que en casi todas las culturas la lluvia se asocia con la fertilidad de los suelos en aras de la productividad agrícola y la que hoy llamamos seguridad alimentaria, y aunque los llaneros no son agricultores en esencia, si dependen del crecimiento permanente de los pastos para su ganado. La lluvia es también sinónimo de lo gris, de lo triste, presagio de una desgracia. En el relato de Molano, la lluvia, contiene un evidente simbolismo de purificación; pero, además, tiene un significado especial de emotividad y divinidad por el hecho de que cae del cielo, lo que simboliza el descenso de las influencias celestiales (o espirituales) sobre los dos personajes que huyen del internado; o lo que es lo mismo, simboliza la purificación de los sentimientos y deseos hasta alcanzar su forma más sublime: la bondad. De modo que las lluvias excedidas y las consecuentes inundaciones –muy comunes por cierto en esta región y para el resto del país, descomunales– han puesto a prueba la astucia del llanero (Sibilina y su padre) y esa fuerza indómita que pelea incluso con la naturaleza, no para arrasarla o para someterse a sus designios, sino como Sibilina, para convivir en armonía con la que considera es la forma indicada de permanecer en este mundo.

No podemos desconocer al establecer las relaciones entre los relatos míticos canónicos y las historias de Alfredo Molano, que la figura del héroe, como la del santo, más que mitos son arquetipos culturales heredados del pasado y de ahí que en el relato del colombiano, se crucen una y otra vez la realidad histórica con los elementos ficcionales propios de la imaginación representada en el cuento que se inventa la niña protagonista para volver a su lugar de origen y que va tomando cada vez más forma gracias a todos los aportes que hacen quienes de él participan. Bien sea a través de Odiseo o de La Virgen de Fátima, o de la de Sibilina, lo que el autor hace es un esfuerzo por explicar a partir de su propia concepción histórica y cultural, la realidad de la región y el país que nos dibuja con sus palabras. Es sin duda su testimonio, el que recogió de muchos y construyó a partir de su particular forma de comprensión y sus herramientas conceptuales con

la certeza de ser escuchado (leído) y la esperanza (se intuye) de ser entendido, fiel a su compromiso de contar desde la otredad y las difíciles condiciones que ello admite. No podemos omitir que desde cualquier punto de vista la situación de las comunidades que relata Molano –inmersas en el conflicto colombiano– es el resultado de múltiples factores y que es adyacente a lo anterior, una extraordinaria línea pluridimensional. De modo que cualquier acercamiento, sea periodístico, antropológico o literario, se enfrenta a consideraciones similares a las que gestaron a esas mismas poblaciones, a una gama muy amplia de crisoles.

El autor acude –entre otras estrategias– a modelos de conducta de todos los actores sociales involucrados en el relato y a recapitulaciones históricas y míticas como la del olvido, que en el regreso de Ulises a Ítaca que relata Homero, es provocado por un exquisito fruto, el loto. Pero la mitología griega, no habla de fruto sino de una flor y detalla como una hermosa diosa huyó al bosque asustada y fue a parar a un lugar llamado Loto donde se hundió, lugar llamado así por los supremos dioses y destinado para los fracasados y perdedores en la vida. El internado adonde llega Sibilina es un espacio concebido por la Iglesia para la superación personal es cierto, aunque dadas sus estrictas e impositivas condiciones, es visto como un castigo y una imposición que subyuga, desde la percepción de los llaneros. Hay una doble situación con respecto al olvido: Sibilina quiere olvidar el internado, quiere olvidar la historia que debió inventarse, pero no quiere olvidar su lugar de origen. En el relato mítico, la joven diosa luchó durante siglos y logró salir en forma de una hermosa flor, de largos pétalos. Por ello, para los griegos significaba el triunfo después de haber luchado incansablemente en contra del fracaso. Sibilina no dura mucho tiempo interna, pero el relato si recrea el triunfo y la alternativa cristiana del loto, ella misma es el lirio blanco, presente en todos los actos litúrgicos y en todas las apariciones de María, la reina de los cielos, símbolo de la fertilidad y la pureza. Logró salir del internado con la anuencia de sus jerarcas, inventándose un cuento con los mismos elementos en los que no creía y que la alejaban de sus propias creencias y espacio.

Y qué decir de la alusión a las ovejas y al engaño. Después de que Odiseo emborrachó a Polifemo y le cegó su único ojo, logró escapar junto con todos los marineros que salieron colgados de la parte inferior de las ovejas que el cíclope tenía en su cueva y a las que dejaba salir a pastar de una en una palpándoles los lomos. En la advocación de la Virgen de Fátima los tres niños son pastores de ovejas y éstas aparecen en todas las representaciones gráficas y relatos; Sibilina las describió sin siquiera conocerlas, pues no hay ovejas en los Llanos Orientales, y eso les parecía a los jerarcas del claustro lo más raro de su relato, pero se valió de este engaño para fortalecer su celada. De otra parte, y volviendo a la mitología griega, el cíclope había taponado la gruta donde se guarneían Odiseo y sus amigos, con una enorme piedra, ese fue el obstáculo a vencer. El mismo que Sibilina conoció en su corta estadía en el internado y venció: las piedras de la cordillera, del camino desconocido donde las cotizas eran primordiales, donde no se podía como en su Llano andar descalza, donde también conoció el frío y el miedo, y donde incubó esas ganas de volarse, de regresar a su lugar de origen. Sibilina miraba al techo o al suelo según le conviniera, se hacía la santa –dice– o la tonta –sería el término indicado–, para generar más confusión y también mayor credibilidad.

Como en los gritos de Polifemo que llamaron la atención de otros cíclopes, Sibilina no era “nadie” para engañar a tantos en el internado, incluyendo claro a Monseñor, el máximo jerarca, pero lo logró. Y lo hizo gracias a su astucia y a esa ingenuidad de quienes no consideraron que la chica pudiera inventarse semejante historia, fue subestimada. Aprovechándose de la pócima del olvido, Odiseo le había dicho a Polifemo que se llamaba “nadie”, entonces cuando los otros cíclopes le preguntaban que le pasaba, él les respondía que le había cegado “nadie”, por lo que pensaron que estaba loco y se marcharon. No era locura ver a la virgen acompañada de gallinas en un almendro y reírse y llorar, era imaginación e inteligencia, una dualidad de la que Sibilina se aprovecha, una especie de complemento perfecto “algo así como si se le hubieran metido los ángeles y el diablo al mismo tiempo”. (2005: 25). No estaba loca Sibilina, pero si era diferente. Una niña educada como hombrecito, encuevada más allá del centro del Llano, que

compartía además con estas criaturas otras características: no conocía la forma civilizada de la ciudad, de alguna manera era nómada, pues las vaquerías eran correrías con destino fijo pero sin recorrido o llegada puntual en cada jornada. No desconocía –como aquellas criaturas– la agricultura, pero no era el fuerte de lo que le enseñaba su padre que vivía de una ganadería primitiva, pues en términos de sustento les proporcionaba leche, carne y queso, y con la venta de los lotes de ganado, el resto. Aunque no ignoraba la bebida y sus placeres –los cíclopes sí, pues no conocían el vino– pues de vez en cuando su padre le empujaba un brandy, la pequeña en suma –y es lo que subvierte Molano–, habitaba en una tierra considerada “bárbara” y desconocía la llamada civilización, lo que no le impide vencer.

3.2.2 Tiempo y narración: un binomio indisoluble

De entrada en el relato hay unas consideraciones espacio-temporales que cumplen el cometido de otorgar ubicación al lector, pero que no se precisan de manera específica. “Aquel primero de febrero...” o “...más allá del centro del Llano...” son datos tan abstractos como indeterminadas las identidades de quienes pudieron haber participado con sus relatos en la construcción de la historia. Si bien Sibilina y, a través de ella, sus padres, son el soporte narrativo del relato, hay muchas otras voces que hacen su aporte en esta reconstrucción alterna de la historia: lo secular, la conversación, el registro escrito, lo eclesiástico, lo político, la experiencia del autor, etc. donde el escritor le cede su voz al texto, convirtiéndose ésta en una de sus mayores virtudes.

Nos menciona un día, no sabemos de qué año y un punto que puede ser cualquiera en la inmensidad de una región que es una cuarta parte de Colombia, y mucho más en Venezuela. Es más, no hay esa precisión en el dato histórico referida a fecha y lugar, pero a renglón seguido, si hay un concepto que nos remite a un fenómeno histórico con exactitud y es la huida constante y la búsqueda permanente que en Colombia han debido seguir quienes escapan de la violencia.

Se refiere el relato a un lugar tan lejano adonde sólo llegaban “guerreantes fracasados”, decía el padre de la protagonista, que no sabemos cómo se llama, pero que funge como uno de los relatores en la sombra. Sibilina (o Molano) avala su testimonio con el de él y con el de su madre, de la que tampoco se menciona el nombre. Se lee entre guiones “–decía mi padre–”, “–contaba mí mamá–”, y en la narración directa en primera persona, “Mi mamá me lo había dicho.”, “Mi padre no quería que yo estudiara.” y de forma esporádica la voz de los otros personajes, como la de Monseñor que “Decía que los fieles tenían que poner los sacrificios porque la Iglesia ponía los sacramentos.”, o la de La madre San Gregorio o la hermana Albertina, en momentos claves y determinantes para sostener la tensión del relato.

En suma, hay un vasto conjunto de voces y de narraciones paralelas que el autor concentra en la protagonista, con la que además de elaborarse el relato, se definen los parámetros de esta historia a todas luces subalterna. Podríamos decir que Molano reconstruye los escenarios de tiempos idos en esta región a través de los individuos que habitan esos lugares y que ratifican con sus testimonios la condición de la que hablara Gramsci (1949: 17), aquella según la cual todos los seres humanos son intelectuales, aunque no todos jueguen ese papel en la sociedad. De ese pasado que vuelve a erigirse de la mano del escritor, emergen las facultades racionales de personas que vivieron en el Llano y cuentan su vida en él, su arraigo por una tierra y unas costumbres diferentes a las del resto del país y en las que se sienten a gusto. No sólo no necesitan más, sino que no piden, no les interesan otras formas de concebir el mundo, el progreso, la familia, la educación, el trabajo, la religión o la espiritualidad. Molano logra redefinir estas nociones y proponer una especie de conquista de la propia ideología intelectual de estas comunidades. Valdría recordar que cualquier investigación, sea histórica o no, debe seleccionar un tema y ubicar unas fuentes que le resulten pertinentes. Y en ese sentido, Molano sin duda lo hace, pero va más allá, pues identifica y recrea elementos que constituyen el problema que subyace en sus trabajos, cual es la relación del hombre con el territorio. Tanto en *La virgen de Sibilina* como en los otros tres relatos que componen la primera parte *Del Llano llano*, el autor se

compromete con una elaboración más aguda de la historia, más microscópica, que visibiliza pequeños detalles y mientras esto ocurre, engrandece el relato.

Parodiando una bella analogía de la que se vale Renán Silva en su ensayo *La servidumbre de las fuentes* (2007:43), para exponer los desafíos del investigador en historia y que me permito parafrasear, podemos decir que en *La virgen de Sibilina*, Molano no se vale solo del “águila” de la metodología que vuela muy alto, ni tampoco se arrastra solo como la “serpiente” por los bajos de las técnicas puramente instrumentales propias de la bibliotecología. Luego de recoger la información –que debe insistirse, halla dispersa en múltiples lugares, sean éstos textos o lenguajes–, se genera entre Molano y sus fuentes (Ruth es solo una de ellas) una relación que no es transparente, pero sí muy efectiva. Logra construir un relato donde hay un desafío permanente al lector, pues aunque en apariencia es la historia de una niña ingenua (pero muy astuta) y no se requeriría ser un lector especializado para entenderlo, el texto sobrepasa lo representacional y se ubica en lo interpretativo y entonces salta en el objeto construido, la intención de contar mucho más, de concebirlo. Demos por caso, sobre episodios de la vida de quienes habitan un lugar periférico adonde llegaron huyendo de la violencia, un tema recurrente, casi obsesivo en Molano, el de “la otra Colombia” posible. Emergen en el relato también, los orígenes de la violencia partidista, de la conformación del estado–nación, de las causas de la pobreza, de la marginalidad y las fronteras internas, de la recurrencia de Molano al lenguaje de los viajeros del siglo XIX que reconoce en la introducción de *Desterrados* (2001) y hasta los orígenes mismos de la literatura colombiana (las crónicas y relaciones de los Conquistadores), relatos de quienes fueran a la vez representantes y sobrevivientes de sistemas de poder en los que la dialéctica hegemonía/subalteridad se basa en la existencia necesaria de espacios marginales como sustento y consolidación del poder central.

También está presente en el texto la huella de registros parciales y fragmentarios de la historia oficial o la realidad geográfica. Por ejemplo, el padre de la protagonista era también un guerreante fracasado, había luchado y perdido

en la Guerra de los Mil Días¹⁹, un capítulo de la historia oficial de nuestro país que Molano enuncia y al que le otorga validez y piso verídico al mencionar que fue al lado de los generales Arenas y Uribe, este último destacado combatiente y político liberal cuyo asesinato se tiene como uno de los primeros magnicidios de la patria. No hemos de olvidar que esta guerra civil es representativa de la pugna permanente que en Colombia se ha dado entre la capital y las regiones, entre el centro y la periferia. La Constitución de 1886, que impuso el modelo centralista, derogó la Constitución de Rionegro (1863), que había establecido el federalismo, por lo que conservadores y liberales se fueron a las armas. Y otro ejemplo de esta oficialidad que subyace en el relato, tiene que ver con los lugares que pueden identificarse en la división política de un mapa de Colombia: Cravo Norte, Cravo Sur, Moreno, Pore o Trinidad; o al interior de alguna división política más específica llámese municipio, corregimiento o vereda, como el Colegio de la Presentación en Támara o el Colegio de San Agustín; o en el ámbito cultural, la particularidad bien representada con la Virgen de Manare, Nuestra Señora de los Dolores de Manare, reina de Casanare y patrona de los llaneros, que está –como todas las figuras religiosas y celestiales– en todas partes y en ninguna, en una iglesia o en un escapulario, en un camino, en el sueño de alguna niña criada como un muchachito o como representante del santo temor a Dios aquí en la tierra, y que comprueba como el autor se mueve entre lo general y lo particular, entre lo divino y lo humano, y se detiene y regocija en el detalle.

En *La virgen de Sibilina* Molano replantea no solo valores estéticos sino ideológicos que guían su forma de representación poética e indican una dirección alternativa que es contraria a la de quienes han contado la historia de esta parte del país. Si bien encontramos en otros autores colombianos (Germán Castro Caycedo, Juan José Hoyos y Olga Behar, para citar solo tres) esa literatura

¹⁹ La **Guerra de los Mil Días** fue la guerra civil que azotó a la República de Colombia y a Panamá (que en ese entonces era un Departamento de Colombia), entre 1899 y 1902. Tuvo como resultado la victoria del gobierno oficialista y la posterior separación de Panamá en 1903. Las víctimas de han calculado en 100 mil personas y las pérdidas económicas, definidas como incalculables.

testimonial que mezcla historia y ficción, que plantea una relación autor y personajes que la define, y que contrapone la cultura popular a la alta cultura, no hallamos la historia de los Llanos Orientales colombianos narrada como en éste y otros relatos. Son evidentes en el que nos ocupa, el reflejo de las costumbres y tradiciones, es cierto, pero no es un texto costumbrista y menos, una desnuda imitación de la naturaleza. Una niña a la que su padre llamaba “su muchacho” porque la quería varón, porque así la educaba llevándola a todas sus correrías, porque en cuestiones de trabajo en el Llano un hijo es mano de obra barata, dan cuenta de un machismo recalcitrante que se perpetúa y una noción de la vida fundada siempre en ampliar el dominio sobre la naturaleza, en tener más animales para tomar posesión de la tierra, más poder, en últimas, en colonizar.

Que el padre dijera que el hato estaba maldito porque las mujeres daban hembras y las reses meros machos, confirma lo anterior. El papel de la mujer en los Llanos Orientales está restringido a la cocina o al cocinar, a la maternidad y al posterior cuidado de los niños, y a la atención del marido cuando llega de cumplir sus faenas. En cuanto a la ganadería, la misma se asume próspera con el nacimiento de más hembras que multipliquen la vacada. El entorno llanero –por lo menos en el rural que se describe en el relato– obedece a un modelo patriarcal en donde la capacidad de sometimiento es un valor. El hombre dirige la agresión hacia el otro hombre en la lucha por el poder, a la naturaleza en la necesidad de dominarla y a la mujer para controlar su cuerpo y su capacidad reproductora. Lo de la agresión en *La virgen de Sibilina* se reproduce en varios escenarios. Con la actitud del padre que no ve la necesidad de que su hija estudie e impone su punto de vista por encima del de su mujer, con la educación de su hija a la que le impone como a un hombre el dominio de las labores que considera necesarias para vivir, y la posición arbitraria e inquisidora de la Iglesia que recibía mautes como sacrificios, además de estipendios por algunos de sus servicios y réditos por cualquier actividad de su labor evangelizadora.

Hay a través del lenguaje de los personajes y del relato mismo, una crítica muy fuerte a la Iglesia y a sus procedimientos impositivos²⁰: “Tienes que decirle a tu padre –me dijo dándome una palmadita en el cachete– que el próximo año vas a comenzar a estudiar” (2005:12); frente a la actitud de sus jerarcas: “A veces parecía volando, otras veces parecía ciego” (2005:14); frente a las formas de financiación para sus obras: “Su señoría salía con un propio y un peón de estribo a recorrer los hatos buscando ayudas para la construcción de los edificios sagrados: el palacio del vicario, la casa de la parroquia y el seminario menor.” (2005:15); frente a su doble moral a la que se alude con el comentario de que Monseñor aun considerando paganas algunas fiestas a las que no asistía, dejaba que la banda fuera y cobrara por ello; al negocio de la educación que han manejado desde tiempos de la colonia y a sus anquilosadas estrategias pedagógicas, maltratadoras e instauradas con base en la intimidación, el castigo físico y el miedo a la condena moral. Entre credos, ángelus, santos rosarios y yo pecadores, golpes, tareas absurdas como separar granos de arroz y trigo mezclados o cargar todo el día unas cobijas mojadas, el relato prepara el terreno para sumergirse en lo literario, que se ha esbozado a lo largo de todo el *corpus*, pero que tiene en el supuesto sueño de Sibilina, su máximo esplendor y la calidad poética que convierte la destreza expresiva de Molano, en su virtud literaria: dejar algunos hilos sueltos para que el lector complete el tejido.

3.2.3 Del frío o la aversión al centro dominante

Antes de finalizar y aventurarnos a alguna conclusión, vale detenernos en una característica que puede indicarnos esa ruptura entre las sociedades centrales

²⁰No podemos desconocer que los jesuitas influyeron en la formación de la cultura popular llanera desde sus misiones de Caribabare y Pore, que tenían como objeto debilitar en los Llanos la encomienda y vigilar la expansión de Portugal hacia la cuenca del Orinoco. Las misiones eran territorios de evangelización, pero también hatos enormes donde criaban ganado y cultivaban cacao, café y tabaco. De hecho, abastecían y financiaban sus colegios y parroquias. Las misiones y los jesuitas tenían grandes enemigos, justificados si se recuerda que su propósito no era dominar a los indios, sino “hacerlos hombres”. Pero a sus enemigos no les importaban para nada los indios, sino el excesivo poder y riqueza de los jesuitas y el hecho de que no dejaban que los españoles dispusieran libremente de la mano de obra indígena.

colombianas asentadas en la zona andina y las que –como los Llanos Orientales–, han sido consideradas como una *frontera interna*. Me refiero a esa aprensión casi reverencial al frío, que podría explicarse como una aversión al centro dominante, pues la periferia es asumida como desconocida y distante, expresión de lo salvaje, lo contrario al ideal de civilización, o como bien lo definiera Margarita Serje, “El revés de la nación”. En la misma línea, asegura Amparo Murillo Posada, en el ensayo *La modernización y las violencias 1930-1957* (2011:268), que después de 1950 estas regiones se incorporaron poco a poco al escenario de los sucesos nacionales, pero no por la puerta de la modernización, sino por la del poblamiento espontáneo de miles de colonos que huían de los conflictos que sacudían el interior del país y que podemos decir, hoy estremecen sobretodo su periferia.

Ese destierro involuntario, esa especie de exilio en el mismo país que los llevó a esos lugares remotos, ha fortalecido en los llaneros dos condiciones que los caracterizan desde tiempos arcaicos, un arraigo por la tierra –que en su idiosincrasia sería lo único que comparten con los primeros pobladores indígenas– que da cuenta de una resistencia insuperable al desplazamiento forzado y un débil aguante al frío. No se van de lo que tantos muertos les ha costado y no resisten las bajas temperaturas,²¹ aunque debe decirse, hubo otros factores que determinaron su participación en eventos como la gesta libertadora o las guerrillas liberales de los Llanos.²² El llanero soporta el verano, la sed, la humedad, las lluvias torrenciales, los ríos crecidos, las inundaciones, pero sucumbe ante el frío. Sibilina sintió el frío con el adiós de quienes la llevaron al internado; su padre y

²¹Tiene este distintivo en la muerte de 40 llaneros que perecieron al atravesar el páramo de Pisba en la gesta emancipadora, su símbolo más inspirador. Conocedor de su valor y arrojo, Simón Bolívar buscó el apoyo de los llaneros y lo tuvo, pero el frío pudo más que su carácter indómito. Sus cuerpos inertes fueron arrojados a una laguna llamada desde entonces del Soldado, cerca a la cima de la cordillera.

²² La realidad fue que, expulsados los jesuitas, los indígenas se levantaron contra el rey, lo que Santander utilizó para organizar las tropas con las que Bolívar derrotó a los realistas en Boyacá. Nonato Pérez, héroe del Pantano de Vargas, se convertiría en leyenda en los Llanos Orientales. Después de la Independencia, muchos de los hatos de la Compañía pararon en manos de los generales patriotas, como fue el caso del de Trinidad, que terminó apropiado por el general Urdaneta, contra quien el pueblo se rebeló y a quien obligó a dejar los Llanos. En 1950 se volvieron a levantar los criollos con las guerrillas liberales comandadas por Guadalupe Salcedo y en la zona por Franco Isaza.

Joaquín el corotero, también el caballo Caracol y el buey Miguelito. Sentía miedo y frío. “Como yo no conocía sino paredes en moriche, creí que el frío era criado por el cemento de los muros”. (2005: 17). Se infiere que asociaba el frío con la soledad, con la oscuridad, con lo desconocido, con el encierro, con todo lo diferente a su lugar de origen. Tras la idea de la madre Guadalupe de entronizar a la Virgen de Fátima en el lugar donde Sibilina relata que la había visto, ésta se suelta cordillera abajo en compañía de su padre para volver a su Llano, abandona el frío, el internado, las piedras, las cotizas, los uniformes, la costura, las oraciones, las lecturas sobre la vida de los santos, y lo hace en medio de un invierno inclemente que pareciera derretirlo todo.

En el recorrido de regreso botaron las imágenes para no llegar con “una sopa de santos”, una de las tantas figuras burlescas con la que Molano de nuevo subvierte la solemnidad de la Iglesia y en general de la religión. Acaso por ello, por esa ambigüedad entre lo ceremonioso y lo ridículo, el autor decida centrar su relato en el misterio y en esa dualidad ante la religiosidad: los que quieren imponerla y los que se niegan a recibirla. Ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre, reza al aforismo popular. La Iglesia oficial y su labor misional y el pueblo raso del Llano que asume la religiosidad desde lo popular. Esto no es otra cosa que la religión del pueblo llano, una alternativa a la religión oficial y estructurada (templos, pastores, obispos, curas, etc.) que vive su propia lógica. Que si bien es cierto no traza barreras infranqueables con la religión oficial, que de hecho se aprovecha de ella para sus fines económicos (camándulas, imágenes, devocionarios, novenarios, rezos, aguas benditas...), agrega otros rituales y devociones, otras formas y representaciones, que se unifican en torno de la fe y otros principios espirituales. Sin duda alguna un discurso más latinoamericano y universal, que regional o nacional en estricto sentido. Por supuesto que la religión oficial no cesa nunca en su intento de integrar y “reeducar” la religiosidad popular, pero ésta se sostiene en una tradición que muy a pesar de los jerarcas de la Iglesia, no es tan católica y más bien podríamos acercar a mixturas entre indígenas y paganas y hasta pre-cristianas.

Ahora bien, desarrollar un problema no significa resolverlo, si esa es la pretensión de quienes critican los trabajos de Molano, puede significar solo exponer los términos para hacer posible una discusión más amplia y profunda. En *La virgen de Sibilina* convergen éstos y otros factores, pues si por su condición de literarios no son admitidos debe decirse que la inexactitud y la mentira –si las hubiere en términos de datos susceptibles de verificación como por ejemplo, el parentesco de la madre Luisa de la Cruz, que se menciona es hermana del presidente Carlos E. Restrepo– le son permitidas a los personajes de ficción y al narrador en primera persona, pero no al narrador omnisciente y tal vez por eso Molano no recurra nunca a esa figura y si a la creación de micro universos similares a los de Rulfo para contar. Otra cosa es que se sirva del periodismo para corroborar las denuncias que sus textos apenas puedan llegar a sugerir. Y entonces se deba decir que al desprecio de los ortodoxos académicos, se suma el de quienes son señalados por la pluma crítica del autor, que complementa su universo con el ejercicio periodístico, y por ello es visto por las élites como un ser incómodo y antipático, que imputa y denuncia. Molano es a las castas hegemónicas, lo que El Tuerto Giraldo a *La virgen de Sibilina*: el diablo.

Se ha dicho ya aquí, que el análisis histórico es inseparable de la reflexión sobre los problemas de método, de técnica y de interpretación. En dicho sentido, la *Virgen de Sibilina* es una apuesta donde no cabría juzgar el resultado a la luz de un solo cristal porque subvierte ciertas convenciones en cuanto a la investigación y las estrategias para acceder a la información, las motivaciones que llevan al autor a decidirse por trabajar en este lugar y con sus habitantes, y al final, la presentación de los resultados. Habría que diseñar una fórmula que incluya los hechos, las historias, lo real, lo imaginario, el tiempo, la memoria, la oralidad, lo subjetivo, lo hegemónico, lo subalterno, en suma y como corolario, un análisis histórico que en sentido estricto resulta –como ya se dijo– inseparable del trabajo de orden epistemológico. Baste recordar a Borges quien a través de Carlyle observó en su texto, *Magias Parciales del Quijote. Otras Inquisiciones*(1952), que la historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender, y en el que también escriben. Y esto hace Alfredo

Molano, como sujeto letrado, el autor trata de entender o explicarse la realidad a través de la palabra escrita. Bien como lector, bien como escritor. Su compromiso con los testimonios, se expresa claramente en *La virgen de Sibilina*, pero es con el texto y en él mismo, desde donde el autor emerge como un ser que arrastra las múltiples influencias de sus lecturas y escrituras.

En este relato, como en los otros que acompañan *Del Llano Llano*, Molano se contrae a dimensiones provinciales, pero no es provincial su mirada de la realidad. Por el contrario, su técnica o metodología, con la que presenta sus libros, se aleja del soliloquio y es mucho más universal, así tengan la apariencia de monólogos ensimismados de personas incultas o iletradas. Todos sabemos, sin embargo, que en el mejor de los casos, en un solo lapso de vida es posible leer solo una pequeñísima fracción del gran número de escritores que en Europa y América –sin considerar otras partes del mundo–, dejaron su trabajo para la posteridad, por lo que lo universal es relativo y la condición de erudito, mucho más vaga e imprecisa. En *La virgen de Sibilina* hay muchas lecturas y muchas escrituras, y no solo las de Molano. Retomando el epígrafe, autoría de David Hume, cuya filosofía me permito parafrasear, en este texto todo el conocimiento que expresa Molano, deriva en última instancia de la experiencia sensible, tanto de su fuente primaria, como de las colectivas y la de él mismo, siendo éstas las fuentes vitales de conocimiento en el relato y sin ellas, no se lograría saber alguno y convencimiento del “otro”. Solo así es posible el milagro, porque el testimonio es más fuerte que el milagro mismo.

4. NO PUDE DEJAR DE LLORAR

No pude dejar de llorar es el relato de una mujer que narra cómo en medio de la violencia partidista padeció otras formas y tipos de violencia a manos de los hombres (su padre, sus parejas sentimentales, el cura) que dejaron huella en la conformación de su personalidad. Aunque su tenacidad, su arrojo y su valor dejan ver a una mujer que para época en la que transcurre la historia podríamos considerar adelantada a su tiempo, son sus opiniones frente a instituciones como la Iglesia, el matrimonio, la familia o la democracia, las que marcan la conformación de su férreo carácter. Esa condición la lleva a buscar nuevos horizontes, a huir del centro a la periferia, de Labranzagrande a los Llanos Orientales, a donde se mueve para escapar de las múltiples violencias que la asedian y dejar atrás tantas lágrimas y sufrimientos. Pero cuando el inmenso Llano se abre ante sus ojos, vuelve a llorar, esta vez ante el anhelo incierto que supone lo desconocido o la esperanza.

La fuerza hidráulica más poderosa del universo, es la lágrima de una mujer.

Carlos Fisas

4.1 No pude dejar de llorar: mujer, violencia y fuga a los Llanos Orientales

El 7 de febrero de 1926 apareció publicado en las *Lecturas Dominicales* del periódico *El Tiempo* de Bogotá, un reportaje titulado “Una hora con José Eustasio Rivera”, en el que el autor de *La Vorágine* (1924) habla de la que habría de convertirse en su obra cumbre, también de sus viajes, de los movimientos ideológicos, humanísticos y literarios en Colombia y de un texto que hoy, al igual que el suyo, se lee con fruición. Respondió Rivera a la pregunta sobre qué otros trabajos literarios le satisfacían plenamente, que uno en especial le había llamado mucho la atención: la novela *Ifigenia* (1924), de la escritora venezolana Teresa de la Parra. Consideró de éste: “En la literatura femenina americana creo que no haya otra obra comparable de las que yo conozco.” Desde la publicación de estas

dos novelas hace 86 años, que plantearon nuevas miradas de sus realidades circundantes, no han cesado ni las lecturas, ni los estudios, ni los descubrimientos sobre ellas.

Cito lo anterior para adentrarme en el análisis del relato *No pude dejar de llorar* de Alfredo Molano contenido en *Del Llano llano* (1995) por dos razones esenciales: primero porque *La Vorágine* (1924) es considerada –junto a *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos– un referente del encuentro de la cultura urbana con las llanuras. Y segundo, porque la novela de la autora venezolana detalla como en los albores del siglo XX, en Venezuela, así como en el resto de Latinoamérica, se asomaban con timidez las voces femeninas para narrar su fatalidad desde la literatura: el drama de la mujer frente a una sociedad que no le permitía tener voz propia. El texto que Alfredo Molano construyó, tiene la tensión de un drama cuyo desenlace tiene un punto de llegada y esperanza en los Llanos Orientales colombianos, deja ver el encuentro del centro (que él representa) con la periferia (sus fuentes testimoniales), revela además la fuerza de la intimidad femenina expresada en la historia conmovedora, pertinaz y por momentos algo deleznable, de una mujer que lucha en medio de una sociedad machista, dominante y maltratadora por hacer valer su pensamiento y criterio; y finalmente contiene –como las dos obras citadas– la dosis de infinita vigencia, esa que poseen las cosas que se hacen con rigor y agudeza.

4.1.1 La voz femenina en este relato

Con el persuasivo lenguaje de las lágrimas –como dijera Winston Churchill– Molano asume en tres de los cuatro relatos *Del Llano llano* una voz femenina. En *No pude dejar de llorar* –así como en *La virgen de Sibilina*– habla una mujer, de la que no sabemos ni siquiera el nombre, pero que nos deja conocer su vida. Sus lágrimas hablan silenciosamente y le permiten siempre recuperar la cordura, aunque navegue en un infinito río de llanto. A través de ella, Molano se desdobra y despliega su parte femenina. En ella (en el personaje) el autor interioriza su

condición y se asume como vocero de la mujer como un ser relegado entre los relegados. Valga decir aquí que por mucho tiempo la situación de la mujer, en términos de libertad y autonomía, era similar –con obvias diferencias contextuales– para todas al margen de su clase o condición social. Ricas o pobres, blancas o mestizas, negras o indígenas, estaban sometidas, relegadas a roles secundarios muy comunes en la historia de toda la humanidad.

Si se asume la fecha de publicación del libro (1995) como el tiempo real del testimonio, y se tienen en cuenta las tres referencias históricas puntuales del relato [“En el 52 entraron a la vereda de Ochica, por allá por Río Chiquito, y pusieron bombas en los puentes y los caminos.” (1995:30), “Los liberales éramos mayoría, y la guerra del 50 la prendieron fue para descontar esa mayoría.” (1995:32), y “Cuando llegó Rojas Pinilla ya hubo paz.” (1995:35)], mucho han avanzado los grupos feministas desde los tiempos que relata la protagonista. Para 1952 era presidente de Colombia, Roberto Urdaneta Arbeláez (1951-1953)²³ a quien le correspondió actuar en unos años de crisis nacional, violencia y desestabilización política que habría de tener un hecho clave en El Bogotazo²⁴, y que a la postre llevaron a la dictadura militar, que refiere la protagonista en el texto como un momento puntual de pacificación, y, donde no puede desconocerse, hay una posición política endilgada a la fuente. Es el testimonio de una mujer el que valida la pacificación, propuesta central del General del Ejército golpista que sin derramamiento de sangre se hizo al poder el 13 de junio de 1953²⁵ y derrocó a Laureano Gómez.

²³ El 5 de noviembre de 1951, ante la delicada situación de salud del presidente Laureano Gómez, que lo llevó a retirarse del cargo, Roberto Urdaneta Arbeláez, entonces ministro de Gobierno, fue elegido designado a la Presidencia de la República. Ese mismo día, Urdaneta asumió como presidente, y en su discurso de posesión ante el Congreso Nacional, señaló su continuidad de la obra del presidente titular, Laureano Gómez.

²⁴ Después del “Bogotazo” del 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, y cuando las masas populares irrumpieron con la destrucción en Bogotá y otras ciudades del país, se generalizó una tensión política y social en toda Colombia. Varias oleadas de violencia se intensificaron entre los años 1949 y 1953.

²⁵ Hacia las 10 de la noche Rojas asumió definitivamente el poder e hizo la alocución radial en la que dijo su frase célebre: “*No más sangre, no más depredaciones en nombre de ningún partido político, paz, justicia y libertad.*”, frase que fue bien recibida por la mayoría de los colombianos que

Dicho enfoque no es una opinión generalizada, pues escapa a la realidad circunscribir la violencia en Colombia a apenas un lustro y más bien, resulta preciso darles la razón a quienes afirman que el establecimiento de La Violencia como periodo o etapa de nuestra historia, es una clasificación académica que puede fundamentarse en la intención de abstraer para su estudio, el punto de ebullición más alto (cinco años) de una época más extensa que determinó muchos cambios para el futuro de la nación. Uno de ellos, el voto femenino en 1954 con todas sus implicaciones. La sentencia de esta mujer anónima en el relato de Molano “Cuando llegó Rojas Pinilla ya hubo paz” (1995:33), coincide eso sí con quienes aseguran que la llegada de Rojas Pinilla al poder calmó los ánimos y se logró una tregua con buena parte de las guerrillas liberales, pero esa paz fue transitoria y caldo de cultivo para otra violencia más dañina y cuyos efectos aún no culminan, la que dejó por fuera otras visiones de país. El bipartidismo se reordenó para no perder el poder y el protagonismo, hizo alianzas y coaliciones de alternancia. Sirva para reforzar el argumento anterior que el mismo Urdaneta, quien fue designado como remplazo de un Laureano Gómez enfermo, apoyó el golpe de Rojas Pinilla junto con otros ex presidentes. Luego, los conservadores liderados primero por Laureano Gómez y después por Mariano Ospina Pérez; y los liberales por Alberto Lleras Camargo, diseñaron el Frente Nacional²⁶ para sacar a Rojas Pinilla de la presidencia, pues había propuesto la conformación de un nuevo partido, el Movimiento de Acción Popular, que ponía en peligro la historia de las hegemonías que habían llevado el país a disputas y violencias internas de consecuencias nefastas para la democracia. El panorama de un tercer partido y

habían estado sufriendo una sangrienta violencia partidista que se había acentuado desde la muerte del líder político Liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de Abril de 1948.

²⁶El Frente Nacional fue una coalición política y electoral colombiana entre liberales y conservadores vigente entre 1958-1974. Por extensión también se refiere al período histórico de dichos años. La principal característica de este período fue el acuerdo de igualdad entre los dos partidos durante este proceso, ya que planteaba que estos se alternaran la presidencia durante sus 16 años de duración y una idéntica cantidad de parlamentarios liberales y conservadores en el Congreso. El principal objetivo de este acuerdo político era la reorganización del país luego del período presidencial del general Gustavo Rojas Pinilla.

con la mujer votante, fue sin duda visto por el bipartidismo tradicional como una amenaza que era ineludible detener a toda costa. Entretanto, los grupos de campesinos armados que no se acogieron a la tregua, y que inicialmente luchaban para defenderse y buscar tierra, habían comenzado a expandir sus ideas y a inscribirse en ideologías más amplias e incluyentes para los marginados.

Las mujeres tuvieron en dicho periodo una tímida participación y no llegaron a destacarse como promotoras directas de tan agitados escenarios. Se debe aclarar, sin embargo, que si bien no se percibe en el plano de la expresión directa una participación de la mujer (por ejemplo, en los hechos acaecidos el 9 de abril del 48 en Bogotá o en las filas de campesinos combatientes), si hubo mujeres que se destacaron por su compromiso en la lucha por la defensa de los derechos civiles fundamentales de la población. Fue el caso de la líder María de los Ángeles Cano Márquez²⁷, proclamada en el III Congreso Nacional Obrero, realizado en Bogotá entre el 21 de noviembre y el 4 de diciembre de 1926, como la *Flor del Trabajo*, y la primera revolucionaria de Colombia. Lo anterior claro, en el plano de la revolución entendida y asumida como la evolución positiva, el avance en la búsqueda de equidad, condiciones y oportunidades similares, y no como símbolo de la insurgencia; y de los costos sociales de una revolución industrial que, supuso en nuestro país y sus incipientes centros urbanos, enormes desafíos a lo largo de todo el siglo XX. Aunque el país era eminentemente rural, el campo comenzaba a desplazarse a las ciudades, no por planes ni programas, sino arrollado por el torbellino de violencia. Hordas de campesinos buscaron su acomodo en los extramuros de las capitales, o se le metieron adentro a las montañas o las extensas llanuras ignotas, para escapar del revoloteo macabro de pájaros o bandas armadas de dos colores: liberales y conservadores, y refundar la nación. El seguimiento a esa lucha rural, es el fundamento de los textos de Molano y el papel de la mujer en la misma, el eje de su relato *No pude dejar de llorar*. La

²⁷ Es considerada la primera mujer líder de la política en Colombia, dirigió la lucha por los derechos civiles fundamentales de la población y por los derechos de los trabajadores asalariados; encabezó la convocatoria y agitación de las huelgas obreras, colaboró en la difusión de las ideas socialistas y participó en forma decisiva en la fundación del Partido Socialista Revolucionario.

protagonista es cordial en sus afectos y bravucona cuando ve que peligra su integridad. Es ingenua en su interior pero sagaz cuando actúa como ser social.

Fue en ese periodo en el que se organizaron las guerrillas de los Llanos²⁸ y numerosos grupos de resistencia en el Tolima, Caldas, Valle, Cundinamarca, Boyacá, los Santanderes y otras regiones del país, y sobre las que Molano relata en varios de sus libros. En dicho periodo, la mujer estuvo como siempre relegada, aunque su papel fue determinante, pues además de hacerse cargo de la familia, de la alimentación y de otras labores –como las agrícolas, logísticas y hasta de información– mientras los guerreantes hombres combatían, también buscó escenarios para alejarse de su papel de simple víctima pasiva. Las mujeres en distintos momentos históricos de Colombia se han organizado en movimientos sociales, luchando por el derecho al voto, el derecho a la tierra, a la libertad, a una vida digna para ellas y sus familias. Esa es la mujer que no puede dejar de llorar en esta historia. Pero sobre las lágrimas, hablaremos más adelante.

Volvamos a lo femenino en esencia. La jovencita que al comienzo del relato apenas despunta a lo que podríamos calificar desde una concepción occidental o colonialista como “vida amorosa”, relata sus relaciones con una crudeza que para el imaginario del “amor romántico” puede resultar de una naturalidad tosca, muy ruda, alejada del sentimentalismo. No hay romanticismo, ni ternura, y menos delicadeza, pero si una nitidez visceral en las descripciones. “Me cogió la mano, me besó la boca y el resto fue amor al destapao.” (1995:33). De la primera relación –con el joven que intercambiaba trabajo con sus hermanos y padre de Pablito su primer hijo– vale la pena destacar que ni siquiera se revela el nombre, de hecho la protagonista llega a comparar que el haber quedado embarazada de él, “era como quedar de mis hermanos, pero no dije nada en la casa.” (1995:36).

²⁸ En los dos años de gobierno del designado Urdaneta, la violencia se enseñoreó en Colombia, principalmente contra las guerrillas de los Llanos Orientales. El país se ensangrentó con más intensidad, cuando para implantar el orden y la autoridad, el gobierno se enfrentó a los grupos guerrilleros en todo el país con métodos poco convencionales y por fuera de la ley, como destierros y masacres. En los Llanos Orientales miles de llaneros, y de campesinos llegados a esa región, se unieron a las guerrillas y pusieron en dificultades a las Fuerzas Militares. La llamada “revolución” en los Llanos, convirtió esta región en un escenario de guerra civil de grandes proporciones.

En la segunda –con don Plinio, padre de la niña que se les murió– buscó independencia y protección y encontró celos compulsivos y maltrato para ella y para su hijo. Y en la tercera –con Víctor Bello, el talabartero– halló seguridad y compañía, aunque también lo abandonó tras la muerte de Pablito. Se despidió de todo porque estaba cansada de viajar por los mismos dolores. Por irónico que parezca, estas relaciones sirven para describir una fortaleza en su condición de mujer y en otros ámbitos, como el político. No era mujer de nadie, ni su cuerpo, ni sus convicciones y tampoco sus decisiones.

Crítica a la iglesia, que no enterraba a los muertos liberales de la violencia, que cobraba por todos los servicios y enfilaba a Dios en uno de los bandos en disputa, lo que permitía por ejemplo que se pusiera una ametralladora en el atrio de la iglesia. Señala al gobierno que no impartía justicia, sino que promovía la persecución de los contrarios. Agrupa mujeres para defenderse de los chulavitas²⁹ y sobretodo, asume un liderazgo contrario al que le imprime a su propia vida. Lucha por los derechos colectivos de las mujeres, pero no por los individuales. Podríamos decir, por los sociales pero no por los personales. “Hicimos un grupo de mujeres armadas con zurriagos, cuchillos y hasta escopetas de fisto para subir y bajar.” (1995:31). Es evidente que existen diferencias en el rol que jugaron hombres y mujeres en la época de la violencia, y que Molano destaca el papel de la mujer en este periodo de nuestra historia, sobretodo en términos de lo que podríamos llamar su liberación inicial. Una liberación que no pasa tanto por el hecho de que se libere de los roles que tradicionalmente ha desempeñado (de hecho aún no ha logrado desligarse del todo de los mismos), sino por la participación activa y decidida en la lucha por sus derechos y para que estos roles sean reconocidos y tengan la misma dignidad que otros que tradicionalmente se han atribuido a los varones. De hecho en el relato hay episodios donde Molano lo

²⁹Se denominan **Chulavitas** o **Policía Chulavita** a un grupo armado en Colombia que existió durante los primeros años de La Violencia, conformado por campesinos conservadores procedentes de la vereda "Chulavita" del municipio de Boavita en el departamento de Boyacá. Fueron reclutados por la policía boyacense, la cual era subordinada al gobierno de turno y buscaba a "los mejores", con el objetivo de restablecer el orden en Bogotá, la cual estaba sumida en el caos del Bogotazo propiciado por los liberales enfurecidos debido a la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán.

hace, le otorga un lugar preponderante a la mujer y la ubica por encima de los hombres, liberales temerosos que no habían vuelto a aparecerse por Labranzagrande. “Había mujeres muy valientes que lograron hacer escarmentar a los chulavitas. Por eso yo decía que, si nos daban el voto a nosotras las mujeres, el partido conservador no volvería a mandar nunca más.” (1995:31).

La protagonista es una mujer rebelde y se demuestra a lo largo de la historia. Tal vez ella no sea revolucionaria, pero sí algunas de sus ideas expresadas en hechos puntuales. Desde que no estuvo de acuerdo con que su padre asustado les diera guarapo a los que “venían secos de tanto gritar contra los liberales” (1995:32), y ella los enfrentó y los llamó asesinos, por lo que juraron venganza. Cuando asegura que los violentos las perseguían porque consideraban que era más fácil amedrentar y someter a una mujer. Y un bello pasaje que narra desde la feminidad y no desde la posición y tradición machista y de pertenencia, la tenencia de un hijo. Cuando su padre le pregunta de quién era el niño, su primer hijo, ella le responde que no sabe, que si acaso tiene que ser de alguien. Que el niño era de ella y que eso le tenía que bastar a él e incluso a ella, a todos. “Él era hijo de uno de esos muchachos que cambiaban trabajo con mis hermanos, porque en esa época no había jornal.” (1995:36). Quedó en embarazo pero no dijo nada, lo ocultó y lo asumió. Transgredió las costumbres y pagó con creces su decisión. Emana de esta mujer una responsabilidad ante sus propias decisiones, ante su familia, sus parejas y la sociedad a la que pertenece. El derecho sobre su cuerpo, su sexualidad y la maternidad, una especie de materialización de su autonomía.

Consciente de su vulnerabilidad, de la victimización a la que somete la guerra a las mujeres, la protagonista del relato se apropia de un discurso que asombra para la época. Aunque no pretende basar su lucha en la afirmación de que la mujer tiene que ser igual al hombre en todo. Es cierto que ella busca la reivindicación social de la mujer envuelta en el torbellino de la violencia partidista, aunque no hay mucha claridad frente a su posición con respecto a la violencia doméstica y la conformación de su núcleo familiar. La igualdad total, puede uno entender –y aquí está la novedad–, pretende elevar al varón a la categoría de

modelo a seguir y por tanto, su consideración como ser superior se evidenciaría. Eso es lo que Molano y el relato, subvierten. Esta mujer, que retrata el autor, no pretende igualar al hombre, sino construir un escenario de identidad para el género femenino a costa incluso de sí misma. Es de un carácter férreo, de una fortaleza inquebrantable, pero de una nobleza sobrecogedora. Un ser sin mayores pretensiones personales que busca un lugar para escapar de la tragedia, para olvidar la desgracia y para construir un nuevo mundo, una nueva vida para ella, que sin embargo, se siente condenada a cargar su propia cruz. La cruz en la que convergen dos maderos: la adversidad producto de la violencia social y el infortunio personal de sus relaciones con los hombres. El ser público y el ser íntimo. Su rol social y su rol familiar.

Desde los cortejos de un hombre que comparte trabajo con sus hermanos, como se describe al inicio del relato, hasta su relación con el talabartero, pasando por los amores con don Plinio y su llegada a los Llanos Orientales, ese lugar inmenso que atisba a través del hueco que se abre en la neblina, la protagonista no logra cruzar el umbral del amor. No hay felicidad, hay compañía, hay unión para el trabajo, pero no hay búsqueda o intención de casamiento. No logra desposarse, lo que para la época –y aún hoy– es visto en algunos sectores como la consolidación personal y social de una mujer. Pero en aquellos tiempos en los Llanos Orientales la gente no se casaba, salvo los miembros de las familias de los grandes hacendados. A las mujeres llaneras modestas no les interesaba casarse, no era costumbre. La protagonista relata cómo debieron ella y don Plinio enfrentarse con los curas que los querían “abrir”, o separar, para hablar en términos menos coloquiales. “Ellos querían matrimonio y nosotros decíamos que lo nuestro era cosa de nosotros”. (1995:34). De hecho, ya se había enfrentado antes al cura de su pueblo cuando fue a bautizar a Pablito y éste le preguntó si era casada, lo que la enfureció. Entre los sectores populares del interior del país tampoco era muy frecuente el matrimonio religioso, sino la unión libre que en términos legales desencadena en la unión marital de hecho. A ella no le interesa, no busca el matrimonio, pero sí el bautizo de sus hijos. Recordemos que su segundo hijo, una niña que tiene con don Plinio, muere el mismo día del bautizo y

desencadena la tragedia de este hombre que se entrega a la bebida y luego, bajo sus efectos, al maltrato de su mujer. El día del bautizo de Pablito, tiene que huir hacía el monte para escapar de los chulavitas. Ella cree en Dios, en algunos sacramentos y rituales, se encomienda a Dios y a la virgen, hace ofrendas, pero no cree en la iglesia como institución. No basta decir que no había nada más importante para una mujer en el siglo pasado que casarse bien, es decir, con un hombre que le brindará seguridad y bienestar, pero ocurría al tiempo que rara vez eran las señoritas las que escogían con quién casarse. Además del escarnio público que significaba un embarazo sin estar casada, o por lo menos, con un marido estable. Los latigazos de su padre una hora después de haber dado a luz a su hijo, con una vara a la que llama “justicia”, dan cuenta de tal agravio.

Soporta las ignominias del dominio a la que la someten todos los hombres que pasaron por su existencia: su padre, sus hermanos, el padre de su primer hijo Pablo, el mismo Pablo que muere ahogado ante el asombro que le produjo ver y escuchar por primera vez un camión y cayó al río (alegoría al impacto de la modernidad), el cura que quiso abusar de ella, lo mismo que los Maldonado (padre e hijo) y el talabartero Víctor Bello. Podemos decir en cierto sentido que la protagonista abandona la modernidad, el centro, motivada por las desgracias personales y por la violencia. Una y otra, su desdicha personal y las desventuras resultantes de una vida de continua huida, convergen en un ser que se trasparenta en el relato. Hay una descripción de su vida que en ciertos episodios se descubre como algo insalvable, y en otros, emerge como una visión particular de los seres y las cosas. Navega en una corriente opuesta a lo establecido, y lo hace embarcada en el lenguaje. No habla bajo el influjo canónico, sus maneras de decir son producto de la faena del campo, de los frutos recogidos en el sembradío, de los sorbos de tinto alrededor de un fogón de leña y en general, de los aportes de la tradición oral enraizada en las personas mayores, que comprimen su experiencia y sabiduría propias, en frases y términos disonantes al letrado, pero perfectos para ellos y su designación del mundo.

4.1.2 De lágrimas y otras lluvias

Habíamos dejado en punta el tema de las lágrimas. El título del relato es *No pude dejar de llorar* y podría asociarse con la historia lenta y dolorosa de las luchas de reivindicación social de la mujer en nuestro país. Una de ellas, la del voto. En el relato se lee lo siguiente: “Por eso yo decía que, si nos daban el voto a las mujeres, el partido conservador no volvería a mandar nunca más”. (1995:31). Si nos atenemos a que el voto femenino fue otorgado en 1954 por la Asamblea Constituyente convocada por la dictadura en cabeza de Gustavo Rojas Pinilla y se ejerció por primera vez en el plebiscito de 1957 (había sido negado dos veces, en 1944 y en 1946), podemos deducir que el relato transcurre en un tiempo posterior al de la época de La Violencia, que se asume fue entre 1948 y 1953. Si se sentía con el derecho de votar tenía la mayoría de edad y si cuando llegó Rojas al poder –que es cuando entra en amores con don Plinio– ya tiene un hijo, el relato puede dar cuenta a través de ella de unos 20 años de nuestra historia. Las mujeres fueron y son víctimas principales de la confrontación armada en nuestro país. Primero como una especie de botín de guerra y luego como actrices mismas del conflicto. Con la propuesta de amnistía de Rojas Pinilla se da una división al interior de las nacientes guerrillas, unos se desmovilizaron y otros fueron más radicales, y con las nuevas ideas comunistas siguieron en la lucha guerrillera, de allí el origen de las FARC³⁰. En esta lucha armada las mujeres dejaron de ser víctimas a causa de la vinculación política de su compañero y pasaron a ser parte importante en esta confrontación. Se narra en el relato, y se puede corroborar con otros textos de carácter investigativo, como los chulavitas arrasaban con todo y llegaban a las fincas y luego de amarrar a los hombres, robar comida, ropa, o matar los animales que no se podían llevar, se ensañaban con las mujeres. La cuestión, es que también los liberales –denominados como la chusma– en

³⁰Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo o FARC-EP es un grupo guerrillero que se autoproclama marxista-leninista. Las FARC ejercen su influencia en algunas zonas de 24 de los 32 departamentos de Colombia sobre todo al sur y oriente del país, concretamente en Putumayo, Tolima, Nariño, Cauca y Valle del Cauca. Además operan en las regiones fronterizas de Brasil, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela. Son partícipes del conflicto armado colombiano desde su conformación en 1964 y son dirigidas por un secretariado de siete miembros.

retaliación, hicieron lo propio con los conservadores y con sus mujeres, sus madres, sus esposas, sus hijas, sus hermanas.

Las mujeres eran violadas para torturar a sus esposos, padres y hermanos. Es decir, la violencia que sobre ellas se aplicaba –en un acto de recalcitrante machismo– iba dirigida a los hombres, era una herramienta de venganza, un vehículo de presión, una humillación en cuerpo ajeno. Eran ellas un medio para acceder a quienes se escondían, un detonante para obligar a los hombres a salir de los escondites y enfrentar las arremetidas de los chulavitas. Si estaban en embarazo, les abrían el vientre y les sacaban los fetos que eran lanzados al aire y cortados al vuelo de machete, porque decían los agresores, se debía acabar con la semilla de la insurgencia. La mujer era asesinada pues, por ser generadora de vida, su cuerpo era mancillado y en aras de ultrajar al hombre, su vida valía menos que la de un varón. Cuando los Maldonado la acosan e intentan sobrepasarse con ella en medio del viaje a Sogamoso, los enfrenta y luego los denuncia con don Plinio, que amén del reclamo a los Maldonado, la considera culpable, incitadora de la situación. Era un viejo, como Plinio el viejo, naturalista romano que murió en la erupción del Vesubio sobre Pompeya en el año 79. Un viejo entregado a la cerveza que no superó la muerte de su hija y que sucumbió ante la naturaleza, pues siendo arriero no pudo más que sacar madera y nunca hacer tierra o fundar finca. Es otro de los ahogados en el relato, como Pablito en el río y como la protagonista, en lágrimas.

Pero si algo resulta más triste aún que las lágrimas y el llanto permanente de esa protagonista anónima pero vital, es que la situación de las mujeres en medio del conflicto armado en Colombia no ha cambiado y, por el contrario, pareciera empeorar. Las violaciones de mujeres jóvenes y niñas han servido para atemorizar a la población civil y obligarla a abandonar sus hogares o tierras. Ana Teresa Bernal, quien fuera presidenta de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, asegura que en Colombia la población civil ha sido siempre utilizada como botín de guerra pero particularmente las mujeres han sufrido agresiones de todos los grupos. Desde los grupos regulares del estado hasta los

paramilitares y la guerrilla. La violencia sexual forma parte integral del conflicto en Colombia, la utilizan todos sus actores y tiene a las mujeres, sin ningún distingo de edad como grandes víctimas, lo ratifica un informe de Intermón Oxfam titulado "La violencia sexual en Colombia: un arma de guerra" presentado en Bogotá en octubre de 2009. El dolor ha sido soportado con mucha soledad y más impotencia por las mujeres lo largo de nuestra historia de violencia, dado que las represalias que toman tanto los victimarios como los familiares de las víctimas y la sociedad en general cuando denuncian estos casos, pareciera condenarlas aún más. Hay un llanto que no cesa, que no termina. Un confinamiento social que resulta aún peor que la degradación a la que son sometidas, y esa podría leerse como la intención de Molano. Hay temor y vergüenza en las mujeres que padecen violación o maltrato, pero en la protagonista del relato no hay temor, hay vergüenza con furia y decisión. Esas huellas imborrables hicieron que se desapasionara. Se curó física, pero no espiritualmente. Luchó en su interior para desenamorarse, cuando lo creyó conveniente, tomó las riendas de su vida y buscó otros caminos.

De ahí que las lágrimas del relato de Molano pueden ser entendidas como una metáfora de los múltiples sentimientos que subsisten en esta mujer sometida a tantas violencias. Hay en su relato lágrimas de ira, de dolor, de tristeza, de desesperación y hasta de alivio. No se percibe en cambio algún rasgo de orgullo que no sea su propósito -asumido con una determinación asombrosa- de reconocerse como una mujer valiente que no necesita de los hombres para buscar la felicidad, pero que ha sufrido las arbitrariedades que caen sobre su género. La protagonista llora en dos momentos del relato: cuando se le muere la niña que tuvo con don Plinio ["Yo solo quería llorarla." (1995:34)] y cuando antes sus ojos se extiende la inmensidad de la llanura ["Desde que cogí camino al Llano comencé a llorar." (1995:41)]. Pero hay otros episodios donde se supone también lloró, pero que no se enuncian de manera explícita en el relato. Por ejemplo, cuando su padre la castigó, cuando don Plinio la golpeó y cuando se ahogó Pablito.

Molano llega a dominar ese lenguaje interior de la mujer, esos sentimientos que le hacen expresar que con las atenciones de don Plinio, y de la señora que le puso para que la atendiera, ella se curó de los golpes por fuera, pero en los adentros estaba amoratada, descompuesta, desecha. Los latigazos de su padre que le quemaron el corazón o las huellas inexistentes en el río cuando se ahogó su hijo, la llenaron de resignación. “En el agua no quedan rastros”. (1995:40). No era mujer que llorara con facilidad, tampoco eran los hombres de la época personas que se conmovieran con las lágrimas de una mujer, pero en el relato las lágrimas nos hablan sobre la esencia de la naturaleza humana y más que de ella, de la condición femenina. Pero no como un rastro de debilidad o de inferioridad, sino como una prueba de su valentía, una huella dolorosa de su arrojo donde las lágrimas son la sangre del alma, lo más personal que alguien puede ofrecer más allá de la vida misma. En medio de las más difíciles condiciones, no deja que las lágrimas no le permitan ver el futuro. No puede dejar de llorar, pero tampoco de soñar. Se va a buscar el Llano. Se desahoga llorando, se ilusiona, deja que sus penas sean arrastradas por las lágrimas y a pesar de tanto sufrimiento, no deja de ser sensible. Parodiando la frase del estadista inglés Winston Churchill, esta mujer solo ofrece sangre, sudor y lágrimas. Vida, trabajo y sufrimiento. Dio vida con su vida, regó con lágrimas las tumbas de sus hijos y baño con ellas la esperanza de un nuevo futuro en los Llanos Orientales.

4.1.3. Las fronteras internas de la nación

Esta mujer había nacido en Labranzagrande, un municipio colombiano capital de la provincia de La Libertad³¹ en el departamento de Boyacá. Asumido el nombre del lugar como la grandeza del campo, y la libertad como la capacidad que posee el ser humano de poder obrar según su propia voluntad sin afectar a los otros,

³¹La provincia de La Libertad es una de las provincias del Departamento de Boyacá, una división política heredada de la Colonia y no muy común en otros departamentos de Colombia. Su nombre, La Libertad, se origina en el hecho de que en jurisdicción de la actual provincia el ejército patriota obtuvo su primer gran triunfo contra las fuerzas leales, además fue la puerta de entrada en el departamento del ejército de Simón Bolívar quien marcharía hacia Santafé (Bogotá D.C.).

debemos decir que Molano cuestiona la historia oficial y narra esta historia subalterna desde un género y una perspectiva diferentes. La libertad, todos sabemos, suele estar muy unida a los conceptos de justicia e igualdad. En *No pude dejar de llorar*, la justicia no se asoma desde la oficialidad, sino desde la que cada quien impone con las armas, sus creencias o el dinero; y la igualdad, no es ni siquiera un anhelo colectivo, sino –como la razón–, un concepto extraviado por la influencia arraigada de las hegemonías. Un nombre y una característica, nos permiten entonces, acercarnos a una de esas fronteras internas de la nación,³² al revés de la nación concepto que acuñara Margarita Serje. Estos dos rasgos distintivos confieren pistas que permiten abordar diversos parámetros de análisis y dan cuenta de dos paisajes diferentes (Boyacá y Yopal) que si bien están cobijados por la condición de pertenecer a un mismo país, evidencian una abierta ruptura cuando se examinan sus realidades sociales, y aquí lo social, como afirma Renán Silva, no tiene fisuras o divisiones, es un todo integral; encierra todo: lo cultural, lo político, lo económico, todo. El municipio donde nace la protagonista se encuentra a 210 km. de la ciudad de Tunja, capital del departamento, y limita al oriente y al sur con Yopal, Casanare. Sogamoso, la otra ciudad que se nombra en el relato, y adonde viaja la protagonista a llevar un viaje de alverja, tiene, más allá de su nombre de profundas raíces chibchas, una característica que nos sirve como alfiler de unión de esas dos realidades, pues su base económica es desde tiempos remotos, el comercio interregional entre los Llanos Orientales y el centro del país.

Pero es menester recalcar en el tema de las fronteras internas, que no son solo geográficas, sino más bien culturales, geopolíticas y discursivas. Hay unos lugares donde el sentido de pertenencia al país se difumina, cambia y hasta desaparece. Importa y se interioriza más la región que la nación. Sus habitantes construyen una realidad a partir de lo que algunos teóricos –particularmente Jesús

³² Si trazamos una gran línea imaginaria que solo una a su vez las líneas limítrofes orientales de los departamentos de Boyacá, Cundinamarca, Bogotá D.C, Huila, Cauca y Nariño, salta a la vista la gran frontera nacional que deja del otro lado a diez departamentos: Arauca, Casanare, Vichada, Meta, Guainía, Guaviare, Caquetá, Putumayo, Vaupés y Amazonas.

Martín Barbero (1999:124)—, han dado en llamar “resemantización” y que consiste en construir un nuevo significado para nombrar la realidad y concebirla. Con base en sus mitos, en sus tradiciones orales, en sus cuentos populares, en su visión particular de la historia, en sus conversaciones cotidianas, tanto formales como espontáneas, las comunidades periféricas construyen no solo su propio discurso, sino su lenguaje, sus procesos de identidad, y también, las relaciones de poder que a veces multiplican lo que a ellos los arrojó a la periferia. Quienes han visto en los Llanos Orientales otra posibilidad, no solo se trasladan físicamente sino que corren la cerca de su espacio de referencia como habitantes de una nación. Su imaginario se expande, se abre ante la posibilidad de dejar atrás lo que ese país concentrado en lo andino les ofrece. Imaginar la nación como un espacio al cual se pertenece, resulta en el relato de Molano algo extraño, pues el sentido de pertenencia se asocia más con las regiones, y más que con ellas, con lugares y puntos específicos: un municipio, una vereda, un hato, una finca, un morichal, un caño, un río. Eso sin desconocer, que la misma soberanía del Estado permite una independencia en el desplazamiento entre las regiones. No hay formas o mecanismos de control que impidan el movimiento de los ciudadanos, simplemente hay unas fuerzas individuales y colectivas, unas motivaciones internas y unas presiones externas, que llevan a las personas a tomar la decisión de irse de su lugar de origen y buscar otra tierra. La cuestión es que en Colombia esa decisión ha estado muchas veces impulsada por la necesidad de salvaguardar la vida.

Los textos de Molano —se ha planteado ya en este trabajo—, muestran una tendencia antropológica, pero no por ello dejan de ser históricos. En ellos puede visualizarse el miedo, la venganza, la persuasión política, la mitificación de sus héroes, la oralidad de comunidades marginadas, y sobretodo, otra visión de toda la historia violenta de nuestra construcción como nación, llena de ciclos de violencia en los que raras veces se acude a la memoria para revisar qué hemos hecho mal, y qué estamos repitiendo. En *No pude dejar de llorar*, todos son partícipes del conflicto, el cual pareciera no tener fin y que se expresa en todas las formas de violencia que llevan a una mujer a no poder dejar de llorar nunca, un

sufrimiento que no se detiene. Nuestro conflicto se renueva de cuando en cuando, hay breves treguas y efímeros espacios de paz. Lo anterior ocurre y Molano lo anuncia con frases como "...y hasta los viejos que habían estado en las guerras les tenían miedo." (1995:29). Se refería el personaje –no Molano– a los chulavitas y a la humillación que les infligían, a su persecución sanguinaria. En Colombia hay una larga historia de confrontaciones donde coexisten solo dos puntos de vista: bueno o malo, centralista o federalista, liberales o conservadores, chulavitas o chusma, rico o pobre, todo montado sobre el mismo eje maniqueo que ha fraccionado al país y lo reduce todo a civilización o barbarie, y ello promueve la violencia.

Hay sin duda, como resultado, concepciones también duales, en las que existe un centro y una periferia, un canon y lo subalterno, pero pocas veces encontramos ejercicios narrativos que cuenten desde la totalidad, o por lo menos, desde donde no se ha contado. Esta polarización termina promoviendo la intolerancia y sobre ella se apoya uno de los contenidos ideológicos más fuertes de la violencia: la desintegración. Es ese país político que Jorge Eliécer Gaitán diferenciaba del país nacional, del que conforma el pueblo, aquel donde se vive en carne y hueso la realidad, donde las utopías se confunden con las lágrimas. Y que años después William Ospina habría de retomar en su ensayo *¿Dónde está la franja amarilla?* (1996) diciendo que en Colombia coexisten dos Estados, uno infinitamente y otro que no existe en absoluto. El que explota y persigue; y el que no ejecuta ni soluciona nada. Ospina supera la idea que usualmente hace referencia a dos países distintos, casi opuestos, representados por un centro próspero y una periferia atrasada, unas laderas y mesetas densamente pobladas donde el Estado es una realidad cercana y unas selvas y llanuras menos populosas donde el Estado es tan sólo una ficción, algo distante que remplaza cualquiera que tenga un arma e imponga su ley. Esos dos países existen claro, pero Ospina supera el concepto de país y se instala en el de Estado, por eso atisba en esas formas que coexisten tanto en el centro como en la periferia y afectan el desarrollo y la vida de todos los ciudadanos, habiten éstos las grandes urbes, las ciudades intermedias, el campo o las extensas selvas colombianas.

Con una visión más integral Margarita Serje plantea en *El revés de la nación* (2005) que la periferia es la condición indispensable de la existencia del centro. Ello supondría repensar la nación como resultado de un proceso dinámico de formación heterogénea y vertical que también se vale de las diferencias y no sólo se fundamenta en la constitución de homogeneidad. Ello tal vez sea lo que más rescata Molano, pues no se queda en la simple representación que de los habitantes de los Llanos Orientales se ha hecho desde la administración pública, los medios de comunicación e incluso, desde la misma academia. Estas personas no son en sus relatos, escuetos guerrilleros liberales, sucintos colonos conservadores, o chusma de cualquier pelambre, son ciudadanos nacionales, personas de Colombia que aunque viven en regiones apartadas de los tradicionales centros urbanos, no dejan de ser sujetos nacionales. La región no es descrita en el relato de manera bucólica, como un paisaje de bellos atardeceres a donde se va a buscar un chinchorro para reposar y ver volar las garzas, sino expuesta con todos los matices propios del espacio a donde llegan quienes huyen, los marginados.

Serje plantea entonces, que son claras las fronteras nacionales, pero difusas las internas y de ahí la atención geopolítica que hoy suscitan. “Este conjunto de territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie está hoy en el ojo del huracán”. (2005:3). Y lo están –propone la autora– porque han sido transformados, no en esencia, sino reducidos a pura representación. Añadiría que tanto sus paisajes como sus habitantes han sido reducidos a una simple caricatura, a una representación reduccionista despojada de su contexto que acude a palabras como típico, autóctono o exótico para calificarlos, y en suma se establece así, una mirada apenas folclórica. Y agrega Serje que el conjunto de relatos que media la relación con estos espacios y sus habitantes gira alrededor de dos imágenes focales: La primera, es la de la enorme riqueza que encierran. Y la segunda, es la de su violencia constitutiva y la amenaza que representan. En dicho sentido, la identidad de los Llaneros que proyecta el relato de Molano, no está ligada solo a cuestiones como un pasado común o unas tradiciones culturales compartidas. Por el contrario, es precisamente en muchos casos a partir de la

ausencia de éstas y la mezcla con campesinos venidos del centro, que se generan la cohesión y la construcción de nuevas identidades sociales, culturales, económicas y claro, políticas, que el autor describe con fruición en *No pude dejar de Llorar*.

Molano no solo alegoriza el recuerdo de la muerte, sino el desarraigo al que la protagonista se obliga para dejarlo todo atrás, para enterrarlo todo. Deja la tierra que por heredad le correspondía, deja las dos fincas que le pertenecían y que representaban su supervivencia. Eso está presente en su memoria, pero también en los vericuetos de esa memoria, aparece el recuerdo que opera como una fuente positiva para emprender el nuevo rumbo en la reconstrucción de su proyecto de vida en otro territorio. Lo interesante, es que esta campesina boyacense no comparte la práctica sociocultural que ha determinado buena parte de nuestra historia de violencia, y esa es, la venganza. Ella quiere olvidarlo todo, pero no puede. Sin embargo, aunque no pueda, se niega a responder con violencia. Su memoria tiene presente la sangre derramada, las humillaciones, las injusticias, los golpes, el dolor, la tristeza, la muerte. De ahí que decida huir y hacerlo hacia donde el imaginario sobre una tierra de promisión había comenzado a llevar a muchos, a los Llanos Orientales. Margarita Serje de la Ossa nos recuerda que es a partir de la Constitución de 1863 que estas zonas marginadas del ordenamiento nacional comenzaron a ser vistas como de gran potencial económico, aunque incapaces de gobernarse a sí mismas.

Según la historiografía la época de La Violencia tuvo su causa principal en el bipartidismo, pero si el análisis trasciende los colores políticos y toma en cuenta otras condiciones históricas y sociales, podríamos decir que hubo otras circunstancias –como la manipulación azuzada desde los púlpitos por la Iglesia, la pobreza generada por la actitud dominante de los históricos propietarios de la tierra o el acceso limitado a la educación como punta de lanza de lo hegemónico– lo que llevó a vecinos, a coterráneos, incluso a familiares, a enfrentarse y matarse dentro de un mismo marco geográfico. Lo que generó oleadas de desplazados convertidos en colonizadores que buscaban nuevos horizontes y siempre han sido

considerados como problemáticos por las administraciones centrales, pues impera la ley del más fuerte en territorios que aún hoy permanecen en disputa. Como bien lo plantea la profesora asociada de la Universidad de los Andes antes citada, regiones como los Llanos Orientales han sido descalificadas. “Se han convertido en los bajos fondos del espacio nacional, en su revés, en su negativo.” (2005:5). Tal vez por eso se lea al final del relato de Molano: “Me despedí de todo. Pero me vine sin saber que uno carga la cruz para donde vaya”. (1995:40-41). La protagonista llevaba consigo la cruz del sufrimiento que padeció, del maltrato del que fue víctima, de la tragedia que ha acompañado su vida, pero no ese veneno ideológico del que hablara Orlando Fals Borda en el prólogo de otro libro de Molano, *Siguiendo el corte* (1989), ése que según él contaminó los nuevos nichos donde buscaron refugio quienes escapaban de la violencia o buscaban tierra, porque *No pude dejar de llorar* termina justo cuando la protagonista llega al Llano. De hecho, ella no busca tierra, abandonó dos fincas que había heredado en su natal Boyacá, ella lo que busca es esperanza y olvidarse de su pasado.

4.1.4. La oralidad y el lenguaje

Es claro que en el relato se refleja la inconformidad de una mujer que consigue su voz propia y la posibilidad de elegir su destino en un mundo dominado por los hombres y azuzado por la violencia. Sin embargo y por extraño que resulte, en medio de esa búsqueda la psicología del personaje no cambia aunque de manera constante cambien sus relaciones y esa proclividad aprendida de complacer a todos los hombres, sino que por el contrario, se mantiene firme en sus convicciones. Ella se mueve entre el orden moral tradicional impuesto por la iglesia y asumido por su padre, y unas tendencias que resultan modernas para el ambiente y la época del relato. La protagonista mantiene una abierta contraposición con su entorno y busca siempre nuevos horizontes. Se abre al mundo con decisión y libertad y con la furia –por momentos, desbordada en la defensa de su cuerpo– que nos deja ver lo que cuesta a muchos abandonar

determinada etapa y cruzar la frontera hacia nuevos tiempos. No obstante, hay ironía, sarcasmo y mucho humor en su relato.

La primera frase es contundente. “Los que más sufrimos esa violencia fuimos los niños y los gallos.” (1995:29). Da cuenta de un profundo interés por contar más allá de estas palabras y generar curiosidad en el lector y de esta manera, plantearle al menos dos inquietudes que le serán resueltas a lo largo del texto. Por qué razón fueron los que más sufrieron, los niños y un animal en particular. Los estudios literarios y la vida misma nos dicen que nada viene de la nada, y en ese sentido, todo texto pertenece a una historia, a una cultura, a una tradición. En la complejidad del acto de la escritura misma, de su ejercicio, el llanto de los niños y el canto de los gallos, puede entenderse como una propuesta de análisis para intentar comprender la situación de violencia y comunicar una visión particular, para narrarla, que igual está atravesada por múltiples factores, incluso la intención del lector. El temor y la indefensión en los niños y el paso inexorable del tiempo representado en los gallos. Desde la primera página del relato, Molano se encarga de establecer el corpus temático y conceptual de sus textos: la violencia en general y la violencia política en particular, que él ubica en los conflictos partidistas posteriores a la década del 50 en el siglo pasado, la huida permanente de las víctimas que por lo regular son los menos favorecidos, las estrategias de los fugitivos que buscan nuevos lugares para arraigarse, el desplazamiento hasta los confines para salvar la vida (o el espíritu) y esa relación histórica que instaura nexos con otros de sus textos, para el caso, con *Los años del tropel* (1985) y *Trochas y Fusiles* (1994). Sin desconocer claro, que hay un protagonismo de la violencia de género.

Se lee en el relato de Molano: “A los gallos tocaba amarrarles el pico para que no cantaran y a los niños la jeta para que no lloraran.”³³ Hay una alusión directa a la mordaza, a la imposición del silencio, pero también a la animalidad, al

³³ En el capítulo II, *La travesía*, de otro de texto de Molano, *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y tierras* (1989) el relato se detiene a comparar el canto de los gallos con La Cortina, una especie de retaguardia que operaba como distractor e iba desde Villarrica hasta Dolores en el Tolima y protegía a los guerrilleros. Su comunicación era directa y por ello, muy confiable.

lenguaje descarnado y popular que se funda en la oralidad, ese lenguaje que llama “jeta” a la boca, “jondiar” a lanzar, “pollona” a una mujer joven, “dar maíz tostao” al asesinato, “las de abajo” a los testículos, “jecho” a un hombre maduro, “destapao” al actuar de frente, “juma” a una borrachera colosal, “chillar” al llorar, “rula” al machete y “plana” al agredir a otra persona con los lados y no con el filo del arma, “catiarne” al revisarme, “encancerado” al cuerpo adolorido, “pellizcó” al caer en la cuenta, “preñada” al embarazo, “lapos” a los latigazos y “muenda” a una golpiza, “me largaron” a me soltaron y “de golpe” a de repente. Es otra de las virtudes de los textos de Molano, el rescate de este lenguaje que como un organismo vivo se retuerce y renace cada día, se multiplica, se renueva y lo renombra todo. No hay academia, pero si aprendizaje. No hay educación formal, pero si tradición oral. Una riqueza que se pierde cuando se relata desde la otra orilla y no desde el propio cauce. A este lenguaje no le interesa el sistema arbitrario de signos que lo nombra todo, sino que es la manera como estas comunidades sienten la realidad, como traducen sus temores y cifran sus sueños.

Con esta forma de narración, Molano estimula el debate sobre las diferencias de lenguajes y de públicos, y nos concita a que “caminemos con nuestros propios pies”, como dijera el prócer uruguayo José Gervasio Artigas, y no con los de “otros”, en el sentido de replicar esas categorizaciones impuestas por el pensamiento hegemónico que podemos advertir en textos que no toman en cuenta la experiencia de grupos sociales marginados, excluidos, poblaciones que viven y padecen el ejercicio y los conflictos de poder desbordado que terminan por afectar siempre a los más pobres, que en Colombia y en el mundo, son la mayoría. En la nota sobre la reedición colombiana del texto *Debates postcoloniales. Una introducción a los Estudios de la Subalteridad* (2007) se plantea que esas conceptualizaciones que “ponen de moda los centros académicos del norte” son sin duda útiles, pero se desgastan en tanto no nos representan y “como moneda que va de mano hasta desdibujar sus relieves, lo postcolonial entre nosotros parece haber perdido su potencia crítica.” (2007:6). La aseveración –muy radical y

un tanto empirista³⁴— desconoce que la óptima aplicación de estos conceptos radica en la buena contextualización. Este modelo no resultaría eficaz en el análisis de nuestra realidad, si son asumidas estas conceptualizaciones como una simple herramienta en la producción intelectual y no como un camino que resulta alternativo y eficaz en la aproximación a determinada situación social. Si se asumiera como una mera fórmula que se aplica, sus resultados terminarían reducidos —como su distribución— a un círculo académico y conceptual aislado de su entorno y alejado de la eficacia crítica que con base en el relato de experiencias vitales, enriquece trabajos como el de Molano que se mueven en diversas disciplinas y metodologías. La potencia crítica de sus textos radica precisamente en su capacidad de relaborar categorías conceptuales, como la de los movimientos sociales gestados en nuestros campos, y no quedarse en la promoción de una ideología, en la expansión de un punto de vista explicitado desde los centros de poder.

A partir de esta reflexión, de esas dos visiones, la de los conceptos y estrategias narrativas apropiadas y las creadas, Alfredo Molano genera más conciencia de lo plural, no de lo universal donde todos tenemos que pensar y decir lo mismo, sino de lo plural y diverso porque nos acerca a voces que no han tenido espacio en la historia oficial, en el periodismo, y en general, en los medios masivos de comunicación, tan dispuestos a refundir la información que afecte los intereses de sus propietarios. El autor plantea con su personaje, y éste con su testimonio, una libertad en el sentido de que todos tenemos nuestros pies, nuestras manos y cerebros, para poder caminar, producir y pensar, sentir a partir de lo que somos. Esta mujer no espera a que desde arriba le lleguen las soluciones a su vida, ella se atribuye una misión, construye su visión de futuro desde la base, producto de su propia reflexión y de todas las interacciones que le han hecho sufrir, pero también vivir. Molano va conversando, dialogando,

³⁴ Sistema filosófico que en el problema referente al origen y valor del conocimiento humano sostiene que la única fuente de conocimientos válidos es la experiencia sensible, la sensación y la percepción en sus diversas modalidades. El empirismo o empiricismo, por tanto, se refiere no solo al origen del conocimiento, sino también a su validez.

recogiendo de muchas bocas lo que a través del tiempo viaja de boca en boca y pone en boca de un personaje central, que en *No pude dejar de llorar* es incógnito, pero recoge un diálogo múltiple, un tejido de comunicación cuya dimensión crítica consiste en alejarse de la noción ilustrada del sujeto que describe.

Pero volvamos al asunto del rescate que hace Molano de ese lenguaje que de cierta manera renombra la realidad y que puede resultar para muchos, extraño, atrasado, arcaico y por tanto, bárbaro. Resultaría desacertado concebirlo como tradición oral –aunque haga parte de ella–, pues ésta ha estado guiada por la intención de reconstituir las raíces simbólicas de un determinado grupo humano o comunidad. Lo que expresa la protagonista del relato *No pude dejar de llorar*, no se inscribe dentro de un universo mítico o imaginario, al contrario, soporta el peso de una realidad avasallante. Lo anterior, sin embargo, comparte con la tradición oral, un conjunto de representaciones que constituyen el pensamiento y actitud de un “ser colectivo” que al margen de pertenecer a cualquiera de las tipificaciones que la historia detalla (chulavita, chusma, conservador, liberal, campesino, religioso, etc.), revela la identidad de un pueblo a través de su lenguaje. Todas esas voces concentradas en la mujer que relata, son la vía de acceso a la esencia de la colonización de nuestros Llanos Orientales y de la cultura llanera que allí se forjó, no tanto porque el relato transcurra allí, sino porque se relata desde allí. Recordemos que finaliza cuando ella, pletórica de alegría, contempla su inmensidad y por primera vez en el relato llora de alegría y no de tristeza.

Es una bella metáfora sobre la despedida. El enterrar todo lo espiritual con un entierro físico. “Con Pablito enterré parte de mi vida y todo lo que me hablaba de él: las fincas, las bestias, las reses, y me vine a buscar el Llano.” (1995:40). También sobre el viaje y el cansancio, en su caso, por los que considera los mismos dolores, un trasegar por los caminos del sufrimiento. Huye del pasado y del presente, piensa en su futuro. El subir y bajar lomas puede asumirse como una figura de los altibajos humanos en la búsqueda de la felicidad, que ella persigue en un tránsito ahogado en lluvias que se tornan infinitas. Aguas turbulentas y agitadas en medio de una cordillera. “Todo era un mar de agua agitada que no

dejaba dónde dormir ni dónde descansar...” (1995:40). Un navegar y naufragar en el campo, que parece que abandona, pero del que no puede zafarse. Va de la montaña a la llanura, pero no abandona el campo y aun así, hay una novedad en cuanto a la cultura, a todo lo que hace el ser, por el ser y para el ser. No deja de llamar la atención que a pesar del origen rupestre del término cultura³⁵, cuya acepción figurativa como cultivo del espíritu viene a extenderse solo hasta el siglo XVII, hoy haya en Colombia quienes asuman la cultura como una cuestión solo de las élites y se desconozcan procesos culturales como el gestado en los Llanos Orientales de Colombia.

4.1.5. Sobre la cultura “culta” y la “popular”

En el relato de Molano, *No pude dejar de llorar*, la cultura popular brota con el lenguaje de la protagonista a través del cual describe sus recuerdos y reconstruye su pasado para contarlos. Surge con el gallo, ese símbolo de inteligencia que distingue entre la noche y el día, que es la medida del tiempo en el campo, al que debían amarrarle el pico para que no los delatara. “¿Quién infundió sabiduría al ibis y dio al gallo inteligencia?”, exclama Job (Job 38,36). El mismo animal que el cristianismo asume como símbolo de resurrección, pues así como el gallo anuncia el nuevo día, de la misma manera el cristiano espera la venida de Cristo. O la traición de Pedro a Jesús, que relata el evangelio según San Lucas (Lucas 22, 54-62) “Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces”. Se expresa también esa cultura popular con la alusión a los huesitos de la mollera³⁶, ese lugar de la cabeza por donde respiran los bebés, por lo menos

³⁵ El término cultura proviene del latín *cultus* que a su vez deriva de la voz *colere* que significa cuidado del campo o del ganado. Hacia el siglo XIII, el término se empleaba para designar una parcela cultivada y tres siglos más tarde había cambiado su sentido como estado de una cosa, al de la acción. En la mitad del siglo XVI, el término adquiere una connotación metafórica, como el cultivo de cualquier facultad.

³⁶ **Mollera o Fontanela.** En los bebés, son los espacios del cráneo donde se cruzan dos suturas (áreas donde los huesos se unen) y forman un punto blando cubierto de membranas. Al momento del nacimiento, permite que la cabeza se abra paso a través del canal de parto y el crecimiento del cráneo durante el primer año de vida del bebé.

así lo consideran quienes pertenecen al pueblo llano. En cada creencia, en cada forma de expresión, en toda la religiosidad articulada en cada santo, en cada rito, en cada súplica o ruego de la protagonista que resume una expresión genuina de su comunidad. En la simplicidad del cortejo alejado de galanteos y pretensiones que subyacen en la relación como condicionamientos sociales. “Me cogió la mano, me besó la boca y el resto fue amor al destapao”. (1995:33). En la violencia doméstica asociada con la ingestión de bebidas alcohólicas, que sin ser un fenómeno exclusivo de la cultura popular, ha sido proyectado como un problema de clases sociales medias y bajas, y no de la sociedad en general. En el castigo que piensan infligirle para desbravarla, como si fuera una bestia que se amansa, una potranca briosa desbocada. “Juraron venganza. Juraron amarrarme, bañarme con orines de mula y echarme fueite”. (1995:30) En su búsqueda de tierra, de nuevos horizontes. En todo el relato, Molano confronta la realidad de su personaje, una mujer que suele mostrarse esquiva y hasta mezquina, pero que termina por desnudar su alma. Esa sea tal vez la mayor habilidad de escritor, que intuye y acierta en la construcción de un personaje que recoge muchos saberes populares, y que el autor une con su escritura, porque tiende los puentes entre lo dicho, lo escuchado, lo escrito por la historia oficial, lo narrado por la tradición oral y lo que se ha dejado de decir.

Otra de las habilidades de Molano, y que se evidencia en este relato, consiste en no salirse de lo verdadero a pesar de utilizar las técnicas narrativas de la ficción. *No pude dejar de llorar*, es la historia cotidiana de muchos colombianos –que hace tres o cuatro décadas, o más, cruzaron la frontera interna del país para ir a los Llanos Orientales– protagonizada en este caso por una mujer desconocida que nos resulta curiosamente familiar. Y ha de reiterarse que esa frontera no es sólo geográfica, sino de creencias, entendimiento, lenguaje, religiosidad y hasta ecología, pues la relación de los llaneros –bien sean raizales o colonos– con la naturaleza, es diferente. Es pues, una red de fronteras las que cruza Molano para contar desde su personaje. Molano reconstruye, a través del relato de esta mujer, la identidad de colombiano marginal, de aquel que es forastero en su propio país. Reflexiona, profundiza, se sumerge en el ritmo del testimonio, comunica cierto tipo

de abstracción (el autor cuenta desde adentro de una mujer que está en esa posición) para intentar transmitirle al lector que ha intervenido lo menos posible en el relato y por tanto no lo ha contaminado. Eso no es posible en lo absoluto, pero es viable en el sentido de la narración. Este delicado equilibrio es producto de la mezcla disciplinaria precisa con la que el autor reelabora el concepto de nación, de progreso, de desarrollo, de territorio, de violencia, de política, de lucha, en suma, de cultura.

La guerra o el conflicto que se narra en el relato, distingue entre el sufrimiento de los hombres y de las mujeres, también de los niños y de los ancianos, aunque se centra en las mujeres para contar desde su visión, la de unas víctimas opacadas incluso de cara a la muerte donde también prevalece el machismo, la supuesta superioridad masculina, ante la inferioridad de las condenadas a esperar eternamente. Esta mujer no espera, y allí hay un elemento diferenciador. La figura de la castración aparece como forma de tortura y degradación de la condición humana, en medio de las pugnas que llevaron a las más terribles aplicaciones de la violencia, la fuerza considerada bruta y aupada por las élites inteligentes. Los referentes históricos tienen un peso específico, pero son mucho más determinantes para el relato las narraciones íntimas, los detalles de unas formas de colonización que se repiten en la actuación de quienes, en algún momento, fueron objeto de otra colonización. Y estamos hablando de una mujer que sabía leer y escribir. “Le escribí a mi papá para que viniera a llevarnos a mí y a Pablito.” (1995:36). Que tenía propiedades, porque heredó dos fincas de su mamá. Que no tenía reparos en expresar su pensamiento, y menos, en reconocerse diferente. Su testimonio es un ejercicio de perdón, de reconciliación, una celebración por la vida en medio de tanta muerte. Tal vez un testimonio de esperanza. Intenso y dramático, casi inverosímil. La sangre y muerte, son el telón de fondo de una historia narrada desde las víctimas. Parientes o conocidos, partidarios o contradictores, valientes y cobardes, todos víctimas de la misma violencia vestida de colores diferentes.

Molano detalla cómo logra esta mujer recomenzar su existencia cada día, en medio de múltiples dificultades. Desde el principio hasta el fin, la protagonista busca, busca infinitamente. Quiere estar lejos del atropello, de la violación, del dolor, del miedo, la intimidación, el desarraigo y de la muerte. Incluso de los hombres y de la civilización. Exorciza el dolor para abrirle paso a su sueño, el dejarlo todo atrás, a su idea personal de futuro, aunque no sepa qué le depara una región a la que llega con toda su historia auestas. Molano es capaz de contar con una prosa distante e impasible, una historia conmovedora. En las poblaciones donde transcurre el relato, y en las que se mueve la protagonista, se ocultan muchas historias: la de la violencia partidista, la doméstica, la injusticia social, la discriminación, el abandono estatal, la inconsistencia de la iglesia. Pero son sólo algunas de las realidades que el relato ilustra, pues la muerte irrumpe en cualquier calle de cualquier pueblo, en el atrio de cualquier la iglesia, en muchos caminos y trochas, y luego en las carreteras. En una choza o en una finca, en cualquier lugar porque no hay lugar seguro para los fugitivos. Huyen de los escenarios, acontecimientos y personajes que encarnan la violencia y con su testimonio, el autor nos lleva del repudio a la ternura y de la cotidianidad de una época, al asombro de su relato.

Puede uno pensar que el vocabulario de la protagonista es limitado, pero no hay tal. Al contrario, es sumamente rico. Lo que pasa es que habla desde el dolor, un dolor dormido que Molano despierta y estimula al fraguar una calculada forma de narrar. No vivió la ternura, padeció el desamor. No fue cubierta de afecto, sino con un manto de dominación. No contó con el apoyo de su padre, sino con su irascibilidad. No supo de juegos, sino de trabajo y persecución. Muchas palabras desconocidas para ella, como si ella misma fuera la envoltura de una vida sin nada adentro, sin sentimientos. Su existencia está marcada por la desolación, los golpes físicos y psicológicos. Los puños, las patadas, los planazos, los disparos, las puñaladas, las pérdidas y la muerte. La rula y el fisto. La virgen y el santuario que visitaba con devoción. Su padre y los padres de sus hijos. Los chulavitas y la chusma. Da la impresión de que su mundo terminara en el contorno de esas palabras y esa realidad, y no existiera nada más allá de ellas y de los objetos,

sentimientos, actos, lugares y personas que éstas definían. Pero se sobrepone y sigue su búsqueda.

5. EL RETAQUE

El retaque es el relato de una mujer –Angelina– que en medio de múltiples evocaciones narra una masacre de la cual es la única sobreviviente. Ella y su padre eran toda la familia. Evoca la abundancia de fauna, la cacería, la pesca, la inmensidad del territorio, la bondad de la agricultura en tierras vírgenes, pero sobretudo la violencia partidista, la resistencia de las guerrillas liberales y en general, la forma como cada quien se acomoda en los Llanos e imparte justicia. La masacre es producto de viejos odios y rencores. Don Misael, un guate³⁷ que llega con su familia a fundarse en esta región, es acogido por el padre de Angelina, y como sabía de números, de letras y de leyes, había terminado convirtiéndose en el patrón de ellos. Angelina trabajaba como criada de doña Beatriz, su esposa. Y su padre, primero dueño, termina como caporal. Hasta allí llegaron a buscar a don Misael para asesinarlo, por chulavita. Pero su hijo mayor mata a los verdugos y la espiral de muerte continúa. En un segundo intento, los nuevos homicidas no encuentran a los hombres de la finca que estaban de travesía llevando un ganado y ultiman entonces a las mujeres y los niños. Esta mujer, huérfana de madre desde muy niña, narra con detalles el múltiple asesinato, lo ha hecho siete veces ante un juez. En medio de la evocación se describe la manera cómo la gente del interior les arrebató la tierra a los llaneros y cómo se multiplican las formas de colonización.

*“Siendo múltiples las caras de la dominación,
son múltiples las resistencias
y los agentes que las protagonizan.”*

Boaventura de Sousa Santos.

³⁷ Guate es el término que utilizan los llaneros para referirse a quien es del interior y llega a la región. No es peyorativo siempre, y en un contexto coloquial puede llegar a ser incluso afectuoso, aunque son evidentes las distancias culturales con ellos y suele utilizarse la mayoría de las veces como una ofensa.

5.1 El retaque: ¿algo a cambio de nada o todo a cambio de poco? Geografía e historia, pero no documento

En *El retaque* (1995) Alfredo Molano menciona trece puntos geográficos de los Llanos Orientales (Moreno/Paz de Ariporo, Pore, Nunchía, Puerto Rondón, San Pedro de Arimena, Villavicencio, Puerto López, Tame, Cabuyaro, El Algarrobo, El Limbo, Monterrey y Maní); además de dos países: Colombia y Venezuela; un municipio de Boyacá y un caserío del vecino país: Sogamoso y Cararabo, respectivamente; y tres departamentos colombianos: Arauca, Casanare y Meta; tres personajes de la historia oficial de nuestro país (Jorge Eliécer Gaitán, Gustavo Rojas Pinilla y Guadalupe Salcedo Unda) y otros tantos puntuales de la zona y su participación en el levantamiento de los Llaneros (Teniente Vigoth, Cheíto Velásquez, el capitán Alfredo Silva y el general Duarte Blum); nueve personajes (Aurora, Berenice, Celso, don Misael, Beatriz, Víctor Carpintero, Angelina, Campo Elías y Vitelio); seis animales presentes en la fauna de la región (caimán, tigre, danta, cachicamo/armadillo, venao/venado, zamuro/gallinazo, y chigüiro); y la misma violencia partidista, de chulavitas y de fugitivos, de personas asustadas que huyen del terror y terminan a veces arropadas por el crimen, que ha sido relatada por el autor en varias de sus obras y por la testigo en este relato, siete veces ante un juez: la masacre en la que cayeron un niño y una niña hijos de Angelina, los tres muchachos hijos de don Misael, y su mujer doña Betty, a manos de Campo Elías y Vitelio, dos caporales de don Víctor Carpintero, un hombre que so pretexto del pasado chulavita de don Misael, lo que quería era quitarle sus tierras. “Él quería estas tierras desde muy atrás, porque macoyas de guafa³⁸ no es que queden muchas. No hay tal de política ni de enredos de esos; la misión era quitarnos la tierra.” (1995:53). No valió que dijeran que eran liberales por ser criollos³⁹, ni que don Misael había peleado en armas bajo el mando del general

³⁸ Macoya de guafa, es como los llaneros llaman a las matas de guadua.

³⁹ El llanero criollo es el oriundo de la región, el raizal. Angelina y su padre eran de los Llanos, aunque la violencia los había empujado hacia el centro del mismo. Don Misael en cambio, era colono y había llegado a fundarse en la región al lado de ellos. Las mujeres mintieron frente al origen de éste último, en aras de intentar salvar su vida.

Guadalupe Salcedo Unda. Los mataron a todos. O al menos eso creyeron, pues Angelina sobrevivió.

Hay pues en este relato, geografía, historia oficial, historia subalterna, antropología, personajes literarios, drama, sociología, indiscutibles preceptos para abordarlo desde los estudios culturales, una encubierta desacreditación del canon, una denodada maniobra literaria apuntalada en la tradición oral, y hasta huellas ecológicas, es decir, ciertos indicadores del impacto ambiental generado por la demanda humana en la región de los Llanos Orientales, que determinó cambios en el paisaje y hace que la protagonista evoque recursos mermados o inexistentes en un ecosistema que ha cambiado para siempre. “Había mucho animal”. (1995:43). Todo enmarcado en los recuerdos y el tiempo. Lo cual demuestra que en este relato hay una representación cultural indiscutible y un manejo del tiempo unido a los episodios asociados a la lucha armada de los Llaneros, que con la única finalidad de sobrevivir, se vieron avocados a declararse en rebelión y a empuñar las armas. Se presentan en el relato, diversas percepciones e interpretaciones de la “realidad” condensadas por Molano y sobre las cuales construye sus evidencias, para señalar que el punto de vista que expone como válido lo es, y se opone a otros que se estiman ilegítimos en la lógica del testimonio, cuya pretensión fundamental es buscar la justicia para las clases menos favorecidas. Y lo hace a través de lo que Beverley define como una “militancia inmediata desde un yo con conciencia de ser representante de una clase social que refleja”. (1987:44). Molano asume una posición en su rol de mediador y comparte con el sujeto subalterno, si no unas ideas, si unos ideales. En varias ocasiones el autor ha confesado su fascinación (y hasta su capricho) por los Llanos Orientales y por las luchas de unos hombres que se vieron impulsados por la persecución y la violencia partidista, a inventarse una lucha armada que entre muchas otras cosas dejó para la historia (y aquí confluyen la oficial y la subalterna), la figura de personajes que trascendieron lo heroico y adquirieron ribetes míticos, como Guadalupe Salcedo Unda. Molano no oculta su fascinación por este personaje/héroe, es más, podríamos decir que es deliberado su propósito de entretejer el relato de su fuente, con la documentación de la historia y la

leyenda de este hombre, que como toda leyenda, tiene visos de realidad y de fábula, y se fortalece con la tradición oral y el paso del tiempo. Y podríamos sugerir también que en *El retaque*, Molano establece un diálogo más íntimo con los personajes y con la historia, tanto oficial como subalterna aunque más con la segunda, y germina entonces su compromiso vital, su participación y la idea de insertar estas comunidades en la sociedad a través de sus libros, de sus relatos y testimonios, y en general de sus trabajos.

Por eso, encontramos que este relato “denuncia” todo tipo de violaciones. Éstas varían desde los asesinatos, las explotaciones a las clases marginadas, la persecución ideológica, los propósitos de un determinado gobierno, las expropiaciones económicas violentas, y las persecuciones políticas. “Los chulavitas venían quemando ranchos, robando ganado y matando gente.” (1995:46). En fin, todas las artimañas y trampas que se utilizan para lograr objetivos corruptos y vergonzosos en nuestra Colombia, y en general, en toda América Latina. Al respecto, Beverley afirma en *Anatomía del testimonio* que “generalmente la producción testimonial tiene fines políticos muy precisos, pero aun cuando no tiene una intención política explícita, su naturaleza como género siempre implica un reto al *status quo* de una sociedad dada”. (1987:9). De hecho cuando Beverley propone el testimonio como género emergente, precisa que es a la vez producto y expresión de luchas sociales. Molano ha sido tildado de comunista, de guerrillero, ha sido amenazado, ha estado exiliado y es visto como un ser incómodo por ciertos sectores de las élites y las hegemonías, así como por las “fuerzas ocultas” del establecimiento. Pero, debe señalarse, más por sus columnas y reportajes periodísticos, que por sus libros.

Quienes como Sklodowska no están de acuerdo con la reducción del testimonio a esa función política e incluso revolucionaria, argumentan que al estar ubicado en el plano literario se desvirtúa como práctica cultural de resistencia de las clases populares. Esta autora, reconoce sin embargo en su texto *Hacia una bibliografía sobre el testimonio Hispanoamericano*, que frente a democracias y gobiernos que resultan opresivos y con tintes dictatoriales en Latinoamérica, el

testimonio cumple una función particular, pero definir el género solamente en función de los signos ideológicos o socio-políticos, nos llevaría a una enunciación muy limitada y parcial del mismo. (1991:18). Y en dicho sentido, es cierto que Molano invita e incita al lector con sus textos, y que lleva a su público, y por extensión al pueblo, a tomar una actitud crítica frente a lo que escribe, pero por su carácter literario historias como *El retaque* pueden –para algunos lectores desprevenidos o sin el contexto suficiente– no trascender del plano del divertimento y el placer de la lectura, al ser un simulacro de la realidad, una ficción que, aunque basada en hechos y personas reales, sufre una indiscutible transformación cuando pasa de la oralidad a la escritura.

Debemos enfatizar eso sí que ante *El retaque* no estamos frente a un documento, y no podemos desconocer tampoco que hay una mutación de la materia prima que Molano reelabora y entrega como una obra artística. Puede ser ésta, una estrategia de supervivencia en sentido estricto, una salvaguarda de su vida, una trinchera que lo protege de quienes ven en sus textos un peligro, una amenaza para el orden establecido liderada por un escritor que incita a los lectores a comprometerse, a asumir una posición. Y eso es leído desde algunas esferas como rebeldía e insubordinación. No en vano, el testimonio como opción narrativa se ha enraizado en los países subdesarrollados o entre las minorías nacionales o subalternas de los países desarrollados. Unos eventos reales que el autor recoge de múltiples entrevistas e indagaciones (eso se advierte y asume al validar el testimonio como género) que han sido editados y presentados de una forma literaria con sólido soporte en un estilo personal, y para lo cual el autor ha desechado información, o la ha complementado, o modificado, dependiendo, claro está, de sus intereses narrativos, de sus propósitos, de lo que quiere contar. Es por ello, que tanto los “testimoniante” como los interlocutores o mediadores (periodistas, escritores, sociólogos, etc.) son vistos como pequeños héroes que buscan contribuir al mejoramiento de su sociedad, a no tolerar abusos e injusticias, y que a la vez invitan al lector a tomar conciencia, y a las clases subalternas, a denunciar las injusticias que se les presentan. De ahí que *El*

retaque, sin ser un documento, rompa viejas tradiciones no sólo literarias sino también sociales y políticas.

5.1.1 Más allá de la masacre, la lucha por la tierra

La voz testimonial invita al lector de *El retaque* a establecer una especie de complicidad con la mujer que relata y tiene como objetivo provocar en él la sensación de que a través de ése testimonio se pueda llegar a fomentar un movimiento de los oprimidos. *El retaque*, a mí juicio, resume la propuesta de todo el trabajo de Molano, que ha supuesto en él una revolución personal y en el ámbito de lo público, una revolución no sólo literaria sino social y política a la que se unen otros autores. En su apariencia simple, *El retaque* es la historia relatada por una niña huérfana de madre que sobrevivió a una masacre. Pero se intuye y se deduce –tanto por los elementos que entrega el texto, como por la información *extratextual* que suscita– que hace parte del universo narrativo del autor y su tema central: el problema con la tierra, su propiedad y dominio⁴⁰. Una frase que resume y expone lo anterior, es la que Angelina pronuncia para darles la razón a los “dones”, a don Misael y a doña Beatriz, que llegaron y se apropiaron de un pedazo de sabana, al lado de la de su padre, que no ostentaba más título de propiedad que la posesión misma: “Al fin y al cabo, a la sabana le da títulos la pezuña del ganado.” (1995:51). Hay una especie de desconocimiento consciente de los límites, y de los títulos y la propiedad, porque se asume que hay tierra de sobra y que la posesión se obtiene al poner ganado en ella, esa es una “Ley del Llano”. En aquel tiempo, asegura la protagonista, la palabra era documento. “El que quisiera venir a fundarse en un centro de la sabana sólo tenía que traer su ganado y

⁴⁰ En este relato hay referencias a personajes y hechos que Alfredo Molano describe en su libro *Siguiendo el corte. Relatos de guerra y tierras* (1989). En el capítulo I *Vida del Capitán Berardo Giraldo, llamado El Tuerto* se menciona a Guadalupe Salcedo Unda, a Eliseo Velásquez y al capitán Alfredo Silva, sus andanzas y gestas. Además, se hace referencia a la exuberancia de la región, en madera y animales, a la fundación y el poblamiento de varios puntos geográficos, a los tiros de Mauser y a un entierro en fosa común, amén de cómo se “prendía” el Llano, como se “calentaba”, porque la violencia a veces mermaba o aumentaba.

decirles a los vecinos que con su permiso.” (1995:45). Don Misael había llegado sin nada, sin ganado, pero tenía una enorme capacidad de trabajo y una condición a su favor, la concepción de la propiedad de la tierra que tenía el padre de Angelina, un llanero criollo que la compartía sin mayores requerimientos. Bastaba trabajar y saber de ganado y de agricultura básica, de subsistencia. De ahí que don Misael haya llegado a superar al padre de Angelina, a ser su patrón. “En el Llano de antes no cabían las envidias, cada cual hacía lo que sabía y se ponía donde le correspondía.” (1995:50). Y más adelante se ratifica esa circunstancia: “Mi padre no le escatimaba la tierra a nadie y menos a un socio con quien tenía ya para esa época más de mil reses.” (1995:51). Se trabajaba duro, no para ampliar el dominio sobre la tierra, sino para que creciera el hato ganadero. Muchos vaqueros jornaleaban a cambio de la comida y algo de ganado que les era entregado con el tiempo de servicio (es el caso de *Gesualdo de Maturín*, el cuarto relato *Del Llano llano*), cabezas que se asumían como la semilla para tener una futura madrina⁴¹. Se puede afirmar incluso que la tierra no tenía valor en sí, pues éste era dado por el número de cabezas de ganado que se tuvieran.

Bien lo expresa Reinaldo Barbosa Estepa en su libro *Guadalupe y sus centauros. Memoria de la insurrección llanera* donde revisa la situación: “Fundarse en el llano es sinónimo de ocupar y hacer uso de las sabanas, con reses y ranchos, generalmente en las proximidades de una mata de monte de donde se extrae madera, palma para los techos o marisco para la caza...” (1992:52). Añade el autor que las sabanas se poseen en cuanto haya ganado apacentado y en proporción a su número, lo que supone una consecuencia elemental y es que a mayor número de reses un criador necesita más espacio en la sabana. Y ésta situación a la vez supone otra, si crece el hato, se necesitan más vaqueros, más personal, y entonces más comida, representada en poder sembrar un yucal, una topochera y algo de maíz, y para ello, el dueño del hato se abroga el derecho del

⁴¹**Madrina** es el término que en los Llanos Orientales se utiliza para referirse a un grupo de ganado, bovino o caballar, propiedad de una persona o una familia. En *El retaque* se hace referencia a varias: de diez, veinte, cincuenta novillas, quinientas reses y de mil reses.

agua que circunde su posesión. No es entonces la tierra sino su uso la que otorga riqueza y poderío y ello supuso una nueva concepción: un hato no vale por la extensión sino por la cantidad de reses que posea. Lo anterior, por supuesto, generó un problema agrario muy diferente al del interior del país, pues se comenzaron a irrespetar esos “derechos y usos colectivos” y hacendados, peones, vegueros e indígenas comenzaron a disputarse la sabana.

Vale recordar que durante la colonia mientras el hato o hacienda llanera estuvo bajo el mando despótico de una comunidad religiosa⁴², de un hacendado, o un mayordomo (Rueda, 1992: 64), se producía lo que se necesitaba para el consumo de los que hacían parte de ella. Asegura la protagonista de *El retaque*: “Se trabajaba sólo para la ropa y la sal, porque comida había a las anchas”. (1995:43). De hecho, un modelo económico muy elemental y así lo ratifica Angelina: “No había afanes para conseguir la comida. Las tierras sobraban.” (1995:45). Un heredado modelo primitivo de autoabastecimiento que tuvo en los siglos XVI y XVII a los indígenas como la mano de obra servil y que habría de heredarse como una forma de economía no monetaria con la que funcionaron los hatos hasta bien entrado el siglo XX. Es más, tras la expulsión de los Jesuitas en 1767, la economía Llanera se organizó con base en los hatos, pero sin llegar a la conformación de latifundios tal y como se asumen en otros espacios y geografías de la nación. Ese modelo, que ha sido tradicionalmente fuente de inestabilidad social, asociada a la existencia de grandes masas de campesinos sin tierras, no se da en los Llanos porque sus habitantes no son campesinos, son llaneros, y ello tiene su basamento en relación con la ocupación de la tierra y los conceptos de riqueza y poderío que –como ya se advirtió– se sostienen en el número de reses que se posean. Es así que los embriones del poder local –asegura Barbosa en el texto antes citado (1992:34)– son las haciendas, los hatos y los caseríos, amparados en ese “derecho de sabana” que fue vedado a las comunidades

⁴² Los Jesuitas llegaron a tener en los Llanos Orientales la propiedad más grande de su comunidad en toda América latina, la hacienda Caribabare, que tenía 447.700 hectáreas. (En Rueda, J.E. 1989).

nativas y defendido por los llaneros criollos como suyo, mucho más en la medida que crecían sus hatajos.

En el relato de Molano, la masacre fue perpetrada en el supuesto nombre de las guerrillas liberales en contra de un antiguo chulavita⁴³ y una de las víctimas/personaje asegura, que tenía como único fin quitarles la tierra a quienes habían llegado al centro del Llano a fundar propiedad. En Colombia, el acceso a la tierra ha sido históricamente una gran fuente de poder político y de conflicto social, además un determinante clave en la productividad de la economía rural. No debe asombrarnos que Molano en *El retaque* vuelva sobre esta problemática y oponga a la concentración de la propiedad de tierra (mucha tierra en pocas manos), la idea de mucha tierra en muchas manos. Aunque es preciso mencionar que las luchas de las guerrillas liberales de los Llanos Orientales giraron en torno a la necesidad de defensa ante la represión y retaliación oficial, y la defensa de la integridad personal y mejores condiciones de vida, pero no se cuestionó desde el comienzo el proceso de concentración de la propiedad de la tierra, generado por el desarrollo de un modelo de producción basado en la hacienda y el número de reses que se tuvieran, que en la región representa lo que se asume como el hato llanero. La denominada “Ley del Llano”, promulgada por Simón Bolívar en 1819 y aplicada muchas veces al amaño de los propietarios de hatos, comenzó a cuestionarse al final de la insurrección de los llaneros, porque es probable que muchos de ellos vieran la posibilidad de acceder a la riqueza y el poder que otorgaba el ganado y abandonar así la simple vaquería, el trabajo como caporales, peones o vegueros y el cachilapeo, una practica perseguida por los dueños de los

⁴³**Chulavita o Policía Chulavita:** grupo armado que existió durante los primeros años de La Violencia, conformado por campesinos conservadores procedentes de la vereda "Chulavita" del municipio de Boavita en el departamento de Boyacá, reclutados por la policía boyacense, la cual estaba subordinada al gobierno de turno, con el objetivo de restablecer el orden en Bogotá, que estaba sumida en el caos del Bogotazo propiciado por los liberales enfurecidos debido a la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Los Chulavitas cumplieron su misión con eficacia, aunque mediante masacres; luego fueron usados como contrapeso a las guerrillas liberales provenientes de los Llanos Orientales.

hatos que le supuso al mismo Guadalupe Salcedo una temporada en la cárcel, antes de que empuñara las armas para defenderse de la violencia partidista. Frente a esta práctica, debe decirse que una cosa era cazar reses cimarronas u “orejanas” en tiempos pasados y otra muy diferente, tomar reses que pertenecieran a un hato por la fuerza y con la sola necesidad de consumo y sustento como argumentos, cuando el concepto de propiedad colectiva había desaparecido en algunos lugares del Llano. Dado lo extenso del territorio y la acción del hombre, el ganado había huido al monte y retornado a su condición salvaje⁴⁴ y allí no le pertenecía a nadie, pero las nuevas circunstancias suponían nuevas acciones. Colonizadores advenedizos, compradores de ganado que se quedaban en la región, guates en busca de riqueza o hábiles intermediarios, aplicaban a su parecer la denominada Ley del Llano.

Habían pasado muchos años desde que Bolívar en un intento por reordenar las relaciones de los llaneros en torno de su hábitat y con base en su actividad fundamental o “Trabajo de Llano” estableciera unas normas que se pretendieron democráticas para dirimir los conflictos entre los hateros. Lo cierto es que patrones y blancos (hacendados) se valieron de esta Ley para dominar otros sectores de la sociedad llanera y la utilizaron como un instrumento de control sobre vegueros, peones de sabana e indígenas. En otras palabras, fue aplicada a conveniencia: si la razón asistía al contrario, no se tenía en cuenta, se desconocía; pero si favorecía los intereses del dueño del hato, entonces era definitiva. Es lo que con suficiencia conceptual y un excelente apoyo documental expone Reinaldo Barbosa en *Hato, conflicto y poder*, el capítulo II del libro *Guadalupe y sus Centauros* (1992), lo que a su vez nos permite inferir que la insurrección llanera modificó aun más un panorama que ya venía gestando su proceso de cambio, podemos decir incluso que lo aceleró, pues la autorregulación ya no era un compromiso colectivo

⁴⁴ Según Fray Pedro Simón durante la segunda mitad del siglo XVII, se contabilizaban 102.900 reses sólo en las haciendas jesuitas de los llanos del Meta. En 1625, se presumía que hubiera 400.000 reses alzadas en los Llanos Orientales. Indígenas y peones criollos terminaron por especializarse en la caza de orejanos y de potros, lo cual incluía un verdadero desafío al valor, la imaginación, la destreza y el arrojo en el trabajo de llano. (En Barbosa, R. 1992).

y la defensa de la igualdad un objetivo común. Las sabanas comunales habían desaparecido y con ellas, las buenas intenciones de la “Ley del Llano” y de Bolívar.

No podemos desconocer tampoco, en aras de un análisis que se detiene con especial interés en las características específicas del Llano en cuanto a la tierra se refiere, que en la base de la significación de la cultura llanera coexiste una oposición fundamental que es la esencia que caracteriza lo llanero: la quietud versus la movilidad, en su territorio. Una de las características del llanero criollo es su movilidad, puesto que tiene que desplazarse continuamente para laborar en los hatos o para ganadear, para llevar reses de un lugar a otro en jornadas de extensas travesías. Narra Angelina, al comienzo del relato: “Cuando la cosecha de ganado salía, mi padre y los vaqueros la llevaban hasta Nunchía, donde la vendían a los guates que de Sogamoso bajaban a negociarla, parte en plata y parte en mercancías”. (1995:43). Este hecho genera formas especiales de relacionarse con la sociedad y el entorno, determinadas no sólo por la oferta de trabajo en los hatos, sino también por las épocas de invierno y de verano, que en el Llano rigen el tipo de trabajo que se realiza. Al respecto se lee en *El retaque*: “Los veranos llegaban en su momento y se iban ahuyentados por la aguas de abril.” (1995:43). Angelina y su padre, deben “moverse” asimismo obligados por la violencia generada por al muerte de Jorge Eliécer Gaitán. Huyen, como muchas familias, hacia el centro del Llano y llegan hasta Cararabo, en las costas venezolanas del río Meta, donde se refugian y trabajan hasta cuando pudieron volver a su lugar, tras el anuncio de Rojas Pinilla⁴⁵ ofreciendo armisticio. Habían perdido el ganado, pero habían salvaguardado la vida. El ejército y la guerra, les habían quitado la “propiedad”, el ganado, y por cuenta de ello, debían comenzar de nuevo, lo que puede asumirse como otra forma de movilidad, un

⁴⁵ Las fechas que registra la historia para los dos acontecimientos que refiere Angelina en *El retaque* son: el 9 de abril de 1948, día en el que ocurre el asesinato de Gaitán. Y el 13 de junio de 1953, fecha en la que toma posesión como Presidente de la República, Gustavo Rojas Pinilla. 39 días después Guadalupe Salcedo Unda firmó la paz en Monterrey, el 22 de julio de 1953. Fue asesinado cuatro años después, el 6 de junio de 1957.

comportamiento social anclado en el tener o no tener una madrina y su relación con el entorno.

Don Misael era colono, un guate, un hombre llegado del centro que hace parte de lo que podemos denominar otra de las subculturas llaneras y que se desplaza también por motivos de violencia, pues su vida está amenazada. Hizo parte de las guerrillas liberales y esa lucha supuso un continuo movimiento, una movilidad permanente. No es secreto que luego de la desmovilización de las guerrillas liberales de los Llanos Orientales, muchos de sus integrantes fueron asesinados y que por ello, muchos otros decidieron migrar, esconderse o adentrarse en las espesuras del Llano para no ser víctimas de la retaliación. Angelina recuerda: “A nosotros nos tocó recibir a un hombre que venía corrido después de rendirle sus armas al general Duarte Blum en Monterrey, como soldado que había sido de Guadalupe.” (1995:49). Sobre todo en *Gesualdo de Maturín*, el relato que le sigue a *El retaque*, Molano se detiene en ese punto: la rendición vista como la entrega de las armas, no de ellos, pues la esencia del llanero es ser libre. Y cita una frase textual de Guadalupe: “No, yo no me entregué; yo entregué las armas”. (1995:74). La movilidad del llanero es lo que caracteriza a esta población como una cultura bravía que necesita de grandes espacios para poder vivir y que la lleva a buscar por todos los medios su libertad, hecho ampliamente demostrado en las gestas libertadoras y en las diferentes épocas de violencia de la región y el país. Debe anotarse, sin embargo, que ésta y otras características del llanero no son esenciales, no nacen con ellas, sino que se desarrollan en un contexto cultural y social específico.

No podemos desconocer también que la historia de los Llanos Orientales está determinada por la historia de los desalojos, de las movilizaciones forzadas, primero de los indígenas por parte de los españoles, luego de los indígenas por parte de los criollos, de los colonos por la violencia, de los indígenas por los colonos; es una historia que hasta el presente no termina y que se percibe en el desplazamiento que han generado en años más recientes la guerrilla de las

FARC-EP⁴⁶, los paramilitares y las multinacionales. Para el llanero criollo que evoca Angelina, su macrocosmos es la llanura inmensa, es la esencia del espacio abierto sin límites que describe Molano. Por su parte el llanero de la ciudad (que podría ser el caso de Angelina cuando relata su testimonio) ve cómo se ha restringido ese espacio a lo urbano y su hábitat se transformó en un espacio cerrado, limitado por las propias fronteras de la ciudad. Cuando el que habla es el llanero criollo, el aquí y los elementos que lo constituyen son los que los hacen diferentes del que está afuera, que no está en la llanura, que está en un pueblo, en la ciudad de la zona andina, en el interior o en la cordillera, de donde llega el guate.⁴⁷ Esos elementos están relacionados no sólo con el espacio geográfico ocupado, sino también con la forma como el llanero criollo se relaciona con ese espacio. La forma económica de explotación, el hato, genera una forma de vida puesto que el llanero criollo prácticamente carga con su “casa” al hombro durante sus desplazamientos por la llanura en busca de trabajo y durante el traslado del ganado de una parte a otra.

Hay entonces, una elaboración artística y creadora que trasciende el instante mismo que relata, que supera la simple cotidianidad y se inscribe como un drama basado en testimonios y documentos, que fueron seleccionados y luego reagrupados alrededor de un tema y un personaje particulares, para entregar una visión social, humana y por supuesto, política, de una región de Colombia azotada por la violencia en una época particular. Todo bajo el crisol de un personaje que relata en un tiempo específico y con base en los recuerdos. “Allá las cosas no

⁴⁶ **FARC-EP.** El 27 de mayo de 1964, se produce el primer combate en La Suiza entre el Movimiento Agrario de Marquetalia, conformado por campesinos tolimenses que se armaron para defenderse de “pájaros” y “chulavitas”, y la policía. Esa fecha se toma como la de fundación de las FARC. A finales de 1966 el Bloque Sur, constituyó en la región de Duda, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, un grupo subversivo que en su Séptima Conferencia, que se lleva a cabo desde el 4 al 14 de mayo de 1982, decide anexar a su nombre: Ejército del Pueblo, replanteando su accionar militar. Ya no esperarán para defenderse, en adelante, atacarán al enemigo.

⁴⁷ Asegura Reinaldo Barbosa Estepa en su libro *Guadalupe y sus centauros* (1992): que de las montañas, de los fríos parajes, de los pueblos de la cordillera, no sólo bajaron chulavitas sino también perseguidos políticos o militares desertores que luego serían comandantes o soldados de la revolución; unos y otros encontraron en los peones de los hatos la decisión de jugarse enteros, así como se jugaban la vida en los cachos del ganado.

sucedían: los días se iban parejos, unos detrás de otros, sin que nada nuevo pasara”. (1995:43). Molano demuestra con este trabajo que las miradas particulares nos pueden entregar insumos para la construcción de una visión compleja de nuestra situación y nos las pasa delante de los ojos como un relato, en el que hay diálogos, recuerdos, vida, muerte, familia, amigos, amores, temores, además de política, partidos, gobiernos y conflictos.

5.1.2. Sobre *El retaque*, la muerte y los significados ocultos

En *El retaque*, la expresión de jerga del título, que significa pedir algo a cambio de nada, extiende su sentido y se ubica en otro más directo y vehemente, que se refiere al hecho de atacar, de asediar y hostigar para quitarles la tierra, en el caso puntual del relato de Molano a la cabeza de una familia (don Misael) que llegó a fundarse en los Llanos. Hay en el episodio una coartada política, una conjeturada venganza que encubre el objetivo del despojo, y esa actitud precisamente, es la que conforma el concepto de retaque. Retacar es pedir sin consentimiento, sin bondad, sino con exigencia y presión. Retacar es insistir con vehemencia, con violencia incluso, en el propósito de alcanzar algún objetivo. El término no se menciona en el relato, no aparece en boca de ningún personaje, o como una referencia a la situación que describe, pero emerge en el desenlace cuando llegan los caporales de don Víctor (Campo Elías y Vitelio) a perpetrar la masacre. Se lee en el relato: “De golpe oímos que alguien gritó desde afuera: “¡salgan, chulavitas, a recibir lo que les corresponde!” Los de adentro comenzamos a empujarnos y a gritar.” (1995:52). Esta acción de arrinconamiento que especifica Angelina, es a la que se refiere al retaque, ese amontonarse, ese apretujarse en un lugar, ese meter más de lo que cabe en determinado espacio. Para el relato en cuestión, lo anterior ocurre por la presión que ejercen los asesinos con sus malos tratos y palabras, que desencadena el temor de las potenciales víctimas, que no es otra cosa que el miedo a la muerte. Y con la muerte, con el pánico a su ocurrencia y perpetración, se agrega a la narración otro elemento: el umbral entre la vida y la muerte.

La protagonista, Angelina, relata cómo debió palparse para sentirse viva tras haber perdido el conocimiento, producto de un fuerte golpe en la cabeza. Tal era su confusión que no sabía si estaba viva o muerta. “Todos muertos” (1995:53), sentenció al recobrar los sentidos. Pero acto seguido cuenta lo que le indicó doña Betty, ya ultimada. “Sentí un ruido pequeño, que no era un gemido ni un jadeo sino como un resuello livianito: era doña Betty asesinada. Me dijo: “Angelina, nos mataron en paro. Los asesinos se llaman Campo Elías y Vitelio, son caporales de don Víctor. [...]” (1995:53). Doña Betty “asesinada” le habla. Le indica quiénes fueron y por qué los mataron. Quién lo ordenó, qué debe hacer. Y le agradece la ayuda, le reconoce el apoyo a su familia. Hay una especie de desenlace, de testamento y confesión, que se describe desde otro umbral, desde otro mundo posible, el de la transición entre la vida y la muerte. Acaso doña Beatriz estaba muerta antes de morirse del todo, puede acaso uno morirse antes de irse. Estaba moribunda, agonizante, desahuciada, herida de muerte, pero aún viva. ¿Por qué el relato la mata? ¿Por qué el autor la pone a hablar a través de Angelina? ¿Hace parte del relato de una fuente? ¿De lo vivido por la protagonista? ¿Es una figura utilizada por el autor? No lo sabemos, solo se debe advertir su eficacia. Es sin duda una clave narrativa que se desprende de la acción del retaque, también las víctimas retacan, exigen, y piden con ímpetu, así sea desde su lecho de muerte. A doña Beatriz la mueve el impulso de lo que considera justo, que Angelina no se deje quitar nada y se quede con todo, pues ella y su padre, lo ayudaron a levantar. “Todo lo mío es para usted. Hijos vivos no dejo. Lo que tenemos lo hicimos por la mano de ustedes”. (1995:53). Y acto seguido, se murió.

Hay incluso en el relato una escena anterior que insinúa ya la figura utilizada por Molano, y es cuando el hijo de don Misael mata a los dos hombres que llegaron a preguntar por un tal Renzo, nombre que significa: el que al final siempre gana. Fue el primer intento de ajusticiar a don Misael por chulavita, impartido por Víctor Carpintero y que se cumple de manera parcial, pues le asesinan a su familia, además de la niña y el niño de Angelina, Berenice y Celso. (Recordemos que don Misael estaba de travesía). La figura es la siguiente y ocurre tras el desenlace fatal: “Doña Betty trataba de que los finados tomaran tinto

para que no se enfriaran;" (2005:51). ¿Es un sarcasmo? ¿Producto acaso de la desesperación? ¿Un asomo de locura? ¿De venganza? Es obvio que no toman tinto (ni nada) los muertos, y menos, es posible que un cadáver no se enfríe. Puede ser sin embargo un recurso narrativo para denotar que la amenaza que se cierne sobre ellos sigue viva, "caliente". Su hijo mató a estos dos hombres, pero vendrán otros y habrá que huir o enfrentarlos y matarlos. En varios textos de Molano sus personajes utilizan términos asociados al fuego, a la candela, para referirse a momentos álgidos. El Llano se "prendió" o se "calentó", alude a un incremento de la violencia. A propósito de la muerte de Gaitán, Angelina dice que bajó muerto a encender la revuelta. Y más adelante: "El centro del Llano se incendió cuando Guadalupe Salcedo se tomó Rondón y fusiló al teniente Vigoth y a seis compañeros más." (1995:46). Hoy día aunque en la región se sigue utilizando la expresión para referirse a una situación peligrosa que supone alguna confrontación (como por ejemplo las disputas suscitadas por el control territorial y de negocios ilícitos entre guerrilleros, narcotraficantes y paramilitares), se habla de que el Llano "se prende" cuando se promocionan sus fiestas populares. Las festividades se "prenden" al son del joropo y se corre la voz de que hay coleo, de que hay cacho en la manga: toro, caballo y jinete. De ahí puede desprenderse que doña Betty tratara de que los finados tomaran tinto para que no se enfriaran. Lo cierto era que estaban muertos y fueron enterrados como animales, y no en un cementerio como mandan los cánones de la cristiana sepultura. "Como el Llano es tan grande y los hombres no tenían deudas conocidas, mi padre dio la orden de enterrarlos en un bajo de la sabana." (1995:51). Don Misael sienta y siente, a partir de este hecho, la propiedad como suya porque allí están enterrados sus enemigos. Es esa incubación de la violencia que no los abandona nunca y que cargan como una cruz a cuestas, no importa hasta dónde lleguen o cuánto huyan, porque la violencia va con ellos y arrastran con un cementerio.

Pareciera que hay en el texto una expiación de culpa al matar a quien quiere matarme y que ésa no fuera violencia concreta, sino otra forma de violencia, una especie de violencia justificada y hasta permitida. En el segundo episodio, donde se cumple con la orden de la pena de muerte y ocurre la masacre,

no están los hombres mayores, don Misael y el padre de Angelina, que como ya se ha dicho andaban de travesía, llevando un ganado no se precisa a dónde ni con quién. Son las mujeres, los jóvenes y los niños, las víctimas. La venganza se perfila como otra forma de violencia. Doña Beatriz estaba herida de muerte y digamos que por eso en el texto “habla asesinada” y deja para la posteridad una información clave sobre los homicidas y unas recomendaciones que Angelina detalla. “No se deje engañar. Venda lo mío y pague mis deudas para no andar yo penando cuando me vaya a la muerte”. (1995:53). Molano hace posible afirmaciones que son fundamentales en el relato y que podríamos advertir como de tipo metafísico, más allá de la naturaleza, una aseveración confusa, incluso se podría insinuar como una figura del realismo mágico o maravilloso de García Márquez y Carpentier, y por ello algo canónica si se quiere, pero vuelve a la realidad del testimonio cuando doña Beatriz acaba su intervención y se cierran las comillas del texto, donde se lee: “Ella debió morir al rato.” (1995:53). Ya no hay dudas con ello, del punto de vista del autor y del personaje protagónico. No hay ficción, no habla un muerto, tampoco toman tinto los difuntos, no hay nada extrasensorial o diálogo entre espectros, no hay provocaciones a la lógica o a la ciencia, solo un recurso narratorio, una figura literaria donde el personaje antes de morir sentencia de manera categórica el mensaje que ha de convertirse en verdad absoluta –valga precisar– para el relato.

En la misma línea, son por lo menos muy coincidentes los significados de los nombres de quienes intervienen en este pasaje del relato. Beatriz, nombre que inmortalizara Dante Alighieri en *La Divina Comedia* en homenaje a Beatrice Portinari, dama florentina de la que el autor estaba enamorado, nos deja ver ciertas concomitancias. Como todo amor idealizado, Beatriz fue para Dante un símbolo de fe y guía protectora, producto de su estado emocional que lo llevó a magnificar al ser amado. Por eso –se interpreta– la puso en el cielo en *La Divina Comedia*, además de representarla como su guía por el paraíso dentro de la misma obra. En el relato de Molano, Beatriz es la esposa de don Misael, nombre masculino al que los hebreos le atribuyen varios significados relacionados con Dios: ¿Quién como Dios?, Enviado de Dios, Guerrero de Dios y Hombre en misión

de Dios. No deja ver el relato si don Misael es religioso o no, pero su búsqueda de tierra podría leerse y asociarse como una alusión al pasaje bíblico de la tierra prometida⁴⁸ y allí Beatriz entra en escena. Es ella la que lo acompaña en la fundación, en la búsqueda de ese paraíso esquivo que encuentran en el centro del Llano, porque la violencia se había empeinado siempre en arrojarlos al infierno de la huida permanente. “Por aquellos días dio en llegar mucho guate al Llano. Unos derrotados y otros en derrota; unos levantados a plomo y otros sacudidos de tierra.” (1995:49). Cuenta Angelina la protagonista cómo vivieron huyendo mucho tiempo con apenas lo que llevaban puesto y cómo las mujeres participaban de esa situación. “Los hombres se devolvían a pelear y quedábamos sólo las mujeres y los niños en esas soledades.” (1995:46). Ni la historia oficial ni la subalterna pareciera reconocerles a las mujeres su trascendental papel en la conformación social de los Llanos Orientales. Salvo su mención como compañeras de labores y trabajadoras obstinadas, las referencias son más a saberes y a quehaceres domésticos, que al apoyo que supusieron en la colonización y defensa de esta “tierra de promisión”. La trayectoria de vida de Angelina está marcada por una existencia de constante huida, plagada de fatigas y miedos, atropellos y celadas, pero también de valor e independencia, de decisión y lucha a la que Molano le abre un espacio. Con la muerte de doña Beatriz, podría Molano representar la muerte de la fe en un futuro mejor, de la esperanza en un mañana superior y del apoyo, que ella encarna para don Misael, pues expira la guía, la mujer que le permitió surgir de nuevo, fundarse y construir una vida y un futuro en los Llanos Orientales. Don Misael no es asesinado, pero la vida de su mujer y de sus hijos, es un precio muy alto que paga el guate para seguir viviendo.

⁴⁸**La Tierra Prometida:** es otro de los nombres para la Tierra de Israel, la región que, según la Biblia hebrea, fue prometida por Yahvé a los descendientes de Abraham. En efecto, la promesa fue hecha en primer lugar a Abraham (Génesis 15, 18-21), renovada luego a su hijo Isaac y al hijo de éste Jacob, nieto de Abraham (Génesis 28, 13). La Tierra Prometida se describe como la porción situada entre la costa de Egipto hasta la orilla del Éufrates y se concedió a los descendientes de Jacob tras el éxodo de Egipto (Deuteronomio 1, 8).

5.1.3. La Violencia y los Llanos Orientales

Debe decirse que la violencia en los Llanos Orientales no aparece con la violencia partidista de las décadas del 40 y 50 en Colombia, aunque se haya intensificado con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, como ocurrió en todo el país. “Nunca bajó en vida a estas tierras; bajó ya finado –y sólo de nombre– a encender la revuelta.” (1995:46). Siempre toda la región de los Llanos Orientales ha sido vista en Colombia como una tierra de esperanza, de mucha riqueza y posibilidades, además, por su condición periférica se tiene la idea de que es una tierra de nadie. Por su extensión y las condiciones de la nación, su colonización fue producto más de la violencia que de la planeación o la organización. “Allá encontramos muchas familias que como nosotros andaban huyendo.” (1995:46). Para utilizar una metáfora que magnifique el lugar, debemos decir que cuando en la llanura comenzó a galopar la Violencia partidista, ya la habían precedido múltiples “violencias”. En realidad, ninguna región o población de Colombia creció por planes o programas, su transformación obedeció al miedo, a la persecución de una violencia sin tregua que sigue su tránsito macabro dejando tras de sí la huella de la sangre. Atrás quedan las fincas, el campo, la comida... para convertirse en hacinamiento y miseria en las ciudades más grandes, campos mal acomodados en el cemento. La violencia, en aquel momento era pues, una de las tantas que han agobiado a una región periférica de la nación, entonces y ahora.

La movilidad al interior del país –unida al despojo de la tierra– ha sido una constante que en las zonas fronterizas de Colombia ha llegado a traspasar los límites del país y ha permitido la consolidación de otro concepto, las fronteras internas de la nación: una práctica divisoria que desde los gobiernos, la legislación y el discurso, define la pertenencia de ciertas personas a esa misma nación. Margarita Serje asegura en *El revés de la nación* (2005) que es en su relación con la periferia que la nación produce diferencia y que la “consolidación de la identidad del centro implica la reificación de sus márgenes”. (2005:6). Esa “producción de periferias” desde la nación, de aquello que se excluye, es condición necesaria para que el centro se muestre como “ideal”. En los Llanos Orientales se presenta

una ambivalencia histórica que pareciera recomenzar una y otra vez y a la que preceden tantas violencias como despojos, y en cada uno de ellos, el Estado ha tenido que ver, bien por acción o por omisión. Bien porque cede o concede la tierra y su explotación, bien porque promueve la explotación, porque no regula o porque no actúa en disputas donde son los ciudadanos los que “imponen la ley”. En El retaque la presencia del Estado se reduce al accionar de la policía o el ejército, a las noticias que llegan de la capital, la muerte de Gaitán o la llegada de Rojas Pinilla al poder. En el relato, Molano vuelve sobre la idea de que es tierra de promisión, de refugio y de desarraigo. En la narración hay sujetos ajenos al orden del Estado que se rigen por sus propios principios o en su defecto, por los que impone el lugar, la tradición o la costumbre. Quienes allí llegaron –y aún llegan– lo hacen con la idea de oportunidad, de alejamiento y una especie de exilio de la patria que no les ha brindado nada. Quienes buscan este “confín”, a veces cruzan la línea imaginaria, la frontera, y llegan a otro país, como Angelina que estuvo en Cararabo-Venezuela, mientras el Llano estaba “encendido”.

En la primera parte del relato, se atisba esa idea de suficiencia desbordada y de recursos ilimitados que hizo que hordas de campesinos buscaran futuro en los Llanos y no tomaran rumbo al centro, que hervía con la violencia partidista y los expulsaba. La situación, sin embargo, no era nueva. A finales de la década de 1910, la zona de los Llanos Orientales ya se hallaba en circunstancias complejas pues se habían dado en regiones como Arauca, repetidas rebeliones para proclamarla como república independiente. Eso sin contar, la violencia que supuso la primera colonización que arrasó con la población indígena del territorio. Aunque no son muchas las referencias existentes a la población indígena de los Llanos Orientales en la primera mitad del siglo XVI, pues la mayoría de las descripciones son del siglo XVIII y en menor medida provienen del siglo XVII y de finales del XVI, el arrasamiento de la población indígena fue atroz y sin embargo, considerado como ineludible, una aceptación social del exterminio. Aunque hubo diferencias: los llaneros criollos los cazaban, los colonos en cambio, tendieron a explotarlos económicamente. Tampoco abundan las referencias a los indígenas en *Del Llano llano*, salvo en Gesualdo de Maturín: “Me hice muy conocido y saqué a vivir a una

guahiba que me gustó. Las indias saben mañas y me supo hacer quedar con ella”. (1995:76). Estas dos situaciones pueden explicarse de manera breve. La primera, porque, con escasas excepciones, no se hizo un intento serio de sujetar a los indígenas de esta región en los primeros años de la conquista, esta tarea fue asumida mucho después. Y segundo, porque tanto la visión de Molano como de sus fuentes testimoniales, puede estar intervenida por su condición académica y social, respectivamente. La violencia contra los indígenas en los Llanos Orientales fue extensa y cruel, y no cesó hasta 1972⁴⁹, pues con una idea de progreso en pleno desarrollo, fueron reducidos a una condición donde eran considerados por los llaneros criollos como un “animal dañino”, más peligroso que el tigre, que se comía su ganado. Lo que no entendían quienes asumieron esta posición, era que con la llegada y el asentamiento de nuevos colonos y más ganado en las majadas, habían limitado su territorio y desplazado sus animales de caza y reducido sus espacios de pesca. En suma, su sobrevivencia.

Marcelino Sosa, un hombre que escribió desde su condición de indígena, revela en su libro *El valor de la persona en la economía Guahiba* (1985), algunos detalles que pueden corroborar lo expresado en el párrafo anterior y permitirnos entender la perspectiva de quienes por cuenta de este choque cultural, fueron perseguidos, explotados, arrinconados o, en el peor de los casos, asesinados. Asegura que los guahibos consideraban que son de propiedad colectiva: el sol, la brisa, la lluvia, la tierra, los ríos, los caños y lagos, los árboles de la selva, es decir todo lo que no es hecho por la mano humana. Todo está al servicio de quien lo trabaje y necesite. Esa era su cosmovisión. No manejaban el concepto de propiedad privada, aunque si el de propiedad individual: su conuco, su arco, sus flechas, su sombrero, su hacha, etc. que ponían al servicio de otros, de su

⁴⁹ El 2 de julio de 1972 Horacio Atuesta Ángulo, publicó un artículo en el diario El Tiempo, titulado “Cacería del hombre por el hombre”, que registró una de las últimas “guahibadas” de las que se tenga noticia. Los colonos llaneros salían a cazar indígenas porque los consideraban más dañinos que los tigres. En 1972 también se originó el primer paro cívico de la región del Sarare a cargo de la comunidad Sikuni, que había sido perseguida y arrinconada por los colonos, tras la titulación que les hiciera el INCORA. Valga decir que si bien las “guahibadas” se acabaron no así las masacres, los envenenamientos y asesinatos de indígenas.

bienestar, si lo necesitaban. Era una obligación social ayudar y compartir, lo que a todas luces chocaba con otros conceptos foráneos introducidos por los “blancos”, que para ellos eran todos los que no eran guahibos. El valor de la persona era lo que ponía valor a las cosas. De modo que les resultaba difícil entender y asumir que con el solo hecho de poner ganado en la sabana, ésta ya no era de todos.

No puede desconocerse además, que a mediados de los años 1950, el gobierno colombiano había autorizado medidas para el desalojo masivo de arrendatarios, aparceros, colonos y ocupantes campesinos de tierras y que con esa actitud no sólo iba en contra de los intereses de las clases menos favorecidas, sino también de los indígenas, y que con ello acrecentaba una marginalidad que se impuso desde los inicios mismos de la República.⁵⁰ Si bien hubo un tiempo remoto en el que la movilización indígena era natural, pues eran de alguna manera nómadas (especialmente los Guahibos), desde la conquista, la colonización y la república, su desalojo ha sido la constante en esta región. A manera de prólogo, Roberto Pineda Giraldo, miembro del Instituto Colombiano de Antropología, explica en el texto *Introducción a la Colombia Amerindia* (1982)⁵¹ que la población indígena dada su ubicación geográfica en lugares periféricos y selváticos, pudo escapar del control directo de la sociedad y el gobierno coloniales, y de dichos conflictos si se quiere republicanos, pero de ninguna manera logró sustraerse del todo y permanece en su espiral de despojo y desarraigo. A lo largo de la historia la explotación de materias primas como el caucho, la quina, el oro y más recientemente, el petróleo, el carbón, la energía

⁵⁰ En los albores mismos de la República se inicia una ofensiva contra el régimen de resguardos. Su liquidación, la entrega de solo una pequeña parte de las tierras a los naturales, y el remate en pública subasta del resto, forman parte de las medidas adoptadas desde 1810, repitiéndose disposiciones similares en 1830, 1840, 1851 y 1890 cuando se aprobó la Ley 89, que aún hoy es el estatuto por excelencia para la regulación legal de las comunidades indígenas, en particular en lo que respecta a los resguardos y su régimen operativo.

⁵¹ En 1982, el ICAN se trazó un programa especial que denominó *Etnografía Indígena Contemporánea*, para hacer un inventario y un balance del conocimiento que hasta entonces se había acumulado sobre las comunidades indígenas supérstites, con dos objetivos generales: derivar directrices de investigación futura en esa área y ofrecerle al país una obra de divulgación basada en los materiales escritos sobresalientes, tanto de autores nacionales como extranjeros, que reflejara de manera ordenada el estado de dichas comunidades.

hidroeléctrica, la coca, la marihuana, etc., han incidido sucesivamente sobre su estructura económica, social y cultural y se han proyectado en su comportamiento demográfico.

Hay una presencia y referencia permanente de la violencia en el relato, que por momentos disminuye pero no desaparece nunca, es latente. “La violencia fue mermando pero nunca se acabó del todo”. (1995:48). Y esa violencia está representada en *El retaque* con la muerte y con la idea de defenderse, como una ley básica natural, casi instintiva y de supervivencia. Huyo o me matan. Me hallan y me defienden. Mato o me matan. La muerte –todos sabemos– es una ley natural que sobrevendrá, es inevitable. La violencia, en cambio, es vista como un comportamiento social, una fuerza instintiva que en medio de la interacción humana irrumpe y afecta al “otro” y ha sido arrojada por la “civilización” al inconsciente de la barbarie. Es decir, el violento es considerado: bárbaro, inculto, salvaje, ignorante, cruel, etc. como si esa fuera su naturaleza y como si no hubiese violencia en las élites o se promoviera desde las mismas, aunque no siempre *de facto*. De ahí que la violencia haya sido vista y calificada en el contexto del conflicto colombiano como justa o injusta, legítima o ilegítima, encubierta o abierta, estructural o individual, deliberada o espontánea.

En el pasaje de *El retaque* en el que se relata la emboscada de El Algarrobo todo se le atribuye a Guadalupe Salcedo. No a él y a sus hombres, tampoco a las guerrillas liberales. Solo a él y es desde allí donde sus dimensiones comienzan a crecer. Era un héroe popular, un hombre que logró redimir a un pueblo sometido a los abusos de los gobiernos representados por la policía, el ejército, el DAS (Departamento Administrativo de Seguridad, entidad hoy desaparecida) rural y en general todas las autoridades civiles y militares. Narra Angelina que en El Algarrobo mató nueve miembros del ejército (ya había matado siete policías en Cabuyaro, y entre soldados y policías, 20 en El Limbo y siete más en Puerto Rondón) y se le reconoce en el texto como un buen estratega, hombre

valiente, buen jinete y mejor cachilapero⁵². Sin embargo, debe entenderse esta otra forma de violencia bajo la perspectiva de una situación liberadora que asumió, bajo el liderazgo de hombres como Guadalupe Salcedo, la defensa de colonos y campesinos, aunque poco se mencione a los indígenas, despojados a su vez por quienes en ese momento se defendían. Guadalupe es un ícono de la cultura llanera, de su tenacidad y valor, de su lucha frontal y sin ataduras. Hay en el relato de la mujer que entrega su testimonio –que no está de más recordar es un personaje que puede recoger muchas voces– una valoración positiva de un hombre que mataba enemigos, otros hombres que habían hecho mucho daño. Se le reconoce incluso una especie de don, de saber especial: “Conocía, por ser vaquero, a los hombres”. (1995:47). Un valor agregado a su personalidad, una ventaja comparativa por la relación cercana de éste y todos los hombres del Llano, con el ganado y los caballos, con la vaquería. Una insinuación de lo instintivo, un reflejo condicionado por la necesidad de defenderse, un rastro inequívoco del que sabe pelear contra las bestias y las supera por su inteligencia, su capacidad, su astucia y su sagacidad.

Asegura Reinaldo Barbosa Estepa en el libro antes citado, *Guadalupe y sus centauros. Memoria de la insurrección Llanera (1992)*, algo que podría ayudarnos a comprender por qué aún hoy para los llaneros Guadalupe es un héroe mítico y para muchas personas del interior, es otro bandolero más, un cuatrero convertido en guerrillero. Y esto es que el levantamiento de los llaneros también supuso el enfrentamiento entre dos culturas, la del altiplano y la llanera. “La una sumisa, pasiva y conservadora, sin más horizonte que la parcela o la torre de la iglesia; la otra abierta, cimarrona, con profundo despegue de la tierra, sin otra atadura que la libertad.” (1992:77). Esa situación hizo que chocaran seres pertenecientes a un mismo país, pero con percepciones e ideales diferentes. Barbosa refuerza su

⁵² Aunque ya se ha dicho que cachilapear en los Llanos es la facultad de los vaqueros para modificar las marcas del ganado y robarlo, una de las “Leyes del Llano” hoy sin vigencia, aunque no en total desuso cuando conviene, asegura que donde hay sogas se arrebiata y donde hay ganado sin marcar, es de quien primero le ponga la soga encima. Y otra situación, en una travesía de 2.000 o 4.000 reses era visto como “normal” la “pérdida” de 20, 30 o 50 animales. Igual el ganado podía ahogarse, se lo podía comer un caimán, el tigre o perderse en el monte, cimarronearse. Muchos caporales, vaqueros y vegueros hicieron su Madrina, robando ganado.

argumento al plantear que ello suscitó una auténtica lucha de clases sociales. Sin embargo, más que una lucha de clases, lo que podemos inferir es que hubo una mezcla de situaciones y visiones que llegaron a variar con la dinámica misma de la revuelta. Los llaneros desafiaron al Estado, lo pusieron varias veces en jaque, le asestaron duros golpes y lo obligaron a una negociación. Ello –entre muchas otras cosas, la mayoría positivas– generó algunas suspicacias, levantó egos, conjeturó traiciones, admitió acuerdos personales, entregó dádivas, consintió abusos y cedió terrenos. En medio del levantamiento, hubo pues de todo, incluido un enfrentamiento entre dos culturas. Por ejemplo, llaneros –tanto criollos como colonos– que se enfrentaron con miembros del ejército y la policía venidos de afuera, muchos de los cuales tenían profundas raíces campesinas; llaneros que se unieron a guates que tenían intereses económicos particulares, visiones si se quiere latifundistas y que asumieron el liderazgo de la defensa y a pesar de ser del interior, fueron las cabezas de varios comandos; llaneros peones y vegueros que vieron en la insurrección la posibilidad de luchar en contra de hacendados y dueños de hatos, que por lo regular no eran llaneros raizales; y en general, una mixtura de situaciones y seres que nos entregan una rica variedad de percepciones. Hoy en día aun se percibe ese lastre, hay hateros (hacendados) muy tradicionales y raizales que no abandonan su rol de amos y señores, déspotas y con ínfulas coloniales, nada agradables de tratar; a diferencia de los dueños de fundos o peones, afables y con una riqueza en su oralidad que es la esencia de la buena imagen del llanero.

De ahí el contraste de los hechos que describe Angelina en *El retaque*. Muy escuetos y casi estadísticos cuando los muertos son soldados y policías caídos en combate, asaltados o emboscados por Guadalupe, y dramáticos y profusos de detalles cuando narra la masacre que cometen quienes acusan a don Misael de chulavita. Si bien la tortura y la muerte, funcionaron –y funcionan aun– como una estrategia de poder, de dominio y de subyugación, la bestialidad de los relatos narrados una y otra vez por la tradición oral, de todas las formas de violencia (que incluían modalidades de cortes, desmembramientos, castraciones y tajos), operaron luego como multiplicadores del terror y advertencias vedadas de lo que

les ocurría a los contrarios. Lo que recoge Molano en *El retaque* es la lucha frontal de los llaneros por defenderse, hombres acostumbrados al ejercicio pleno de la voluntad y la autonomía individual, a la libertad, que contrasta con las formas violentas del sectarismo que se limita a cumplir órdenes y recibir dádivas. La lucha de los llaneros se contrapone a la masacre indiscriminada de contrarios, de mujeres y de niños indefensos que cometían los emisarios del régimen conservador. Las guerrillas liberales de los Llanos Orientales lograron arrinconar al Estado, al combatir y vencer a policías y soldados sin recurrir a las aberrantes atrocidades cometidas por los chulavitas y eso no solo debe reconocerse, sino destacarse y así ocurre en *El retaque*. Como en ninguna otra región del país, en los Llanos Orientales se pudo gestar la existencia de una guerrilla de autodefensa campesina controlada por insurgentes con importantes bases de apoyo social. La orden de acabar a sangre y fuego con las expresiones liberales en las poblaciones del piedemonte y el Llano chocó con esa autonomía de la sabana que buscó refugio Llano adentro y en la que se centra el relato de Angelina.

El diagnóstico es completado por las cientos de matanzas que siguen siendo elevadas a la categoría de hechos de guerra, por la singular costumbre de creer que cambiándole el nombre al problema éste desaparece o pierde intensidad su infamia. En *El retaque* se percibe la violencia económica, representada en la lucha por la propiedad de la tierra; la política, encarnada en los partidos y las pugnas hegemónicas; la social, constituida por las desigualdades y la iniquidad; que no son sancionadas por la ley sino por algunos reductos críticos de la sociedad o por los afectados directos de la situación. Otra cosa son los crímenes. Una masacre como la relatada en *El retaque* no es un artificio verbal o retórico de Molano, sino que hace parte de una historia que narra una espiral de terror basada en la expresión física de la violencia, con toda la crueldad, la saña, la truculencia, la sevicia y la atrocidad que se ha recogido de épocas aciagas y que para nuestro infortunio, no cesa. Golpes y degollamientos en *El retaque* y una palabra que encierra una incógnita: batallones. “Miré aquellos batallones de sangre que corrían de para afuera.” (1995:52). Esta palabra, o mejor, esta metáfora, sin duda nos lleva a contemplar lo castrense, lo militar y lo bélico. Describir como batallones la

cantidad de sangre es comunicar desde varios sentidos, por lo menos dos. Uno el directo y otro, el simbólico. Uno que significa cantidad y otro que comunica guerra. Por mucho tiempo en Colombia se desconoció el nivel de aberración y salvajismo alcanzado por todos los actores del conflicto, legales e ilegales, y se desconoció además la magnitud de los enfrentamientos en las zonas rurales. Para la época que describe *El retaque* la tríada de la guerra era: policías, ejército y campesinos. Todas, fuerzas generadoras de violencia, en suma, causantes de muerte.

En la especie de testamento que doña Beatriz moribunda le dicta a Angelina (nombre que significa mensajera de Dios), hay una alusión a la vida después de la muerte y el temor a penar si no se paga lo que se debe. Se expresa una idea de rectitud en las víctimas, de compromiso con la justicia. Algo que no muere ni debe morir con la muerte del deudor. Un temor religioso a no poder descansar en paz si no se cumple con un compromiso cuyo soporte es la palabra. “No hay pecado más negro que morir debiendo” (1995:53). Reconoce además la agónica mujer, que todo cuanto habían logrado se lo debían a la solidaridad de una familia que como ellos, huía de la violencia y ésta los había vuelto a alcanzar. Recordemos que don Misael, doña Beatriz y sus tres hijos se fundaron cerca a la fundación del padre de Angelina, que les brindó ayuda y luego habría de ser el caporal de quien por su ímpetu, vigor, trabajo duro, y condición letrada, llegó a ser el patrón de la madrina. “Y como don Misael sabía de números, de letras y de leyes, mi padre terminó aceptándolo como patrón, y doña Betty a mí como su criada.” (2005:51). En últimas, don Misael como cabeza de familia encierra varias representaciones. Es la representación del machismo dominante, de un mundo que gira en torno de los hombres. También, del conocimiento letrado (por mínimo y elemental que sea) como soporte de la dominación y el señorío que subordina. Del modelo colonizador, del colonizado que a su vez coloniza. Es la representación del mismo modo de una de las subculturas del Llano, la de los guates. De igual forma de la violencia que no cesa pero se transforma y que lo ubica como víctima, pero también como victimario. Representa la movilidad y la manera como circula el ser llanero en busca de la libertad. Es símbolo de la forma como se configura la economía del llanero y su relación con la tierra. Y por fuera

del texto incluso, podría constituir esa condición donde el “otro” es representado como una entidad a disposición del experto (Molano) y susceptible de ser conocido y controlado, pues como sujeto subalterno le es arrebatado su lugar de enunciación. Don Misael casi no “habla” en *El retaque*, aunque es protagonista de primer orden en el relato.

De los nombres de los verdugos de *El retaque* podemos destacar que Campo Elías⁵³ tiene un espacio destacado en la historia de nuestro país y hace parte de ese cuadro de horror de los grandes asesinos y los episodios de sangre que se han relatado, tanto en textos académicos como literarios⁵⁴ y que Molano hay recurrido a él para magnificar la masacre que relata Angelina. La de Campo Elías Delgado fue por largo tiempo (hasta el 2007) la mayor masacre perpetrada en un lugar específico por un solo hombre en el mundo. El autor colombiano Mario Mendoza(Bogotá, 1964), que había sido su compañero en la Pontificia Universidad Javeriana y con quien había cruzado algunas palabras en distintas ocasiones, escribió una novela testimonio la cual llamó *Satanás* (2002), en la que representa estos acontecimientos y que recibió el premio Biblioteca Breve ese mismo año. Allí cuenta la vida del asesino y de tres de sus víctimas, mezclando con destreza los hechos y datos reales, con la exploración íntima de los personajes a través de la literatura. Molano hace lo propio en sus relatos y podríamos sugerir que siendo su libro *Del Llano Llano*, publicado en 1995, haya podido aludir a semejante personaje. La obra de Mendoza fue llevada al cine en 2007 por el caleño Andrés Baiz y al igual que el libro, *Satanás* –nombre con el que las religiones abrahámicas designan la entidad que representa la encarnación suprema del mal– suscitó polémica en tanto se discutió frente a la veracidad de lo relatado, a qué era “verdad” en la novela, que lo era en la película, qué tanto se había desdibujado la “realidad”, qué tanto modificaba la historia el aporte artístico del escritor y del

⁵³ La alusión puede ser a **Campo Elías Delgado** (24 de junio de 1934 – Bogotá, 4 de diciembre de 1986), un psicópata colombiano, veterano de la guerra de Vietnam adscrito al Ejército de los Estados Unidos, que el 4 de diciembre de 1986 se convirtió en *streak killer* (asesino relámpago, término acuñado por el FBI) cuando asesinó a 32 personas e hirió a 15 más en el edificio donde vivía y en el restaurante Pozzetto de Bogotá. Estos crímenes se conocen como la Masacre de Pozzetto.

cineasta. La eterna discusión en torno de los productos artísticos que acuden al testimonio y de la que no escapan las obras de Alfredo Molano.

Vitelio⁵⁵, el nombre del otro verdugo en el relato de Molano, tiene un referente más universal y no menos simbólico, el emperador romano que mostró su naturaleza violenta al reprimir con crueldad a sus contrarios mediante torturas y ejecuciones tan variadas como crueles. De hecho, hizo asesinar a todos los ciudadanos que se llamasen como él o como su heredero. Campo Elías y Vitelio son, en el relato de Alfredo Molano, los caporales de Víctor Carpintero, un hombre con ansías desbordadas de poder, de tierra, que impone su ley a través de la muerte, e imprime en la distancia su sello trágico en el relato. Es protagonista sin estar en el lugar, es el poder oculto, la fuente siniestra desde la cual emanan las órdenes de muerte. Sus disposiciones se cumplen con la disciplina que cobija a las fuerzas regulares e irregulares que han extendido el conflicto en nuestro país hasta nuestros días. No hay un referente histórico o literario cercano, en los Llanos, en Colombia, o en Latinoamérica, que aluda a algún personaje cuyo apellido sea Carpintero. En revisión somera, es un apellido con cierto linaje, de origen castellano y que con iniciación en el oficio de la carpintería, es representado en su escudo con un campo de oro y una cruz de Jerusalén. Sin embargo, no dice mucho para nosotros, al menos que relacionáramos los Llanos Orientales con la riqueza e involucráramos a la Iglesia como partícipe en la persecución de liberales desde los púlpitos. Lo que si emerge es una especie de código secreto, que podría sugerir o incitar a descubrir una clave oculta a la que debe seguirse la pista. Hay un Víctor en Colombia, Víctor Manuel Carranza Niño⁵⁶, conocido como el Zar de las Esmeraldas y cuya participación en el devenir

⁵⁵ Puede aludir a **Aulo Vitelio Germánico**, nacido como **Aulo Vitelio**, y más comúnmente conocido como **Vitelio** (24 de septiembre de 15 - 22 de diciembre de 69 de la era cristiana), emperador del Imperio Romano desde el 17 de abril de 69 hasta el 22 de diciembre de ese mismo año. Accedió al trono tras las muertes de sus dos predecesores, Galba y Otón, ambas víctimas del *año de los cuatro emperadores*.

⁵⁶ **Víctor Carranza**: después de mucha violencia (más de mil muertos desde 1977, incluyendo a su socio Gilberto Molina, asesinado en 1988), se consolidó como líder del sector esmeraldero, a mediados de 1990. Le ganó la guerra a personajes como Efraín González, Humberto "El Ganso" Ariza, Pacho Vargas, Luis Murcia "El Pequinés" y Gonzalo Rodríguez Gacha, "El Mexicano", y enfrentó a frentes guerrilleros en por lo menos diez departamentos de Colombia.

de la nación en general y de los Llanos Orientales en particular, es determinante. A ese Víctor, puede aludir Molano.

En 1973 el gobierno de Misael Pastrana Borrero (1970-1974) creó Ecominas (Empresa Colombiana de Minas) y determinó la concesión de las minas de esmeraldas a varias firmas de las que hacía parte Víctor Carranza (Esmeracol en Coscuez, Tecminas en Quípama y Coexminas en Muzo), que desde 1963 con la primera concesión otorgada en el gobierno del conservador Guillermo León Valencia (1962-1966), había comenzado una expansión de su poderío económico que hoy alcanza cifras astronómicas. Sobre cómo lo ha logrado se han sembrado muchas dudas, sobretudo en cuanto a los métodos y prácticas *non sanctas* que le han permitido sostener el que para algunos sectores, sobretudo de la izquierda, es un imperio forjado con esmeraldas, narcotráfico, ganadería, paramilitarismo y muerte. En el libro *Víctor Carranza, alias “el Patrón”* (2012), el congresista Iván Cepeda Vargas y el padre Javier Giraldo S.J, recogen documentos sobre la vida y andanzas de quien ha sobrevivido a tres guerras: la de 1965, que dejó atrás la saga bandolera de Efraín González⁵⁷; la de los años 70, que regularizó el negocio de las esmeraldas; y la de los narcos, cuando quisieron quedarse con el negocio a bala. En el mismo texto citado, Alfredo Molano relata que, en el desarrollo de sus investigaciones sobre la tenencia de la tierra en los Llanos Orientales, encontró una fuente que sostuvo que en los extensos dominios de Carranza pastaban cerca de dos millones de reses.⁵⁸ Los autores ponen en entredicho la acción de los

⁵⁷ **Efraín González:** fue un miembro del Ejército Nacional. De allí salió curtido cuando vio cómo mataron a su padre y, como tantas víctimas de la violencia colombiana de entonces, juró vengar el acto que le dejó huérfano. Para matarlo hubo necesidad de alistar 1.200 soldados, un tanque de guerra y un cañón de 40 milímetros y, así y todo, casi se les vuela en ese día memorable de la historia de Colombia, cuando el más codiciado de los bandidos de entonces (gobierno de Guillermo León Valencia), luchó durante 9 horas, solo, absolutamente solo, para tratar una vez más de sobrevivir.

⁵⁸ Se cita en el libro al escritor italiano Guido Piccoli, quien dice que Carranza tiene dos millones de hectáreas en los Llanos Orientales. El libro también cuenta que el epicentro de las operaciones de Víctor Carranza y sus principales haciendas como La Ponderosa y La Ginebra, están en los municipios de Puerto López y Puerto Gaitán, en el Meta. Estos dos municipios, donde según el libro el control de Carranza y sus hombres es notorio, son a su vez, el eje del proyecto de

organismos judiciales y en general de las instituciones de nuestro país⁵⁹, que según su análisis, han sido cooptadas por el dinero corruptor y la violencia intimidatoria de Carranza, donde son asesinados testigos, se roban los expedientes y se destituyen jueces. El libro recopila los testimonios que numerosos narcotraficantes y paramilitares han dado y en los que lo involucran a Carranza en supuestos hechos delictivos, como creación de grupos al margen de la ley, masacres, el genocidio de la Unión Patriótica, el desplazamiento de campesinos y crímenes de lesa humanidad, sin que se le haya podido comprobar nada.

5.1.4 *El retaque*: ¿Una o varias formas discursivas?

Si atendemos la idea de que el testimonio es la historia contada desde el “otro”, en *El retaque* la inclusión de referentes “reales” o de la historia “oficial” son de alguna manera la escenografía que utiliza Molano para narrar un proceso general a través de un caso particular, que puede o no ser verídico, pero que se convierte en la vía a través de la cual se accede a un ámbito más amplio que el individual. Con *El retaque* Molano exhibe una intimidad colectiva a través de su personaje central, una situación que supera lo personal y se convierte en pública. Razones básicas para corroborar que el testimonio es en su esencia una obra que abre, que incluye y afirma el poder de la literatura como una forma de acción social, pero que también pone al descubierto su insuficiencia, pues aunque el testimonio soportado en la herramientas literarias promueve el cambio y la justicia social, no le alcanza para cambiarlo todo y acaso logra apenas sensibilizar. Lo que evidentemente

colonización agroindustrial de la Altillanura en la Orinoquía impulsado por Uribe y que Santos quiere continuar.

⁵⁹ El libro cuenta la relación de Carranza con varios presidentes. Siendo muy joven, entabló una relación con el presidente Mariano Ospina Pérez, cuya esposa Berta, tenía una fascinación por las esmeraldas. Misael Pastrana y López Michelsen, figuran como los que le concedieron la explotación de las minas. Luego fue acogido por Julio César Turbay Ayala e igualmente por Álvaro Gómez Hurtado y Belisario Betancourt, a quienes se ufana de haber ayudado con dineros para campañas electorales. Turbay le adjudicó dos baldíos. Acerca de su admiración y de su apoyo electoral al ex presidente Álvaro Uribe Vélez, Carranza ha comentado: “Cómo no le voy a poner votos a Uribe. Mientras haya violencia en este país necesitamos un presidente de mano fuerte”.

contrasta con las experiencias vitales de nuestro país, en varios de sus periodos violentos, que no han sido representadas adecuadamente en las formas tradicionales de la literatura, y que en justo sentido, serían descubiertas por relatos como éste. Molano se acerca a aquellas voces que otros autores o géneros no han abordado y menos escuchado, ignorando comunidades completas, ambientes diversos y circunstancias particulares, que cambian la concepción de la historia y propician otra mirada y otros resultados.

Como en *La virgen de Sibilina* y en *No pude dejar de llorar*, en *El retaque* es una mujer la protagonista, una región el escenario y una lucha por la tierra y por la vida, la trama sobre la cual se teje la historia. En *El retaque* –y en general en *Del Llano Llano*– Molano destaca la Zona Andina y los Llanos Orientales, que fueron los escenarios donde se desplegó con mayor ímpetu la época de La Violencia, que se estima le costó la vida a 200.000 colombianos. Solo en el departamento de Tolima, uno de los más afectados por esta guerra y de donde huyeron buena parte de los nuevos colonizadores de los Llanos, se registran solo en el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla y su “proceso de pacificación”, 46 masacres llevadas a cabo por policías, alcaldes militares y bandoleros liberales y conservadores, como producto de la extrema intolerancia y la polarización política. (Uribe, 2005: 38)⁶⁰. Es por tanto, una historia de masacres perpetradas por grupos que surgen con alguna motivación política, pero que desbordan su accionar con violencia e intereses económicos y terminan convertidos en simples asesinos, unos fieles a ideales partidistas, y otros, escuetos matones a sueldo. En *El retaque*, una vez ocurrida la masacre y como ya se registró en este texto, Angelina dice que nadie contestaba, que todos estaban muertos, incluida doña Beatriz, que en medio de la información que le suministra a la protagonista, notifica y destaca –y lo reitero, pues es el eje transversal de toda la obra de Molano– el asunto de fondo, la tierra. O bien su propiedad, o bien su dominio territorial. La masacre de *El retaque*, no

⁶⁰ La misma María Victoria Uribe reseña en su libro *Violencia y masacres en el Tolima: desde la muerte de Gaitán al Frente Nacional* que en 1958, son 52 masacres, de las cuales, 43 corresponden a la parte final del gobierno de la Junta Militar, y las nueve restantes se ubican en el segundo semestre del año, ya con Darío Echandía como gobernador del Tolima.

tiene un tinte político, solo un abierto interés económico y el autor lo ratifica en boca de uno de los personajes protagónicos, doña Beatriz. Una historia que deja ver rasgos de creatividad sin caer en la ficcionalización total, no hay nada inverosímil en el contenido del relato como tal, que tiene al igual que el periodismo pretensiones con la exactitud, que detalla como la fotografía, que recrea como la pintura, que describe como el documental, que narra como el cine, y que pretende sensibilizar, como la poesía.

A propósito, el poeta y cineasta cubano Víctor Casaus, traza en su libro *Defensa del testimonio*(1990:310), varias vertientes dentro del corpus testimonial a partir de diversos discursos generadores que el testimonio estéticamente logrado puede absorber, transformar y trascender: una vertiente cercana al periodismo, una línea de testimonios directos (diarios), una modalidad más ecléctica y abiertamente artística, influida por técnicas de montaje cinematográfico, y, finalmente, una forma que parte del relato etnográfico recogido de manera directa de labios de un informante único y enriquecido a veces con datos ofrecidos por otros informantes secundarios o tomados de fuentes escritas ya existentes. A efectos prácticos, valdría preguntarse frente a *El retaque*, como lo hiciera John Beverley (1987), si el testimonio tiene una forma discursiva o varias, si es algo con un valor esencialmente documental y extraliterario, y responderse que sí, porque en él confluyen diversas disciplinas y técnicas de narración, y en el de Molano, la autenticidad de lo regional, la naturalidad de lo campesino, la combatividad de quienes luchan por cambiar su entorno, pero ante todo y sobre todo, la abierta pretensión de mostrarse como un texto no literario, o sea, que acude como estrategia a la *antiliterariedad*, a la que me referiré en breve. Y aquí Molano es puntual, pues hay una clara simulación de la oralidad al trasladar al texto la rica tradición oral de los llaneros en boca de un personaje que habla en primera persona, con todos sus matices y bemoles.

Debemos entonces detenernos para examinar el aporte que le hacen al texto vocablos que rebasan, en términos de representación, la jerga de los vaqueros y el argot popular de los llaneros, y vale destacar aquí –para reforzar el

argumento expuesto— algunos de los utilizados por el autor para reafirmar la narración oral de un personaje al que Molano le abroga el haber experimentado en carne propia la violencia y haber sido testigo de una masacre en un espacio concreto: los Llanos Orientales. La narración, como lo sugiere Beverley, involucra la presencia inmediata de un interlocutor, que en este caso es Molano, y que como ya se ha dicho, oficia como interlocutor directo y como mediador que recoge y luego transcribe el relato, sin “traducirlo”. Nos referimos claro, a la traducción literal de algunas palabras y no a la “traducción” que como mediador letrado hace el escritor de lo que le ha sido relatado oralmente por una persona o por un colectivo. En *El retaque* es incuestionable la evocación de tiempos idos en Los Llanos Orientales, esa idea de inmensidad, de exuberancia y de recursos ilimitados que se refleja en las alusiones a la abundante fauna y a los caudales de prodigalidad que sembraron en los llaneros llegados del centro, una idea de lo infinito que erróneamente aun persiste en toda la nación. Para ese “nuevo mundo” es lógico pensar que se creó un “nuevo lenguaje”, un vocabulario resultante de la mixtura de todos los modismos y regionalismos que convergieron en la región, en esa búsqueda colectiva de tierra aupada por la violencia.

De ahí que encontremos en el relato términos como “guates”, como llaman los llaneros a las personas de tierra fría, que no son criollas como ellos y con las cuales guardan enormes distancias culturales y eso explicaría en parte la usurpación de la que es objeto el padre de Angelina. “Bichos”, no como insecto, sino como una forma coloquial y algo despectiva de referirse a cualquier animal. Hablan de “testuz” en lugar de cabeza, de “ceba” en vez de esa condición del animal que se acostumbra a una caza y presa fáciles y de “cebados” para referirse a los animales gordos. Del “ganado al aumento”, que consiste en dividir como ganancias las crías de una “madrina”, y ésta se refiere a un lote de ganado y por extensión en la ganadería, a un ejemplar manso que sirve para conducir al bravío. “Venir a fundarse”, que es para los llaneros su forma de acceder a la propiedad, de colonizar. Del “cachilapero”, un abigeo, alguien que se apropia del ganado que está sin marcar o roba el marcado y desfigura sus marcas. De la “macoya”, un conjunto de tallos o leños que salen de una misma raíz y de la “guafa”, una

especie de bambú que también llaman “guasdua”. Del “Conuco”, ese vocablo de origen taino que refiere una granja pequeña a la orilla de un río, donde por lo regular se siembra maíz. Toda una reelaboración del lenguaje que hace de los Llanos Orientales, un objeto de estudio apasionante e imperecedero.

Más allá de limitar el análisis a la interpretación de todos estos términos de la tradición oral llanera, me resulta más atractivo pensar en una reflexión sobre los contextos particulares en que fueron producidos y luego recogidos por Molano. Como bien apuntaba Roman Jakobson (1990:126), la idea de que las tradiciones orales se pueden tratar como monólogos que se repiten de boca en boca no sólo es una fantasía sino, sobre todo, una proyección de la literatura escrita. Molano retoma no solo palabras de la jerga llanera, sino conceptos y percepciones –que en ellas se gestan– de su perspectiva de realidad, de su historia, de su forma de relacionarse con sus iguales, con los “otros” y con la región y el país. El mismo autor ruso plantea que el objeto de la ciencia literaria no es la literatura sino la *literariedad*, es decir, lo que autoriza a distinguir lo que es literario de lo no-literario, y en ese sentido, en *El retaque*, Molano se mueve entre las dos corrientes. Por un lado, rescata la oralidad y por el otro, lo hace a través de la literatura. Tanto las condiciones de producción de sus textos, como la complejidad de mediaciones que en él intervienen: contexto, distancia, riesgos, amenazas, su propia identidad, los discursos hegemónicos, los imaginarios colectivos de las diferentes regiones, las formas de recepción, etc. no determinan su contenido, pero si fijan unas variables para no asumirlos como unidades aisladas y autónomas. Las palabras reseñadas en el párrafo anterior, no son simples elementos de la escenografía del relato (como los datos de la historia oficial), sino fuentes constitutivas en la producción de significados que pretende Molano. Confirman la mirada subalterna, y, a la vez, refuerzan la idea de que los significados nunca son estáticos en un texto y menos en la oralidad. Hay dinamismo y cambio permanente.

De ahí que las interpretaciones (como las de este trabajo) puedan acudir a figuras, procedimientos, organizaciones discursivas y/o narrativas que no tienen

nada de específicamente literario, pues ellas se encuentran en otros tipos de discursos, pero nos permiten acercarnos a la *literariedad* no como algo desprovisto de sentido, sino al contrario, como lo resultante de la literatura que luego de la extrañeza que nos causa su estilo, algún término o la idea misma, nos lanza a la búsqueda de un nuevo conocimiento. La literatura –todos sabemos– es un hecho estético que se caracteriza porque el lenguaje que utiliza es distinto al habitual, y por eso Molano al conferirle a la oralidad tan acentuada connotación en *El retaque*, nos obliga a repensar –como él hizo con su escritura– el presente de una región y de sus habitantes, que si duda alguna, poseen y constituyen procesos de identidad diferentes al resto del país. En esta historia, el pasado no está atrás, sino adentro de Angelina, no es algo anterior y lejano, sino una dimensión interior de la protagonista de la que no puede zafarse. Ha repetido siete veces la historia ante un juez y no ha cambiado una sola palabra. “Siete veces he repetido esta historia. Siempre igual.” (1995:54). Éste le dice que su cabeza es privilegiada, y ella en cambio piensa, que no sirve para nada distinto. Siete veces, un número enigmático⁶¹ y cabalístico⁶² para muchas culturas. Se le considera la sumatoria de la triada divina y de los cuatro elementos presentes en la naturaleza y que hacen posible la vida humana: agua, aire, tierra y fuego. Es considerado el número de la vida y la creación, y Molano invierte su dimensión. Es el número de veces que la protagonista relata la masacre. Se lee en la Biblia que cierto día, Pedro vino a Jesús y le dijo: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?”. Para Pedro, perdonar hasta siete veces ya era alcanzar el máximo de su espiritualidad, para Jesús era setenta veces siete. Hay a la sazón, una transformación en el significado del número de la perfección. El

⁶¹**Siete son:** los planetas iniciales, los días de la semana, los pecados capitales, las palabras del sermón, las parejas de Noé, las plagas de Egipto, los colores del arco iris, los mares del universo antiguo, las maravillas del mundo, las notas de la guitarra y las vidas del gato. El siete se menciona 737 veces en la Biblia. Mientras que “Siete veces” es mencionado seis veces.

⁶²**El siete es el número cabalístico** o sagrado para los caldeos, babilonios, esenios, griegos, egipcios, chinos, hindúes, mayas, aztecas, e incas, entre otros muchos pueblos.

relato contado siete veces por Angelina es perfecto en tanto no se modifica, pero imperfecto en cuanto lo relatado es una afrenta a la vida, una masacre inmisericorde, un baño de sangre que violenta a mujeres y niños indefensos.

Hemos de coincidir con el profesor Daniel Pécaut (1987:484) en el sentido de que hoy por hoy no se puede hablar de la violencia como un fenómeno general (aunque no se desvirtúe el periodo específico denominado así), sino de múltiples violencias, pues “no sólo las particularidades regionales, le imprimieron variantes al fenómeno, sino también la compleja mezcla de aspectos políticos, económicos, sociales, étnicos y culturales”, como las registradas por Molano en éste y otros relatos. Por eso la frase de Boaventura de Sousa Santos, que sirve de epígrafe a este capítulo, nos lleva a retomarla para aproximarnos a una conclusión. Hay un tema central en Molano, pero no un principio único de la violencia que detalla en *El retaque*. No es posible reunir todas las resistencias en un solo relato y por eso éste a diferencia de *La virgen de Sibilina* y *No pude dejar de llorar*, se mueve en sentido diverso. En el primero, un niña hace todo por regresar al Llano; en el segundo, una mujer de la zona Andina busca nuevos horizontes en el Llano; y en éste, unos llegados de allí son perseguidos y de alguna manera desplazan a los lugareños que los acogen. A los tres relatos los cubre una gran situación común, la violencia partidista, pero en cada uno Molano explora unas particularidades que los hacen diferentes. En cada uno de ellos, elabora una traducción que los une en la diferencia y hace, como expresara el sociólogo portugués citado, “mutuamente inteligibles las luchas y permite a los actores colectivos “conversar” sobre las opresiones a las que se resisten y las aspiraciones que los animan.” Por ello, otras acepciones del término *retaque* son válidas para el texto, hacer algo más compacto, o apretar el contenido de algo para que quepa más cantidad. Hay pues mucho más que trece puntos geográficos de los Llanos Orientales, dos países, tres departamentos, tres personajes de la historia oficial de nuestro país, otros tantos puntuales de la zona y su participación en el levantamiento de los Llaneros, nueve personajes, seis animales presentes en la fauna de la región, y la misma violencia partidista, de chulavitas y de huyentes, que ha sido relatada por el autor

en varias de sus obras y por la “testimoniante” en este relato, siete veces ante un juez.

6. GESUALDO DE MATURÍN

Gesualdo de Maturín es el relato de un hombre que evoca desde la cárcel su vida en los Llanos Orientales. Sus recuerdos empiezan a los seis años y terminan cuando ya bien entrado en abriles sentencia desde el penal cómo se está acabando el Llano. Sus desgracias comienzan con la muerte de su padre, caporal del hato Maturín, en plena faena. Un toro negruno de inmensos cuernos lo hirió en la entrepierna y le arrebató la vida. Desde entonces, Gesualdo se volvió un hombre recio, se gastó todas las lágrimas llorando a su papá. Lo apadrastaron, su madre lo entregó al hato La Candelaria, allí recibía un maute⁶³ y medio mensual por su trabajo. Aprendió todo cuanto le enseñaron y debía saber para ser un llanero total, un criollo.⁶⁴ Conoció las reses desde adentro, desde los estómagos y los caballos desde arriba, desde la doma. Se hizo al propio y comenzó a ganadear.⁶⁵ Pero el destino lo enfrentó con Efraín, un venezolano que lo hirió, que luego fue amante de su mujer y al que finalmente mató. Antes, se había unido – más por presión que por convicción–, a las guerrillas liberales del Pote Rodríguez. Volvió a mirar sangre y a oler la muerte. Luego de la paz (¿tregua?) siguió negociando con ganado. Una guahiba⁶⁶ le dio cinco hijos. Ella murió y volvió ya viejo a buscar a su Adalgisa, la madre de su primer hijo, que le hace visita conyugal cada semana, lo que le resulta menos triste que escuchar desde la prisión el relinchar de los caballos.

⁶³**Maute.** Una res de entre ocho meses y año y medio de edad, que ha sido destetada de su madre y ya no es ternera. Es lo que se conoce como becerro cuando es macho o mamona si es hembra.

⁶⁴**Criollo.** Así llaman los llaneros a quienes son oriundos de los Llanos Orientales.

⁶⁵**Ganadear.** Llevar ganado de un lugar a otro de la sabana, en jornadas de muchos días y muchas reses.

⁶⁶**Guahibos.** Es una de las tribus que, junto a los curripacos, puinaves, piapocos, sikuanis y cubeos, hace parte del mestizaje llanero. Hoy en Arauca “guajibo” es sinónimo de “tímido o huraño”; y en Puerto López se escucha un refrán que bien podría explicar por sí solo las luchas entre los llaneros y los indígenas que hoy causa conmoción en la comunidad académica colombiana: “Ni burro es bestia, ni indio es gente, ni casabe sirve pa’ bastimento”.

*“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna,
jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”.*

Arturo Cova

6.1 Gesualdo de Maturín: relato libre de un carcelero. Una confluencia de narraciones y un homenaje a *La vorágine*.

La frase que oficia como epígrafe debe haber sido citada tantas veces como vacilaciones vive el personaje central de la que ha sido considerada, no sólo la primera sino también, la más famosa de todas las novelas que se han escrito en Latinoamérica con la selva como escenario: *La Vorágine* (1924). Preso de la cadente y candente prosa de Rivera, Arturo Cova expresa que jugó su corazón al azar y se lo ganó la violencia. Asistido por la pluma de Molano, *Gesualdo de Maturín* apuesta todo al amor de Adalgisa y la pierde cuando se une a las guerrillas liberales de los Llanos Orientales. Cova divaga y se contradice a lo largo de toda la historia, Gesualdo en cambio se sostiene invariable en sus convicciones a través de todo su testimonio. José Eustasio Rivera transgrede las nociones de heroísmo y propiedad, Molano entretanto reconoce y convalida el arrojito del llanero y las formas de posesión de la tierra. En *Gesualdo de Maturín* se mantiene imperturbable una línea de narración que lleva al lector por la senda del ser llanero íntegro y a lo largo del texto, se percibe una vida que resulta consecuente en cada una de las acciones que emprende el protagonista. Es como si Alfredo Molano hubiera construido su relato a partir de una superposición de la obra cumbre de Rivera y sobre ella hubiera contrastado con su personaje, las características del discurso de Cova y la estrategia de Rivera; y asimismo, calcado –eso sí de forma fidedigna– algunos de los episodios más significativos en la vida de un llanero y de algunas historias que se han vuelto leyenda en los Llanos Orientales.

Es decir, encontramos en *Gesualdo de Maturín* simetrías en tanto a hechos relatados en un espacio específico como los Llanos Orientales y asimetrías en cuanto a las características de los personajes y los hechos que protagonizan. Hay

una audacia manifiesta en el relato para recrear el ambiente y sus condiciones, y un respeto que raya en la sutileza, para recoger y comunicar el testimonio de un hombre, que pueden ser muchos hombres y mujeres del Llano. Hay una yuxtaposición parcial entre la obra de Rivera y la de Molano que puede notarse en varios episodios: el toro que mata al padre de Gesualdo, el tigre que de un solo puño mató al toro señor de la madrina⁶⁷, la doma del potro para hacerse hombre, la misteriosa relación con una indígena guahiba, la curiara en la que pasaban los aperos y las camas al atravesar los ríos, las jornadas de camino y las posadas, el trabajo llano, las alusiones a Venezuela y a la supuesta superioridad de la que se ufanan los venezolanos, creerse dueños del Llano, y claro, la alusión a La Maporita, adonde Gesualdo hace su primer viaje ganadeando y lugar donde transcurre la primera parte de *La Vorágine* (1924). Toda una suerte de acontecimientos y detalles a través de los cuales se narra la vida de un hombre. Y aquí estaría la singularidad del relato de Molano que, sencillo y coherente, logra a pesar de su llaneza, redondear varias ideas a partir de la secuencia de una vida. Son evidentes en el relato, los principios de crianza y educación, la trascendencia del deber y del trabajo, la importancia de la rectitud representada en la palabra y el compromiso, la relación con el entorno, con el centro o la cordillera, la importancia del caballo, la violencia partidista, la defensa de la vida, la insurrección de los Llaneros, la tribulación de la cárcel y la indiscutible relegación de la mujer. Todo ello, entretejido en un testimonio. Una información que nos transporta, que nos regala el privilegio de conocer lugares, momentos históricos y personas, de una región como los Llanos Orientales.

Por obvias razones (como acontecer en el mismo escenario geográfico o valerse de los referentes de la historia oficial de la región) en el relato de Molano se mencionan lugares y personajes similares a los que aparecen en *La Vorágine* (1924). En la novela, Villavicencio es el punto de encuentro con don Rafo, quien les brinda ayuda a Alicia y Arturo, ya que sobre este último pesa la amenaza de

⁶⁷ En los Llanos Orientales cada Madrina, o grupo de ganado, tiene un padrón, un animal que por su fortaleza y características es el líder de la manada y es, además del reproductor escogido, el que defiende al grupo de los peligros que lo acechen.

cárcel. En *Gesualdo de Maturín*, el protagonista rememora desde la prisión que Villavicencio era un pequeño caserío al que llevaban el ganado, en el que se compraban las provisiones, se tomaba trago y se asediaban mujeres. “Villabo era en esa época una iglesia con ranchos de paja”. Y más adelante, “Se ganadeaba para poder gastar en Villavicencio y se gastaba en Villavicencio para seguir ganadeando.” (1995:64). Es sin duda la puerta al Llano y así se le conoce hace mucho tiempo a la capital del Meta, que en los dos textos oficia como punto focal de la idea de progreso. Situada en el piedemonte de la cordillera oriental, Villavicencio ha sido el epicentro comercial de los Llanos Orientales desde la época precolombina, en el siglo XVI, cuando el actual territorio villavicense se encontraba ocupado por los indígenas guayupes.⁶⁸ Según el cronista Fray Pedro de Aguado (1956: 71), productos como el yopo (alucinógeno), plumas, cueros de felino, coca, miel, cera, totumos, madera, pescado, maíz y algodón, así como humanos destinados al sacrificio, fueron objeto de intercambio entre la misma comunidad y entre ésta y los muisca, que los proveían de sal, tabaco, oro y plata, a través de asentamientos guayupes en la cordillera, como el de Guayabetal. Luego los jesuitas fundan la Hacienda Apiay, germen de la ciudad, e introducen a los indígenas en la ganadería. Lo anterior, puede asumirse como el inicio de una relación comercial y social con una región y una actividad que no cesa en la región y que no puede deslindarse cuando se habla de los Llanos Orientales. El devenir de Villavicencio ha estado determinado pues, por la manera de aproximarse a dos ámbitos: el del Llano, del que es su puerta, y el de la capital de la nación. A propósito, la investigadora estadounidense Jane M. Rausch (quien por casi 40 años se ha interesado por esta región), luego de un riguroso proceso de investigación que recorre la historia de la ciudad, concluye en su texto *De pueblo de frontera a ciudad capital. La historia de Villavicencio, Colombia desde 1842* (2011), entre otras cosas, que la actual Villavicencio ha logrado su inserción dentro de la cultura y la sociedad colombianas y que más allá de si se considera

⁶⁸ Los **Guayupes son una tribu** indígena colombiana que ocupó la zona del Piedemonte Llanero (Llanos de San Juan y San Martín) correspondiente a los actuales municipios de Villavicencio, Restrepo, Cumaral, Acacías, Guamal, San Martín, Granada y San Juan de Arama.

una ciudad capital o un pueblo de frontera, es una urbe que ocupará un lugar único dentro de las ciudades de Colombia.

En la obra del escritor y político huilense, el protagonista busca fortuna. En el relato de Molano no busca nada. Gesualdo no busca otra cosa que ser un hombre llanero y en esa búsqueda su vida transcurre dentro de la cotidianidad, hasta cuando debe conseguir mujer y fundarse. Su vida antes de compartirla con Adalgisa se limitaba a ganadear. “No había afanes de llegar a ningún lado”. (1995:64). Hay pues, como ya se advirtió, cierta oposición entre los textos, una contraposición, una técnica de comunicación por contraste. El protagonista de Molano ha aprendido todo sobre el quehacer de un llanero y su vida marcha como debiera, sin más alteraciones que las propias de las faenas y travesías. Cova, por su parte, conoce, descubre, imagina, sueña, proyecta y por momentos pareciera enloquecer. Cuando en la vida de Gesualdo entra en escena Efraín, luego Adalgisa y después la insurrección llanera, su vida cobra matices que se convierten en importantes puntos de giro en el relato de Molano. Hay varios ejemplos que dan cuenta de esta suerte de narración paralela, pero singular al mismo tiempo. Alicia les teme a los caballos, es bogotana; mientras que Adalgisa gusta de un buen jinete, es llanera. Gesualdo recorre a sus anchas el Meta, Arauca y el Casanare, lugar de su origen y de leyendas para Cova, un espacio que también asustaba a la joven mujer con la que huía. Recordemos que Alicia huye primero con Arturo Cova de un matrimonio pactado con un viejo, y luego, de los maltratos de éste con Narciso Barrera, que fue asesinado por Cova arrojándolo a las Caribes⁶⁹. Amor, mujeres, cárcel, asesinatos, venganza y traición, como la de Cova con Griselda en La Maporita o la de Adalgisa con Efraín. Unos ingredientes que no son la receta en sí, pero con los que cada autor prepara un plato succulento y diferente.

⁶⁹ **Caribes.** Son las pirañas más pequeñas que existen, en los Llanos Orientales las llaman Caribes Mondongueros. Son más agresivas y letales que las otras, por que primero se encargan de desmembrar a su víctima desgarrando con sus mordidas y por último, se la comen. Una sola Caribe puede morder mil veces en cinco minutos sin tragarse la carne, ese festín lo dejan para el final.

Hay entonces encuentros en las descripciones, en el paisaje, pero no en la trama y el argumento. Hay similitudes en la idea sobre los indios –en especial de los guahibos–, en las tradiciones, costumbres y oficios, en la visión del Llano como extensión infinita, en los hatos y en la majestad de las descripciones –unas bellas otras horribles–, además de contar con cierta naturalidad pasajes donde se descubre la bestialidad humana. En cuanto al lenguaje, hay algunas coincidencias pero son más las diferencias, pues son iguales las formas de nombrar y disímiles las de decir, amén de los estilos y la prosa de cada uno de los autores. En la obra de Rivera se dejan ver algunas interjecciones y apócopes propias del argot llanero (*usté/usted, olvidá/olvidar, tá/está, tréido/traído, tóos/todos, yevá/llevar, etc.*), mientras que en *Gesualdo de Maturín*—aunque el protagonista puede utilizar la misma jerga (no lo sabemos)—, Molano hace una transcripción no tan literal, no tan específica en la pronunciación. Ni Molano escribe como habla Gesualdo, ni Gesualdo habla como escribe Molano. No se escribe como se oye, ni se habla como se escribe. Llevar la oralidad al texto supone unas variaciones que en los dos textos son diferentes, pero que destacan esa oralidad, que no es menos que la recuperación de lo que se ha confundido siempre con analfabetismo. La oralidad no es ignorancia, la cultura oral es otra cultura y no incultura, y eso lo rescatan los dos autores. Ellos trasladan lo visual de la región, lo gestual de sus habitantes, su movilidad y esa idea siempre presente de libertad, sus sueños y temores, sus ilusiones y sus verdades. Sus mitos, sus héroes, su sabiduría fundada en el conocimiento pleno del oficio, y hasta sus sabores y olores se dejan sentir en cada texto. En *Gesualdo de Maturín* se siente el olor a carne cocha, a carne medio asada, a carne apenas chunchullando, a candela, a humo, a tinto mañanero, a agua para lavar las ollas en la noche, a trago y a mujeres, a sabanas y sábanas polvorientas, a corral, a castradura, a boñiga y a cagajón, a tripas, a sangre y a miedo.

En busca de la libertad y la aventura de la riqueza, Arturo Cova encuentra la “prisión de su espíritu” en Alicia, que justo en el lugar donde la mujer es hembra y el amor tiene visos de fiereza, se le convierte en un estorbo. A Gesualdo le ocurre lo contrario, quiere fundarse con Adalgisa, que de manera inmisericorde lo

abandona y le obliga un cambio en el rumbo de su vida. Adalgisa primero es cruel y al final del relato se muestra bondadosa. Como el potro brioso que tras la doma es la compañía espiritual del llanero, esta mujer acompaña a Gesualdo en su pena, despierta ternura cuando antes había cosechado peligro y promovido la tragedia. En algún momento Cova piensa en tener una casa con Alicia en las llanuras, al lado de un caño, para vivir una mejor vida, pero no pasa de ser otra digresión en medio de su mente estremecida. Son, en suma, más las similitudes que las diferencias y éstas últimas están determinadas por el periodo de la historia que relatan y el tiempo en el que fueron escritas. No hay violencia partidista en *La Vorágine* (1924) pero sí otras formas de violencia, acaso génesis de las que relata Molano. Tanto el Franco de *La Vorágine* (1924) como Barrera o Millán, y todos los guates del relato de Molano, son representación del centro, de todos aquellos que llegaron al Llano motivados por la aventura, la huida o la violencia. Recordemos que Franco era de Antioquia y había estado en el ejército. Asumió con gallardía la autoría de un hecho de sangre: Griselda apuñaló a un capitán que intentó abusar de ella. El hombre no denunció nada para evitar el escándalo, pero murió y la culpa recayó sobre Franco. Lo suyo era el negocio del ganado y su dominio a través del poder de las armas y la intimidación que infligen. No lo revela sin embargo el texto, como un hombre malo. Y que Barrera, el cauchero –ese sí perverso, adulador y jugador sagaz– era otro colonizador mucho más cruel, explotador, traicionero y asesino. De ahí que haya puesto al juez de Orocué –que se pierde en la llanura junto a su secretario, por falsas indicaciones– en contra de los protagonistas.

Estos datos, sin duda, nos obligan a reflexionar sobre las similitudes entre *La Vorágine* y *Gesualdo de Maturín*, aunque para efectos prácticos debamos destacar solo algunos episodios que simbolizan la presencia humana en dicho territorio. Demos por caso, la justicia oficial, que en la novela y en el relato, reposan en Orocué; la mirada sobre lo indígena que en los dos textos es limitada, restringida y ceñida a una visión colonialista; la muerte de un hombre (Millán en *La Vorágine* y el padre de Gesualdo en el relato de Molano) producto de las cornadas de un toro, descrita con escrupulosidad y hasta cierto misticismo. Una muerte,

contemplada por los vaqueros de *La Vorágine* (1924) desde el abismo de la desolación en la sabana y por el pequeño Gesualdo, desde las varas de la majada, cumbre de la contemplación llanera, donde se ubican los espectadores de las faenas, aquellos que aun no están calificados para bajar a los corrales donde el Llano ha sido domesticado. Son similares en los dos textos las alusiones –y guardadas las proporciones de cada género–, las descripciones, los ríos crecidos, infestados de caimanes; las matas de monte, de donde emergen tigres mariposos más grandes que un becerro; las noches tan oscuras como medrosas; las madrinas de ochocientas reses, de mil, de dos mil, de cuatro mil quinientas reses que hacen resonar la tierra; los vaqueros descalzos, que arrebian el ganado; la consonancia con la naturaleza, brava y conjurada; son las entrañas de unos Llanos Orientales hoy idos en el tiempo, que en 1924 o en 1995, en *La Vorágine* o en *Del Llano Llano*, en el comienzo o en el final del siglo XX, llegaron para dar cuenta de la sangre que corrió a raudales, de la fiereza humana, de las borracheras de Cova o de Gesualdo, de las puñaladas de Efraín o de Millán, de las andanzas del Pipa: ladrón, prófugo, pirata, capitán de indios salvajes y conocedor de sus lenguas, de las de *El Pote* Rodríguez, de la riqueza de Barrera o de don Tercesio Porras, de don Antonio Lara, de don Víctor Machado, de la ambición desmedida, de la muerte como estandarte, como si habitara en las mentes de sus moradores la idea de que no es posible llenar el Llano de tumbas, que siempre habrá espacio para enterrar uno más y muchos más.

En *La Vorágine* y en *Gesualdo de Maturín*, se descubren similitudes y diferencias más profundas y estructurales, y a todas luces menos descriptivas que las ya enunciadas, como por ejemplo, la visión de los Llanos que ofrece cada texto y lo que significa el Llano en ambos. Sin embargo, apartes de uno y otro nos dejan ver unas condiciones fluctuantes que parecieran desaparecer en el tiempo, pero que emergen de nuevo cuando la identidad llanera se asoma para reclamar su presencia, antes o ahora, en la novela de Rivera o en el relato de Molano. Me permito citar un diálogo de la obra de Rivera, que aparece como epígrafe en un trabajo de la profesora de Literatura de la Universidad de Harvard, Doris

Sommer(1987:465) –que en breve referiré– para ejemplificar y abrir la discusión al respecto:

-Mulata –le dije-, ¿cuál es tu tierra?

-Ésta onde me hayo.

-¿Eres colombiana de nacimiento?

-Yo soy únicamente yanera, del lado de Manare. Dicen que soy craveña, pero yo no soy del Cravo; que pauteña, pero no soy del Pauto. ¡Yo soy de todas estas yanuras! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas y tan dilatáas! Bien dice el dicho: ¿Óndeta tu Dios? ¡Onde te salga el sol!

-¿Y quién es tu padre? –le pregunté a Antonio

-Mi mamá sabrá.

-¡Hijo, lo importante es que hayas nació! (La Vorágine, p. 45).

Varias cosas aquí, en las respuestas que Sebastiana y Antonio le entregan a Arturo Cova. Un sentido claro de región, pero no de nación. Se es llanero primero y luego, tal vez, colombiano. La nacionalidad no es algo que interese o que por lo menos se mencione o destaque en el texto de Molano, aunque sí en el de Rivera, pero los dos rescatan la nacionalidad de territorios olvidados. Creo que los dos dejan en claro que lo más importante en los Llanos es ser llanero antes que colombiano o venezolano. Recordemos que Rivera hizo parte de la comisión delimitadora de fronteras entre Colombia y Venezuela. En *Gesualdo de Maturín* la relación con la patria es tan distante como la de Gesualdo con su padre muerto, de una indiscutible orfandad. A pesar de ser huérfano, ello no le impide convertirse en un llanero completo. Podría esto significar, como lo plantea Sommer, en *El género deconstruido: cómo releer el canon a partir de La Vorágine* (Ordoñez, 1987), que: “La figura del padre se extiende hasta igualar y dominar la tierra”.

(1987:465). La carencia del padre, la suple Gesualdo con el territorio. En el hato llanero, la tierra importa en relación con las reses, con el trabajo, y así lo entiende y asume el protagonista de Molano, pero no todos los personajes de *La Vorágine* lo asumen de la misma manera. Para unos es el lugar de huida, de refugio, para otros de origen, para unos más de riqueza, de extensión ilimitada, de posibilidades, de conquistas, etc. En cuanto a la propiedad, pareciera que los dos textos se encuentran en la simple posesión como mecanismo de dominio. Donde se pise, en donde se ponga ganado, donde se funde, es lugar propio. Bastaba decir “con permiso”, señala unos de los personajes *Del Llano Llano*. Con un agravante, no importa si es de los indígenas, que son tratados con el mismo desdén por los dos autores, aunque en el relato de Cova se les otorgue más protagonismo. El Pipa, para citar un ejemplo concreto, es un protagonista de primer orden en *La Vorágine*. Pepe Morillo Nieto, El Pipa, es un ser muy particular: medio blanco, medio indígena, un mestizo que aparece y desaparece de la escena, que conoce la región pero es el guía del extravío, siempre despista a Cova y a su comitiva. Es malicioso, tramposo, pícaro, condenado al fracaso y a la condición de victimario. Rivera lleva su “voz” a la escritura, como ocurre también con otros personajes y grupos sociales, demos por caso, el fragmento arriba citado de la negra Sebastiana y su hijo Antonio. No así la indígena guahiba, con la que vive Gesualdo por espacio de 25 años, a la que Molano no le otorga “voz” y de la que ni siquiera sabemos el nombre.

Los dos textos no coinciden en las descripciones de los paisajes y no porque los retraten de manera diferente, sino porque su protagonismo es incomparable. En *La Vorágine* el Llano es una circunstancia, un breve paso, en cambio es recurrente la metáfora de la selva tragahombres y el detalle extasiado en boca de un hombre llegado del interior porque allí transcurre buena parte del relato. En *Gesualdo de Maturín* en cambio, el protagonista no menciona la selva, pero refiere el Llano con la naturalidad propia de quien allí ha nacido y vivido también allí; y el autor, lo describe como el espacio donde no logró morir quien le brindó su testimonio. Los dos autores, cada uno a su manera, pueden pretender la reivindicación social de una región y de sus habitantes, pero se cuidan de que

sean sus personajes los que asuman el discurso político. En los dos textos se comprueban oposiciones que tienen como objetivo comunicar con mayor efectividad: el valor y la cobardía, la lealtad y la traición, el aventurero y el raizal, el criollo y el guate, lo masculino y lo femenino, el guerrillero liberal y el chulavita, y en general, una oposición fundamental entre el “yo” y el “otro”. Vale mencionar aquí la relación de los llaneros con Dios o con la religiosidad. No son muy creyentes los llaneros de los dos relatos, pero se inclina más Rivera cuando sus personajes acuden a desesperados pedidos de misericordia y ayuda en medio de las más penosas circunstancias. En el diálogo reseñado y a través de una maniobra del lenguaje, utiliza un refrán (*Bien dice el dicho: ¿Óndeta tu Dios? ¡Onde te salga el sol!*), para hacer aparecer el sol como a un Dios. Hay en este recurso una alusión a lo indígena aunque Sebastiana es mulata. Por mulato se entiende la mezcla de afrodescendiente y español y esta sería otra oposición, una alegoría a las diferencias en la concepción de la espiritualidad de llaneros, de criollos, de guates, de “blancos” y de indígenas.

Debemos reconocer por supuesto, que las líneas de narración son diferentes, que Rivera utiliza a un Cova desordenado y perturbado, mientras que Molano a un Gesualdo dispuesto y equilibrado. Lo anterior es comprobable en distintos ámbitos, uno de ellos, en la relación de pareja. El romanticismo jamás aparece en Molano, tampoco el erotismo o la ternura, acaso sí un ímpetu que no alcanza a ser pasión. “Pero a mí ella no se me despabilaba. Se quedó a vivir en mí como nuca en pescuezo de vaca fina”. (1995:77). Una comparación nada romántica y más bien, una sentencia procaz, muy ligada a lo autóctono del quehacer cotidiano y a lo popular en tanto su enunciación como compendio de sabiduría. En cambio en *La Vorágine*, Arturo Cova podrá ser un desequilibrado emocional, pero romántico y pasional, que brota en la primera página: “¿Cómo podría desampararte? ¡Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor.” (p. 9) No cumple, pero bueno, ese es otro tema. Hay tres fragmentos en *La vorágine* donde diversos personajes se burlan de los ataques de romanticismo de Cova y cantan coplas llaneras:

*Corazón, no seas caballo:
aprendé a tener vergüenza;
al que te quiera, querélo,
al que no, no le hagas fuerza. (La Vorágine, p. 32)*

*Pobrecita paloma,
que el gavilán la cogió;
aquí va la sangrecita
por donde se la llevó. (La Vorágine, p. 51)*

*El domingo la vi en misa,
el lunes la enamoré,
el martes ya le propuse,
el miércoles me casé;
el jueves me dejó solo,
el viernes la suspiré;
el sábado el desengaño...
y el domingo a buscar otra
porque solo no me amaño. (La Vorágine, págs.101-102)*

En suma, las diferencias están dadas en los dos textos por lo estético, lo temporal y lo estilístico. La igualdad, por el escenario y los seres humanos que lo habitan. Ninguna de las dos obras tiene un final feliz, pero eso no importa, su valor reside en la consistencia de sus relatos y la coherencia que logra cada uno de los autores frente a un espacio y una cultura que les resulta distante, pero no ajena. Molano es bogotano y Rivera, aunque huilense, se forjó en la capital de la república. Cada uno intenta reconciliar el centro con la periferia y para ello vencen obstáculos como los que deben sortear sus protagonistas, unos internos y otros externos, todos sin embargo, signados por cierta fatalidad y señalamiento.

6.1.1 Gesualdo de Maturín: su discurso y argumentos

Podemos destacar que el relato presenta cinco partes definidas que tienen cierta autonomía en la unidad de la historia y que nos sirven para establecer los sucesos más significativos en la vida de Gesualdo: la niñez, desde los seis años hasta cuando se va del hato Maturín. Luego, desde su llegada al hato La Candelaria, su proceso de aprendizaje de todo lo relacionado con las faenas del Llano, hasta cuando don Antonio le concede ganadear, que era lo que él más quería en la vida, lo que más codiciaba y para lo que estaba convencido, había nacido. Una tercera etapa va desde ese momento, desde su primer viaje llevando ganado de un lugar a otro, hasta los 25 años, cuando por sugerencia y recomendación de don Antonio, decide dejar de ganadear, conseguir mujer y fundarse en una punta de la sabana. La cuarta, incluye la breve convivencia con Adalgisa, una mujer a la que conoció en el hato El Viento y a quien deja para unirse a las guerrillas liberales del Pote Rodríguez, sin duda el fragmento más extenso del relato. Y la última, que está conformada por la junta⁷⁰ por más de 25 años con la indígena guahiba, el regreso con Adalgisa, la muerte del venezolano y la cárcel.

En cada uno de estos fragmentos –con varias escenas desarrolladas con la meticulosidad oral del testimonio–, Molano reconstruye paso a paso la vida de un hombre para el que el Llano lo es todo. El caballo, es una extensión del cuerpo masculino y la mujer, un ser llevado a un segundo plano, limitado a la casa, a la cocina y cuyas características el protagonista compara con las de una yegua: “Yo había mirado en el hato de El Viento a una mujer delgadita ella, ojizarca, altanerita al caminar y fina para la sogá.” (2005: 66). Al caballo se le quiere, se le acaricia, se le baña, y si es amansado por mano propia, se le considera no solo propiedad, sino compañía. La mujer, es apenas un objeto de procreación y manutención. Es ella, sin embargo, quien lo impulsa a unirse a las guerrillas liberales y se entiende así, cómo la mujer determina en cierta medida el machismo llanero al validar el

⁷⁰ En los Llanos Orientales se le llama así a la unión marital de hecho, la convivencia entre un hombre y una mujer sin ningún tipo de ceremonia religiosa o jurídica.

arrojo de los hombres, bien sea para guerrear o para jinetear. El anhelo de volverse hombre Gesualdo lo asumía como el llegar a saber todo lo que sabía su padre. “Mi padre era un hombre guapo, buen montador y mejor toreador; hombre sabio que conocía mucho del Llano.” (1995:55). Era eso, y el don de mando, todo lo que necesitaba para ser también sabio en los Llanos Orientales. Una sabiduría que reside en la capacidad y en la conciencia de que es con trabajo llano, y no con vanas esperanzas e ilusiones, con el que se llega primero a la experiencia y luego a la posesión del saber, ese saber específico de un llanero.

Gesualdo debía aprender de vaquería y de doma, de tronchar una res, de apartarla, de herrar el ganado y sanearlo, de castrar, de manear y ordeñar una vaca, para algún día salir de la casa, correr por la sabana, atravesarse el Llano de un lado a otro, aunque para todo eso debía ser capaz de aguantarse sobre un potro cerrero⁷¹. Esa era la prueba mayor, no dejarse tumbar de un caballo que como él, tenía los bríos de la juventud y los anhelos propios de la certidumbre, de lo que habrá de ocurrir. “Si uno se tiene el caballo es de uno. Amansar una bestia no es más que mostrarle quién monta a quién.” (1995:60). Don Domingo, el caballicero de don Antonio, le enseñó todo, menos a lidiar con la venganza, asumida por el machismo llanero como una obligación; y tampoco a defenderse, a luchar en contra de quien por cualquier razón quisiera matarlo. Eso se lo enseñaron *el Pote* Rodríguez⁷², Chaparro⁷³, Carreño, y todos los combatientes que como él, hicieron parte de las tropas revolucionarias y fueron llamados por sus

⁷¹ **Cerrero.** Se refiere a un caballo que aun no está domado, que vaga de cerro en cerro, libre y suelto.

⁷² La alusión es directa a Carlos **El Pote Rodríguez**, terrateniente y comerciante de sal en los hatos, que era oriundo de Sogamoso y llegó a ser unos de los líderes más destacados de la insurrección llanera. Vale destacar aquí la apreciación de Orlando Villanueva Martínez, que asegura en su libro *Guerrilleros y bandidos. Alias y apodos de la violencia en Colombia*. (Bogotá: Fondo Editorial de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. 2007) que a diferencia de otros grupos guerrilleros, la utilización de los alias y los apodos no fue una práctica común dentro de la Insurrección Llanera.

⁷³ Hay dos líderes insurgentes en los Llanos de apellido **Chaparro**: Alejandro **Chaparro**, alias *Alejandro Magno* (suboficial del ejército, pidió la baja y se vinculó a la guerrilla liberal) junto con su hermano Jorge, eran hacendados y tenían estudios de bachillerato en el Colegio Sugamuxi de Sogamoso. Y Adán **Chaparro**, también de Sogamoso, llegó ser concejal de Aguazul (Casanare). No se precisa a cuál de ellos se alude en *Gesualdo de Maturín*.

nombres de pila. Esto demuestra identidad y respeto por el combatiente y un abierto desafío al poder, ya que no se esconde o mimetiza su identidad para protegerse. De una manera muy natural, como algo normal, Gesualdo experimentó el respirar con la idea de venganza auestas, y luego, cuando al Llano llegó la violencia partidista, aprendió con una facilidad casi espontánea a disparar, a diseñar estrategias y bombas, a apertrecharse, a recibir órdenes de un guate, a esconderse de los aviones y de la tropa en matas de monte, a matar hombres y quien lo creyera, caballos y reses con tiros de fusil.

Hay un encuentro supremo de dos seres en un solo individuo como Gesualdo: un ser humano condescendiente y una fiera humana que mata para no morir. Se repiten en su vida los abandonos familiares, las traiciones del ser que ama, las sumisiones por cuenta de su clase y las humillaciones, también las hambres “de esas que se devoran solas”, pero ninguna de esas condiciones es en últimas la generadora de una actitud hostil o agresiva de su parte. Su consagración al trabajo es total, es más, todo su universo está definido por sus labores, es la representación del hombre convertido en otra bestia de labores, como su caballo. Sin embargo, no es una bestia humana, no es símbolo de barbarie, no hay crueldad en sus acciones y tampoco se asocia con el salvajismo. Es la ofensa personal y la negación a la servidumbre obligada, que supone la altanera exigencia del venezolano Efraín, la que revientan esa fuente de la que brota ese otro ser que habita su mundo. “Me gritó que yo era un carajo hijueputa y que por qué él tenía que obedecerme a mí.” (1995:65). Gesualdo, encargado por el caporal de asar una mamona para cenar, no quiso darle un pedazo de lomo que aún no estaba bien asado y aunque argumentó las razones, el hombre la emprendió en su contra. Tras el insulto, Gesualdo le atestó un golpe en la cabeza con un cuadril de la mamona y Efraín lo apuñaló con un cuchillo capador. (Hay similitudes con el Pipa de La Vorágine). Se asoma en este episodio del relato la impunidad, porque la ley es la del más valiente y el mejor armado, lo que cambiaría en el tiempo y en el texto. Esa respuesta habría de marcar el destino de Gesualdo y el comienzo de un tormento que no lo abandonó nunca, que se dilató mientras fue combatiente, o guerrero como les decían en los Llanos, y que al final

lo convirtió en asesino y lo llevó a la cárcel. A pesar de su vinculación a las guerrillas liberales, Gesualdo no era un hombre violento. No era un bandido, menos un facineroso, no roba, no asalta, hay en su decisión de lucha una legítima defensa, una dignidad que lo mueve, una intención de batallar contra el exterminio. No es audaz, es solo un hombre auténtico y honesto cuyo testimonio posee una intensidad dramática y humana que oscurece y por momentos desaparece al escritor.

Esta situación nos lleva a hacer hincapié en la presencia de Gesualdo como un narrador-protagonista-testigo, que haciendo uso de la primera persona, relata su vida, o lo más significativo de ella, a un intelectual-mediador-escritor que graba, transcribe, edita y luego publica lo relatado, acaso con más elementos de otros narradores o narraciones, directas o consultadas, también en primera persona. El mediador convierte la voz del “otro” en escritura, pues el “otro” no domina el registro escrito. El gran acierto, es que no se sienten en la escritura las encrucijadas a las que conduce el género testimonial y que llevaron a autores como Elzbieta Sklodowska y John Beverley en la última década del siglo pasado, a disentir en cuanto al grado de manipulación que puede encerrar. No se sienten las múltiples visiones o narraciones, tampoco las diversas lecturas del narrador o de su fuente, las historias mezcladas, los sueños, esperanzas y realidades, porque el autor construye una unidad tan compacta, que atendemos lo que cuenta Gesualdo con una esmero que no se diluye y por el contrario, nos absorbe y difumina al escritor. ¿Qué del texto es de Gesualdo? En apariencia todo. ¿Qué es de Molano?, En la forma, nada más que la escritura, su estética. ¿Qué es de otros? ¡No sabemos! Más allá de su primera finalidad comunicativa o incluso artístico-literaria, el relato puede ser asumido, entendido y utilizado, como un instrumento político-ideológico, y ello, lo podemos inferir en el relato, deducir incluso, aunque no sea literal y evidente. Ese paso de la voz de Gesualdo a la letra de Molano, revela otra versión de la historia, una utilidad simbólica que se manifiesta en el discurso de un iletrado, de un vaquero convertido en guerrillero, de un carcelero que se denuncia incluso a sí mismo. Otra cosa es que el libro

como tal, *Del Llano llano*, se convierta en un objeto de circulación y consumo material e intelectual, que hace parte de la obra de un autor como Molano.

Es probable que el discurso testimonial de Gesualdo no contenga pretenciosos artilugios estéticos, pero desde la oralidad incorpora y encarna al ser llanero, y luego, transformado y llevado al texto, se convierte en un material representativo de la lucha que él y su comunidad enfrentaron para defenderse de la violenta arremetida partidista de los conservadores,⁷⁴ que no fue un hecho espontáneo, sino motivado por los vericuetos de la contienda política. Y es eso lo que Molano recoge, para desnudar y dar a conocer un punto de vista que no ha sido contado del todo por la historia oficial de Colombia y de esta manera, también él se suma a una lucha política, a otra más. Su enunciación no pretende solo entretener, no es tan ingenua. No se desliga de algunos prejuicios de quienes habitan esa región, como que cachilapear es una virtud de los llaneros y no un delito, que los indígenas se resignaron o son resistentes al trabajo duro y en exceso, y que las mujeres ocupan un lugar menos importante que el caballo en su diario acontecer. Aunque más adelante nos detendremos en el testimonio, valga destacar que este género intenta desligarse –en aras de la búsqueda de efectividad y credibilidad– de cualquier conexión con la literatura, pero termina absorbido por ella, se sustenta a través de ella. Los antiguos romanos se apretaban con la mano derecha los testículos para prometer no mentir durante su alegación. De ahí viene el término testificar. Creo que Gesualdo aprieta su hombría y Molano su valentía. Los dos conocen el valor de la palabra y el riesgo de la denuncia. A los dos los arroja el testimonio, palabra que viene del latín *testimonium*. Término que deriva de *testis*, que significa testigo, y *moneo*, recordar. El recuerdo del testigo puede ser su origen y el lazo que los une.

⁷⁴ En el libro *Guadalupe Salcedo y la insurrección llanera* (1992) se asegura que la procedencia territorial de los integrantes de la Insurrección Llanera fue fundamentalmente cundiboyacense y llanera con el 86.3%; la de población “externa” en la conformación del movimiento fue poca. Solamente el 13.7% provenía de otras regiones del país. Este hecho hizo que la guerrilla se hiciera fuerte y que los lazos de la solidaridad colectiva fueran muy firmes. Existía dentro de los combatientes un sentido de pertenencia y unidad en la lucha.

6.1.2 El relato y el momento histórico oficial

Hay un momento en la vida del protagonista que resulta determinante y que en el relato se puntualiza con un referente histórico directo: “Así pasaba el tiempo, hasta que a Laureano Gómez le dio por matarnos.” (1995:67). Este apunte, desencadena un cambio trascendental en la vida de Gesualdo y en la línea del relato, pues hasta ese momento su existencia y el contenido de la narración, estaba regida únicamente por las labores propias del Llano. Es la aparición de la violencia partidista, la que suscita un giro en la historia y un alejamiento de esa descripción algo bucólica de cómo los llaneros vivían el día a día en aquellos tiempos. Es muy clara pues la ubicación contextual y el vuelco que da la vida de *Gesualdo de Maturín*. Gómez fue presidente de Colombia de 1950 a 1951 cuando debido a su delicado estado de salud, cedió temporalmente el poder a Roberto Urdaneta Arbeláez⁷⁵. A su gobierno se le atribuye amplia responsabilidad por las acciones de la fuerza secreta de civiles armados (apodada en las áreas rurales – como ya se ha reseñado en este trabajo– como Policía Chulavita), quienes perseguían a los liberales radicales, comunistas denominados “bandoleros” y en general a los partidarios de la izquierda, destruían haciendas y fincas además de incautar bienes y terrenos a los perseguidos.⁷⁶ De ahí que el protagonista afirme que a pesar de ser liberal y de no querer meterse en el bochinche, se advierta que la defensa era una obligación social y el deber de un llanero valiente, lo que no le

⁷⁵En diciembre de 1949 Laureano fue el único candidato a la Presidencia de la República, pues el candidato del liberalismo, Darío Echandía, decidió renunciar a la candidatura argumentando que no había garantías de seguridad para su partido o su persona después de una ola de asesinatos (como el Gaitán) que acabarían con la vida de su propio hermano Vicente Echandía y por el crecimiento exagerado del desorden público. Gómez, al no tener un oponente en las elecciones, obtuvo por primera vez en la historia de Colombia, más de un millón de votos, y tomó posesión de la suprema magistratura el 7 de agosto de 1950. (http://es.wikipedia.org/wiki/Laureano_G%C3%B3mez.)

⁷⁶El gobierno de Laureano Gómez fue acusado de reiterada violación de los derechos humanos durante su presidencia. Bajo la justificación de mantener la garantía del orden, realizó una suspensión de las Cortes y redujo las libertades civiles. La oposición lo acusó de utilizar medidas autoritarias y de implementar un esquema de represión contra miembros y simpatizantes del Partido Liberal Colombiano y el Partido Comunista de Colombia. Sin embargo, para la mayoría del oficialismo conservador y para los fieles católicos de la época, Laureano actuó como figura caudillista que promovió entre otros, la educación cristiana, el nacionalismo industrial, materializado en la creación de Ecopetrol, y la reorganización de la renta. ([http://es.althistory.wikia.com/wiki/Colombia_\(Ucron%C3%ADa_Peronista\)](http://es.althistory.wikia.com/wiki/Colombia_(Ucron%C3%ADa_Peronista)))

dejaba otra alternativa. No sabía Gesualdo, como no lo supieron todos los combatientes, que su lucha era producto de la crisis hegemónica bipartidista de mediados del siglo XX en Colombia. Comienza así en la vida del protagonista una etapa de dos años de intensas luchas contra las tropas del ejército que representaban al gobierno, y que de alguna manera, eran la única idea de Estado que hasta ese momento tenía.⁷⁷

Gesualdo se une pues al comando de *El Pote* Rodríguez, un hombre que no había nacido en los Llanos Orientales pero es considerado por el protagonista como valiente, “noble y conocedor del Llano y de los llaneros porque trajinaba con sal para los hatos.” (1995:68). Valga decir que *El Pote* Rodríguez hace parte del grupo que la historia oficial de Colombia reconoce como las guerrillas liberales del Llano. En este grupo se destacan, y Molano los menciona en *Del Llano Llano* (1995), varios de los más reconocidos líderes que se dejaron arrastrar por esa corriente de resistencia de carácter mixto, que mezclaba el valor y la libertad inherentes de los llaneros, con una ideología derivada de la influencia e incluso provocación de los políticos liberales. Tanto en *Gesualdo de Maturín* como en *El retaque* se menciona a Guadalupe Salcedo Unda, un cachilapero⁷⁸ nacido en la vereda de Los Chorros (Arauca) que se calcula llegó a manejar 10.000 llaneros y murió asesinado por la policía en una calle en el sur de Bogotá el 6 de junio de 1957. Sin duda, fue el más representativo de los combatientes llaneros. En *El retaque*, la protagonista nombra a Eliseo *Cheíto* Velásquez, un comerciante independiente alzado en armas nacido en Junín (Cundinamarca), que había sido sargento de la policía y atendió los lineamientos de la Dirección Nacional Liberal que al final le falló. Despectivamente lo llamaban el zapatero, pues su fuerte antes de la revuelta, era el negocio del calzado. A Berardo Giraldo, *El Tuerto*,

⁷⁷Para la mayoría de los colombianos de la época no existía el Estado, o era solamente símbolo de corrupción y, sobre todo en las zonas rurales, significaba exclusivamente la “ley”, el ejército y la policía. Colombia no pasaba de los 11 millones de personas y el Llano a los sumo tenía unos 100.000 habitantes.

⁷⁸**Cachilapero.** En los Llanos Orientales se le llama así al que desfigura las marcas y se roba el ganado. Debe precisarse sin embargo, que cuando rigió la “Ley del Llano” se refería a la caza de ganado cimarrón, que no tenía marcas y pastaba internado en zonas montunas y muy agrestes.

comerciante antioqueño lo nombra la protagonista en *La virgen de Sibilina*, cuando refiere sus andanzas en Nunchía y sus intenciones de entrarse a Támara. Terminó como informante del ejército a través de la acción cívica, según se lee en la página 99 de la *Revista de la Policía Nacional de Colombia*, en su edición No. 107 (septiembre–octubre), publicada en Bogotá en 1964. En el mismo relato de Molano se menciona a los hermanos Bautista, hacendados de Miraflores (Boyacá), que apenas tenían estudios de primaria y cuya facción se desintegró al ser asesinados ellos. Sus integrantes migraron al comando de Guadalupe Salcedo que se fortaleció y en 1953, *El terror del Llano*⁷⁹, asumió la jefatura única del movimiento. Eran hijos de Rubén Bautista, un herrero que hizo parte de la burocracia local. Tulio fue propietario de fincas (El Vergel, El Arbolito, La Colonia), y se dedicó a la ganadería, lo mismo que sus hermanos Roberto, Manuel y Rubén. Pablo se había desempeñado como guarda de rentas de Miraflores y Bogotá.

De modo que la referencia que hace Gesualdo de Carlos *El Pote* Rodríguez, terrateniente oriundo de Sogamoso y comerciante de sal en los hatos, es la ratificación de una de las características del testimonio: la mixtura. Entrelaza –como ya se dicho– la historia oficial con la subalterna y allí, en ese entretejido, es en donde participa el autor. De su habilidad para unir en el relato, los datos y la voz de su fuente, se desprende la unidad narrativa de unas piezas que narradas en primera persona, logran con su ritmo la reconstrucción literaria de episodios, sucesos y figuras históricas. No hay en ellas urgencia informativa, sino más bien, la intención formal de contar una historia que parece informal. Por eso ha sido difícil clasificar el género de éste y de otros relatos de Alfredo Molano, porque al momento de escribir suele someter sus hallazgos investigativos a variaciones que como nuestro país, son el resultado de múltiples mixturas, de hibridaciones culturales y sobretodo, de difusas líneas fronterizas.

⁷⁹ Como dato curioso, *El terror de los Llanos* le habían llamado también a la primera volqueta que accedió a Villavicencio sobre sus ruedas, en 1937, pues antes los carros se llevaban por partes y se armaban allá. En cuanto a los apodos, de una base de datos de 2.081 personas relacionadas con la Insurrección Llanera, se pudo establecer que el 87.3% no utilizaban alias; lo hizo solamente el 12.7%. Los más conocidos fueron: *El Terror del Llano* de Guadalupe Salcedo, *Minuto* de Rosendo Colmenares, *Failache* de Rafael Sandoval, *El Tuerto* de Berardo Giraldo y *Rebeldía* de Dumar Aljure.

Al respecto, cuando Gesualdo se refiere a Laureano Gómez y a su maldad, a su letal persecución, incluso a la duda de que tenga alma, no menciona que sea conservador y tampoco una fecha específica. Es la habilidad narrativa de Molano la que lo precisa. Antes de llegar a la presidencia, Gómez había sido un férreo opositor de los gobiernos del Partido Liberal, en especial de Alfonso López Pumarejo, gran estadista y gestor de la Revolución en marcha,⁸⁰ y había concitado –como gran orador que era, le decían el hombre tempestad⁸¹–, a la “acción intrépida” y el “atentado personal” para evitar el avance del liberalismo.⁸² Llegó a decir que era necesario “hacer invivible la república”, lo que sin duda alguna caldeó los ánimos y engendró esa violencia partidista de la que aun hoy se pueden atisbar sus huellas y repercusiones, y que Molano recoge en todos los relatos *Del Llano Llano*, pero con más énfasis y detalles en *Gesualdo de Maturín*. Justo en el aparte que nos ocupa de este último relato, es con hechos y no con fechas, que el protagonista narra lo vivido en aquel tiempo. Dice Gesualdo: “Así pasaba el tiempo, hasta que a Laureano Gómez le dio por matarnos.” (1995:67). Esa frase opera como el comienzo; y la escena que detalla el sobrevuelo de dos aviones que arrojan propaganda del nuevo gobierno, puede asumirse como el

⁸⁰ La Revolución en Marcha comprende el periodo que va desde 1.934 a 1.938, llamado así para establecer el contraste entre el gobierno de Alfonso López Pumarejo y el de la Concentración Nacional presidido por Enrique Olaya Herrera. El concepto esgrimido por el mismo López, lo planteó así: “el deber del hombre de Estado de efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución”.

⁸¹ Llegó a ser tal su reconocimiento en el manejo del lenguaje que cuando Pablo Neruda visitó el país, la revista Zig-Zag de Chile (29-10-43) registra un enfrentamiento entre éste, prominente senador y opositor del liberalismo y de cualquier vanguardia, y el que sería Premio Nobel de Literatura, que tituló: “*Temporal de ataque y contraataques dejó Neruda en Colombia. Batalla en versos entre el poeta chileno y el político colombiano Laureano Gómez tiene repercusión en la prensa.*” Neruda escribió “En la soberbia, la espina: Tres sonetos punitivos para Laureano Gómez” para responder a un texto de Gómez en el periódico El Siglo, que dirigía: “Pablo Neruda, un bromista” que firmó bajo el seudónimo Juan Timoneda. Vinieron luego otros firmados por un tal Zoólogo, titulado “Escarabajo Lírico” y dedicado a Nefta Reyes (alias Neruda).

⁸² La “Acción Intrépida” fue una consigna que lanzó el partido conservador luego de que el 8 de enero de 1939 un grupo de campesinos conservadores fueran masacrados por la Policía -todos liberales- en la Plaza principal de Gachetá luego de una reunión política. Y tal iniciativa consistía en la “Legítima Defensa” de los godos, que eran perseguidos por la “República Liberal” en cabeza del Presidente Eduardo Santos. Ocurrida casi nueve años antes del Bogotazo, algunos la asumen como el comienzo de la Violencia Partidista.

cierre de ese capítulo de su vida y del acontecer nacional. “Eran papeles que hablaban de la paz y de que en Bogotá se había montado Rojas Pinilla.” (1995:73). Si nos atenemos a que Rojas Pinilla asumió la presidencia el 13 de junio de 1953, que 39 días después Guadalupe Salcedo Unda firmó la paz en Monterrey, el 22 de julio de 1953; y que el hijo de Gesualdo con Adalgisa tenía dos años cuando éste regresó a buscarla (cuando la dejó estaba en embarazo, pero no se precisa el tiempo de gestación), podemos deducir que sus andanzas con las guerrillas liberales de los Llanos duraron poco más de dos años. Comienzan en 1951, justo cuando un ataque cardíaco hace que Laureano Gómez deje la presidencia en manos de Urdaneta, quien es de alguna manera el gestor de la llegada de Rojas Pinilla al primer cargo de la nación, pues hizo caso omiso de la orden de Gómez de destituirlo cuando éste era general del ejército⁸³; y terminan cuando el mismo Gesualdo entrega sus armas al general Duarte Blum en Tame.

En su momento, el jurista, filósofo, ideólogo y político tolimense Darío Echandía, célebre por sus frases contundentes, sentenció que el golpe de Rojas Pinilla fue un “golpe de opinión”. En efecto, puede decirse que Rojas Pinilla fue nombrado árbitro de la violencia que desató el asesinato de Gaitán en nuestro país, que había consenso en torno de su nombre y la esperanza en su idea y propuesta de pacificación, pero luego se obnubiló con el poder, quiso prescindir de sus mentores y crear una nueva fuerza política, y quienes lo habían subido lo tumbaron y crearon el Frente Nacional, motor de nuevas violencias al dejar por fuera todo aquello que no fuera liberal o conservador. Tal vez por eso, *Gesualdo de Maturín* relata en su evocación que salió cierto lo que dijo el finado Carreño, que la paz iba a durar poco, que se acababa esa guerra pero solo para comenzar otra diferente, ya no de partido a partido como la que ellos habían hecho, sino una guerra fría que duraría muchos años.

⁸³Laureano Gómez había permanecido ausente del palacio presidencial por razones de salud, no gobernaba enteramente, sino que ejercía parcialmente el control del gobierno recibiendo y enviando razones a Roberto Urdaneta que lo remplazaba en calidad de primer designado.

6.1.3 Anotaciones sobre la vida y el testimonio de Gesualdo

Molano dedica el texto a su fuente con un epígrafe incitador: “A Gesualdo, que no murió en el Llano”. (1995:53) ¿Dónde entonces? ¿Y por qué resulta trascendente el dato? Volvamos con las deducciones para aproximarnos al “testimoniante”, quien al final del relato confiesa que el mejor sitio para que un llanero viejo se muera es la cárcel. Esa deducción es simple, murió preso y es probable que allí, en el penal, haya relatado la historia a quienes recogieron su testimonio, gracias al concurso de historia oral organizado por la Asociación Santiago de Las Atalayas.⁸⁴ Cuando Gesualdo tenía 25 años decidió sentar cabeza y catear⁸⁵ mujer. Con Adalgisa convivió poco, si acaso un año mientras se consolidaba el negocio con las bestias, que traía de San Martín y llevaba al Huila y al Tolima. Luego se va poco más de dos años a combatir al lado de *El Pote* Rodríguez. Regresa y se separa de su mujer. (Bueno, en realidad ella lo abandona, lo cambia por Efraín). Incursiona en el negocio del ganado. Recorre la sabana, acaso otro año. Consigue unirse a la guahiba y cuando el primer hijo de los dos cumple 25 años, la indígena muere. Él vuelve a buscar a Adalgisa. Uno más. Gesualdo ha de tener para entonces, unos 54 años. La encuentra y ponen la tienda en Orocué. Hasta la madrugada aquella en la que asesina a machete al venezolano, con quien tuvo de joven un problema en el hato Gaviona. Lo condenaron a 20 años no excarcelables. La edad en la que brinda su testimonio, puede estar entonces entre los 54 y los 74 años. Veamos. *Del Llano Llano* se publica en 1995, 42 años después de firmado el armisticio con las guerrillas liberales de los Llanos Orientales, de las que hizo parte Gesualdo cuando tenía 26 años. De modo entonces que sumados todos los acontecimientos del relato, mata a Efraín en 1980, cuando él tiene 54 años. Si asumimos que como mínimo Molano hizo el

⁸⁴ En el epílogo del libro *Del Llano Llano*, Alfredo Molano escribe lo siguiente y ello puede ampliar el comentario y ayudar a su mejor asimilación: “Con el apoyo oportuno de la Asociación Santiago de Las Atalayas se recogieron mediante la organización de un concurso de historia oral, abierto a todos, numerosos testimonios sobre la vida de la gente. De aquí salieron los relatos *Del Llano Llano*, que es en el fondo un producto colectivo en el que participaron los animadores del evento y, sobre todo, los concursantes con sus testimonios. (p.120).

⁸⁵ Entre los llaneros **Catear**, es ensayar algo, o a alguien, para probar y ver si funciona.

trabajo de campo un año antes de publicar su libro, en 1994, ha de tener unos 68 años cuando brinda su testimonio y llevar alrededor de 14 años en prisión.

Por inocua y superflua que parezca, la intención de esta especulación temporal en el establecimiento cronológico de la edad del protagonista en cada uno de los sucesos que narra, es reconocer y validar su veracidad testimonial. No se trata pues de que el relato y Gesualdo sean comprobables, sino posibles en el tiempo. Un personaje clave al que se le unen otros testimonios para hacerlo más fuerte. No se trata solo de acomodar unas fechas y un relato. La posibilidad de enunciación del testimonio de Gesualdo sobre los hechos de violencia y sufrimiento que relata sobre su vida, viene dada tanto por su condición de hablante frente a su experiencia, como por la disposición de Molano a escucharla, entenderla y complementarla, para así transmitirla a través del texto. Se supone que Molano supo de la muerte de Gesualdo en la cárcel, de ahí el epígrafe, lo que deja al descubierto otro dato: no había cumplido su condena. Hay vasos comunicantes entre el autor y su fuente, un acuerdo no siempre tácito, esa “política de coalición” de la que nos hablara John Beverley (2004: 43) y que ya se ha referido en este trabajo. Entre Gesualdo y Molano se sitúan los marcos sociales de la memoria y las condiciones de producción de los enunciados; es decir, se ubican unos escenarios que crean las condiciones del habla y las disposiciones para la escucha. Las reflexiones y consideraciones que se generan a partir del texto de Molano, nos llevan a pensar que *Gesualdo de Maturín*, es el resultado conjunto y no fragmentario de un ejercicio que incluye lo ético (lugar del investigador, manejo de fuentes, confidencialidad de cierta información), lo metodológico (tipos y número de entrevistas, clasificación y jerarquización de la información), lo teórico (producción de saber acerca del *otro* o posición de quien comunica) y los efectos políticos del texto, que en Molano pueden leerse desde su condición de columnista o de experto.

Gesualdo trabajó hasta los 25 años para alguien. Es decir, estuvo bajo el mando de un caporal o de un cabestrero. Para don Antonio Lara en el hato La Candelaria o para don Víctor Machado en el hato la Gaviona y en hatos como

Santana, Guarataro, Rascador, El Viento, El Rosario y La Aurora, donde asegura haber jineteado más de cien caballos. Estos lugares se convierten en lugares de producción de su testimonio y en cada uno de ellos hay una enunciación o remiten a un contenido diferente en cuanto a lo que es relatado y a un sentido distinto en cuanto fueron o no determinantes en su vida. En su niñez siguió el modelo de su padre, cuando éste muere, su madre decide por él. No deja de llamar la atención que en el único de los cuatro relatos *Del Llano Llano* donde el protagonista es un hombre, Molano haya construido un personaje tan débil de carácter, tan maleable ante las decisiones trascendentales, tan predecible. Sabía lo que quería sí, pero muchas veces dejó que las circunstancias decidieran por él. De hecho, que el título del relato sea *Gesualdo de Maturín*, nos habla de un sentido de pertenencia (que podría ser dependencia), de una especie de apellido que otorga un lugar geográfico, algo muy común en sociedades muy pequeñas. Maturín no es solo el primer hato de sus recuerdos, es el lugar al que pertenece como una res, y ya nos detendremos en su significado. Gesualdo toma la palabra, pues es lo único en lo que es autónomo, que le pertenece y maneja a su antojo, de manera libre y soberana. Nadie lo manda, a nadie rinde cuentas. Está en la cárcel, cuenta desde la prisión, pero siempre estuvo cautivo. Fue igual en cada hato, con cada mujer, y también cuando se unió a *El Pote* Rodríguez, que tras morir fue remplazado por Chaparro, también de Sogamoso, otro hombre del interior, o guate como los llaman los llaneros, al que le obedeció, al que se sumó sin tener el don de liderazgo que tanto reconoció en su padre: hacerse obedecer sin crearse enemistades. En Gesualdo hay una especie de resignación pasiva, un estoicismo que asume cada episodio de su vida como algo insalvable y marcado por el destino.

A nuestros ojos pueden parecer trágicas las experiencias que narra Gesualdo y extremas las condiciones de su relato en prisión, pero la cuestión estriba en su capacidad de testimoniar y la importancia de que se lo hayan solicitado, lo que sugiere una nueva jerarquización social para él, que no sabemos hasta qué punto Molano reconoce o retribuye. Es más, no sabemos si de veras existió, y si fue así, si conoció el texto final, si leyó el relato del cual es

protagonista, si le fue reconocido el valor social de haber contado su vida como símbolo de un momento histórico de la nación y de los Llanos Orientales. Lo anterior lo convierte, así sea solo a través del relato, en un ser socialmente activo, vivo e importante para el país y su historia, la historia subalterna que cuenta desde su experiencia. Es por ello que resulta significativo considerar que su testimonio se ancla de manera importante en las condiciones sociales que lo hacen posible y que se vuelve asequible a través de la pluma de Molano. Tales condiciones por supuesto, cambian con el tiempo, una cosa es el momento político del recuerdo y el lugar en donde se origina y otra el momento en el que se relata, en ambos sentidos. Ha cambiado el Estado y el paisaje. Mucho va de las guerrillas liberales a las FARC-EP y de los hatos y la sabana a los ranchos y las multinacionales apoderándose de la tierra y arrasando los ecosistemas llaneros. Si a ello se suma la intervención-mediación del autor y sus aportes, el panorama se torna aun más complejo. No implica esto dejar de considerar que las experiencias de situaciones de violencia y sufrimiento llevan al límite también la posibilidad misma de lo narrable: fracturan el lenguaje, pueden incluso distorsionarlo, lo limitan, lo exacerban, lo exageran, lo contraen, revelando lo insuficiente que resulta para captar el horror de la experiencia extrema de la violencia. En medio de la situación, y por la idiosincrasia misma, a Gesualdo le parece no solo correcta sino obligatoria la venganza, el rol de la mujer como mera cocinera, el dejar linternas bomba a la vera de los caminos, matar soldados del gobierno o cobrar a los dueños de los hatos un “impuesto en especie” (ropa, espoletas, cable, dinamita, etc.) por dejar sacar novillos y con ello sostener la revolución. No puede entenderse de otra forma que califique de buena gente a los hermanos Aceros, dos cachilaperos por culpa de los cuales fue trasladado de la cárcel de Orocué a la de Yopal, en el Casanare.

Eso es lo que se mira en *Gesualdo de Maturín* y digo mira porque en toda la región del Casanare “mirar” ha avanzado sobre el campo semántico de “ver” hasta casi hacerlo desaparecer del habla ordinaria: “Yo andaba en los seis años, sentado en las varas de la majada mirando trabajar llano a mi taita,...”. Y más adelante: “Más demoraba en despuntar el día que yo en acomodarme a mirar

cómo apartaba el ganado...” (1995:55). “Mio era el caballo y las ganas de mirar los escondidos que tiene el Llano”. Y en la misma página: “Se me metió en los recuerdos y no hacía más que mirarla en mis adentros,...” (1995:66). “Ella no se miraba enferma ni quejosa”. (1995:77). Y el mismo fenómeno parece comenzar a afectar la pareja “oír” y “escuchar” en la que el último tiende a absorber al primero. También el “fuera” por el “hubiera” y muchos otros términos característicos de la oralidad de los llaneros cuyo estudio supondría otro trabajo. Se miran entonces en el texto, las distintas formas de autoridad (familia, patrones y caporales en los hatos, jefes guerrilleros y Estado) que hacen de Gesualdo un hombre sin pretensiones, pero que actúa motivado por lo que considera correcto. Un hombre llano, modesto y abierto. Si en el análisis de *La virgen de Sibilina*, referí la economía verbal que tanto se ha alabado en los textos de Juan Rulfo, habría de reconocer en *Gesualdo de Maturín*, una economía moral del recuerdo. Su narración está atravesada por las valoraciones que hace, y más que por éstas, por cómo se explica la vida y todo cuanto ocurre en su vasto universo, el Llano.

Con *Gesualdo de Maturín* Molano se ratifica como excelente Bautista, pues son tan profundas las cargas de información del nombre que –a no ser por una sarta de casualidades maravillosas–, cuesta creer que no haya “reacomodado la información” para crear un personaje con tan significativas coincidencias en otros de la historia universal. En cuanto al primer nombre –Gesualdo–, hay dos referencias italianas que bien se acomodarían al perfil del protagonista del relato. Uno es Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa y una de las figuras más prominentes del Renacimiento. Y el otro, el discreto e intenso escritor siciliano, Gesualdo Bufalino (1920-1996) que fue capaz de pensar el mundo habiendo salido por brevísimos periodos y muy pocas veces de su natal Comiso, donde ofició como un apacible profesor de lenguas clásicas en secundaria. El primero, se casó en 1586 con su hermosa prima María de Avalos, hija del duque de Pescara, pero fue sorprendida cuatro años después cometiendo adulterio con Fabrizio Carafa, Duque de Andria, con quien llevaba dos años y Gesualdo los asesinó en octubre de 1590. Los amantes, que se sabían descubiertos, siguieron –más por el valor de ella que del Duque– sus amoríos a riesgo de muerte y fueron bárbaramente

descuartizados. El ensañamiento y salvajismo con el que cometió el crimen convulsionó a la sociedad de la época. El segundo, escribió casi en secreto y alcanzó la fama en su madurez tardía. Su primera novela la publicó a los 61 años. En los diez últimos años de su vida, escribió siete estupendas novelas, ganó varios premios y alcanzó el reconocimiento literario.

Hay pues aquí varias coincidencias: cuando *Gesualdo de Maturín* entrega las armas y va en busca de su mujer, descubre que ésta vive con Efraín. No los mata, pero hace de tripas corazón para decirle que le duele más lo de la puñalada que le había pegado el venezolano que lo de la mujer. Es ella, Adalgisa, la que se lo confiesa de frente y con sumo valor: “Estamos viviendo en junta con Efraín.” (1995:76). Aquí la verdad se presenta como una causa justa para “engañar”, para derrotar el orden establecido, el universo de lo convencional. Para decirlo en términos convencionales, tanto Adalgisa como María de Avalos, son las que ponen la cara y subvierten el rol de la mujer, son las valientes. Dos años había estado Gesualdo con las guerrillas liberales, el mismo tiempo que llevaban los amantes italianos asesinados. En cuanto a Gesualdo Bufalino, la literatura se hubiera perdido de sus textos, a no ser por unos colegas que lo descubrieron a él ya entrado en años. Igual, la literatura, el periodismo o la nación misma, se hubieran perdido de la historia subalterna de *Gesualdo de Maturín*, de no haber sido porque su testimonio fue recogido y llevado a un libro por Alfredo Molano. En la vejez y desde el confinamiento, Gesualdo narra con un lenguaje desprevenido y natural, unos episodios terribles, otros bellos, unos más otros menos históricos, algunos brutales, pero todos, parte de la vida de un ser humano que contempla desde la memoria y con la serenidad del condenado, cómo se le acaba esa vida y cómo se acaban los Llanos Orientales. Carlo Gesualdo fue liberado de responsabilidad por el homicidio cometido. Las circunstancias lo justificaban desde el punto de vista del Derecho y las costumbres de la época. No así *Gesualdo de Maturín*, condenado a 20 años por hacer picadillo a punta de machete, a su cobarde enemigo Efraín.

Gesualdo Bufalino sabía perfectamente lo que quería contar y, sobretodo, cómo lo quería contar: por dónde empezar y por dónde proseguir, en qué parte concluir un capítulo para dar paso al siguiente, etcétera. Para *Gesualdo de Maturín* el sentido de la vida es comprimir los hechos en la memoria y aceptar la responsabilidad de todo cuanto ha hecho. Su relato no es oscuro o misterioso, es claro, plano hasta cierto punto, lineal si se quiere. Cualquiera puede acceder a él y aunque resulta imposible descifrar hasta dónde llegan los aportes de quien lo escribe, no hay nada en él inescrutable. Es probable que, como ocurre con todos los recuerdos, el relato este permeado por la recreación de los hechos, las traiciones de la memoria, las pulsiones del alma humana, la tentación de pecar o de mentir, pero bien sean éstas u otras las alteraciones, no inciden en la efectividad de lo contado y la vivacidad de lo narrado en medio del melancólico destino de un hombre sencillo que recupera de su memoria lo guardado por mucho tiempo. Hay un detalle que puede llevarnos por ese viaje constante en su memoria. Su primer caballo, el domado por mano propia, un “sangretero más oscuro que tostao” (1995:59) al que llamó *Relicario*. (Siendo niño su abuela le había regalado a *El Sultán*) El nombre, relicario, designa una caja o estuche para guardar reliquias o recuerdos de los santos y exponerlas a la veneración de los fieles. No sabía qué significaba entonces, cuando apenas quería hacerse hombre, pero en la cárcel su relicario es la memoria, de donde saca su relato. Cuentan que Bufalino, encerrado en su casa se resistía a ser perturbado por la publicidad y la prensa, y se dedicaba casi exclusivamente a leer y escribir. *Gesualdo de Maturín* encerrado en la cárcel se dedicaba a cumplir su condena y a leer en su memoria. La escritura, le corresponde a Molano. Sea un aforismo de Bufalino publicado en *El Malpensante*, homenaje a Gesualdo y a la casualidad: “No soy un poeta profeta, un anunciador de la tempestad, sino un objetor de conciencia disfrazado de caporal, un sicofante pagado, un testigo falso que testimonia contra si mismo.”

Sobre Maturín no son menores las coincidencias que nos depara una consulta que comenzó por la ubicación geográfica. Maturín es una población venezolana fundada el 7 de diciembre de 1760 por el fraile Capuchino Lucas de Zaragoza como Pueblo de misión de indígenas Guaraunas, en el actual estado de

Monagas. Se llamó San Judas Tadeo de Maturín, en honor dicen unos a un líder indígena y otros, al santo patrón de los casos difíciles y desesperanzados. Situación muy similar a la de Gesualdo, en la cárcel y en tanto su relación con una indígena. En cualquier caso, Maturín no es una palabra autóctona sino producto de la labor misional, que tiene otro antecedente en la historia del vecino país.⁸⁶ Maturín fue escenario de cinco batallas, entre 1813 y 1814, en las que la ciudad resistió a los intentos de los realistas de tomarla, valiéndole el apodo de Tumba de los Tiranos por Simón Bolívar. La más famosa de todas fue la Batalla del Alto de Los Godos. Asumido el término godo, como conservador, y no como el que utilizaban los romanos para designar a algunas tribus bárbaras, se puede asumir la referencia a Laureano Gómez en el relato, como otra coincidencia, por lo menos nominal. Sin desconocer que la violencia partidista en Colombia haya sido una de las tantas, acaso la más alta, de las batallas entre conservadores y liberales. La última batalla de Maturín en 1814, fue una derrota. Maturín quedó en ruinas. Los sobrevivientes de la masacre reconstruyeron el entonces pueblo de Maturín, dos años después. De nuevo aparece esta medida temporal, dos años. Y de nuevo el cinco. Cinco batallas y cinco etapas en la vida de *Gesualdo de Maturín* identificables en el relato. La última, en la cárcel. Un hombre en ruinas, viejo y desilusionado, predice que se están acabando los Llanos Orientales. Pero aun en la desesperanza, el relato emerge con su testimonio, como una evidencia de que alguien contó la historia desde otro punto de vista y advirtió el desenlace.

Hoy Maturín es epicentro de los Llanos venezolanos⁸⁷ y una de las ciudades más caras de Venezuela, pues el hallazgo de petróleo en su suelo cambió no solo su paisaje, su vocación ganadera, sino las tradiciones y las formas

⁸⁶El sacerdote e historiador jesuita Pablo Ojer encontró en el Archivo General de Indias el acta de fundación de una ciudad de españoles anterior a San Judas Tadeo de Maturín. Se trata de San Juan de la Tornera de Maturín que fue fundada el 18 de abril de 1722 por el capitán español y gobernador de la Provincia de Cumaná, Juan de la Tornera y Sota.

⁸⁷Maturín creció lentamente en el siglo XIX debido a las constantes guerras civiles (que destruyeron la floreciente actividad ganadera y mataban a los habitantes del lugar) y a las enfermedades transmitidas por mosquitos, como por ejemplo la fiebre amarilla. En el siglo XX Maturín tuvo un gran crecimiento demográfico debido al descubrimiento de yacimientos petrolíferos en sus cercanías.

de relacionarse de su gente en y con el territorio.⁸⁸ Y aquí, la trascendencia del nombre puede leerse incluso como alegoría premonitoria. Es lo que Gesualdo dice, al final del relato, le está pasando a su Llano. El párrafo es desalentador, no hay esperanza en sus palabras, todo lo que describe es una especie de Apocalipsis. Nada es como lo aprendió y vivió Gesualdo en su niñez, en su adolescencia, en su juventud y en su madurez. De sus certezas juveniles solo quedan los recuerdos. En el final de su relato solo reina la incertidumbre: “Creo que cuando salga de aquí no voy a conocer ni los caminos, que es la única experiencia que nos dejan a los viejos”. (1995:82). Al entusiasmo de juventud, *Gesualdo de Maturín* le contrapone el escepticismo de la vejez. Se forjó y acogió bajo las leyes del Llano y ya viejo, cumple una condena impuesta por una ley que desconoce, pero acoge con sensatez. Ya no arde su interés por saberlo todo del Llano, esa llama se ha extinguido, pero resplandece ante sus ojos otra luz, brillante y clara, la sabiduría que brinda la experiencia de vida y le permite avizorar el futuro. Del sol, de la sed, de la sal y de la sangre, ha pasado a las mieles del sosiego.

Valga destacar otra coincidencia histórica que subyace en éste y todos los relatos y testimonios *Del Llano llano*, y es que tanto en Venezuela como en Colombia, la violencia ocurrida en sus respectivos Llanos, tenía remotos antecedentes, casi todos ligados a la tenencia de la tierra, siempre en manos de las viejas oligarquías del procerato que sucedió al dominio español y fueron norma en toda América Latina. En Venezuela esta situación dio pie a la Guerra Federal de 1859⁸⁹, que con Zamora a la cabeza de las huestes victoriosas de los Llanos,

⁸⁸Maturín alberga las sedes de *PDVSA Oriente* y *PDVSA Servicios*, la estatal petrolera venezolana, una de las más poderosas de Latinoamérica. Posee una *Zona Industrial* (ZIMCA) donde se han establecido varias empresas.

⁸⁹La Guerra Federal (1859 - 1863), también conocida como *Guerra Larga* o *Guerra de los Cinco Años* está considerada como el enfrentamiento bélico más largo y más costoso para Venezuela tras su independencia. Los conservadores, oligarquía surgida de la guerra independentista, se oponían a modificar el orden social establecido desde la colonia, imperturbable luego de la *Guerra de independencia de Venezuela*, incluyendo entre otras cosas el sistema electoral. Por otro lado, los liberales, proclamaban los ideales de libertad e igualdad. Durante la guerra, los liberales eran conocidos con el nombre de federalistas ya que el federalismo y la autonomía de las provincias eran sus reivindicaciones principales.

tuvieron como lema terrible lo siguiente: “muerte a los ricos, a los blancos y a los que saben leer”. Esta guerra, fue el enfrentamiento militar entre tendencias conservadoras y liberales en la Venezuela del siglo XIX y lo más parecido a la violencia partidista que en Colombia se remonta a las luchas civiles por organizar el poder en la embrionaria nación. El dilema era concentrar el poder en las capitales o delegarlo en los poderes locales ya existentes antes de la Independencia. Estos conflictos llevaron a varias de las nuevas naciones a enfrentarse en largas y cruentas guerras civiles y en Colombia, promovieron las hegemonías, tanto conservadoras como liberales, que sembraron la semilla de la polarización a ultranza y que en la primera mitad del siglo XX, tras el asesinato de Gaitán, suscitaron la aparición de las guerrillas liberales de los Llanos Orientales.

En cuanto a Adalgisa –que se menciona en el relato como la primera mujer de Gesualdo y a la que vuelve primero después de dos años en la filas de las guerrillas liberales y luego, tras 25 años de junta con la indígena guahiba–, la designación encierra algunas concomitancias. Tuvo este nombre gran difusión en la Italia medieval y aquí se da entonces la concurrencia con el origen de los dos Gesualdos, tanto del compositor Carlo Gesualdo como con el del escritor Gesualdo Bufalino, se ratifica. Es más, la difusión moderna de la forma femenina Adalgisa, se debe al personaje de la sacerdotisa gala en la ópera *Norma*⁹⁰, de Vincenzo Bellini, otro italiano, también músico y compositor, como el primero de los citados. Basado en la tragedia *Norma, es decir, el infanticidio*, ésta es una obra, que como varias de Bellini, enriquece el mundo femenino, de por sí complejo, y destaca en él sentimientos que pueden resultar contradictorios. La Adalgisa del relato de Molano es contradictoria. Se va con Gesualdo cuando éste va a buscarla al hato El Viento como si lo hubiera estado esperando siempre y luego, lo incita a que se una a las guerrillas liberales de los Llanos: “Yo no quería

⁹⁰*Norma* es una tragedia lírica en dos actos con música de Vincenzo Bellini y libreto en italiano de Felice Romani (basado en la tragedia *Norma, ossia L'infanticidio* de Alexandre Soumet). La trama gira en torno al amor que siente la sacerdotisa Norma por Polión, procónsul romano. Él, padre de sus hijos, ama a otra mujer, Adalgisa, también sacerdotisa. El romance hace que Norma trate por todos los medios de acallar la rebelión contra Roma, esperando que se establezca la paz entre los dos pueblos y así no perder a su amado. (<http://www.eliteclasica.org/post570171.html>)

meterme en el bochinche, a pesar de ser liberal, pero cuando todos los muchachos comenzaron a coger monte para defenderse, la doña dio en mirarme como un perro de agua.” (1995:67). Además de no esperarlo, de no reconocer que de alguna manera hizo su voluntad, se une en convivencia con su enemigo Efraín, y al final, como amante abandonada y mujer de profundos sentimientos, acepta a Gesualdo que viudo, la busca de nuevo. Sin duda, una mujer profunda y contradictoria. Atrae y engaña, es casta y lasciva, buena y perversa, premia y castiga, es bella y repugnante. Debe reconocerse, una imagen que tradicionalmente se vende sobre las mujeres. Si bien no es el personaje principal del relato, si determina en Gesualdo desenlaces claves: su transición a hombre maduro que quiere echar raíces, su participación en un conflicto de origen político, su decisión de volver a recorrer el Llano y el asesinato de su contrario. Adalgisa sugiere una amplia variedad de emociones: la vida romántica no se evidencia, solo la coexistencia en pareja, primero con Gesualdo y luego con Efraín. Tampoco el amor maternal, que ni siquiera se menciona, salvo que tuvo un hijo de Gesualdo. Los celos no aparecen por ningún lado, pues no se percibe ese conflicto entre la vida personal y la pública, y al final, la resignación, con sus periódicas visitas a la cárcel. Como la Adalgisa de la ópera *Norma*, es la única que no se aleja de Polión. Ella y Gesualdo se debaten entre su amor y la norma. Les queda poca vida, algunos remordimientos, pero él debe cumplir su condena.

De modo que lo hecho por Alfredo Molano, a través de un texto en apariencia exclusivamente testimonial, como *Gesualdo de Maturín*, nos plantea la identidad cultural contemporánea de los habitantes de los Llanos Orientales a través de la historia de vida de un hombre, desde su noción de territorio y las violencias que el él han tenido lugar. Gesualdo aborda y a su vez determina sus relaciones en la vida, a partir del espacio habitado y la forma de relacionarse que ello sugiere. Pierde a Adalgisa por la violencia partidista y la recupera en medio de un hecho violento, producto de un problema del pasado. En todas las etapas de su existencia y en cada uno de los lugares donde creció como llanero, en el hato Maturín o en La Candelaria, en el pedazo de sabana que fundó junto con la indígena guahiba, en su tienda en Orocué junto con Adalgisa o en la cárcel de

Yopal, está presente su territorio. Allí se configura su memoria y se organiza el trazado de su existencia, las relaciones interpersonales, las sociales, las imaginarias y hasta las simbólicas, las establece con base en el espacio habitado y nos permiten levantar también el mapa de una sociedad que en medio del conflicto, fue un caso particular en Colombia. El fenómeno de las guerrillas liberales de los Llanos Orientales no puede desligarse del arraigo por el territorio y las nociones de poder y autoridad que derivan de la relación de los llaneros con su espacio. Esta situación demandó del autor del relato, la lectura de las relaciones de poder y de los conocimientos orientadores del comportamiento de los llaneros, en términos de su cultura, de su economía, de su visión política, de lo material, de lo simbólico, de lo social, tanto en el plano individual como en el colectivo. Eso es *Gesualdo de Maturín*, y eso son en general los textos *Del Llano Llano*, por lo menos sus cuatro relatos iniciales, pues los dos testimonios finales –que también están escritos en primera persona y surgieron a partir de un concurso abierto de historia oral que recogió varios testimonios–, son más lineales y debe decirse, menos literarios.

CONCLUSIONES

Se sostiene con todas las evidencias que la realidad se construye con la palabra y que por cuenta de esa condición, no existe una, sino múltiples realidades. Resulta pues evidente que narrativas como la de Alfredo Molano, que acuden a la ficción para crear un personaje integrador, tienen más historia de la que los historiadores están dispuestos a reconocer. Pero también debe reconocerse que el análisis histórico es inseparable de la reflexión sobre los problemas de método, de técnica y de interpretación. Si buscamos un solo factor que nos permita comprender si la estrategia narrativa de Molano en los cuatro relatos *Del Llano llano* (1995) populariza demasiado el mensaje literario o lo sacrifica en aras de su necesidad de expresarse como sujeto que promueve una producción cultural alternativa o subalterna, hemos de decir que nos quedaríamos cortos. La oralidad es el eje fundamental de sus textos, y a la vez como todos sabemos, la memoria individual y colectiva del grupo que él interviene. Como medio que permite avanzar en la recuperación y preservación de las identidades culturales y en la interpretación de su historia, los testimonios de los que se sirve Molano, son la forma de comunicación que permite la activación de la memoria. A través de la oralidad, varias personas se han convertido en un personaje, o varios personajes en una persona. Ha transmitido a través de sus relatos, conocimientos, tradiciones, representaciones y significaciones que permiten conocer las comunidades en su esencia, ya que cada cultura define los paradigmas de qué se debe recordar y qué se ha de olvidar.

La cultura es un proceso que se nutre de todos sus componentes y del que no podemos abstraer nada, ni a nadie, no excluye, ni segrega, y si bien se construye en colectivo –en esencia– no necesita de ningún apoyo o aliciente, es espontánea y connatural al ser humano. Otra cosa es que se asuma como cultura, solo aquello que las élites consideran como tal. Esa cultura “culta” que desdeña lo “otro” y lo baja a rangos considerados inferiores, calificando la expresión de las mayorías como vulgar, ordinaria, populachera, provinciana, o simplemente, la expresión del pueblo, tratando con ello de borrarla y acaso sin saber, que ha sido

ése su mayor aporte en la tarea de reivindicar y establecer la identidad de quienes comparten una nacionalidad. En buena parte de nuestra nación, esa cultura del pueblo llano, ha sido menospreciada por no hacer parte del canon, de lo establecido por las hegemonías, por la academia o las altas estructuras oficialistas. Que debe destacarse, han visto estas regiones, o los lugares que ocupan estas comunidades, como un espacio explotable al que llegan sin consideración alguna por los seres que lo habitan, pues no consideran ni asumen sus expresiones y formas de concebir la vida como cultura, sino que hacen una utilización social muy folclórica de sus expresiones artísticas (canto, baile, tradición oral, cuentos, trajes, comida, etc.) mientras generan invisibilidad sobre lo fundamental. Para volver sobre sus palabras, Molano volvió a encapricharse con los Llanos Orientales y acaso en la búsqueda del y con el “otro” se encontró consigo mismo, con sus antepasados, con su familia, con el campo, con la ruralidad, con las pasiones que lo mueven, los caballos, el ganado, las personas que considera auténticas.

Ahora bien, ese encuentro con el “otro” ha constituido desde siempre, según Ryszard Kapuściński (2006: 39), la experiencia básica y universal de nuestra especie. Una experiencia que se manifiesta en lo positivo (cooperación, acuerdos, ayudas mutuas, mercados y necesidades comunes, etc.) pero que en cada guerra, en cada conflicto, se descubre como una derrota histórica porque el hombre no ha sabido o no ha querido hallar una manera de entenderse con los “otros”. Un tema que pareciera tornarse infinito, pues la noción del “otro” subraya la diferencia entre los individuos, y eso, en una sociedad masificada que promueve la aniquilación de toda identidad individual, termina promoviendo el odio, el desprecio y la repugnancia por personas de otra etnia, de otro credo, de otra filiación política o condición socio-económica. Hay en Colombia una inmensa muralla conceptual con los Llanos Orientales, una indiferencia con su cultura de la que se recogen trazas apenas folclóricas y se atisban solo algunas costumbres y tradiciones, pero no sus ideas y convicciones en el marco de un proceso de aislamiento e indiferencia, que Molano redescubre. Viaja para conocer al otro, su lenguaje, sus costumbres, cómo vive, cómo siente, cómo recuerda. Acumula una

experiencia para –a través de sus textos– dar fe de lo vivido, de lo sentido y pensado. Él es el “otro” de ellos, de los “otros”, que se me antoja, ya no son tan ingenuos cuando llega la conquista arrasadora.

Molano, no cabe duda, se deja llevar en estos relatos por las corrientes del discurso muy latinoamericano que desde mediados del siglo XX y con mayor intensidad hace unas tres décadas, se basa en “dejar que hable el pueblo”. Los mismos estudios postcoloniales que algunos critican. Una retórica que varios académicos (Santiago Castro–Gómez, que en breve referiremos, uno de ellos) califican como populista, pero que ha servido para extender el concepto de la historia y cuestionar su fabricación académica ligada al oficialismo. Esta corriente, asume que “el pueblo es el verdadero sujeto de la filosofía y que está dotado de una especial “sabiduría” dada su “exterioridad” con respecto a la racionalidad dominante” (2011: 235) y que es tarea de quien se adjudica la responsabilidad de narrarla, articular la voz de los oprimidos con ésta. (Lo ideal sería que los oprimidos hablaran por ellos mismos, de hecho algunos ya han comenzado a hacerlo. Los indígenas, por ejemplo, con su producción literaria y testimonial, pero bueno, estamos hablando de una corriente que como la sociedad misma está atravesada por varios siglos de imposición). Eso podemos inferir de los trabajos del autor colombiano si sus textos se leen a la luz del escrito por otro bogotano, Santiago Castro-Gómez, *Crítica de la razón Latinoamericana* (2011). El profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, adscrita al Departamento de Estudios Culturales de la Universidad Javeriana, plantea que por lo menos en filosofía el axioma antes señalado obedece a una mirada que se fundó en la toma de posición, de apostarle a una forma de concebir el país, desde el país inscrito en el concierto latinoamericano, pero a mí juicio con un agravante, desde la mirada centralista de Bogotá, como heredada del añejo y para algunos nostálgico discurso de la Atenas Suramericana⁹¹. Molano escudriña para entregar su versión

⁹¹ Este calificativo se lo dio el humanista español Marcelino Menéndez Pelayo, en 1892, en su libro *Antología de la poesía latinoamericana*. El concepto fue recogido por el cronista Pedro María Ibáñez, quien –en cierto sentido– fue el encargado de señalar y de afianzar el estatus de Bogotá como una ciudad civilizada y culta.

acerca de lo que somos como nación desde las regiones y cómo y por qué hemos llegado a ser lo que somos, pero lo hace desde la geografía donde suceden los acontecimientos y desde la historia de las ideas políticas a las que como pueblo esas comunidades han sido sometidas, con la literatura como recurso. Difícil empresa ésta, donde entran en conjunción la tradición y el arte, la investigación y el esfuerzo erudito, los hechos y la imaginación, la metodología y la creatividad, de ahí que otro nombre para esta metodología y el radio de acción que cobija, haya sido definida como ficción histórica. En ella, la intención no es el engaño, sino la forma estética y, hasta cierto punto, pedagógica, con la que el autor busca acercarse a sus interlocutores a través de la obra.

En los cuatro relatos, Molano refiere diferentes momentos o acontecimientos de nuestra historia, no a través de la ficción pero si con ella como herramienta de su narración, desde una perspectiva de lo individual. La vivencia y el relato de un ser integrador cuyo testimonio es trabajado estéticamente en procura de una presentación que se presume sencilla y elemental, pero adquiere rasgos incluso universales desde el encumbramiento de lo local y lo regional, es la maniobra estética de quien puede acudir a esta forma narrativa movido por diversas y complejas razones. Bien podríamos advertir que dicha estrategia se funda en la utilización de la literatura para facilitar o hacer más atractiva la transmisión del conocimiento histórico, pero también es una forma de salvaguardar a sus fuentes, la vida de las mismas y su propia vida, en medio de unas condiciones de peligrosidad donde la intimidación y el asesinato son una constante. Esta modalidad le garantiza a Molano una especie de escudo, de protección ante la intensidad de lo que evidencia en sus relatos, de las denuncias que subyacen en sus historias. Molano subvierte la postura ilustrada y totalizante que se ha negado a escuchar a los “otros” y que ha conducido a las divisiones tan nefastas como sus consecuencias, a tanta sangre y tanta muerte que moviliza poblaciones enteras en busca de protección.

En los cuatro relatos de Molano hay –como pudo comprobarse a lo largo del trabajo– elementos del centro y de la periferia, de la zona Andina y de los Llanos

Orientales, pero también diversas herramientas en la elaboración de la prosa. Por ejemplo, de la novela encontramos la subjetividad y la narración a través de un personaje. Los datos precisos e inmodificables del reportaje. Del cuento, la brevedad. Del periodismo, las entrevistas previas y la multiplicidad de testimonios. Del ensayo, los argumentos para convencer y sostener un punto de vista con gracia. De la autobiografía, el acopio de la memoria. Y además, todas las influencias que con destreza el autor ubica en el relato con la dosis justa: sus viajes, la sociología, la etnografía, sus amores, sus intereses y claro, sus convicciones políticas.

Ahora bien, no podemos llamarnos a engaños, entre los principios que definen una democracia, aunque aparece y se pregona la libertad de expresión, o de prensa, o de información, ésta no existe sino en teoría y de manera muy parcial y restringida en la práctica. El poder, que se disfraza de mil formas, acecha en todo momento. La tiranía se agazapa en la censura que ahora tiene máscaras sutiles y mecanismos para alinear con fuertes mordazas, que –debe decirse– solo en casos excepcionales recurre a la violencia física para acallar del todo. Cada vez amenazan y matan menos periodistas, dicen los gobiernos, es cierto. Es que cada vez hay menos, me dijo Alfredo Molano, con su mirada infinitamente triste, la última vez que lo entrevisté en Bogotá, el 29 de abril de 2012. Y añadió lo que ya le había leído en una columna, que por cuenta del temor, a la larga la literatura ha ganado lo que ha perdido el periodismo. En dicho sentido, debemos reconocer que con mucha cautela, los periodistas hemos aprendido a escribir con metáforas y alegorías en las revistas y con mucha retórica y simples alusiones en los periódicos, a opinar con recato y anonimato en la radio, y a mostrar con moderación y sutileza en la televisión, para no ir en detrimento de la pauta publicitaria cuando menos y de tantos poderes, legales e ilegales, cuando más. Sabemos que hay límites, que hay cosas que no se pueden remover porque con la sacudida caen, cuando menos actos de corrupción, y cuando más, cadáveres de muchas personas, casi todas valientes que se atrevieron a decir algo. Hay que autorregularse, cuando menos, y acaso ¿autocensurarse, cuando más? No. Es cuestión de buscar la forma ideal de contar lo que se sabe, lo que se averiguó.

Entonces: ¿Deben los periodistas publicar todo lo que saben? Si respetan su compromiso social y profesional, sí. ¿Y qué saben? Muy poco. Molano no es periodista, pero hace periodismo. Investiga y adquiere casi siempre un considerable volumen de información, y se vale de la literatura para narrarla, utiliza sus herramientas. Hace reconstrucción literaria de sucesos, de personajes, de figuras y se aleja de las urgencias informativas, para darle cabida al empeño formal de dar a conocer la otra historia, la que no nos han contado las élites dominantes o las hegemonías tradicionales.

Se destacó a lo largo de todo análisis, que estos cuatro relatos no son sociología sola, ni literatura corriente que podamos describir como producto de la imaginación del autor, tampoco son historia lineal y menos, mera reproducción antropológica. Son todo eso y más. Son oralidad, periodismo, economía, política, realidad, imaginación, sueños, denuncia, protesta, dinámica, cambio, otras personas, otros universos y otras realidades contadas desde el compromiso del investigador que está convencido de que escuchar es una forma de ver que se ha perdido. Todo lo anterior obedece a una nueva disciplina, a una nueva praxis donde no cabe la arrogancia del investigador, ni las presiones de quienes financian las investigaciones, ni las distantes teorías que pretenden analizarlo todo a la luz de metodologías anquilosadas y por momentos, estáticas. Molano renueva con estos cuatro relatos, el conocimiento social, lo dinamiza, muestra una (otra) de las caras ocultas de Colombia y demuestra que la periferia y *el revés de la nación*, existen, permanecen en la dimensión humana que los relatan, no se han acabado y en cierto sentido, cobran más protagonismo cuando el autor viaja a la intimidad de sus personajes. En suma, podemos decir que Molano recibe una herencia conceptual derivada de sus estudios y prácticas sociales, y con base en ellas, comienza a desarrollar un proceso que lo lleva a la transición de los paradigmas bajo los cuales se ha narrado nuestra historia. En efecto, no es el único, pero si hace parte de un buen grupo de narradores que en Colombia y en Latinoamérica, escribe con la razón y el corazón, y todos sabemos, que hay cosas de la razón que el corazón no entiende, y viceversa. Bien puede ser lo anterior, una característica de nuestra condición, pero en últimas, es lo concreto lo más

importante, los propios relatos, más que la explicación sistemática del inevitable desorden descriptivo de los mismos.

Debe destacarse que en todos los relatos *Del Llano Llano* (1995), la imaginación está sometida a la exposición de los acontecimientos del pasado que no siempre coincide con la historia que nos han contado, o que se registra, pues la oficialidad ha trastocado (o retocado) los hechos ocurridos en aras de sus intereses y la historia que expresa cuenta desde limitados puntos de vista que no toman en cuenta la posición de los oprimidos. La creación literaria en Molano, o los ingredientes que de ella utiliza, no le restan seriedad a su investigación, pues no abandona los datos que son susceptibles de comprobación, y al contrario, refuerza su prosa y la ameniza al incluir detalles y elementos de la vida cotidiana de sus protagonistas, que hacen parte de la masa arrinconada por las élites. Este libro –y en general toda su obra– sirve de marco de referencia a las estructuras de terror que prevalecen en Colombia, esa cultura de violencia que no cesa. También destaca y refuerza el pensamiento integral de la oralidad, lo que cuentan los protagonistas directos, las comunidades, la resistencia popular. En Molano se funden pensamiento y creación, y en sus personajes, que son un individuo y todos los individuos, la proposición adversativa y contestataria. De ahí que el autor una mucho de lo que tanto se ha querido y logrado dividir: arte y ciencia, prosa y poesía, hombre y mujer, historia y literatura, para encontrar un mecanismo más eficaz de transmisión de la historia. Molano agudiza sus sentidos y nos obliga a la agudización de los nuestros, no es solo cuestión de saber sino de comprender y sentir. No es cuestión solo de conocimiento, sino de experiencia vital.

BIBLIOGRAFÍA

Achúgar, Hugo. (1992). Historias paralelas/historias ejemplares: la historia y la voz del otro. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 36, 49-71.

Aguado, Fray Pedro (1582) *Recopilación historial*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956-1957.

Barbosa Estepa, Reinaldo (1992). *Guadalupe y sus centauros. Memorias de la insurrección llanera*. Bogotá: IEPRI-CEREC.

Beverley, John. (2004). *Subalteridad y representación. Debates en teoría cultural*. Traductores, Marlene Beiza y Sergio Villalobos-Ruminott. Madrid: Iberoamericana.

----- (1987) Anatomía del testimonio. En *Del Lazarillo al Sandinismo: Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis, Minnesota: The Prisma Institute. pp. 153-168.

----- (1987) Anatomía del testimonio. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 25, 7-16.

Beverley, John. y Achúgar, Hugo. (2002) *La voz del otro. Testimonio, subalteridad y verdad narrativa*. Compilación. Lima – Pittsburgh: Latinoamericana Editores.

Castro–Gómez, Santiago. (2011). *Crítica de la razón latinoamericana*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar: COLCIENCIAS, 2022.

Casaus, Víctor. (1990). *Defensa del testimonio: una mirada desde Cuba*. Editorial Letras Cubanas.

Cepeda, Iván y Giraldo, Javier, S.J. (2012). *Víctor Carranza, alias “el patrón”*. Bogotá: Editorial Random House Mondadori, SAS. Libros de Debate.

Chillón, Luis Alberto. (1994). *Periodismo y literatura una propuesta para la fundación del comparatismo periodístico-literario*. Artículo publicado por Estudios Venezolanos de Comunicación. Caracas, Venezuela. 26-38.

Gaitán, Jorge. (1999). *La revolución invisible*. Bogotá: Editorial Ariel. Primera edición: Revista Tierra Firme. Marzo 1959.

Habermas, J. (2003). *La ética del discurso y la cuestión de la verdad*. Traducción de Ramón VilàVernis. Barcelona: Paidós Ibérica.

Hoyos, Juan José. (2003). *Escribiendo Historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Kapuściński, Ryszard. (2005). *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

----- (2003) *Los Cinco Sentidos del Periodista. Estar, ver, oír, compartir, pensar*. Colección Nuevo periodismo. Serie Libros de Taller. México, D.F. Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio Lucero. (1998). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales – Volumen 1*. Compilación hecha por el Centro de Investigaciones sobre dinámica social de la Universidad Externado de Colombia. Eds. Rubí (Barcelona, Esp.) y Anthropos (Bogotá).

Molano, Alfredo. (1985). *Los años del tropel. Crónicas de la violencia*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (1987). *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (1989). *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (1994). *Trochas y Fusiles. Historias de combatientes*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (1995). *Del Llano llano. Relatos y testimonios*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (2009). *Ahí les dejo esos fierros*. Bogotá: El Áncora Editores.

----- (2001). *Desterrados. Crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Áncora Editores.

Ordoñez, Monserrat. (1987). *La Vorágine: textos críticos*. Compilación. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana.

Ortiz, Lucía. (2000). Narrativa testimonial en Colombia: Alfredo Molano, Alfonso Salazar, Sandra Afanador. En: *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Compilación y edición María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ministerio de Cultura.

Osorio, Betty. (2007). *Humanismo y crítica literaria: diálogo con Edward Said. Investigación y Creación. Volumen 1*, 112 – 121. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.

Payne, Michael. (1996). *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*. Primera Edición. Buenos Aires: Paidós.

Pécaut, Daniel. (1987) *Orden y Violencia*. Bogotá: Cerec, Siglo Veintiuno.

Perelman, Chaim. 1997. *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. Colección Vitral.

Rama, Ángel. (1984). *La Ciudad Letrada*. Hanover, New Jersey: Ediciones del Norte.

----- (1987). *Transculturación narrativa en América Latina*. México, D.F.: Siglo veintiuno editores. Tercera edición.

Rausch, Jane M. (2011) *De pueblo de frontera a ciudad capital. La historia de Villavicencio, Colombia desde 1842*. Traducción: María Victoria Mejía Duque. Editorial: Banco de la República, Universidad de los Llanos.

Reyes, Alejandro. (2008). *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. Colección Vitral.

Reynoso, Carlos. (2000). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Restrepo, Javier Darío. (2004). *El zumbido y el moscardón. Taller y consultorio de ética periodística*. Libros del Taller. Colección Nuevo Periodismo. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Rodríguez, Luis Enrique et. Al. (2011) *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Bogotá. Editorial Santillana.

Samper, P. Daniel. (1990). *Antología de grandes reportajes*. Bogotá: Intermedio Editores.

Silva, Renán. (2007). *A la sombra de Clío, Diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta Editores.

Sims, Norman. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: El Ancora Editores.

Steiner, George. (1996). *Pasión Intacta. Ensayos 1978 – 1995*. Bogotá: Ediciones Siruela. Grupo Editorial Norma. Colección Vitral.

Sklodowska, Elzbieta. (1997). *Todo ojos, todo oídos. Control e insubordinación en la novela hispanoamericana. (1895 – 1935)* Editorial Rodopi V.B. Colección Teoría literaria: Texto y Teoría.

------. (1991) Hacia una bibliografía sobre el testimonio hispanoamericano. *Chasqui* 20.1, 108-18.

------. (1991) Hacia una tipología del testimonio hispanoamericano. *Siglo XX* 1-2, 103-20.

------. (1992). *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. New York: Peter Lang Publishing.

Talese, Gay. (2012). *Retrato y encuentros*. Traducción de Carlos José Restrepo. Bogotá: Editorial Alfaguara.

Teum Adrianus, Van Dijk. (2004). *Discurso y dominación*. Serie: Grandes conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas. Número 4. Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

----- (1999) *Análisis del discurso social y político*. Co-edición: Iván Rodrigo Mendizábal. Quito, Ecuador. Serie Pluriminor. Ediciones ABYA-YALA.

Torres, Duque Oscar. (1998). *Violencia y narración en Alfredo Molano*. En: Boletín Cultural y Bibliográfico. Volumen XXXV, No. 47, 25-41. 1998. Bogotá: Edición Banco de La República, Biblioteca Luis Ángel Arango.

Torres William y Pachón Hilda. (2007). *Debates postcoloniales – Una introducción a los Estudios de Subalteridad (1997)*. Reedición. Grupo de Investigación en culturas, conflictos y subjetividades de la Universidad Surcolombiana.

Thérien, Gilles. (2005). *Lectura, imaginación y memoria*. Cali: Universidad del Valle – Programa Editorial. Colección Arte y Humanidades.

Uribe, María Victoria. (2005). *Desde la muerte de Gaitán al Frente Nacional. Violencia y masacre en el Tolima*. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República.

Villanueva Martínez, Orlando. (2007) *Guerrilleros y bandidos. Alias y apodos de la violencia en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Walia, Shelley. (2004). *Edward Said y la historiografía*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A. Colección Encuentros Contemporáneos.

White, Hyden. (1973). *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. México, D.F.: Editorial Fondo de Cultura Económica.

----- (1974). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica.